

“Esto es el boro”

Vidas en la periferia

◆ William Álvarez Álvarez ◆



Terrenos etnográficos

"ESTO ES EL BORO"



Vidas en la periferia

“ESTO ES EL BORO”



Vidas en la periferia



William Álvarez Álvarez



Terrenos etnográficos



Álvarez Álvarez, William.

"Esto es el boro": vidas en la periferia / William Álvarez Álvarez / Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia, ICANH, 2023.

360 páginas ; 13 figuras , 17 x 24 cm. – (Colección Terrenos etnográficos).

ISBN Impreso: 978-628-7512-43-6

ISBN Electrónico: 978-628-7512-44-3

Nota: Incluye tabla de contenido, prólogo y bibliografía.

1. Barrios Marginados-Aspectos sociales / 2. Pobreza-Aspectos sociales / 3. Marginalidad Social-Barrio Olaya Herrera (Cartagena, Colombia). / 4. Pandillas-Investigaciones. / 5. Violencia-Investigaciones. / I. Instituto Colombiano de Antropología e Historia, ICANH

305,56 SCDD 20

Catalogación en la fuente; Biblioteca Especializada – Alicia Dussán de Reichel.



Instituto Colombiano de Antropología e Historia

Calle 12 n.º 2-41, Bogotá D. C.

Tel.: (60-1) 4440544, ext. 144

www.icanh.gov.co

Alhena Caicedo Fernández

Directora general

Andrea Leiva Espitia

Subdirectora de Investigación y Producción Científica

Mabel Paola López Jerez

Líder del Área Funcional de Publicaciones

Andrés Felipe Urrego Salas

Coordinación editorial

Colección Terrenos Etnográficos

Bibiana Castro Ramírez

Corrección de estilo

María Libia Rubiano Marulanda

Diseño, diagramación y cubierta

Canal de agua, frontera entre Rafael Núñez y el sector vecino, fotografía de William Álvarez Álvarez

Imagen de cubierta

Primera edición, agosto de 2023

ISBN: 978-628-7512-43-6

E-ISBN: 978-628-7512-44-3

Impreso en Colombia por la Imprenta Nacional de Colombia

Carrera 66 n.º 24-09, Bogotá D.C.

© Instituto Colombiano de Antropología e Historia

© William Álvarez Álvarez



El trabajo intelectual contenido en esta obra se encuentra protegido por una licencia de Creative Commons del tipo "Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional". Para conocer en detalle los usos permitidos consulte el sitio web <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>

Contenido

PRÓLOGO	21
INTRODUCCIÓN: DE LA CALLE A LA CÁRCEL, DE LA CÁRCEL A LA CALLE	29
Tejiendo una propuesta	37
Ciudad y marginalidad en el Caribe colombiano	38
Cultura del terror y espacio de la muerte en la periferia	44
La necropolítica en las márgenes del Estado	51
Un escenario de conflictos y violencia por descubrir en Colombia	54
Del capital cultural al capital delictivo y el <i>habitus</i> criminal	61
De la incertidumbre del etnógrafo hacia una etnografía del tejido	64
La estructura del texto	72
PARTE I. TRES GENERACIONES EN LA PERIFERIA	
1. EL NACIMIENTO DE OLAYA-RAFAEL NÚÑEZ	81
“Esto era solo agua”. Mi paso por la ONG. “Jóvenes se mataban por nada”	83
Alfredo y Miguel Ángel. “Esos bandidos eran conocidos por todos”	87
El presidente de la JAC	92
La primera generación de La Cívica	94
2. MINI Z: LA INCORPORACIÓN DEL MUNDO CRIMINAL	97
“Vaya, hijueputa, y haga lo que le digo”. Aprendiendo a ser bandido	101
La incorporación del <i>habitus</i> criminal	107
Abuso y dominación infantil	113
3. LEONARDO Y ROBERTO: CRIMINALIDAD AVANZADA	119
El desarrollo de la criminalidad avanzada	122
“Aquí no hay gente dura”	128

La educación delictiva: asimetrías y lucro	131
El boro como multitud	135
Diferencias generacionales, precarización laboral y criminalidad	139
Encarcelamiento urbano y espiral violenta	142
“Aquí te matan hasta con una aguja”	146

PARTE II. MIEMBRO DE LA CÍVICA POR UNA NOCHE

4. LA PRIMERA RONDA: DE BANDIDOS A PACIFICADORES	157
11 de enero del 2016: “Una escena de película”	160
Las fronteras y sus contornos	165
Zona de guerra	170
La hora de los lobos, adicción y recursividad	179
Duermen de día, roban de noche	183
Expulsión y padecimiento	185
El picó, crueldad e hiperprecarización laboral	189
Incorporando la furia	194
5. LA SEGUNDA RONDA: GESTIÓN DE LA VIOLENCIA	197
Ausencia de policías, tensiones fronterizas	200
La transición de la primera a la segunda generación de La Cívica	205
Racismo cotidiano	215
“El bienestar de la gente”	228
Poder e influencia en el mercado de ilegalidades	232

PARTE III. AL MARGEN DE LA VIOLENCIA

6. CANDELA Y SEBASTIÁN: DE MILITARES A BANDIDOS	241
La calentura	243
Paranoia, masculinidad, sufrimiento crónico	249
“Plomo adentro o afuera”	252
El Ejército como escuela criminal	255
“Un día y una noche en el congelador”	256
La gestión moral de la piedad y el negocio de la muerte	260
De bandidos a sicarios, de carteles a oficinas del crimen	263

De la guerra del monte a la ciudad: ¿cuál paz y dónde?	268
7. MÓNICA Y TANIA: PADECIENDO EN LOS MÁRGENES	273
“Tener marido lo más rápido posible”	276
“Coger otro camino”	285
“A la mujer le gusta el hombre bandido”	289
8. RUBÉN: LA VIDA DESPUÉS DE SER BANDIDO	295
El deterioro crónico de un bandido	298
“¡Cuidarnos la piel!”	304
Clientelismo e instrumentalización de los jóvenes	308
Resentimiento y furia: la potencialidad de la violencia	311
A MODO DE CONCLUSIONES: VOLVER AL CAMPO	
PARA CERRAR EL TEJIDO	321
Potencialidad de la violencia y relegación étnica estructural	326
De la cultura del terror al necropoder	330
Dimensión racial de la pobreza	332
Mercados ilegales y marginalidad avanzada	334
Pandillas y organizaciones criminales	337
¿Gueto colombiano?	338
Las bases sociales del crimen en el Caribe colombiano	341
BIBLIOGRAFÍA	343

Índice de figuras

Figura 1. Primer piso: la iglesia del pastor Martín. Segundo piso: su casa	77
Figura 2. Vista panorámica de la periferia, la ciénaga, vía Perimetral y plazoleta	78
Figura 3. La casa de Roberto	152
Figura 4. El parque y su cancha de fútbol	153
Figura 5. Escopeta	235
Figura 6. Vigilando Rafael Núñez	235
Figura 7. Lugar de encuentro de La Cívica	236
Figura 8. Jeison y su 9 mm	236
Figura 9. Javier, herida de cuchillo	237
Figura 10. Canal de agua, frontera entre Rafael Núñez y el sector vecino	238
Figura 11. Casa de Candela	318
Figura 12. Cocaína y trabajo al mediodía	319
Figura 13. Cuarto de la casa de Mónica	320

Dedicado a los mal llamados inmigrantes ilegales
que cruzan las fronteras hacia el norte global
arriesgando sus vidas por un sueño.
A la linda gente del barrio Rafael Núñez...
A mi vida y al gran misterio.

Agradecimientos

AGRADEZCO PRINCIPALMENTE A LA COORDENAÇÃO DE APERFEIÇOAMENTO de Pessoal de Nivel Superior (Capes) por su apoyo financiero durante todo el tiempo que duró mi formación doctoral, la cual me permitió realizar una investigación conforme a expectativas de alta calidad que de otra forma no podría haber realizado. Al Departamento y Programa de Posgrado en Sociología de la Universidade Federal de São Carlos (Ufscar), a todos los profesores y compañeros de curso que directa o indirectamente colaboraron con la realización de este proyecto, mediante comentarios, reflexiones o debates. Sin el apoyo, la inspiración y la guía incondicional de mi tutor y amigo Gabriel Feltran tampoco hubiera concluido este largo proceso de formación. Las detenidas jornadas de reflexión y estudio con él y los demás integrantes del núcleo de pesquisas urbanas (NaMargem) rindieron sus frutos.

No tengo palabras para agradecer a todas aquellas personas que durante mi experiencia académica y personal en São Carlos y en Brasil en general, país que me acogió y al que considero mi segundo hogar; me hicieron ver, sentir, pensar y experimentar el mundo con otros ojos. Tantas personas por nombrar aquí no caben; sin embargo, a todos les agradezco infinitamente: al leer esto ustedes sabrán a quiénes me refiero. Lo mismo a colegas y amigos que, principalmente en Colombia, México, Canadá, Alemania e Italia me alentaron a pensar y trabajar en esta investigación. La lectura y comentarios de Randol Contreras me animaron a continuar en tiempo de oscuridad y fatiga, ¡a ti mi emocionada y completa admiración! A Roberto Abadie le agradezco sus siempre rigurosas recomendaciones y sugerencias escuchadas y discutidas en las calles y bares de Bogotá.

Por otra parte, no puedo dejar de agradecer al pastor Martín y a toda su familia por haberme abierto las puertas de su hogar, donde me sentí como en casa: sin su inmenso apoyo no hubiera logrado realizar mi trabajo de campo con éxito y salir con vida de Rafael Núñez. Gracias por las palabras y oraciones tan generosamente prodigadas. A mis interlocutores, a todos los integrantes de La Cívica, en especial a Jeison, mi gran amigo, sin cuya ayuda y protección no hubiera podido conocer y entrar en el mundo de las pandillas.

Por último, pero más importante, agradezco desde lo más profundo de mi ser el apoyo que mi madre, mi hermano y mi familia me brindaron; gracias por su compañía, tolerancia y toda la fe que depositaron en mí durante estos años que he pasado lejos de ustedes. A mi padre, que en paz descansa, tampoco puedo omitirlo en mis agradecimientos. A todos los amigos y colegas con quienes he tejido amistad alrededor del mundo agradezco su compañía.

A mi exprofesor, excolega y siempre amigo Óscar Jiménez. Y especialmente, a mi *bellissima* Cecilia Trisciani y su familia en Macerata, Italia; *grazie mille* por haberme recibido y apoyado en mi nuevo ciclo de vida.

*Bienvenido a tu ritual, raza... este es tu legado, tu ceremonia;
vamos a volar, vamos a viajar: esto es para ti; muchas gracias.*

Saúl Hernández de Caifanes

Prólogo

LEER ESTE LIBRO ES VISITAR LAS HISTORIAS SILENCIADAS DE PERSONAJES INFAMES en búsqueda de seguridad. Nadie los conocería fuera de sus familias y comunidades; sus círculos son estrechos, los nuestros también. Ellos viven en otro mundo, o ¿seremos nosotros? William Álvarez y estos personajes decidieron conocerse y narrar sus historias, las cuales llegaron hasta nosotros. Aquellos que son vistos del otro lado de las murallas raciales como bandidos o como pobres, o como nada, aparecen en este libro como personas, aquellas que saben de las cosas. Personas que, siendo bandidos pobres y nada, saben tanto que, al límite, cuentan para nosotros cómo funciona el mundo. Etnografiar es ir hasta los lugares que no conocemos y aprender en la frontera. Ellos nos explican y nosotros traducimos lo que no sabemos ni sabríamos por más que lo estudiáramos. Saben por experiencia. Son nada, son pobres, son bandidos y saben de la vida. ¿Extraño?

En este libro comprendemos un poco más por qué nos matamos tanto: más de 12 000 homicidios en Colombia y más de 60 000 en Brasil, solo en 2018. Entendemos esto apenas por un conjunto de conceptos movilizadores; la *necropolítica*, el más relevante, es el conjunto de las vivencias que producen la comprensión no solo sobre el mundo de las periferias marginales, sino sobre las relaciones de estas con “nuestro mundo”. O, mejor, nuestros propios enclaves sociales, digitales, globales. Estas relaciones son marcadas por violencia de parte y parte. Las policías actúan por nosotros, las pandillas actúan por sí mismas.

De manera implícita o explícita, “que mueran” es lo que se dice en el bar, en el café, incluso en el escritorio de la presidencia de países fantásticos, como Brasil, Estados Unidos y otros. En el libro de William Álvarez, no. Cada uno de estos personajes, cada uno de los interlocutores académicos, recibe el respeto y la inteligencia de un investigador de primer nivel. Respeto que va más allá de los códigos de ética formales, pero que se muestra en el día a día de la investigación, del trabajo arduo de anotaciones, en las divagaciones mentales que desarman lo que ya sabemos y nos hacen ir más allá.

Hay cosas muy simples de comprender adonde el libro nos lleva. Cosas bien mundanas. La primera de ellas es que la *ciudad del colonizado*, del epígrafe del libro, quiere hacer parte, se quiere integrar. Ella quiere estar en el mercado, tomar whisky, Red Bull, usar tenis Nike y fusil, como dice una canción de rap de São Paulo. Para eso, hay que tener dinero, y las economías ilegales e informales en Colombia, Brasil, México, América Central y Estados Unidos, todo situado al margen de sus fronteras, tienen bastante dinero. Pero más que eso. Ellas quieren integrarse sin perder sus rostros, su fuerza moral, su comunidad de valores, su raza, su cultura. No es difícil entender por qué: siendo basura, nada, ladrones y marginales en nuestras lindas ciudades turísticas, en nuestros

paraísos tropicales, cada uno de esos seres insignificantes es una persona entera, tiene vida activa, en su casa y en su comunidad. ¿Tal vez sea eso lo que nos incomoda tanto?

Visto a través del prisma de los racializados en Latinoamérica, el Estado y sus leyes son un poder ordenador ajeno, externo, radicalmente otro. Sometida a la violencia de este poder ordenador, esa ciudad de los colonizados cura heridas todos los días y encuentra alternativas cotidianas, dispuestas día tras día, en la larga escala del tiempo, para sobrevivir en la adversidad.

Este libro demuestra en cada línea que esas vidas insignificantes tienen, por lo tanto, una fuerza inaudita, incomprendida. Fuerza invisible para muchos, pero no para quienes leen este libro. Fuerza que no es de personas aisladas y masacradas individualmente. Fuerza que es de una comunidad racial, rodeada de murellas sociales, construida como entidad moral de pertenencia, de lucha por la integración al sistema y contra las opresiones de este. Locura. Comunidad en la que mueren muchos, es verdad. El libro habla de necropolítica, inscrita en el rostro de todos nosotros. Pero la ciudad de los colonizados entierra a sus muertos y reafirma en los velorios esa fuerza inaudita que sigue viva.

Este libro es una etnografía excepcional sobre esa fuerza increíble, a veces tan sutil, otras veces tan violenta. Esa fuerza tan bonita en la música y en los muros grafitados; tan horrenda en las violaciones y homicidios que lastiman a la ciudad del colonizado y paradójicamente la unifican como fuerza moral, y reafirman sus valores, su pertenencia. El autor de este libro no solo nos ofrece una investigación sobre la necropolítica contemporánea; va más allá del Caribe colombiano. Con envidiable densidad empírica, habla de nosotros al hablar de ellos. Este es un libro sobre esa frontera entre nosotros y ellos, entre la ciudad paradisiaca y la ciudad del colonizado.

William Álvarez siempre estuvo en los barrios estudiados y siempre con la cabeza en ellos, pero viajó por el mundo mientras escribía este libro. Investigador de frontera, estuvo entre América Latina y Europa, entre el norte y el sur global, entre los centros y las periferias, dialogando tanto con la bibliografía norteamericana como con la decolonial. Investigador de frontera, cruzó muchos controles migratorios, pasando o siendo arrestado, como sucede en estos espacios. Investigador de frontera, frecuentaba restaurantes de élite y trasnochaba en las periferias con tres objetivos en mente: experimentar, comprender, transformar. De esta tríada nació un etnógrafo urbano con una carrera prometedora. Pero también nacen sus ideas, las cuales circulan aún más que el autor. Y hará que otros quieran experimentar, comprender, transformar.

Está en sus manos una investigación académica de intensidad envidiable, pero que también interesará a los no académicos. El libro concierne a todos los

que piensan sobre la cuestión urbana, la violencia y las desigualdades contemporáneas, y no solo en Latinoamérica; así como a quien quiera viajar al Caribe colombiano, a sus espectaculares playas. En este viaje, mientras tanto, no hay garantía de silencio o soledad, pues William y sus personajes estarán siempre en sus alrededores. Ellos quieren seguridad; nosotros también. Nosotros queremos viajar; ellos también. ¿Por qué es tan difícil?

Gabriel Feltran, Londres, 4 de marzo de 2019

La ciudad del colonizado, o al menos la ciudad indígena, la ciudad negra, la “medina” o barrio árabe, la reserva es un lugar de mala fama, poblado por hombres de mala fe. Allí se nace en cualquier parte, de cualquier manera. Se muere en cualquier parte, de cualquier cosa. Es un mundo sin intervalos, los hombres están unos sobre otros, las casuchas unas sobre otras. La ciudad del colonizado es una ciudad hambrienta, hambrienta de pan, de carne, de zapatos, de carbón, de luz. La ciudad del colonizado es una ciudad agachada, una ciudad de rodillas, una ciudad revolcada en el fango.

Franz Fanon, *Los condenados de la tierra*

Introducción: de la calle a la cárcel, de la cárcel a la calle

Solo voy con mi pena,
sola va mi condena,
correr es mi destino
para burlas la ley,
perdido en el corazón
de la grande Babylon.
Me dicen el clandestino
por no llevar papel.
Pa una ciudad del norte
yo me fui a trabajar,
mi vida la dejé
entre Ceuta y Gibraltar.
Soy una raya en el mar,
Fantasma en la ciudad,
mi vida va prohibida,
dice la autoridad.
Mano Negra, ¡clandestina!
Colombiano, clandestino.
Africano, clandestino.
Marihuana ilegal...

Manu Chao, *Clandestino*

EL RUMBO DE ESTA INVESTIGACIÓN CAMBIÓ POR COMPLETO DESPUÉS DE haber estado, por accidente, cinco noches y seis días preso en un centro de retención para inmigrantes ilegales en una de las fronteras más peligrosas del mundo, la del norte de México con Estados Unidos, a finales de agosto del 2016. Abandonado en Mexicali (Baja California), en algún momento pensé que no iba a sobrevivir. Tiago, un brasileño que también estaba ahí por error, fue el primero en recibirme; me tranquilizó. Inmigrantes de Centroamérica, India, África y Medio Oriente entraban y salían todos los días.

Horas antes de entrar a la celda, cinco integrantes de una de las pandillas más violentas de Latinoamérica, la Mara Salvatrucha, quienes hacían parte de una clica hondureña, se habían amotinado. Con furia, entre todos intentaron tumbar la fuerte puerta de acero de la celda, regaron la basura, arrancaron la puerta del baño y quebraron las bombillas del techo. Una docena de guardias detuvieron el motín. En la celda vecina, la pareja sentimental de uno de los *marreros* usó los cristales de una bombilla recién quebrada para cortarse las venas de su brazo. Amenazando con suicidarse, condicionó a los guardias para que le

dieran ayuda siempre y cuando todos los mareros fueran trasladados a Tijuana. Al mediodía, un bus los llevó escoltados hacia esa ciudad.

Ramón, originario de Guatemala, ya había cruzado la frontera hacia Estados Unidos atravesando en tres oportunidades el desierto de Sonora. Esa misma tarde él me dijo: “Oye, Colombia, te salvaste del infierno”. “¿Por qué?”, pregunté. “Porque esos mareros están locos, loco. No podíamos dormir aquí, esos batos son como animales que no les importa nada”.

Mientras ese diálogo se desarrollaba, Tiago deliraba en una esquina de la celda. Exigía ayuda cada vez que venían los guardias a vigilarlos. No tuvo mejor suerte que yo. Él vivió el infierno, el terror que impuso la Mara durante los cinco días que estuvieron ahí compartiendo la celda: “Socorro, deixe-me sair daqui, cadê meu advogado?”¹, gritaba.

Fui a México en busca de información sobre pandillas centroamericanas. En un principio mi idea era comparar su estructura social y criminal con la de las pandillas colombianas. Leí la bibliografía local y regional más relevante sobre el tema, pero la comparación directa y forzada de esa literatura con la experiencia real de los inmigrantes en la celda, algunos de ellos fugitivos del mundo de la Mara, me mostraban las carencias empíricas de esa literatura en su descripción/comprensión de las estructuras y la organización social de las pandillas latinoamericanas, en oposición a los aportes de la escuela de Chicago² que influyó en los *gangs studies* norteamericanos. Un joven guatemalteco de diecinueve años, detenido junto con su tío, me decía: “Yo conozco a la Mara 13 y Calle 18. Viví con ellos en el reformatorio”. El mundo social de este joven, abundante en experiencias dentro de centros penitenciarios para menores, me describió otra serie de narrativas crueles, sangrientas e inimaginables sobre la vida cotidiana de las personas que informalmente conviven en entornos donde

1 “Socorro, déjenme salir de aquí, ¿dónde está mi abogado?”.

2 Los estudios pioneros sobre pandillas crearon una serie de categorías y enfoques de análisis importantes que aún aportan a la comprensión de este fenómeno, tal y como lo recuerdan Rodgers y Hazen: “Gangs have not always been viewed as inherently oppositional. The first of a very long line of studies of gangs by the famous Chicago School of Sociology, for example, saw them as ‘interstitial’ social organizations that emerged as alternative sources of order in areas –such as urban slums– where the state’s authority was deficient (see Thrasher, 1927). Much of the subsequent literature about gangs has highlighted how they are complex and multifarious social institutions that can take a variety of forms and be associated with a whole range of different practices and behavior patterns, from the cultural (e.g., Cohen, 1955) to the economic (e.g., Sanchez-Jankowski, 1991)” (2014, 2). [“Las pandillas no siempre han sido vistas como inherentemente negativas. Los primeros de una larga lista de estudios de pandillas los debemos a la famosa escuela de Chicago de sociología. Por ejemplo, ellos las vieron como organizaciones sociales ‘intersticiales’ que surgieron como fuentes alternativas de orden en áreas tales como tugurios, donde la autoridad del Estado era deficiente (ver Thrasher, 1927). Gran parte de la literatura posterior sobre pandillas ha resaltado que son instituciones sociales complejas y multiformes, que pueden tomar una variedad de formas y asociarse con toda una gama de diferentes prácticas y patrones de comportamiento, desde el cultural (por ejemplo, Cohen, 1955) hasta el económico (por ejemplo, Sanchez-Jankowski, 1991)”. Todas las traducciones son propias.

la Guerra Fría produjo secuelas profundas y heridas abiertas que aún hoy sufren sociedades centroamericanas, especialmente la población más joven.

Después de haber vivido esa experiencia, entendí los polifacéticos y asimétricos procesos que llevan a la configuración de grupos criminales, organizaciones delictivas o pandillas en Latinoamérica. Inocentemente busqué en la Mara Salvatrucha un punto de referencia a partir del cual pensar la violencia de las pandillas en el Caribe colombiano³; sin embargo, mi perspectiva de análisis tomó otra dirección al contrastar ambos escenarios, desde aspectos semióticos hasta estructurales, que marcaban una gran diferencia, por ejemplo: la cultura del tatuaje, los orígenes históricos, la organización política o la identidad urbana tenían poco o ninguna semejanza con lo que venía observando en las periferias de Cartagena.

En un reciente documental⁴ que versa sobre sus finanzas provenientes de la extorsión, integrantes de las maras afirman que las tradicionales prácticas de adscripción estético-identitaria que los caracterizaban se han ido modificando conforme la intensidad de las políticas de mano dura de los países del Triángulo Norte centroamericano (Salvador, Guatemala, Honduras) se han tornado más agresivas. Esto los ha obligado a eliminar los tatuajes para evitar de ese modo la persecución, la visibilidad y la estigmatización de sus miembros. Incluso, el proceso de mimetización, participación e inclusión en la sociedad ha llegado a tal avance que progresivamente ha derivado en la formación de profesionales en diversas áreas: abogados, ingenieros, médicos y policías; además afirman tener jueces, políticos y funcionarios públicos formados en ese proceso de transformación interior, que ya trabajan para la Mara Salvatrucha, mientras que la Calle 18 apenas inicia el mismo camino. Futuras investigaciones deberían profundizar sobre estas nuevas dinámicas.

Estaba determinado a responder las siguientes preguntas: ¿quiénes hacen parte de las pandillas?, ¿cuál es su origen y cuáles las causas que producen la violencia en las periferias de Cartagena? Al volver de México retomé mi trabajo de campo con otros ojos, esta vez priorizando la descripción de la vida cotidiana de los jóvenes del barrio con el fin de entender su proceso de organización delictiva, sus formas de violencias y las estrategias de supervivencia y agencia con respecto a la pobreza y marginación social que deben enfrentar día a día en la ciudad.

3 Trabajos importantes sobre este tema se pueden encontrar en las últimas publicaciones de Luis Fernando Trejos (2017; Trejos y Posada 2014).

4 Véase el documental *Honduras, renta de mara, tarifa de muerte* (Cuerdos de Atar 2018).

En la academia colombiana el estudio de las pandillas no ha tenido la relevancia de la que gozan otras organizaciones criminales o violentas. En gran medida, las investigaciones sobre este tema suelen relacionarse con estudios de la juventud y con estudios culturales y urbanos. No obstante, cuando se intentan analizar de forma cruzada las estructuras u organizaciones criminales y armadas en Colombia, la violencia juvenil, las pandillas y demás expresiones urbanas son descritas como males menores, problemas sociales de orden local descartados de la política nacional de seguridad pública. Los artículos “Bandas criminales en Colombia: ¿amenaza a la seguridad regional?” (Prieto 2012) y “Las bacrim y el crimen organizado en Colombia” (Prieto 2013) cuestionan los orígenes y alcances de ese tipo de organizaciones, sin un análisis histórico consistente sino parcial, en el que las estructuras sociales que dieron pie a su configuración pasan a un segundo plano, mientras que los efectos de su misión organizativa trascienden fronteras globales debido, en parte, al enfoque metodológico y la relevancia político-económica del tema. A diferencia de otros estudios sobre pandillas en Colombia —por ejemplo, “La pandilla juvenil: breve revisión y análisis funcional de un caso” (Ballesteros de Valderrama *et al.* 2002), “Pandillas y conflicto urbano en Colombia” (Perea 2004) o el informe “Pandillas juveniles en Colombia: aproximaciones conceptuales, expresiones urbanas y posibilidades de intervención” (Bosch 2017)—, desde mi enfoque pretendo analizar las fricciones socioculturales latentes en la intermediación entre estructura y sujeto, pues observo que en los estudios mencionados la violencia urbana y los pandilleros suelen ser singularizados, representados como jóvenes marginales, pobres o criminales, pero olvidan la particularidad de su contexto y, sobre todo, las diferencias histórico-estructurales que han dado origen a unos determinados tipos de sujeto y espacio urbano.

Este libro está basado en su totalidad en historias y relatos de vida que recolecté a lo largo de casi cuatro años de trabajo de campo en Rafael Núñez, uno de los catorce sectores que conforman la unidad comunera 5, mejor conocido como el barrio Olaya Herrera, situado en la localidad 2: de La Virgen y Turística, el más pobre, violento y peligroso de Cartagena. Desde el principio de mi investigación estuve preocupado por describir un fenómeno social escasamente investigado en la sociología colombiana. Frente a un escenario histórico y político en donde se discute la transición de un Estado permeado por una interminable guerra interna hacia un acuerdo nacional para alcanzar la paz, pensé: ¿qué sentido tiene convertir el fenómeno de las pandillas en un objeto de análisis, más aún cuando se trata de un fenómeno que no suscita mayor interés en la opinión pública o en la agenda política de seguridad nacional? No obstante, luego de introducirme en la periferia descubrí la urgente necesidad de estudiar este tipo de organización y

dinámicas urbanas en el contexto del Gobierno del periodo 2018-2022, cuando el posconflicto atravesó un periodo de oscuridad⁵.

Hasta un avanzado desarrollo de mi trabajo de campo dudé que pudiera aportar nuevos conocimientos sobre un tema ampliamente abordado por reconocidos académicos (Auyero, Bourgois y Scheper 2015; Nateras 2015; Rodgers 2008; Rodgers y Hazen 2014; Thrasher 2013; Venkatesh 2008); sin embargo, conforme profundizaba en mi observación participante, encontré aspectos particulares en las pandillas de Rafael Núñez que me motivaron a continuar. Establecí que el acelerado incremento de la violencia en las periferias de Cartagena no representaba un problema aislado, sino un eslabón importante dentro de una cadena de elementos estructurales, políticos e interseccionales (territorio, edad, clase, género, raza) que la conformaban de una manera particular. Las diversas formas de violencia y dinámicas sociales que registré en Rafael Núñez también me revelaban los contornos de un campo autónomo, interconectado y residual de otra serie de factores, con frecuencia minimizados por la opinión pública como un mal de tercer orden, reducción desmitificada en la etnografía que hago de las vigentes formas⁶ de organización criminal presentes en las periferias pobres de la ciudad. Pandillas o no, lo que esta acción colectiva muestra a lo largo del texto es la manera en que las asimetrías estructurales que se perciben en cada territorio o sociedad repercuten o se asimilan en otros espacios, según la forma en que estos se despliegan en sintonía con el mercado ilícito o el flujo de capitales que se consolida bajo una economía política determinada o bajo el paradigma de lo que más adelante expondré, en palabras de Achille Mbembe (2011), sobre necropolítica.

Mi principal objetivo con esta investigación, de forma resumida, es mostrar al lector las bases sociales del proceso de producción de acciones colectivas que impulsan la dinámica de la violencia en las periferias pobres de las ciudades del Caribe colombiano, en contraste con otras regiones del país ya conocidas globalmente tanto por su legado histórico en la lucha contra el narcotráfico como por la industria cultural. Para tal fin describo la serie de conflictos que se presentan en medio de los eslabones que articulan la función social del Estado, espacio en el que se cocinan las características autodestructivas de la cultura callejera y el sufrimiento al que una población se expone debido a la furia

5 Una de las principales propuestas de dicho Gobierno (2018-2022) fue reformar los acuerdos de paz ya firmados porque, según su inverosímil criterio, la Jurisdicción Especial para la Paz (JEP), que se creó con el fin de juzgar los delitos de guerra en el marco del acuerdo, representa un mecanismo de impunidad que no juzga ni castiga severamente los crímenes que cometió la guerrilla durante su historia armada.

6 Digo aquí *vigentes* para no afirmar equivocadamente que existen “nuevas formas de violencia”. Estos hechos llevan décadas gestándose en las periferias de las principales ciudades de Colombia.

incontrolada que expresan los jóvenes como objetivos de la necropolítica. En otro argumento me propongo señalar los procesos socioantropológicos de tránsito⁷ que ellos experimentan en su búsqueda de una identidad que subsane la pérdida de sentido, pues la relegación urbana y la violencia estructural han repercutido sobre sus vidas.

No cabe duda de que Colombia se ha convertido en un referente global sobre criminalidad: series, documentales y decenas de películas retratan la violencia, el tráfico de drogas y la historia de los carteles. Un ejemplo de esto ha sido *Narcos*, serie que ha mostrado mejor que ningún otro producto audiovisual los efectos urbanos contraproducentes que la modernidad tardía ha ocasionado en los países de la periferia, expuestos en este libro como marginalidad avanzada, desarrollo acelerado y asimétrico de las formas y modos de criminalidad que se configuran en un mismo territorio, pero diferencialmente. A modo de preludeo, explicaré lo anterior por medio de dos categorías que retomaré más adelante: *capital delictivo* y *habitus criminal*.

Sustentado en el material de esta densa etnografía, describiré los hechos sociales que se configuran y conforman relacionalmente los procesos de estructuración de organizaciones delictivas, economías ilegales y políticas criminales, partiendo desde las márgenes sociales, la experiencia cotidiana de los jóvenes en relación con la dinámica violenta de las pandillas o del *boro* (capítulo 3), la expresión vernácula con la que se las conoce en las periferias de Cartagena. Sin proponérmelo, esta investigación me llevó a pensar de forma comparativa el desarrollo de los tipos de organizaciones que tienden a conformar la criminalidad urbana contemporánea en el país, usando como pretexto la base social que conforma la emergencia de las pandillas. De este modo se da un giro con relación al referente inmediato que representa la trayectoria de la figura hegemónica de las grandes estructuras criminales, como lo han sido durante décadas los carteles de Medellín y de Cali en el imaginario global que se tiene sobre la jerarquía delictiva en Colombia, a la vez que observo el sufrimiento social, el nacimiento de formas alternativas de resistencia y la defensa comunitaria contra el crimen y la violencia en una de las principales ciudades del Caribe colombiano. Con este libro busco

7 Este cruce disciplinario que planteo gira en torno de una lectura en doble vía, es decir, de adentro para afuera y de afuera para adentro. Desde la perspectiva antropológica me sitúo en la construcción precedente y contemporánea de tejido social: emociones, creencias, razonamientos, prácticas, tradiciones que configuran la dinámica de una determinada población, sintetizada en este trabajo como cultura callejera, la mirada desde abajo. Por parte del enfoque sociológico, apunto hacia una perspectiva de poder, es decir, el legado sociohistórico del diseño y la construcción política de una nación o población bajo una determinada lógica y racionalidad instrumental, la mirada desde arriba. El tránsito al que me refiero se basa en las rupturas intergeneracionales con respecto a las tradiciones y la ética del trabajo, las expresiones de lo cotidiano que experimentan los jóvenes y la pobreza material.

abrir el camino hacia una sociología interesada en retomar los estudios sobre la pobreza y la marginalidad urbana en Colombia desde una perspectiva etnográfica.

TEJIENDO UNA PROPUESTA

Para las ciencias sociales en Colombia es casi imposible eludir la historia de la violencia política y armada, a partir de la cual se piensan los principales problemas locales/regionales del país, incluso hasta el proyecto de nación Estado en las últimas cuatro décadas⁸. La prolongada guerra armada que ha experimentado el país desde mediados del siglo xx ha generado procesos alternos de violencia política que atraviesan cualquier aspecto de la esfera pública o privada de la sociedad colombiana. Aunque en una primera instancia quise alejarme de este enfoque, usualmente llamado *violentología*⁹, la información recolectada en mi etnografía me obligaba a volver sobre el binario violencia/política para pensar el alcance territorial que este proceso de larga duración ha tenido en la construcción de las periferias urbanas y otras formas de violencia representadas en grupos, colectivos y organizaciones armadas e ilegales que han hecho parte reciente de la historia política del país, para luego hacer un giro hacia el binario raza/violencia.

Las investigaciones sobre el periodo de violencia política y el aumento progresivo de las incursiones de grupos armados, sumados al narcotráfico en las últimas décadas, se destacan en la producción bibliográfica sociológica y antropológica, así como en la politología, la historia y la economía¹⁰. No

8 Para una breve síntesis histórica, recomiendo la lectura de los siguientes autores: Bushnell (2014), Múnera (1998), Palacios (2003, 2012), Pécaut (2001, 2006) y Urrego (2002).

9 La trayectoria sobre los estudios de la violencia en Colombia data de los años 1950 y se divide en dos periodos: antes y después de la institucionalización de las ciencias sociales. Véanse Cartagena (2016); y también los informes de la comisión de estudios sobre la violencia *Colombia: violencia y democracia* (Sánchez Gómez 2009); *Pacificar la paz: lo que no se ha negociado en los acuerdos de paz* (Reyes Posada 1992); *Pasado y presente de la violencia en Colombia* (Peñaranda y Sánchez 1997); y el clásico de mediados del siglo xx, *La violencia en Colombia* (Guzmán Campos, Fals Borda y Umaña Luna 2005). Señala Catalina Cartagena (2016): "En resumen, los 'violentólogos' aparecen como resultado de varios factores, entre los más notables, la especialización del conocimiento sobre la violencia, la demanda gubernamental de servicios profesionales y estudios expertos financiados por el Estado y la concentración de los intelectuales en una institución avalada y creada por la universidad pública. En ese panorama, la consolidación de la 'violentología' y los 'violentólogos' se convierte en pieza clave para el proceso de construcción de nociones sobre la violencia y la paz, que más adelante van a incidir en la definición de planes gubernamentales de desarrollo y políticas sociales. Esas nociones empiezan a reconocer, por un lado, las causas estructurales del conflicto y, por el otro, una multiplicidad de expresiones de la violencia que sobrepasan la ya conocida dimensión política" (127).

10 De forma aleatoria, sobre estas áreas destaco también la contribución de reconocidos académicos: *Dos décadas de escalamiento armado en Colombia* (Echandía Castilla 2006) y, del mismo autor, *Narcotráfico: génesis de los paramilitares y herencia de bandas criminales* (Echandía Castilla 2013); y *Una democracia asediada: balance y perspectivas del conflicto*

obstante, poco se ha dicho sobre otras formas de violencia, especialmente las que se experimentan en las ciudades capitales. Por esta razón, mi investigación pretende estudiar estas formas y manifestaciones de violencia alejándome deliberadamente de la narrativa hegemónica centrada en los principales actores del conflicto armado, antes y después del acuerdo de paz firmado en 2016¹¹. Además, he delimitado mi campo de estudios centrándome en la literatura que ha tenido como principal fuente metodológica la etnografía.

Con el fin de construir una narrativa explicativa acorde con el contenido de esta investigación, he dividido la estructura del texto en cuatro subcategorías de análisis a partir de las cuales expondré teórica y conceptualmente las bases de mi propuesta, con el propósito de comprender la emergencia de las pandillas y sus formas de violencia. Además, se incluye una sección extra dedicada a reflexionar sobre la metodología y la estructura del texto.

CIUDAD Y MARGINALIDAD EN EL CARIBE COLOMBIANO¹²

La primera vez que entré a Rafael Núñez fui robado por tres niños; me quitaron un teléfono, dinero y mi diario de campo. Sentí miedo y en lo primero que pensé fue en abandonar el proyecto. “¿Debo arriesgar mi vida para realizar esta investigación?”, me pregunté esa tarde de diciembre de 2013. Minutos después de haber sido robado alguien se me acercó, me preguntó si yo estaba bien y para dónde me dirigía. Todavía en *shock* le respondí que estaba calmado y que iba a la organización no gubernamental (ONG)¹³ más representativa del barrio. Él se ofreció a llevarme en su moto. Nunca me habían robado en Cartagena; así recordé otra vez que las estadísticas no se equivocan, que Olaya-Rafael Núñez es una de las zonas más peligrosas de la ciudad.

armado en Colombia (Pizarro 2004). Uno de los trabajos más completos para comprender este proceso es el informe de la Comisión Histórica del Conflicto y sus Víctimas (2015), publicado en el marco del proceso de paz entre el Gobierno nacional y las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia – Ejército del Pueblo (FARC-EP); el libro ofrece dos dimensiones interpretativas sobre el conflicto armado en Colombia: una perspectiva de la insurgencia y una narrativa desde un enfoque oficial; *Contribución al entendimiento del conflicto armado en Colombia* tuvo como finalidad aportar argumentos historiográficos para el debate de las víctimas en la agenda de negociaciones para la paz, desde el análisis de los orígenes y múltiples causas de este conflicto.

- 11 El acuerdo final de paz se firmó el 24 de agosto del 2016. Para mayor información, véase el siguiente enlace: <http://www.altocomisionadoparalapaz.gov.co>
- 12 Todas las comunicaciones personales referenciadas de aquí en adelante se realizaron en la ciudad de Cartagena entre los años 2014 y 2017.
- 13 Esta institución patrocinó desde el inicio mi investigación. Su impacto e intervención social son de amplia cobertura en el sector Rafael Núñez. No obstante, debido al análisis crítico de este trabajo, he optado por no exponer su nombre para proteger de posibles sanciones a mis interlocutores que trabajan o tienen relación con esta institución. La llamaré simplemente ONG.

Me convertí en otro número de la delincuencia; la directora y el resto del personal administrativo de la ONG estaban sorprendidos por lo que me había sucedido. Cuando finalmente recobré el aliento me dije: “De esto se trata la etnografía, de aprender a incorporar el espacio ajeno, la realidad de los otros en mí, aunque sea parcialmente”. Aquel miedo era ínfimo en comparación con el terror del que después de tres años de trabajo de campo tuve conocimiento de parte de las decenas de voces que conforman este trabajo.

Ubicada frente al mar Caribe, Cartagena de Indias¹⁴ es la quinta ciudad más grande de Colombia. Fundada en 1553, durante el periodo del virreinato español funcionó como un importante puerto de esclavos traídos de África en condiciones inhumanas a las Américas. Independiente del control de España desde 1811, la ciudad ha venido creciendo acorde al proyecto republicano y poscolonial de una nación fundada en el ideal de orden y libertad, sostenida principalmente por la economía del turismo, el comercio, la industria petroquímica y las actividades portuarias. Aun cuando su aporte al producto interno bruto (PIB) nacional es de los más altos, para 2016 la ciudad saltó del segundo (2015) al tercer puesto en el índice de pobreza: desigualdad estructural y trabajo informal¹⁵ en Colombia.

Como cualquier otra ciudad latinoamericana, el crecimiento de Cartagena en el último siglo ha sobrepasado su capacidad de planeación; la explosión migratoria, progresiva y paulatina desde mediados de siglo xx ha desbordado la capacidad de crecimiento planificado de la ciudad, y ha sobrevenido así el surgimiento de asentamientos espontáneos, mejor conocidos en Colombia como *invasiones*¹⁶. Miles de personas construyeron sus hogares en los entornos y límites de la ciudad planificada. En el caso de Cartagena, estos márgenes, literalmente, estaban señalados en piedra. En el siglo xvii, una muralla de bloques de granito y piedra coral fue construida para defender a la ciudad del

14 Para simplificar la lectura he acortado el nombre completo de la ciudad, oficialmente llamada Distrito Turístico y Cultural de Cartagena de Indias. Es la capital del departamento de Bolívar, uno de los 32 que componen el territorio colombiano. Según las proyecciones, en 2017 la población en Cartagena se estimaba en 1 013 375 habitantes. Véanse los datos oficiales en <https://www.dane.gov.co/>

15 “Los índices de pobreza de Cartagena cayeron de forma sostenida entre 2008 y 2015. De acuerdo con los datos del Departamento Administrativo Nacional de Estadísticas (DANE), la pobreza monetaria pasó de 40,2% a 26,2%, y la pobreza monetaria extrema disminuyó de 6,9% a 4,0%, respectivamente. A pesar de este avance, la ciudad está aún lejos del promedio de las trece principales ciudades, donde la pobreza monetaria cayó de 36,2% a 15,4% y la extrema pasó de 7,6% a 2,7% para el mismo periodo. En 2016 ambos indicadores aumentaron más en Cartagena que en el promedio de las ciudades principales. La pobreza monetaria llegó a 29,1% y la pobreza extrema a 5,5%, reflejando un incremento de 2,9 y 1,5 puntos porcentuales respectivamente entre 2015 y 2016” (Ayala y Meisel 2016, 6-7).

16 Invasiones, barrios marginales o comunas son los nombres habituales empleados en Colombia; en Brasil se llaman favelas; en Argentina, villas miseria; en México, colonias populares; en Perú y Venezuela, ranchos.

asalto de piratas. Fuera de esas murallas más bien medievales nació la periferia y se expandió la ciudad de los siglos xx y xxi¹⁷. El barrio Chambacú, conocido como el gueto negro de Cartagena, representa mejor que ningún otro lugar el nacimiento de la periferia y el crecimiento urbano descontrolado.

En la novela *Chambacú, corral de negros*, el escritor afrocolombiano Manuel Zapata Olivella (2004) usa metafóricamente la palabra *corral* para referirse a las condiciones materiales de este barrio, comparándolo con una granja de animales, según su descripción casi etnográfica. Su población, mayoritariamente afrocaribeña¹⁸, vivía en las peores condiciones de hábitat: entre el barro, la basura, la peste y enfermedades infecciosas; padeciendo hambre; y desempeñándose en trabajos informales/ilegales o precarios. Describe Zapata Olivella a mujeres que trabajan en la prostitución, como empleadas domésticas o vendedoras callejeras, muchas de ellas madres solteras. Por otro lado, los hombres dedican parte de su tiempo a la bebida, al juego, al consumo de drogas, y a actividades como el boxeo, el fútbol, el contrabando de mercancías o la pesca; trabajan como cotereros en el mercado público o como policías.

Decadente, inmoral y violenta: de esta manera Zapata Olivella retrata, desde una perspectiva externa, la imagen pública de Chambacú para la élite de la ciudad; lo mismo que, sin mucho cambio, aún hoy se puede observar en la periferia contemporánea. Aunque en la novela la descripción de la pobreza sea importante para el autor, su tesis se centra en las contradicciones que vive la comunidad afrocaribeña después de reconocerse como pueblo libre en los llamados palenques (quilombolas), antes y después de haber sido abolida la esclavitud en Colombia en 1852. Chambacú, paradójicamente, es traducido por uno de los personajes de esta novela como *tierra de muerte*. Poco o nada ha cambiado este concepto en sus habitantes.

Mayormente poblado por afrocaribeños, Chambacú se convirtió en un problema de orden público local/nacional, y llegó a ser calificado como el peor y más grande asentamiento marginal de Colombia en la década de 1960. En términos sociológicos, se le puede considerar casi como un gueto al encontrarse

17 Véanse de Orlando Deavila los artículos "Construyendo sospechas: imaginarios del miedo, segregación urbana y exclusión social en Cartagena" (2008a) y "Los desterrados del paraíso: turismo, desarrollo y patrimonialización en Cartagena a mediados del siglo xx" (2015).

18 Por razones de precisión geográfica haré uso de esta categoría para hacer referencia únicamente a la población afrocolombiana que habita al norte del país (costa atlántica), conocida como región Caribe. Además, es importante resaltar que el porcentaje de población que se autorreconoce como afrodescendiente corresponde al 36,5% del total de la población nacional, lo que sitúa a Colombia como el tercer país con mayor población afro en el continente americano después de Estados Unidos y Brasil. De acuerdo con el más reciente censo realizado por el DANE, en 2005 la población afro en Colombia representaba el 10,6% de la población nacional, es decir, 4 316 592 personas (DANE 2005).

estigmatizado, restringido y confinado espacialmente¹⁹ en la ciudad. En el año 1971, después de un largo proceso de negociación política y económica, los Gobiernos local y nacional trabajaron en conjunto para planificar su erradicación espacial y el reasentamiento de su población en otros sectores, atendiendo al progresivo incremento del valor de la tierra y el futuro próspero que la planificación urbana proyectaba con la industria del turismo, especialmente sobre el Centro Histórico y los barrios residenciales ubicados frente al mar; por esa razón, Chambacú se convirtió en un lastre para el desarrollo de la ciudad. La reubicación se concentró en zonas con poco valor comercial, alejadas entre 5 y 10 kilómetros del centro, lugares que hoy hacen parte de la periferia.

En 2017 un total de 252 personas fueron asesinadas en Cartagena. El 9,5 % (29, la mayoría hombres entre 15 y 34 años) de estos casos ocurrieron en Olaya-Rafael Núñez; y en los últimos 9 años la cifra ronda las 2 441 muertes, de las cuales 279 sucedieron en dicha área. Esta es una cifra importante para una población que en 2016 se calculaba en 57 582 habitantes, de los cuales el 36,5 % se autorreconocía como afrodescendiente. Si bien las características urbanas de estos nuevos asentamientos se distancian considerablemente del entorno de Chambacú, porque se rompe con el confinamiento espacial y la estigmatización étnico-racial que se acentuaba simbólica y espacialmente por la ubicación de las murallas, luego de su reubicación las fronteras se expandieron aceleradamente hacia otros territorios de la ciudad, y asimismo el padecimiento y la violencia que se vivían allí.

Territorios de relegación urbana es la categoría que acuña Wacquant (2007) para referirse al avance de la marginación en los Estados Unidos: altos niveles de pobreza, discriminación, violencia y encarcelamiento masivo, que especialmente afectan a las comunidades afroamericanas o latinas. Estas son algunas de las características presentes en las principales ciudades de ese país. El autor enfatiza la manera como los recursos tanto públicos como privados sufren una drástica reducción proporcional al descenso social y económico de las familias de trabajadores instaladas en asentamientos de inmigrantes, lo que intensifica la dolorosa competencia por el acceso a estos recursos (41). Y se refiere especialmente a Estados Unidos al decir que:

A diferencia de periodos anteriores de crecimiento económico, la expansión de los años ochenta —en los países que experimentaron esa expansión— no

19 Loïc Wacquant, en uno de sus reconocidos libros, *Las cárceles de la miseria* (2004), aunque se especializa en la sociedad norteamericana y francesa, presenta el concepto de *gueto*, cuyo alcance epistémico me inspira a comprender comparativa y combinadamente el desarrollo de la marginalidad urbana en sociedades tanto avanzadas como periféricas, pero desde una perspectiva crítica.

benefició a todos, sino que, en realidad, amplió la brecha entre ricos y pobres, y entre aquellos que detentan un empleo estable en los sectores protegidos y calificados de la economía y todos aquellos —cuyo primer lugar ocupan los jóvenes de los barrios relegados— que se encuentran atrapados en los empleos precarios de los sectores mal remunerados de la industria y los servicios. (2007, 41-42)

De forma paralela, Latinoamérica experimentó una serie de reformas intervencionistas que ampliaron aún más la brecha económica entre ricos y pobres, e intensificaron la expansión de la precariedad y la relegación urbana de la ya golpeada clase obrera. Guardando las distancias, la expansión de la marginalidad étnicamente diferenciada que he podido observar en Cartagena y otras ciudades latinoamericanas suele ser asimilada en un doble sentido: primero, personas relegadas históricamente en el contexto nacional por el sostenimiento en el tiempo de un colonialismo interno, cultural y político que ha incidido en la apropiación tardía de una ciudadanía plena; en segundo lugar, desde una perspectiva sistémica originada en las asimetrías estructurales de la relación económica centro-periferia. Etnografías sobre las condiciones de vida en las periferias urbanas así lo describen a lo largo y ancho de Latinoamérica²⁰.

Estos dos sentidos de marginalidad pueden ser entendidos desde los planteamientos de Galtung, quien define tales procesos como *violencia estructural*²¹ (1969). Desde su punto de vista, los orígenes de esta desigualdad en sociedades periféricas se iniciaron a partir de factores políticos y económicos planificados en un ideal de Estado ensamblado con base en hegemonías políticas y raciales (Goldberg 2002). El desarrollo desigual del capitalismo en la formación de centros y periferias económicas muestra cómo, desde una perspectiva de sistema-mundo (Wallerstein 1997), se pueden entender procesos locales, y asimetrías económicas, sociales o raciales aún hoy presentes en los más importantes centros urbanos en Latinoamérica. En Cartagena el despliegue de las contradicciones del capitalismo periférico y contemporáneo se puede observar a simple vista. La perspectiva teórica desde la cual quiero

20 Amplia es la contribución académica de Javier Auyero sobre Argentina (2001, 2003, 2007, 2013a, 2013b, 2015; Auyero y Swistun 2009); también hay que mencionar el clásico trabajo de la mexicana Larissa de Lomnitz, *Cómo sobreviven los marginados* (2003); así como *Pobreza, desigualdad y exclusión social en la ciudad del siglo XXI* de Cordera, Ramírez y Ziccardi (2008); para el caso de Brasil ver de Gabriel Feltran, *Fronteiras de tensão. Política e violência nas periferias de São Paulo* (2011); también véase *Sobreviver na adversidade: entre o mercado e a vida* (Hirata 2010).

21 “Opresión políticoeconómica crónica y desigualdad social enraizada históricamente, que incluye desde acuerdos comerciales de explotación económica internacional, hasta condiciones de trabajo abusivas y altas tasas de mortalidad infantil” (citado en Bourgois 2005, 14).

abordar esta investigación parte del siguiente análisis sobre la configuración moderna del Estado:

One of the most telling evasions in these past two decades of thinking about race has concerned the almost complete theoretical silence concerning the state. Not just the way the state is implicated in reproducing more or less local conditions of racist exclusion, but how the modern state has always conceived of itself as racially configured. The modern state, in short, is nothing less than a racial state. It is a state or set of conditions sociospecific milieus. So, in one sense, there is no singular totalized phenomenon we can name the racial state; more precisely, there are racial state and racist state. Yet it is possible at the same time to insist that there are generalizable conditions in virtue of which the modern state is to be conceived as racial and as racially exclusionary or racist.²² (Goldberg 2002, 2)

Así, en este proceso de expansión se crea lo que llamo aquí *segregación étnica estructural*. Los territorios de relegación urbana pueden comprenderse en esa doble vía, es decir, como poblaciones empujadas desde abajo y desde arriba por presiones estructurales, interdependientes. Desde arriba, una economía política periférica, excluyente, monopolizada; desde abajo, la inclusión tardía de las minorías étnicas en los modos de producción modernos urbanos. Este doble encuentro de fuerzas histórico-estructurales se representa en el complejo mundo de la periferia. Empujada hacia los bordes socioespaciales, la población afrocaribeña no solo convive con la segregación, sino con las diversas manifestaciones de violencia que esta exclusión histórica genera en su vida cotidiana.

Mi etnografía sobre Rafael Núñez además reveló que en el barrio se desarrolla lo que se podría llamar una guetificación a la inversa. Desde adentro, la relegación urbana no solo se expande espacialmente, lo cual amplifica la pobreza, sino que se mueve en un sentido que va y vuelve, hecho al que doy por nombre *efecto látigo de la periferia*: las políticas de reforma estructural durante las últimas décadas han agudizado la privatización, precarizado el mercado laboral y aumentado la desigualdad socioeconómica, fuerza externa que empuja a crear y aumenta la precariedad material de las periferias, mientras que el turismo

22 “Una de las evasiones más reveladoras en estas dos últimas décadas de reflexión sobre la raza ha sido el completo silencio teórico respecto al Estado. No solo la forma en que está implicado en la reproducción de las condiciones más o menos locales de exclusión racial, sino cómo el Estado moderno se ha concebido siempre como una configuración racial. El Estado moderno, en definitiva, no es nada menos que un Estado racial. Es un Estado o un conjunto de condiciones ambientales sociospecifico. Por lo tanto, en un sentido, no hay un fenómeno totalizador singular al que podamos nombrar Estado racial; más precisamente, hay Estado racial y Estado racista. Sin embargo, es posible, a la vez insistir en que se dan las condiciones generalizables en virtud de las cuales el Estado moderno se concibe como racial y racialmente excluyente y racista”.

transnacional incrementa el bienestar económico de las otras caras de la ciudad, de modo que empuja su expansión a niveles obscenos de lujo y ostentación en contraste con la ampliación de la marginalidad en las periferias pobres. Respecto al fenómeno urbano descrito surge la pregunta: ¿quiénes son los beneficiarios de esta racialización?

Este efecto látigo se puede ver representado en el aumento de la criminalidad, los homicidios y las diferentes violencias manifiestas en el barrio. Sin embargo, las consecuencias son peores en la periferia que en el resto de la ciudad. Murallas simbólicas, materiales y estructurales emergen en un orden de discriminación de clase, movilidad restrictiva dentro/fuera, además del confinamiento socioespacial. La restricción de la movilidad y el confinamiento están relacionados, mediados por el dinero; la movilidad socioespacial se ve entorpecida por las privaciones materiales, el tema del acceso al dinero o el trabajo. La violencia letal no solo atenta contra la vida de jóvenes y la comunidad, sino que quiebra los procesos sociales de movilidad, haciendo a las familias en su hábitat y forzándolas con frecuencia a subdividir sus viviendas en espacios cada vez más reducidos para compartir entre familiares. De esta manera se crean y amplían las barreras materiales/simbólicas de la producción y reproducción de la pobreza desde la base social.

Los elevados índices de homicidios de la población joven y afrodescendiente en Cartagena nos recuerdan los motivos estructurales de la lucha política del movimiento social norteamericano Black Lives Matters, que en respuesta al brutal abuso policial experimentado en los últimos años irrumpió masiva y violentamente en el escenario urbano, no solo para reclamar justicia, sino para manifestar un descontento histórico hacia políticas hegemónicas de corte étnico-racial. Dicho de otro modo, de norte a sur la construcción de los Estados nación en las Américas ha sido interpelada étnica y/o racialmente, lo que se ha visto representado en la edificación de una indiferencia moral frente a las condiciones de vida de sus minorías; Colombia no es una excepción. ¿A quién le importa la muerte de los jóvenes afrocaribeños en las periferias pobres de Cartagena? Me cuestiono pensando desde lo local, pero sin desprenderme del panorama nacional al preguntar también: ¿la vida de los afrocolombianos importa?

CULTURA DEL TERROR Y ESPACIO DE LA MUERTE EN LA PERIFERIA

Paradójicamente, uno de los principales personajes que conforman esta investigación tiene relación con Martin Luther King Junior. El 3 de febrero del 2015 conocí al pastor Martín por medio de su hija Nancy, quien en ese momento hacía sus prácticas profesionales en la ONG del barrio. Además de su nombre y

profesión, su parecido con Martin Luther King es asombroso. En los años 1980 el pastor Martín trabajó con uno de los fundadores de la primera facultad de sociología de Colombia²³, liderando investigaciones con campesinos y pescadores en las zonas más pobres del bajo Caribe colombiano. En Olaya intentó hacer lo mismo: lideró una cooperativa comercial de venta de huevos con la cual sustentó a su familia durante algunos años, además de haber tenido otra serie de empleos informales. Al final de la década de 1990 su vida dio un giro dramático cuando su hijo mayor resultó envuelto en problemas con pandillas y uso de drogas.

Ricardo fue acusado de homicidio en hechos confusos. Su mejor amigo había sido herido de gravedad en medio de una fiesta. Mientras todos huían del lugar, él se quedó allí para llevarlo al hospital; sin embargo, horas después su amigo murió y el padre lo culpó por ello. Con ayuda de abogados cercanos, Martín comprobó la inocencia de su hijo, pero el daño ya estaba hecho. No soportó esta situación; decidido a cambiar su vida para dar ejemplo al resto de su familia, Martín se inscribió en un seminario evangélico y se mudó junto con su esposa e hijos a una isla a pocos kilómetros de la ciudad para dedicarse a estudiar la Biblia. Diez años después volvió al barrio convertido en pastor con un objetivo en mente: ayudar a la comunidad.

Así como su proyecto de vida había cambiado, lo mismo sucedió con el resto del barrio: la violencia entre pandillas había empeorado. Amenazado de muerte por muchos, inició un fuerte trabajo social para vincular a jóvenes a su iglesia con la idea de sacarlos de la calle. Al igual que M. L. K. Jr., el pastor Martín quería luchar contra la desigualdad social, el desprecio histórico del Estado contra las minorías étnicas, la pobreza y el racismo que se sufre a diario en los barrios marginales de Cartagena de Indias. Él soñaba con transformar el alma de los jóvenes. En su discurso crítico sintetiza la historia de Rafael Núñez analizando su proceso interno de autodestrucción:

Entender esto no es un tema fácil porque son sesenta años de historia, son tres generaciones. El problema de estos sectores no es un problema de una familia, es generacional, son tres generaciones, como yo te dije. Estos son barrios fundados hace sesenta, setenta años, y cada una de estas personas viene con un problema. Hablando desde nuestros abuelos o padres, la principal razón es económica, pero al estar en una ciudad como esta, la cual es tan cara, el problema económico es aún más problemático. Ellos al menos en el campo tenían con qué sobrevivir, porque tenían para sembrar; aquí tienen una ciudad donde todo debes comprarlo, todo vale. Gente sin recursos económicos, gente

23 Orlando Fals Borda (1925-2008), junto con Camilo Torres, fundaron el Departamento de Sociología de la Universidad Nacional de Colombia en 1959.

sin ninguna posición intelectual. ¿Sabes qué es lo que pasa? Entonces es gente que tiene que trabajar siendo servidores, dejando a sus hijos en el hogar para volver a la tarde trayendo un poco de comida; estos niños desamparados ya sienten el abandono, nacen, crecen sin el apoyo de los padres, tienen el apoyo de la comida, pero no apoyo familiar. Estos niños crecen y sienten la ausencia de esto, por eso es que este problema es generacional; hoy estos jóvenes se ven golpeados desde sus abuelos. Esa violencia que tú ves ahora es una forma de los jóvenes reclamar al Gobierno desde su perspectiva una manifestación para ser escuchados por medio de la violencia. Pero los Gobiernos no atienden esto y la solución actual es vista a través de proyectos como si eso fuera a cortar el problema de raíz.

Para él, la violencia entre pandillas tiene raíces en el ámbito rural. Por lo tanto, la violencia que se manifiesta en las calles de Olaya, sector Rafael Núñez, proviene de una herencia o, en palabras de Pierre Bourdieu, de un capital cultural heredado. La confluencia de otra serie de factores ha agregado elementos para reforzar la pobreza del campo que ha justificado las oleadas migratorias a la ciudad, las cuales han aumentado y se han transformado según la intervención de procesos macroeconómicos guiados por las políticas de Estado, pero, en mayor medida, por la intensidad del conflicto interno que se recrudeció durante las décadas de 1980, 1990 y 2000 en Colombia. La expulsión por un largo proceso de acumulación por desposesión (Harvey 2005) de tierras, disfrazado de intimidación y violencia directa de los actores armados (Autodefensas Unidas de Colombia [AUC], Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia – Ejército del Pueblo [FARC-EP] y Estado), sumado al fuerte ascenso de la economía criminal y el tráfico de drogas, ha agudizado aún más el desplazamiento forzado y la inmigración del campo hacia la ciudad.

Por su parte, Misse (2008) define estos procesos históricos del país como una *acumulación social de la violencia*. Más de cincuenta años de conflicto político armado han tenido serias consecuencias socioculturales a lo largo del tiempo. El ejercicio de la violencia legítima e ilegítima no terminó ni termina en procesos de corta duración. La violencia en las periferias de Cartagena, como lo he registrado, se reproduce en un ciclo interminable en el que las víctimas dejan a un lado su posición de víctimas históricas para convertirse en sujetos violentos, y otra vez en víctimas de sí mismos por medio de esa acumulación y el sufrimiento que los jóvenes han incorporado de sus generaciones precedentes. Tomando como punto de partida la herencia de la violencia a través de varias generaciones, el pastor Martín afirma que esta ha sido trasplantada desde el lugar de origen a la ciudad y ha llevado a ciertos cambios de conducta:

Esto es una de las causas de la violencia actual en las calles, de las pandillas, porque eso viene como una herencia de los problemas que la gente trajo de sus tierras y, como ellos no fueron tratados por personal profesional (psicólogos, psiquiatras), estos jóvenes ahora están manifestando lo que les fue sembrado. Esto es una razón que explica lo que estamos viviendo hoy. A diferencia de nuestro tiempo, uno se salía de su casa porque no había recursos económicos, pero salíamos para buscar trabajo; en cambio aquí tú ves en las pandillas a jóvenes con carreras tecnológicas o técnicos en alguna cosa enredados en la violencia de la calle. De esa forma es que se manifiesta el legado violento, son personas marcadas en el alma, niños que han visto cómo sus familias fueron masacradas, asesinadas brutalmente, alguien jugando a la pelota con la cabeza de otro. Ese niño, por mucho que él quiera crecer sano, va estar marcado espiritualmente. Yo aquí trabajo como psicólogo, psiquiatra, médico, pastor, hasta de papá y amigo. La comunidad reacciona muy bien con nosotros. Cuando nosotros llegamos aquí hace seis años tú veías cuarenta o cincuenta policías rodeando el barrio porque las fuerzas violentas eran tan fuertes por el grado de asaltos, robos y conflictos que la fuerza pública tuvo que tomar el control.

Para Michael Taussig (2012), la anterior descripción constituye lo que él considera una *cultura del terror*²⁴. Basado en sus estudios en comunidades indígenas de la Amazonía colombiana, concluye que la imposición de la tortura, el sufrimiento y la esclavitud a que fueron sometidos miles de indígenas por una compañía británica de caucho se convirtió en un mecanismo de dominación y control masivo sobre la población. Los indígenas eran perseguidos y cazados en la selva para trabajar a cambio de mercancías, para luego endeudarse en condiciones precarias, injustas y absurdas. La ley era impuesta cruelmente; asesinar indígenas era rutinario y normal dentro de estas prácticas de acumulación originaria. Relata el autor que los torturaban y asesinaban como si se tratara de un deporte.

El legado de este terror es tan fuerte, que aún en el siglo XXI los descendientes de esas comunidades indígenas lo conservan y transmiten a través de los relatos, en los que recuerdan las masacres, el sufrimiento y la violencia que sus

24 Para el autor, la cultura del terror parte necesariamente de la dicotomía en términos antropológicos de naturaleza/cultura, civilización/barbarie, modernidad/premodernidad. Y, en términos sociológicos: centro/periferia, desarrollo/subdesarrollo, imperialismo/colonialismo. Taussig piensa este concepto histórico y racialmente cuando afirma: "la creación de la realidad colonial acontecida en el nuevo mundo seguirá siendo motivo de inmensa curiosidad y estudio —el Nuevo Mundo donde los 'irracionales' indios y africanos se inclinan ante la razón de un reducido número de cristianos blancos—. Sean cuales fueren las conclusiones a que lleguemos acerca de cómo esa hegemonía se implantó tan rápidamente, seríamos insensatos si pasáramos por alto el papel del terror. Me refiero con esto a que pensemos a través del terror, el que además de ser un estado fisiológico lo es también social, y cuyos rasgos especiales le permiten servir como el mediador por excelencia de hegemonía colonial: el espacio de muerte donde el indio, el africano y el blanco dieron a luz un Nuevo Mundo" (Taussig 2012, 33).

abuelos vivieron en ese territorio. El miedo y la desconfianza hacia los blancos y militares siguen vigentes. En las décadas de 1990 y el 2000 las expresiones de violencia se masificaron en Colombia, debido principalmente al conflicto entre paramilitares (AUC) y guerrillas (FARC-EP y Ejército de Liberación Nacional [ELN]). En las zonas rurales del Caribe colombiano la brutalidad y la crueldad llegaron hasta el punto de ocasionar desplazamiento forzado de miles de personas hacia las ciudades capitales; Cartagena ha sido una de ellas.

Martín dice que hubo “niños que han visto cómo sus familias fueron masacradas, asesinadas brutalmente, ese niño, por mucho que él quiera crecer sano, va [a] estar marcado espiritualmente”; a esto se refiere como una marca espiritual: las nuevas generaciones indígenas en la Amazonía colombiana conservan en su memoria ancestral el legado de esa cultura del terror. Avanzó el tiempo y al final del siglo XX e inicios del XXI otros tomarían el lugar de las compañías a las que la economía política del Estado privilegió permitiéndoles esa serie de brutales prácticas. Mientras la economía del siglo XIX estuvo potenciada por el caucho, a mediados del siglo XX la acumulación de tierras la reemplazó; a finales de dicho siglo, la narcoeconomía y sus organizaciones convirtieron a las ciudades en los nuevos espacios del terror.

La vigencia de esta cultura del terror en el imaginario colectivo agrega motivos de sobra para que las expulsiones y desplazamientos de cientos de miles de campesinos pobres hacia las periferias urbanas sea tan eficiente y productiva en términos de ganancia. Cortar la cabeza de alguien y jugar fútbol con esta en medio de una plaza pública en frente de cientos de personas no es ficción; fue lo que ocurrió durante la masacre realizada por un ala armada de las AUC en el pueblo de El Salado²⁵ en 2009. En varias entrevistas que hice a los habitantes del barrio, el 80 % de ellos se consideraban desplazados por la violencia. Muchos dejaron sus pequeñas granjas abandonadas huyendo de la muerte y, casi una década después, aún tienen miedo de volver, continúan sintiendo terror en sus cuerpos.

La cultura del terror no puede existir sin la formación implícita de un *espacio de la muerte*, agrega Taussig²⁶. Para aterrar a una población se necesita

25 Para información detallada sobre todo lo que tiene que ver con la memoria de las víctimas en manos de grupos paramilitares, el Centro Nacional de la Memoria Histórica compila en sus informes y libros un amplio acervo bibliográfico dividido en los siguientes ejes: justicia y paz, género, despojo, desplazamiento y resistencia, construcción de la memoria histórica. Estas investigaciones tienen como finalidad divulgar públicamente los efectos sociales y la magnitud de la violencia, y reconstruir los hechos para evitar su repetición. Véase: www.centrodememoriahistorica.gov.co

26 El autor lo define así: “El espacio de la muerte es importante en la creación de significado y conciencia, y en ninguna parte tanto como en las sociedades donde la tortura es endémica y donde florece la cultura del terror. Podemos pensar el espacio de muerte como un umbral que permite tanto la iluminación como la extinción” (2012, 32). Y profundiza diciendo que: “este espacio de muerte es preminentemente, un espacio de transformación: a través de la experiencia de acercarse a la

de un espacio claramente delimitado donde la crueldad, la tortura, el dolor, los conflictos y la violencia extrema sobre los cuerpos puedan ser exhibidos para otros. En el caso que él describe, el espacio de la muerte es la hacienda Casa Arana. Comparar las condiciones sociales, laborales y de existencia de estas comunidades indígenas con relación a lo que sucede en las periferias urbanas de Cartagena tal vez pueda parecer una exageración, pero lo que he encontrado en mi trabajo de campo refleja similares características; por ejemplo, la tradición del terror que durante años ha creado la violencia de las pandillas, espacio dominado por el miedo. Valenzuela (2019, cap. v) enfatiza las transformaciones socioespaciales que ha generado la narcoeconomía en territorios de frontera o tránsito de drogas ilícitas de México, y define este tipo de espacios como *necrozonas* o *zonas de muerte*.

Los datos sobre homicidios señalan que el barrio Rafael Núñez es el lugar más peligroso de la ciudad, pero para sus habitantes las cifras no significan nada. Su experiencia cotidiana con el terror es mucho peor; soportan en silencio una tortura que se llega a conocer después de tener un conocimiento más cercano de sus vidas personales, sobre todo el padecimiento que deben aguantar. Para ellos el peligro no se percibe circunstancialmente, sino de manera continua. Esta frecuente exposición al miedo y la violencia produjo en Olaya-Rafael Núñez la emergencia de una organización de seguridad conformada por expandilleros, llamada La Cívica, la cual ha demostrado ser un mecanismo eficiente para contrarrestar el aumento descontrolado de la violencia en términos de contingencia o gestión de los violentos. Sin embargo, su emergencia resulta paradójica en la comunidad. Para algunos actores, su presencia se torna conveniente a sabiendas de que sus métodos de intervención también sean cuestionables. Sus excesivas violaciones de la dignidad humana han tendido a emular en una pequeña escala las dinámicas de contención paralegal que emplearon décadas atrás grupos paramilitares en territorios de disputa en el Caribe colombiano, los cuales cometieron crímenes atroces.

Este escenario complejo refleja la historia política de un país desde sus bases. Aunque la intervención efectuada por La Cívica pueda resultar beneficiosa de cierto modo, su *modus operandi* no deber ser justificado. Pese a ello, este despliegue nos ayuda a comprender su posición como actor intermedio entre el mundo del crimen y la inacción policial, ambos atravesados por una lógica de guerra en la que los derechos humanos suelen descartarse en favor del

muerte bien puede haber un más vivo sentido de la vida; a través del miedo puede no solo aumentar la conciencia de sí mismo sino también de su fragmentación y luego una pérdida del yo al conformarse a la autoridad; o, como en el gran viaje de la *Divina comedia*, con sus cadenciosas armonías y catarsis, a través del mal, el bien" (35).

triunfo estadístico. La Cívica no solo representa una respuesta autogestionada que contrarresta la violencia en la comunidad atacando con más violencia; tampoco se puede considerar un brazo paralegal de instituciones policiales. Esta manifestación encarna la *máquina de guerra* de la necropolítica, debido a que se facilitan los elementos que propician el autoaniquilamiento de los jóvenes en las periferias.

Las milicias urbanas, los ejércitos, la Policía y los cuerpos de seguridad privada tienen también acceso a las técnicas y prácticas de muerte. La proliferación de entidades necroempoderadas, junto con el acceso generalizado a tecnologías sofisticadas de destrucción, sumados a las consecuencias de las políticas socioeconómicas neoliberales, hacen que los campos de concentración, los guetos y las plantaciones se conviertan en aparatos disciplinarios innecesarios porque son fácilmente sustituidos por la masacre, una tecnología del necropoder que puede ejecutarse en cualquier lugar y en cualquier momento (Mbembe 2011).

Lo que he encontrado en mi investigación sobre la violencia que ejercen las pandillas en la comunidad es apenas la manifestación de un conjunto de hechos sociales desprendidos, a mi entender, de la instauración de una biopolítica tardía²⁷ que ha tendido a potencializarse en las últimas tres décadas, y que ha reconfigurado las dinámicas territoriales de la violencia de los actores armados y el narcotráfico en escenarios urbanos antes considerados aislados o excluidos de esas lógicas de guerra por el Estado en Colombia.

He observado que los excedentes materiales de este conflicto, a los que se añade la ampliación de la economía ilegal en las ciudades, están contribuyendo a generar asociaciones delictivas y nuevas dinámicas violentas que directa o indirectamente soportan la economía política de las grandes organizaciones criminales, que en la nueva era del posconflicto se han diversificado y consolidado de forma sistemática en los ámbitos interno y transnacional. La reconfiguración de este escenario está incidiendo, paralelamente, en la creación de un mercado de armas y drogas ilegales²⁸ en rápido crecimiento en las periferias urbanas pobres del Caribe colombiano, que ha absorbido y afectado principalmente a la población más joven. Como resultado de lo anterior, el incremento de la violencia y la emergencia de decenas de pandillas en Cartagena podrían deberse a este proceso. No obstante, su dinámica, prácticas y organización,

27 Desde una perspectiva comparada, planteo una lectura paralela del concepto original de biopolítica descrito por Michel Foucault (2006), simplificado en la idea *hacer vivir, dejar morir*, visto en relación con la producción epistemológica de su origen y el ensamblaje de su desarrollo en sociedades poscoloniales no-eurocéntricas. Sinónimo de modernidad tardía, la biopolítica tuvo el mismo efecto en la construcción de los Estados nación y su territorio en los países periféricos.

28 No descarto que la dimensión en cifras de este mercado sea millonaria. Desafortunadamente no hay datos fiables que lo respalden.

según lo que he observado en el sector Rafael Núñez, no concuerdan del todo con las aproximaciones en las que coinciden expertos globales en el tema al explicar este fenómeno²⁹.

LA NECROPOLÍTICA EN LAS MÁRGENES DEL ESTADO

Los estudios que he mencionado aquí sobre la historia de la violencia no bastan para comprender y explicar la forma en que diferentes manifestaciones y periodos violentos se han transformado en lo que describo. Se trata de una cultura del terror. La inmanencia y el *continuum* sociohistórico de estos efectos devastadores actúan como una red que se despliega acaparando espacios y sujetos antes considerados fuera de su alcance. Por lo tanto, no son las formas de la violencia las que avanzan, sino los tentáculos del necropoder (Mbembe 2011) los que se despliegan sobre las márgenes, de modo que se extiende así la red de factores sociales que propician la emergencia de otras violencias dentro de escenarios ya monopolizados por grupos ilegales, organizaciones criminales y/o agentes estatales.

Alejándose de la tradición filosófica francesa y de la filosofía histórico-política de Michael Foucault, Achille Mbembe (2011) propone una comprensión crítica poscolonial de los alcances del biopoder y la biopolítica. Más allá de comprender la función del Estado sobre su gestión en el territorio, la población y el ejercicio de su soberanía, Mbembe renombra a los actuales Estados periféricos como *máquinas de guerra* y define sus funciones en oposición a la finalidad de la biopolítica. Al no contar con un monopolio de la violencia, este tipo de Estados se someten a lógicas en las que

la mano de obra militar se compra y se vende en un mercado en el que la identidad de los proveedores y compradores está prácticamente desprovista de sentido. Milicias urbanas, ejércitos privados, ejércitos de señores locales, firmas de seguridad privadas y ejércitos estatales proclaman, todos a la vez, su derecho a ejercer la violencia y a matar. (57-58)

29 En el libro: *Global Gangs. Street Violence across the World*, los autores afirman: "a common definition of gangs that drew on three primary criteria, namely, that a gang will (1) display a measure of institutional continuity independent of its membership; (2) routinely engage in violent behavior patterns that are considered illegal by the dominant authorities and mainstream society; and (3) consist of members who are principally, though not necessarily only, under the age of twenty-five" (Rodgers y Hazen 2014, 8). ["Una definición común basada en tres criterios principales, a saber, considera que una pandilla: (1) mostrará una medida de continuidad institucional independiente de su membresía; (2) participación rutinaria en patrones de comportamiento violento que se consideran ilegales por las autoridades dominantes y la sociedad en general; y (3) están conformadas por miembros que son principalmente, aunque no de manera exclusiva, menores de veinticinco años"].

Aunque esta descripción apunte principalmente hacia África, la realidad sociopolítica colombiana no es muy distinta. Cuando no es el Estado el que tiene el monopolio de la violencia sino otras organizaciones, la gestión de la vida y la muerte, la población y el territorio adquieren otro sentido para la función del Estado porque la influencia de los gobiernos privados indirectos amplía las formas en que las tecnologías de poder y el control sobre la población se ejecutan dentro o fuera de la esfera jurídica.

Estas maquinarias se componen de facciones de hombres armados que se escinden o se fusionan según su tarea y circunstancias. Organizaciones difusas y polimorfas, las máquinas de guerra se caracterizan por su capacidad para la metamorfosis. Su relación con el espacio es móvil. Algunas veces mantienen relaciones complejas con las formas estatales (que pueden ir de la autonomía a la incorporación). El Estado puede, por sí mismo, transformarse en una máquina de guerra. (Mbembe 2011, 58-59)

Las pandillas son el mal menor en la historia contemporánea de la violencia en Colombia, sin punto de comparación con las reconocidas Nación Latin Kings en Ecuador, España e Italia³⁰; las MS-13 y C-18 en Salvador, Honduras, Guatemala y México; o las Facções Criminales: Comando Vermelho o Primeiro Comando da Capital en Brasil. Mi observación en campo y mi trayectoria etnográfica no pretenden describir los efectos finales de la necropolítica representados en la configuración social de las pandillas y sus violencias. Mi propuesta apunta a hacer una radiografía que describa el despliegue progresivo del necropoder sobre los llamados parias urbanos que habitan las ciudades latinoamericanas, partiendo desde el borde.

Para Mbembe (2011) este concepto funciona principalmente al explicar las relaciones asimétricas de poder que experimentan las naciones poscoloniales del llamado tercer mundo. Según el autor, la función de la necropolítica se mide en relación con el despliegue de sus tecnologías de dominación, en espacios sociales diferenciados, segregados, estratégicos y/o bajo clasificaciones de clase jerarquizadas. Los vestigios del colonialismo y la ocupación de la modernidad tardía sobre los países de la periferia han incidido en que las tecnologías gubernamentales sean direccionadas asimétricamente hacia segmentos poblacionales en los que se reconocen afinidades y diferencias estructurales entre sí, pero en especial relaciones conflictivas de corte étnico-racial.

30 Véanse Cerbino (2004, 2006) y Queirolo (2009).

En el caso de Cartagena de Indias, la omisión o intervención de las instituciones del Estado exhiben el eficiente funcionamiento de necroprácticas —acciones radicales dirigidas a causar dolor, sufrimiento y muerte, por ejemplo, el asesinato, la tortura y el secuestro—, y establece las plataformas sociales que determinan la selección, distinción y disposición biopolítica sobre cuál vida vale la pena proteger o dejar morir. Esta gubernamentalidad ha logrado transformar las dinámicas de los jóvenes en contextos de pobreza, incorporando en su vida cotidiana subjetividades con una mayor tendencia hacia la cultura del crimen y la violencia en contraste con el mundo del trabajo. El pensador poscolonial afirma que la proliferación de armas y la existencia de mundos de muerte —lugares donde las personas se encuentran tan marginadas que en realidad viven como muertos vivientes— son un indicador de que existe una política de la muerte en lugar de una política de la vida como la entiende Foucault (2006).

Para hacer simple la comprensión de este tema y de su proceso de configuración, primero optaré por emplear la categoría *pandilla* siendo fiel al uso generalizado que la comunidad, los jóvenes y la opinión pública en la ciudad de Cartagena hacen de esta para nombrar o ser nombrados. En segunda instancia ahondaremos en el concepto de *boro*, una vez nos adentremos en las narrativas que exponen mis interlocutores, con el fin de contrastar la producción de significados que circulan a su alrededor. Por ello es preciso resaltar que incluso en la bibliografía internacional no hay consenso sobre la definición de pandilla:

A review of the literature suggests that gangs are a common and persistent facet of most societies, past or present, and that they are principally an urban phenomenon (see, e.g., Covey 2003), but otherwise, even the very term gang is used in a highly variable manner, and there is little agreement concerning what a gang is and does. Certainly the label is attributed to a whole gamut of phenomena ranging from organized crime syndicates to prison-based associations to more or less ephemeral groups of youths who gather spontaneously on street corners and engage in behavior that is frequently labeled “antisocial” but is more often than not simply linked to adolescent rebellion. Partly because of this, the term gang is highly contentious, and there is little agreement within national contexts —let alone internationally— concerning the kind of phenomenon that should be classified as such.³¹ (Rodgers y Hazen 2014, 5-6)

31 “Una revisión de la literatura sugiere que las pandillas son una faceta común y persistente de la mayoría de las sociedades, pasadas o presentes, y que son principalmente un fenómeno urbano (véase, por ejemplo, Covey 2003), pero incluso el término ‘pandilla’ se usa de manera muy variable y hay poco acuerdo sobre lo que es y hace una pandilla. Ciertamente, la etiqueta se atribuye a toda una gama de fenómenos que van desde sindicatos del crimen organizado hasta asociaciones basadas en prisiones y hasta grupos de jóvenes más o menos efímeros que se reúnen espontáneamente en las esquinas y se involucran en comportamientos que frecuentemente se califican como ‘antisociales’ con mayor frecuencia que si

Además de polémico, este concepto es dinámico; encasillar su definición en una determinada estética, imaginario, política o acción criminal desestima su polisemia en los variados territorios urbano-rurales en donde este fenómeno se manifiesta, sea en el norte o en el sur global. Tan problemático resulta para los antropólogos definir el concepto de cultura como para los especialistas en agrupaciones de este tipo definir lo que es una pandilla. Para la gran mayoría de expandilleros que comparten sus experiencias de vida en esta investigación no existe una idea clara de lo que significa una pandilla, pero aun así se hacen llamar pandilleros debido a que el referente más representativo que tienen sobre su significado e imaginario proviene de lo que consumen en programas de la televisión o del contenido audiovisual en internet. No obstante, más allá de los elementos subjetivos que dan forma a este tipo de identidades, mi propuesta argumental se sustenta en factores objetivos que alimentan las disposiciones socioespaciales de esta población, estableciendo órdenes discriminativos en términos, principalmente, de clase social y étnico-raciales. Aproximarnos al estudio de las pandillas en el Caribe colombiano a partir de esta llave analítica sin duda nos traerá nuevos matices para comprender la dinámica y las formas que está adoptando la violencia urbana sobre estos territorios en la era del posacuerdo de paz.

Con este trabajo no intento imponer una visión propia del mundo de la periferia, sino que serviré como un interlocutor, un mediador entre ese mundo y el resto de la sociedad, con el propósito de describir los contornos de su interacción, y sus relaciones de interdependencia con la comunidad, la Policía y demás actores sociales que tejen la vida cotidiana de los barrios marginales de Cartagena. Más allá de adentrarme en el mundo de la pandilla, antropológicamente también es un pretexto para analizar las formas de resistencia, las estrategias de supervivencia que desarrollan los pobres para convivir y hacerle frente a la figura que encarna la violencia estructural en sus realidades situadas.

UN ESCENARIO DE CONFLICTOS Y VIOLENCIA POR DESCUBRIR EN COLOMBIA

Después de más de medio siglo de terror y violencia política/armada entre grupos armados, narcotraficantes, carteles, organizaciones ilegales y el Estado, me pregunto: ¿qué importancia tienen las pandillas frente a este convulsionado escenario de guerra interna? En una hipotética pirámide de grupos criminales,

estuvieran simplemente vinculados a la rebelión adolescente. En parte debido a esto el término 'pandilla' es altamente polémico y existe poco acuerdo dentro de los contextos nacionales, y mucho menos a nivel internacional, sobre el tipo de fenómeno que debería clasificarse como tal".

las pandillas en Colombia estarían en la base, relegadas al último puesto de la jerarquía criminal. Al final de tres años de trabajo de campo, observando y describiendo de cerca la vida cotidiana de los jóvenes en las periferias, aquellos grupos señalados como pandillas no me parecía que lo fueran según la terminología clásica. Sobre el tema reflexiona Rodgers:

The most reproduced definition remains the one Thrasher originally proposed: “A gang is an interstitial group, originally formed spontaneously, and then integrated through conflict. It is characterized by the following types of behavior: meeting face to face, milling, movement through space as a unit, conflict, and planning. The result of this collective behavior is the development of tradition, unreflective internal structure, esprit de corps, solidarity, morale, group awareness, and attachment to a local territory.” (57). Part of the continuing appeal of Thrasher’s definition is the fact that it is sufficiently broad to apply to a whole range of social forms. This is a benefit, insofar as gangs are slippery social phenomena.³² (Rodgers y Hazen 2014, 6)

La categoría pandilla ha sido tan poderosa en el lenguaje cotidiano e institucional para nombrar este fenómeno, que esta forma de asociación delictiva ha sido fuertemente incorporada en la cultura urbana; los grupos juveniles, sea cual sea su índole o alcance, la adoptan para etiquetar y ser etiquetados. En los últimos años, el fenómeno de las pandillas ha tomado importancia en la opinión pública local y nacional. Artículos periodísticos hablan de 80, 110 o 150 pandillas reconocidas en la ciudad de Cartagena, pero las fuentes no son claras³³. En algunas entrevistas que mantuve con la policía ellos afirmaban tener conocimiento y registro de estos grupos: ¿cómo era eso posible?, ¿cómo podían censar, calcular estas cifras?, me preguntaba al comparar esos datos con mis registros de campo. Lo que encontré desmentía esas estadísticas: en cada calle que conforma los 11 sectores que tiene la localidad 2 (La Virgen)

32 “La definición más reproducida sigue siendo la propuesta original de Thrasher: ‘Una pandilla es un grupo intersticial, originalmente formado de manera espontánea y luego integrado a través del conflicto. Se caracteriza por los siguientes tipos de comportamiento: reunión cara a cara, agrupamiento, movimiento a través del espacio como una unidad, conflicto y planificación. El resultado de este comportamiento colectivo es el desarrollo de la tradición, la estructura interna irreflexiva, el espíritu de cuerpo, la solidaridad, la moral, la conciencia grupal y el apego a un territorio local’. (57). Parte del atractivo continuo de la definición de Thrasher es el hecho de que es lo suficientemente amplia como para aplicarse a toda una gama de formas sociales. Esto es un beneficio, en la medida en que las pandillas son fenómenos sociales resbaladizos”.

33 Según los datos de la organización Cartagena Cómo Vamos (2017), en su informe sobre calidad de vida en la ciudad, en el año 2016 habían registrado 55 pandillas, mientras que en 2017 la cifra establecía 34 (el 40% menos). También registran a 613 integrantes aproximadamente, divididos en 20 barrios, 23 líneas imaginarias, 20 cuadrantes y 13 comandos de acción inmediata (CAI) afectados por la presencia de pandilleros. Esta organización ciudadana obtiene sus datos directamente de las principales fuentes institucionales de la ciudad.

se encontraban decenas de pandillas; podrían ser miles en toda la localidad. Incluso, después de haber visitado La Virgen regularmente durante tres años seguidos, para mí era imposible estimar su número. Su dinámica de conformación y desarticulación no daba tiempo para establecer números; un día nacía una y al día siguiente desaparecía otra.

La sociología y los estudios urbanos en Colombia³⁴ han prestado poca atención a este tipo de violencia y fenómenos. Desde la década de 1950 los enfoques sobre la ciudad han seguido temáticas estructurales divididas en tres ejes: 1) décadas de 1950 y 1960: marginalidad, migraciones, procesos de urbanización; 2) décadas de 1970 y 1980: lucha de clases, renta del suelo, vivienda, política urbana del Estado, movimientos sociales; 3) décadas de 1990 y 2000: participación ciudadana, cultura urbana, violencia urbana, pobreza urbana, servicios públicos y globalización. Sin embargo, la mayoría de estos trabajos suelen tener un enfoque cuantitativo, por lo que el uso de datos de primera fuente y el trabajo de campo de larga duración han tendido a ser secundarios³⁵. En el caso del Caribe colombiano el escenario es aún peor³⁶.

La ausencia de investigaciones sobre la dinámica de la violencia que quiero explorar en este libro no solo no es preocupante por la importancia del tema, sino que revela la invención e invisibilización socioepistémica de un territorio y unas ciudades, que se han considerado en el imaginario colectivo y dentro del mundo académico como fuera de las dinámicas sociopolíticas que han situado el discurso y el contexto de las manifestaciones históricas de la violencia nacional en la región central del país³⁷. Este horizonte epistemológico aisló el contexto geoterritorial del Caribe colombiano del *continuum* de ese desarrollo histórico político, lo que enajenó y transformó discursivamente a la región en una periferia con una mecánica sociocultural imaginada alternamente respecto de lo que

34 Los artículos que citaré a continuación hacen parte de un compilado general e histórico de la bibliografía, la pedagogía y las principales temáticas en la investigación y la sociología urbana desarrolladas en Colombia. *Desarrollo histórico y perspectivas de la investigación urbana en Colombia 1960-1992*, de Orlando Sáenz Zapata (1993); “El estudio de la ciudad en los programas académicos de sociología de la Universidad Nacional de Colombia (1959-2004)”, de Franz Guzmán Gámez y José Luis Ortiz Hoyos (2005) y “La enseñanza de la sociología urbana en la Universidad Nacional (1975-2005)”, de Rocío Londoño (2005).

35 A excepción de algunos trabajos académicos como el de Camilo Torres (pionero de la sociología urbana en Colombia), el enfoque de la bibliografía mencionada tiende hacia el análisis cuantitativo.

36 Luis Sánchez (2003) hace una recopilación de las principales investigaciones realizadas sobre las ciudades del Caribe colombiano en las últimas décadas; el fenómeno de la violencia urbana no aparece en ninguna de estas. En el periodo de 1990 al 2000 los temas que tuvieron mayor importancia fueron: espacio público, historia urbana, ciudad y arquitectura, medioambiente e imaginarios urbanos. Desde la década del 2000 hasta el presente, los temas más relevantes han sido: ciudad y teoría, ciudad e industria, ciudad-región-Estado, participación ciudadana, ciudad e informalidad.

37 Sobre este tema véase el trabajo *La violencia en Colombia* (Guzmán Campos, Fals Borda, Umaña Luna 2005).

sucedía en las regiones centrales del resto del país, en donde la paz y el ideal de progreso socioeconómico seducían, a la vez que motivaban la migración hacia sus ciudades y periferias al imaginar al Caribe como un territorio alejado de las crueles dinámicas de la violencia histórica.

La trayectoria de los estudios sobre pandillas en ciencias sociales es extensa, desde el clásico *La sociedad de las esquinas* de William Whyte (2015), hasta el reciente *Gang Leader for a Day* de Sudhir Venkates (2008), pasando por los reconocidos trabajos de Dennis Rodgers sobre pandillas en Nicaragua (2003, 2006a, 2006b, 2008, 2009). Estos trabajos han contribuido al entendimiento de lo que sucede con los jóvenes en barrios pobres o guetos del continente americano. Al respecto, Rodgers y Hazen (2014) nos explican que:

The first generation of studies on gangs in the 1930s and 1940s were all more or less associated with the Chicago School of Sociology's social ecology approach and conceived gangs as epiphenomena of the "social disorganization" of poor urban areas" (see Shaw and MacKay 1942; Whyte 1943), but this changed radically from the 1950s onward. The social ecology approach saw gangs as partial replacement structures for crucial social and socializing institutions such as the family, school, or the labor market, which the poverty and administrative breakdown characterizing slums and inner-city areas had weakened or rendered dysfunctional. New approaches, however, portrayed gangs as reflections or examples of lower-class (sub)culture (Cohen 1955), forms of resistance to limited or "blocked" opportunities (Cloward and Ohlin 1960), male maturation processes and identity creation (Bloch and Niederhoffer 1958), and economic enterprise (Sanchez-Jankowski 1991; Padilla 1992) or else in terms of gang members' supposedly deviant or sociopathic personality traits (Yablonsky 1963), to list the main tendencies.³⁸ (10)

En Latinoamérica estas investigaciones son recientes en comparación con los Estados Unidos. Aunque existe una amplia bibliografía, muy pocos trabajos

38 "La primera generación de los estudios sobre las pandillas en los años 1930 y 1940 estuvo más o menos asociada con el enfoque de ecología social de la escuela de sociología de Chicago y concibió a las pandillas como epifenómenos de la 'desorganización social' de áreas urbanas pobres (ver Shaw y MacKay 1942; Whyte 1943), pero esto cambió radicalmente desde la década de 1950 en adelante. El enfoque de la ecología social veía a las pandillas como parciales estructuras en reemplazo de cruciales instituciones sociales como la familia, la escuela o el mercado laboral, y considera la pobreza y el fracaso administrativo que caracteriza los barrios marginales y las debilitadas áreas de la ciudad como disfuncionales. Este nuevo enfoque, sin embargo, retrata a las pandillas como reflejo o ejemplo de la (sub)cultura de las clases bajas (Cohen 1955), formas de resistencia que limitan o 'bloquean' oportunidades (Cloward y Ohlin 1960), procesos de maduración masculina y creación de identidad (Bloch y Niederhoffer 1958), iniciativas económicas (Sánchez-Jankowski 1991; Padilla 1992) o bien, en términos de personalidad, define los rasgos de los miembros de las pandillas como supuestamente desviados o sociopatas (Yablonsky 1963), solo para enumerar algunas de sus principales tendencias".

están basados en fuentes primarias, o en el contacto directo y participativo con los pandilleros. Dennis Rodgers y Adam Baird (2015) hacen una recopilación de las investigaciones más relevantes sobre pandillas en Brasil, Centroamérica y el resto de los países latinoamericanos donde la etnografía y los datos empíricos son de principal relevancia. De esa forma, la cantidad de bibliografía sobre el tema se reduce y su calidad aumenta considerablemente. Dentro de esta delimitación del análisis, las investigaciones sobre pandillas en Colombia se concentran en cuatro autores (Aricapa 2005; Baird 2009, 2012a, 2012b, 2015; Perea 2007; Riaño-Alcalá 2006). El estudio de Perea (2007) es una investigación comparativa de la violencia de pandillas en tres ciudades y fue realizado por uno de los investigadores mencionados; el resto de los trabajos se concentran en la ciudad de Medellín.

Rodgers y Baird (2015) señalan que en cada país hay un proceso particular que favorece la emergencia de pandillas, como sucedió con las maras centroamericanas asociadas con políticas de deportación o el ascenso del Primeiro Comando da Capital (PCC) en São Paulo (que gestiona el crimen, la violencia y el narcotráfico en las periferias de la ciudad) y el Comando Vermelho en Río de Janeiro (que disputa el control territorial de los morros para el narcotráfico³⁹). Centroamérica y Brasil son dos ejemplos de lo común y lo particular en la emergencia de estas manifestaciones de violencia a gran escala, contrario a lo que sucede en la articulación de las pandillas y el crimen organizado en Colombia.

Ambos autores insisten en la necesidad de profundizar en estas investigaciones para sobrepasar las temáticas que ellos consideran clásicas en esta área: 1) el arraigo social, 2) los vacíos gubernamentales y poderes paralelos, y 3) machismo/género⁴⁰. A partir de lo anterior, proponen una nueva agenda de investigación fundada en tres ejes: 1) la evolución de las pandillas, 2) sus dinámicas transnacionales, y 3) la política económica de la política de pandillas. De mi parte, agrego la necesidad de un cuarto punto: la relación entre segregación racial y violencia. La puesta en marcha de esta nueva agenda representa un salto cualitativo para abordar uno de los temas que presenta mayor complejidad en las ciencias sociales y la sociedad en general, debido al riesgo que sus implicaciones representan para el bienestar psicosocial y la seguridad pública.

39 Para observar el caso de Río de Janeiro, véase "Coisas da vida no crime: tráfico e roubo em favelas cariocas" (Grillo 2013).

40 Mediante el asunto del arraigo social, ambos autores hacen énfasis en la identidad, la proximidad y la pertenencia espacial de las pandillas con relación al barrio. El segundo tema se refiere a la toma del poder por parte de pandillas al ocupar territorios relegados, con lo que suplen el vacío de gobernabilidad del Estado y su frágil despliegue en dichos espacios. El tercer tema aborda la identidad de género, es decir, la producción de la masculinidad en los contextos de violencia.

En Colombia, Carlos Mario Perea (2007) investigó tres ciudades y comparó la actividad de sus pandillas: Barranquilla, Bogotá y Neiva. Desde los estudios culturales, el autor comprende la producción de estos grupos como culturas juveniles resultado de la expansión del mercado cultural en un mundo globalizado. El *tiempo paralelo* de las pandillas se configura, según Perea, como un universo subjetivo dividido en dos esferas: los que están dentro de las instituciones y son funcionales al sistema, y aquellos con una producción simbólica y material diferente a la del mundo normativo. Sin embargo, Perea olvida que la periferia es un espacio donde se convive en medio de una heterogeneidad estructural, mezcla que incluye economías simbólicas, mercados globales, criminalidad en todas sus manifestaciones materiales, incluso por las vías legales.

En las periferias de Cartagena los jóvenes no pretenden imitar un modelo *gangster* norteamericano, ni vivir al límite o en medio de excesos en una búsqueda superficial de saciar sus sentidos o instintos en la esfera del mercado de consumo; su apuesta es simple: deciden entre gestionar su vida o morir. Los jóvenes no buscan ostentar objetos, viven al máximo porque reconocen que no tienen otra opción; su concepto sobre la vida se relativiza al punto de vaciarla de significado. A lo largo de todo mi trabajo de campo decenas de personas sentenciaban que los “jóvenes se matan por nada”. Yo me negué a creer que esta afirmación fuera la respuesta para todo.

Desde su punto de vista, “matarse por nada” no tiene un fin en sí mismo porque no existe un juego que justifique la muerte. El cuerpo del otro pierde valor en un entorno donde el mercado de la violencia se supone debe establecer la economía política de la política de las pandillas; al no presentarse un mercado ilegal, simbólico y material a gran escala, se manifiestan a su vez, pero de manera precaria, una política criminal y una identidad colectiva que toman como referente la forma en que la M-13 y la C-18 se constituyen. Rodgers y Baird señalan al respecto:

From this body of work, a number of key insights regarding Central American gangs have emerged, including the fact that gangs are contextually but not necessarily causally associated with poverty, that structural links can be made between the post-Cold War emergence of gangs and the long history of insurrection and resistance to oppression in the region, and that no single factor explains gang membership or the life course of individuals after they have left the gang. Stereotypical “determinants” such as family fragmentation, domestic abuse, or a particular psychological makeup have been shown not to be consistently significant, and the only factor that has been reported as systematically affecting gang membership is religious, insofar as evangelical

Protestant youths tend not to join gangs, and conversion is a common means of leaving the gang, whether in terms of being one of the few possible exit strategies in El Salvador, Guatemala, and Honduras (along with death and migration), or as a means of adopting a new persona and a definite set of non-gang behavior patterns in Nicaragua.⁴¹ (Rodgers y Baird 2015, 4)

La perspectiva de análisis estructural que establece relaciones directas entre la pobreza material y la producción de violencia ha sido un tema ampliamente estudiado en las ciencias sociales latinoamericanas (Cordera, Ramírez y Ziccardi 2008). Aunque relevante, este enfoque resulta limitado para entender la dimensión dinámica de los elementos y hechos que se interconectan, por ejemplo, en una pandilla en un barrio periférico: la intersección heterogénea de otra serie de factores le agregan complejidad al análisis con el cual se debe abordar sociológicamente esta problemática. Lo que he observado en el barrio Olaya-sector Rafael Núñez en parte confirma y en parte contradice la dinámica estructural y sociopolítica que dio pie al desarrollo de las reconocidas pandillas centroamericanas. Por ese motivo, esta investigación busca hacer una lectura del desarrollo comparado de la criminalidad. Más que continuar analizando la pandilla como un objeto, me interesa apuntar hacia el conjunto de factores que en Colombia, atomizada por diversas organizaciones criminales, se produce. Lo que sintetizo aquí nos puede aproximar a comprender las bases sociales del crimen en el Caribe colombiano.

La precariedad material en el barrio Olaya-Rafael Núñez no solo me reveló efectos crónicos de la violencia estructural, sino también la paradoja de encontrar dentro de la periferia la marginalidad del crimen, es decir, el nacimiento y la conformación en un mismo lugar de organizaciones criminales precarias, eficientes e incluso avanzadas cuando se compara la organización interior de estas pandillas con el despliegue global que tuvieron los carteles y las recientes narcoorganizaciones ilegales que tomaron su lugar.

41 “De este cuerpo de trabajo se desprenden algunas observaciones clave sobre las pandillas en Centroamérica, incluyendo el hecho de que son contextual pero no causalmente asociadas con la pobreza; que se pueden realizar conexiones estructurales entre el período posterior a la Guerra Fría, la aparición de pandillas y la larga historia de insurrección y resistencia contra la opresión en la región; y, finalmente, que un solo factor no explica la pertenencia a una pandilla o el curso de vida de los individuos una vez la abandonan. Se ha reportado que estereotipos ‘determinantes’ como la fragmentación familiar, el abuso doméstico o las afectaciones psicológicas no son factores consistentemente significativos; la religión es el único aspecto que ha reportado una afectación sistemática en la vinculación con las pandillas. En efecto, se ha encontrado que los jóvenes evangélicos no tienden a involucrarse en las pandillas y que la conversión evangélica es uno de los medios más comunes para dejarlas, sea porque es una de las pocas estrategias de salida existentes (junto a la muerte y la migración) como ocurre en El Salvador, Guatemala y Honduras, o porque les permite adoptar una nueva personalidad distante de los patrones de comportamiento pandillero, como ocurre en Nicaragua”.

DEL CAPITAL CULTURAL AL CAPITAL DELICTIVO Y EL *HABITUS* CRIMINAL

Conforme a lo anterior, empleo las categorías bourdievinas de *capital cultural* y *habitus* para analizar esos espacios de construcción criminal a la luz de los relatos y trayectorias de vida de mis interlocutores. En *Actes de la Recherche en Sciences Sociales* se argumenta que:

La noción de capital cultural se utiliza para dar cuenta de la desigual adquisición de logros escolares en niños que pertenecen a diferentes clases sociales, relacionando su éxito de acuerdo a la desigual distribución de capital cultural estructuralmente presente en las diferentes clases sociales. El punto de vista de la sociología de la cultura y la educación en Bourdieu propone una ruptura con el enfoque que piensa el éxito o el fracaso escolar como efecto de aptitudes naturales; lo mismo sucede con las teorías del capital humano. Los economistas no toman en cuenta lo que está oculto y determina socialmente las inversiones educativas: la transmisión doméstica de capital cultural. Pues ignoran que la aptitud y el don son también el producto de una inversión en tiempo y capital cultural. El rendimiento escolar de la acción educativa depende del capital cultural previamente invertido por la familia y el rendimiento económico del título depende del capital social, también heredado. El capital cultural puede existir bajo tres formas: en el *estado incorporado*, es decir, bajo la forma de disposiciones duraderas del organismo; en el *estado objetivado*, bajo la forma de bienes culturales, cuadros, libros, diccionarios, instrumentos o maquinaria, los cuales son la huella o la realización de teorías o de críticas a dichas teorías, y de problemáticas, etc., y, finalmente, en el *estado institucionalizado* como forma de objetivación muy particular, porque tal como se puede ver con el título escolar, confiere al capital cultural —que supuestamente debe de garantizar— las propiedades totalmente originales. (Bourdieu 1987, 11)

Por otro lado,

el *habitus* se define como un sistema de disposiciones durables y transferibles, estructuras-estructuradas predispuestas a funcionar como estructuras-estructurantes que integran todas las experiencias pasadas y funciona en cada momento como matriz estructurante de las percepciones, las apreciaciones y las acciones de los agentes de cara a una coyuntura o acontecimiento y que él contribuye a producir. (Bourdieu 1972, 178)

Años de observación participante me llevaron a pensar en una dimensión opuesta al positivismo estructuralista de Bourdieu. Entonces, cruzando voces de distintas generaciones me pregunté: ¿es posible pensar el mundo del crimen

usando los conceptos de Pierre Bourdieu? Para mi sorpresa, cuando analicé con cuidado la trayectoria de vida de mis interlocutores, encontré un fuerte parecido en la forma en que la estructura sociopolítica y económica ejerce una aplastante, pero a su vez deconstructivista, presión en poblaciones pobres, lo que produce y reproduce una forma de capital social al cual aquí doy por nombre *capital delictivo*.

Con esta categoría pretendo situarme en el universo de las prácticas ilegales. De la misma forma en que se distribuye el capital cultural en la educación escolar, el arte, las profesiones o dada la distinción de clase, en la cultura callejera de la periferia se puede observar también con igual eficiencia esta dinámica constructorista. No se nace bandido, se aprende a serlo. Como si de una escuela se tratara, el capital delictivo se adquiere o se hereda, dependiendo del entorno en el que el sujeto se encuentra, socializa e incorpora la cultura callejera en su vida cotidiana. Con este enfoque no pretendo ser determinista ni causalista al situar a la pobreza como la génesis del mundo criminal. Con la categoría de capital delictivo me refiero al potente capital cultural que sobre el tema se cultiva a modo de saberes, tecnologías y ciertas prácticas situadas en ese universo callejero. Más allá de redundar sobre rígidas concepciones estructurales para interpretar la formación de la cultura criminal, lo que me interesa es analizar la plasticidad en sus formas de incorporación y acción.

Los estudios clásicos sobre la pobreza y/o las teorías sobre la criminalidad produjeron abordajes esencialistas en torno a la cultura de los pobres y la cultura criminal; de cierto modo, la mirada sobre los marginales se redujo a un esencialismo patológico que adjudicaba la responsabilidad de su pobreza a los mismos pobres. Aunque este debate haya avanzado hacia otras aproximaciones teóricas mejor elaboradas, tal narrativa continúa vigente en el discurso neoliberal de los partidos de derecha populistas latinoamericanos. El análisis de las actividades criminales en Colombia requiere de innovadoras perspectivas de interpretación que nos permitan a la vez reducir la distancia que la centralidad de los estudios sobre la violencia política/armada ha establecido sobre otros fenómenos, por lo que han sido eclipsados; con ello se ha subestimado el desarrollo de otras formas de acción criminal al margen de las grandes estructuras que desde la década de 1980 reinaron en Colombia. La emergencia de la narcocultura y su economía política media en la compleja interfaz pobreza-juventud-trabajo-consumo-violencia, y redefine desde lo local el alcance del desarrollo de la cultura criminal en contraste con lo nacional, aspecto que al final del texto propongo llamar *criminalidad avanzada*.

El amplio repertorio de prácticas denominadas delictivas que observé durante mi trabajo de campo demostrará al lector las frágiles fronteras entre lo

lícito y lo ilícito, lo legal y lo ilegal; los intersticios por los cuales los marginados fluyen, incorporan o interpelan la noción de ciudadanía. Para la mayoría de mis interlocutores, hacer parte de una pandilla, organización criminal, o cualquiera otra denominación grupal al margen de la ley, comprendía una parte de sus vidas, mas no su totalidad. El intrépido desplazamiento de una facción hacia otra me mostraba plásticas formas de incorporación tanto de un discurso como de una praxis bélica en sus vidas cotidianas, sin que esto representara un radicalismo extremo. La supervivencia de muchos de ellos se ha fraguado bajo el saber de conocimientos adquiridos y heredados de las experiencias ganadas en medio de estos polifacéticos escenarios conflictivos; por lo tanto, el capital delictivo no debe ser entendido como una categoría determinista que pueda ser empleada para criminalizar a un sujeto o su praxis, sino para observar el entramado de relaciones e interacciones que soportan la vida de los sujetos en las periferias o márgenes urbanas.

Pensar en la producción del *habitus* criminal también nos ayuda a comprender de otro modo las estrategias de supervivencia que gran parte de estos jóvenes deben asumir, pertenezcan o no al mundo del crimen. La cultura del crimen no es algo que ataña únicamente a los forajidos, marginales o marginalizados. En territorios precarios como el descrito aquí, esta puede llegar a ser asumida por toda una comunidad, por ejemplo, mediante acciones como conectarse ilegalmente a postes de energía o tuberías de agua; asociarse entre vecinos para impedir la legalización de tales servicios e incluso de sus predios para evadir impuestos; encubrir robos, a victimarios de robos o violencias o patrocinarlos; apropiarse del mobiliario público de la ciudad; además de tener que conocer a fondo la dinámica bélica de las pandillas que circulan en estos territorios. Esto demuestra no solo el variopinto espectro de prácticas criminales/ilegales que caracteriza la convivencia comunitaria, sino que manifiesta a su vez la agencia pragmática de los subalternos para sobrevivir.

Es por ello que el *habitus* criminal integra niveles diferenciados de apropiación, los cuales varían según los valores subjetivos y objetivos que los sujetos adjudiquen a las prácticas que les resulten más ventajosas para su supervivencia. Si bien este *habitus* puede operar en función de una resistencia por parte de la comunidad frente a las adversidades, principalmente ocasionadas por los conflictos territoriales entre pandillas, también puede resultar en la profesionalización de la vida delictiva en el mundo del crimen. Frente a lo anterior, hay que mencionar que esto no sería posible sin la interferencia de los efectos propiciados por la economía política del necropoder.

Por lo tanto, el despliegue del Estado necropolítico, además de descartar la vida como una política propia mediante la gestión del territorio y la población,

también amplía su maquinaria del terror al consolidar un campo de poder laboral, educativo, económico, ético y cultural; formas de producción desiguales y combinadas adoptadas e incorporadas por los sujetos en la periferia. Se desarrolla así un *habitus* encaminado hacia el mundo del crimen y las economías ilegales. Cabe mencionar que con este argumento no se trata de caer en generalizaciones, sino de exponer los elementos de un campo con la potencia de despliegue y absorción para convertir esa serie de nuevas prácticas, lenguajes, estrategias y formas de organización violenta en características de sentido común adaptadas, incorporadas e introyectadas en la vida cotidiana de los jóvenes y pandilleros de Cartagena.

DE LA INCERTIDUMBRE DEL ETNÓGRAFO HACIA UNA ETNOGRAFÍA DEL TEJIDO

El principal problema al que me enfrenté para desarrollar esta investigación fue de carácter metodológico: ¿cómo conocer a los pandilleros?, ¿cómo acercarme al mundo de las pandillas desde un enfoque sociológico? Llevaba diez años de no vivir en Cartagena, de modo que me era imposible entrar directamente a alguno de los principales barrios periféricos sin que mi vida corriera peligro. Si bien observar y participar con prudencia en la dinámica de este complejo espacio me permitió moverme performativamente entre la conversión y la inmersión cultural, la inserción en el campo me ampliaba este horizonte y, conforme reflexionaba sobre la objetividad de la acción etnográfica, evidencí que su éxito no radica en el uso eficiente de las técnicas, sino en el empleo creativo y combinado que haga el investigador de ello sin arriesgar su vida. En el caso de las investigaciones sobre pandillas, Dennis Rodgers (2008) considera:

Es primordial que el antropólogo pandillero viva en esa doble realidad durante un tiempo prolongado, para que lo cotidiano se haga explícito y para que lo que la gente dice que está haciendo se ponga a prueba en la vida diaria con lo que realmente está haciendo. Este contraste, importante para entender la organización de las vidas de los pandilleros, requiere de tiempo. Y requiere de inmersión en otro papel social. Inmersión, no conversión. En todos los momentos de la vida, todos jugamos varios papeles sociales y un antropólogo, en el curso de sus investigaciones, tal vez juega más papeles aún. No deja de ser antropólogo cuando es pandillero ni tampoco se hace un pandillero exactamente como lo son los demás. (4)

La percepción de inseguridad era mucho peor de lo que yo creía, pues había en la ciudad un discurso del miedo colectivo que estigmatizaba principalmente

las áreas fuera del Centro Histórico. Los periódicos locales no paraban de presentar diariamente imágenes y crónicas sobre jóvenes muertos en enfrentamientos entre pandillas⁴². Esta dificultad de entrar al campo me obligó a buscar otra vía que me respaldara. Durante esta búsqueda encontré una importante ONG, la cual se encontraba ejecutando proyectos contra la pobreza extrema y programas de educación enfocados en población infantil y de la tercera edad; de esta forma generaba alternativas de desarrollo e inclusión social para la comunidad. Con ellos me vinculé como voluntario en un proyecto. Mi idea fue ayudarles a establecer relaciones con el mundo académico por medio de publicaciones que hablaran sobre el impacto social de sus programas en revistas locales, nacionales y extranjeras.

Uno de los proyectos insignia de esta ONG tenía como objetivo principal generar, a través del emprendimiento solidario, recursos económicos para las familias más pobres del barrio. El programa de “Patios productivos o huertas urbanas” logró tener gran acogida y éxito en decenas de familias en Olaya-Rafael Núñez; la organización se encarga de dar ayuda técnica, material y asistencia psicosocial a los participantes. Esta es la única área de trabajo de la ONG que tiene contacto directo y regular con la comunidad. El director de este proyecto visitaba las granjas y los patios de los beneficiarios al menos dos veces por semana.

Por medio de este proyecto y del capital social de Fernando, su coordinador, conseguí tener acceso al barrio y su vida cotidiana. Durante dos semanas lo acompañé en sus visitas de asistencia técnica, dos o tres veces por semana. Estas visitas fueron fundamentales para comenzar a construir una distancia inductiva del carácter deductivo de mi primera propuesta de investigación, después abandonada. La experiencia de inmersión superó mis expectativas, pues amplió y deconstruyó ideas que hasta el momento creía capaces de explicar el problema de las pandillas y sus violencias. Esta experiencia no solo me llevó a extender mi horizonte de investigación, sino también a reflexionar sobre la metodología etnográfica.

Esta investigación tiene como base empírica la observación participante, clásica técnica de investigación antropológica⁴³. Desde el inicio de la inmersión en campo me encontré en desventaja; sin embargo, no quería describir mi experiencia etnográfica como un encuentro con lo exótico. El hecho de haberme

42 Según el periódico local, la cifra de muertes para diciembre del año 2014 fue la más alta desde 2011: aproximadamente 276 registradas legalmente, según las estadísticas de la policía local (“2014 registra el mayor número de homicidios” 2014).

43 Desde los precursores del trabajo de campo en la antropología (Malinowski 2001), pasando por la descripción densa de Geertz (1996), hasta los estudios sobre poder, política y colonialismo de Erick Wolf (1987), y más recientemente las investigaciones en antropología urbana de Philippe Bourgois (2010), me inspiran y sustentan mi metodología de investigación.

adentrado en un espacio peligroso no significaba que esa labor me llevara al éxito; quiero aclarar que el esfuerzo invertido en esta odisea no se asimila a la proyección personal de un *cowboy* en búsqueda de toros salvajes en medio del desierto. La violencia, la muerte y el sufrimiento de otros no pueden ser vistos como objetos ni como fetiches de investigación. Entré a Olaya-Rafael Núñez con una convicción política, seducido con la idea de visibilizar una realidad sociourbana periférica. Mi visión de la etnografía en un principio fue más política que académica, pero, a medida que me involucraba en el campo y la vida cotidiana de mis interlocutores, mi enfoque tomó otra dirección, con una reflexión y autocrítica constante sobre mi participación. La dinámica de ser observador y participante me mostraba aspectos polifacéticos que incidieron en que mi análisis se sustentara en una sociología reflexiva⁴⁴ (Bourdieu y Wacquant 2008).

Aunque pude haber vivido en el barrio durante meses, mis interlocutores no me lo recomendaron. Debido a la inestabilidad de la violencia, no tenía garantía de seguridad a largo plazo. Varios aspectos jugaron a mi favor y en mi contra durante mi observación participante. De este modo, mi trabajo de campo estuvo fragmentado en periodos de tiempo regulares e irregulares que iniciaron a finales del 2013 y terminaron a mediados del 2017. En diciembre del primer año y durante los dos primeros meses de 2014 realicé mis primeros contactos con la ONG. Sin mucho éxito, intenté en varias ocasiones entrevistarme con funcionarios públicos de la alcaldía local; busqué información en fuentes primarias relacionadas con políticas públicas o proyectos dirigidos a los jóvenes y pandillas de la ciudad; incluso intenté verme con el alcalde sin mucho éxito. La información estadística que encontré tanto en las instituciones públicas como entre integrantes de la Policía carecía de soporte en fuentes primarias. Los datos variaban según el comandante de Policía, el funcionario público o el alcalde de turno.

A inicios del 2015 me fui a Cartagena e inicié una inmersión en campo de tres meses. Visitaba Olaya-Rafael Núñez con una regularidad de dos a tres veces por semana, trabajando con la ONG. Luego seguí de manera independiente, pero asociado con uno de los principales líderes comunitarios del barrio. En esos tres meses de intensa etnografía conseguí tener una panorámica general y establecer

44 Con menor incidencia en la antropología que en la sociología, la necesidad de hacer una reflexión sobre los datos recogidos en campo, insistiendo en la necesidad de volver luego a este, le ha facilitado a la disciplina desarrollar debates con mayor profundidad y avanzar en el desarrollo de las técnicas etnográficas, que en sociología no se han dado con igual ímpetu. Las contradicciones que genera volver al campo una y otra vez, la participación observante y, en especial, la elaboración teórica traída al campo por la etnografía son algunos de los aspectos que Michael Burawoy propone abordar en su artículo "An Outline of a Theory of Reflexive Ethnography" (2003). También propone, al igual que Bourdieu y Wacquant (2008), una etnografía reflexiva desde la sociología.

a aquellos interlocutores y procesos internos que me servirían de guía durante el resto del trabajo. Regresé a Brasil a organizar mis notas y redireccionar mi propuesta de investigación. La experiencia directa en Olaya-Rafael Núñez, la inmersión sociocultural y el diálogo con mis interlocutores cambiaron por completo mis hipótesis y objetivos de investigación.

Volví a Cartagena en agosto del mismo año con una agenda de trabajo enfocada en profundizar mi relación con los líderes de La Cívica, pero para mi sorpresa John, quien hasta ese punto era mi principal interlocutor, había sido expulsado del barrio y su grupo de vigilancia, desintegrado. El azar jugó a mi favor; no demoré mucho en conocer a Jeison, el nuevo líder de este grupo, quien lo renovó por completo⁴⁵. Abierto y con una actitud relajada, Jeison me introduciría plenamente en la cultura callejera de Olaya-Rafael Núñez: por un lado, desde su vida cotidiana y, por el otro, desde su figura como guardián de la comunidad. De agosto a diciembre del 2015 visité regularmente el barrio dos o tres veces por semana solo o en compañía de él, especialmente en las tardes.

Finalmente, decidido a profundizar mi experiencia en campo y mi observación participante, me mudé a Olaya-Rafael Núñez el 6 de enero del 2016 a un modesto apartamento rentado. En el transcurso de un mes me integré durante día y noche en la vida del barrio. Registré los vacíos que habían quedado de mis anteriores visitas; y sentí en carne propia el miedo, la ansiedad y la alegría que también se vive en la periferia. Participé en las actividades de la iglesia evangélica del pastor Martín y también trabajé con La Cívica vigilando las calles⁴⁶. Después

45 Las comunicaciones con Jeison se realizaron en Cartagena entre los años 2015 y 2017.

46 Para la antropología, la inmersión en el campo presupone un abordaje descentralizado entre el investigador y su objeto; por ello, la observación participativa permite comprender un lenguaje y una mirada que emergen desde los participantes, y el observador es un intermediario interpretativo. La inmersión también presupone una posición ética que debe mantener a raya al observador de involucrarse en dinámicas que pongan su vida en riesgo o actúen en contra de la ley. Para esta investigación mi posición ética trató de respetar límites de involucramiento con la comunidad. No obstante, en algunas ocasiones mi posición como investigador fue más allá de la de un observador participante; entrar en diálogo con diversas pandillas, organizaciones criminales o líderes comunitarios representa un costo social muy alto. Aunque desde un inicio yo haya delimitado mi participación observante, comunicación e interacción con cada uno de estos actores y me haya situado en una posición de neutralidad, la inmersión en campo me llevó a experimentar momentos de no retorno en los cuales no había forma de tomar una posición ética neutral debido a la compleja dinámica de la inseguridad. Para las pandillas de otros territorios yo representaba otro enemigo más por combatir, y no pertenecer a algún bando haría de mí un blanco fácil. Desde un punto de vista estrictamente disciplinar, la pertenencia o adscripción ideológica a alguno de los grupos en mención puede ser considerada una falta a la ética del investigador parcial; sin embargo, en contextos de extrema vulnerabilidad considero que esta posición debe fluir según las circunstancias de peligro que pueda enfrentar el investigador, sin que esto lo vincule ideológicamente y sin que avale éticamente la praxis de sus interlocutores. Si bien en La Cívica existía un número considerable de armas, solo unos pocos habían disparado alguna vez, pero no necesariamente contra otra persona. El porte de armas tendía a estar relacionado más con prácticas simbólicas de intimidación que con acciones letales. Por ejemplo, una noche Javier me confesó que nunca había disparado esa arma y que esperaba nunca hacerlo.

de esta breve pero intensa inmersión etnográfica en el primer semestre del 2016, reduje la frecuencia de mis visitas al barrio a solo una vez por mes, pero amplí mi comunicación y el contacto con la mayoría de mis interlocutores usando las redes sociales Facebook y WhatsApp, que fueron de gran ayuda.

Hablar con mujeres adolescentes o con hombres desconocidos se convirtió en un problema cuando yo no estaba claramente identificado como participante en las labores de la ONG. Los niños buscaban atención y los ancianos mi ayuda; para muchos de ellos yo era un benefactor, una fuente de paternalismo y filantropía de la empresa privada. Instrumentalizado, era de lejos reconocido como un proveedor al cual mendigar ayuda. Hombre “blanco” de clase media, con otro acento, yo recreaba perfectamente la desigual relación entre el colonizador y el esclavo, paradójicamente dos siglos después de la emancipación colonial en Colombia.

Este sistema de privilegios de clase racializados se interponía en mi intención de desarrollar una interacción/observación sin preferencias ni ventajas. Convencido de que este camino no llevaría a un conocimiento relativamente neutral, abandoné la ONG para abrirme paso en Olaya-Rafael Núñez. El ser considerado “blanco” me abrió algunas puertas, pero también me cerró otras. No obstante, conseguí superar estas desventajas trabajando de forma conjunta con el pastor Martín ofreciendo a la comunidad, especialmente a los niños, un proyecto pedagógico y cultural. Fue de ese modo que durante mi residencia en Olaya-Rafael Núñez, y con la ayuda de un colectivo audiovisual llamado Canal Cultura, creamos un ciclo de cine enfocado en reflexionar en torno a temáticas afines al entorno: derechos humanos, infancia, adolescencia, resiliencia y diversos tipos de violencias que afectan a las comunidades pobres.

La acogida fue masiva: niños, adolescentes, padres de familia e incluso pandilleros asistían a nuestras funciones. Aprovechaba ese momento para iniciar con ellos diálogos reflexivos. De tal tamaño fue su atención que una noche, mientras proyectamos una película, hubo una persecución en moto entre la policía y un par de bandidos que sucedía al lado del lugar donde estábamos. En dos ocasiones pasaron los policías disparando. Algunos niños se levantaron para seguir el recorrido de las motos, pero la gran mayoría continuaron sentados, atentos al desarrollo del filme. Tampoco quisiera promoverme por haber realizado alguna redención humana o filantrópica con este proyecto, sino retribuir a la comunidad a modo de *contradon* (Mauss 2009) por permitirme desarrollar esta investigación, ofreciendo actividades alternativas para cubrir el tiempo de ocio de niños y adolescentes. También y sin esperar nada a cambio, este ejercicio nos protegió y abrió el camino para que mi colaborador de investigación y yo pudiéramos movernos con seguridad durante nuestras

jornadas nocturnas de grabación en la zona cargando equipos audiovisuales sobre nuestros hombros.

Mi *rapport*, llevado al extremo, me ayudó a mimetizarme entre los jóvenes usando un lenguaje y dinámicas callejeras comunes, lo que me permitió un limitado y temporal acceso a determinados espacios de interacción. No obstante, aunque ellos tuvieran dudas sobre mi identidad, conseguí extender una red de confianza a lo largo de mi observación participante. Para ser aceptado en una comunidad callejera, el tiempo de participación no es suficiente. La desconfianza es una condición previa que, en las duras condiciones de vida en la periferia, cohesiona, divide y segrega; esto responde así al estado de paranoia colectiva (Zoja 2013) que despierta el extraño en el espacio de la cultura del terror. El filósofo Luis Fernando Cardona (2013, 309-310) comenta al respecto:

El proceder paranoico cierra al individuo en una profunda soledad que impide la interacción efectiva con los otros, pues lo aísla y encierra en un sí mismo autorreferencial que niega todo verdadero contacto con los demás, al asumirlos simplemente como extraños o enemigos potenciales.

El desbalance y el balance de la autoestima son abordados seguidamente en estos términos:

Con esto, la imagen que se tiene de sí mismo se ve tergiversada por la megalomanía, que sirve a la vez de mecanismo compensatorio a la sensación de ser poca cosa frente a la presencia abrumadora de una imagen falseada de lo otro, los otros y de su vínculo.

Esto, según Cardona, genera envidia, de donde a su vez se crea un nuevo complejo: la sospecha indiscriminada ante todo y ante todos que cierra el universo de posibilidades del individuo y lo aísla, presa de un sentimiento de ser víctima de una especie de conspiración que busca sacarlo de juego. “Obviamente, las respuestas que el individuo paranoico da a las dificultades con las que se topa son siempre exageradas, pues son producto de una falsa comprensión de la realidad y de sus posibilidades de intervención en ella”.

Apegado a la tradición antropológica del cuaderno de campo, tomaba nota de cada una de mis visitas y encuentros con personas. Mi observación participante variaba según las circunstancias. Me integraba activamente (cuando era posible) en los lugares donde los jóvenes pasaban mayor tiempo: el principal parque del barrio, las tiendas de esquina, bares, iglesias, sus casas y la calle. En espacios como el parque me situaba como un observador abierto

a escuchar e interactuar lo estrictamente necesario para no atravesar límites que pusieran mi vida en riesgo. En sus casas, en la calle y en tiendas de esquina tuve una vocación más participativa. Ambos escenarios resultaban en un ejercicio de estrategias eclécticas al momento de profundizar temas sensibles en mis entrevistas.

El uso de la cámara de video no solo fue fundamental para registrar el paisaje urbano, sino también para provocar espacios de interlocución sobre temas a los cuales no conseguía tener acceso en entrevistas individuales ni en mi observación participante, debido al mayor tiempo de reflexión que la cámara me permitía tener con mis interlocutores⁴⁷. De una docena de intentos, solo en cuatro ocasiones conseguí programar entrevistas de este tipo: una al pastor Martín, dos a los expandilleros Roberto y Leonardo (una de estas por azar), y la tercera a Jeison y sus colegas de trabajo. Estas entrevistas se extendieron por más de una hora y tuvieron como hilo conductor preguntas relacionadas principalmente con su historia familiar: actividades laborales, trayectorias en el mundo del crimen, sus estrategias de supervivencia, educación, relatos sobre violencia, opiniones sobre política, el presente o el futuro del barrio, la ciudad, la pobreza, la desigualdad de género o la identidad étnica.

Intenté relacionar mis preguntas (a la vez que dudas sobre mis objetivos de investigación) una con otra cuando ellos respondían, con el propósito de construir un hilo conductor progresivo. En muchas ocasiones sus respuestas abordaban temas que no esperaba encontrar, de modo que me dejé llevar por su discurso, siguiendo, cruzando y buscando direccionar esa información hacia áreas de mi interés. La cámara, como intrusa, me dejó no solo adentrarme en una narrativa histórica y descriptiva al permitirme tener acceso a un discurso desarrollado también desde ellos para analizar la forma y los hechos que originaban la violencia entre las pandillas.

Frente a la cámara me dejaron ver y escuchar una parte de ellos que en ningún otro momento de mi trabajo de campo tuve permiso de conocer. Por esta razón, con Roberto y Leonardo, después de ocurridos estos encuentros, no volví a tener la misma relación de cercanía. De hecho, se rehusaron a ser entrevistados de esa forma otra vez, quizá porque pensaron que se exponían demasiado o, en la esfera personal, por haber tocado temas sensibles de sus

47 Al hacer uso de la cámara se debe estar atento al filtro narrativo que el entrevistado emplea para responder a preguntas que no lo perjudiquen legalmente. Más aún cuando se trata de personas involucradas con el mundo criminal. La introducción de la cámara me funcionó como un elemento enlazador de otras técnicas de investigación para entrecruzar información dispersa. De hecho, cuando apagaba la cámara mis interlocutores profundizaban en datos sobre crímenes o actividades ilegales que ellos no querían comentar en video, los cuales pude registrar en mis notas y en la grabadora de audio que conjuntamente usaba con la cámara.

vidas. La cámara me funcionó tanto como un elemento de registro como para crear escenarios de interacción autorreflexivos. En este punto pienso en la entrevista audiovisual empleando el *zoom* de modo metafórico: al mismo tiempo que, de un lado, lograba tener un acelerado acercamiento al objeto de mi interés; de otro lado podía producirse también un súbito alejamiento del objeto respecto del ojo del etnógrafo.

El lado positivo de este acelerado acercamiento quedó registrado una noche que seguía las tareas de vigilancia de Jeison y La Cívica al detalle (segunda parte del libro). La cámara me permitió presenciar escenas de alto riesgo; tener acceso visual a elementos físicos; y alcanzar comprensión del territorio, las prácticas y la organización socioespacial de los diferentes actores que componen la periferia. La intervención de la cámara junto con la participación de mi asistente generaba más preguntas y participación de parte de mis interlocutores, quienes, emocionados por este registro, me llevaban a los lugares más peligrosos, las fronteras donde se libraban batallas entre las pandillas o bandidos, según decían, “porque el mundo necesita saber lo que sucede en Olaya”.

En ocasiones de plena confianza sacaba mi grabadora para registrar las conversaciones espontáneas que se desarrollaban de forma individual y/o colectiva en mi interacción con ellos. Tomaba nota solo hasta volver a casa. Logré recolectar más de mil páginas sumando la transcripción de entrevistas, reflexiones y pequeños apuntes. En una ocasión, Leonardo me pidió que apagara la grabadora cuando al final de una reunión (grupo focal) en el patio de su casa no quería que quedara registrada la descripción completa del día en que fue a cobrar venganza de la persona que meses atrás le había disparado en la pierna. A pesar de haber tenido la oportunidad de darle muerte lo dejó vivir, no sin antes haberle disparado en público y de haberlo herido en sus piernas dos veces.

En ese contexto de constante tensión no era fácil desarrollar entrevistas a profundidad con jóvenes pandilleros. El hecho de que sospecharan de mí no era el único problema, también lo era encontrar el momento adecuado para abordarlos. La paciencia no es un estado de ánimo que cultiven con virtud los jóvenes en la calle. Atomizados entre sus actividades laborales, familiares, amorosas y su vida callejera, dar con ellos dependía más del azar que de la planificación. De esa manera experimentaba la incertidumbre del etnógrafo. Ante esta situación me preguntaba cómo tejer una narrativa de largo alcance en este escenario de incertidumbre. Parecía imposible.

Historias sin terminar, largos silencios, omisiones, secretos, discursos editados, censurados: la realidad de los jóvenes en la periferia se me presentaba en fragmentos; mi tarea, juntarlos de la manera en que otros etnógrafos e

historiadores lo lograron anteriormente⁴⁸ (Clifford 1995, 1999; Geertz 1996, 1997; Marcus 1998; Reynoso 2003). Apoyado en mi extensa red de interlocutores e inspirado por una antigua forma de tejido precolombino, pensé mi etnografía como una *trama y urdimbre*: esto no solo me resolvió el problema de las fragmentaciones, sino que sustenta el estilo narrativo del presente trabajo.

La urdimbre son los hilos conductores, aquellos relatos de vida en los que planteo y desarrollo mis objetivos basados en problemáticas particulares, los cuales ordenan y guían el tejido, trayectorias de vida que van de un punto a otro conectándose con nuevos tejidos. La trama, en cambio, es el contrahilo que teje la urdimbre para dar forma a la tela. Por medio de relatos y fragmentos narrativos que recopilé en medio de mi observación participante y segundas fuentes, reconstruí —luego de meses, incluso de años, de trabajo de campo— la trayectoria completa de aquellas historias inconclusas, por ejemplo, las de Leonardo, Roberto, Candela, Jeison, John y Rubén.

Así, me atrevo a pensar en una etnografía del tejido, usando aquí la técnica de urdimbre y trama para dar forma y contenido a los vacíos, incertidumbres y riesgos que en el trabajo de campo en lugares considerados peligrosos puedan presentarse al investigador. Además, pienso en tejer una narrativa que de principio a fin se entrecruza con los relatos, historias, narrativas de vida de cada uno de estos interlocutores, para crear así un tejido en espiral que va y vuelve analizando interseccionalmente la emergencia de las pandillas, sus actores y formas de violencias.

LA ESTRUCTURA DEL TEXTO

He dividido este libro en tres partes articuladas entre sí. Mi objetivo, ilustrar la secuencia de una investigación con actores, espacios y tiempos de participación diversos a partir de un análisis sincrónico de la realidad de su vida cotidiana. Pretendo, sociológicamente, establecer una narrativa diacrónica con la cual se pueda explicar la emergencia de la actual y cruda violencia que se vive en las periferias pobres de Cartagena de Indias.

48 Especialmente en la disciplina de la antropología se produjo una crítica y una ruptura epistémica que cuestionó la objetividad del discurso y la praxis antropológica desde sus bases. En los años ochenta nació lo que se denominó la *antropología posmoderna*. Esa nueva corriente reflexiva apuntaba a cuestionar la autoridad etnográfica, la mediación de los interlocutores, y la pretensión del autor al interpretar la voz o la realidad de los otros desde una perspectiva interpretativa, en apariencia neutral y científica. La extensión del trabajo de campo, el abordaje de un espacio, la construcción de narrativas y el enfoque interpretativo de las historias o relatos de vida de los mal llamados informantes también han sido replanteados en su forma y contenido, lo que ha reconsiderado y ha abierto la disciplina hacia otros horizontes epistémicos que exploren el concepto de cultura, la cultura y la diversidad cultural.

Cada una de las partes, su orden, contenido y argumentación responden a un objetivo y a una idea concreta que se desarrollan a través de los datos etnográficos aquí presentados, tejidos por medio de los relatos de vida de los personajes que los conforman. A partir de ese orden de ideas exploro los hechos que han impulsado —y siguen haciéndolo— a jóvenes y adolescentes a integrarse a pandillas, además de ilustrar la manera en que la necropolítica opera y se despliega en las periferias y se incorpora en su vida cotidiana, en el territorio y la comunidad, al igual que sus efectos colaterales. Intento ver, de lado a lado, desde diversos enfoques, quiénes son las víctimas y victimarios de este fenómeno por medio de la voz de aquellos que participan, han padecido o padecen los diversos tipos de violencia que se manifiestan en las periferias de Cartagena.

En cada uno de los capítulos que conforman las tres partes del texto, presento los pormenores del trabajo de campo y la metodología empleada para su progreso. Planteo el problema y las categorías de mediano alcance (cultura del terror, espacio de muerte, economía moderada de la tortura, capital cultural, acumulación social de la violencia, subalternidad y performatividad) que funcionan como la trama que va tejiendo la urdimbre estructural que se plantea teóricamente en este trabajo desde un inicio. La primera parte, llamada “Tres generaciones en la periferia”, busca establecer el *continuum* de los procesos de violencia vistos desde una perspectiva intergeneracional⁴⁹, las diversas manifestaciones de la violencia y los factores que las han impulsado desde los orígenes del barrio, basándome en los relatos de vida de dos pioneros fundadores: Alfredo y Miguel Ángel. Luego, en relación con lo anterior, en el capítulo dedicado a Mini Z me extiendo en el estudio sobre el aumento de la violencia desde el punto de vista de un niño de doce años. Describo la manera en que estas formas de violencia se incorporan, mientras progresivamente él se adentra en el mundo del crimen, en contraste con la adquisición de esas mismas prácticas por generaciones anteriores. Discuto la posibilidad de pensar en la apropiación de este mundo criminal de modo constructivista, expuesto aquí como un capital delictivo.

El tercer capítulo, titulado “Leonardo y Roberto”, explora la cultura de la calle por medio de personajes que fueron alguna vez pandilleros, son bandidos, tienen o tuvieron alguna relación con el mundo del crimen, jóvenes entre veinte y treinta años, algunos de ellos padres. Por medio de ellos incursiono en la

49 Algunas de las contribuciones académicas más relevantes sobre este tema son *Introducción a la sociología de la juventud* (Allerbeck y Rosenmayr 1979); *De jóvenes, bandas y tribus* (Feixa 1998); *Generación @. La juventud en la era digital* (Feixa 2000); *El tiempo de las tribus* (Maffesoli 1990); *Viviendo a toda. Jóvenes, territorios culturales y nuevas sensibilidades* (Cubides y Margulis 1998); *El futuro ya fue. Socioantropología de l@os jóvenes en la modernidad* (Valenzuela 2009).

economía ilegal⁵⁰ y las estrategias en que se representan las actividades ilícitas en la periferia, al tiempo que comparo este proceso con el de otras ciudades con mayor tradición criminal. Propongo así una perspectiva de análisis comparado sobre el desarrollo de la economía ilegal y las organizaciones criminales como empresas con un proyecto de largo alcance o, en su defecto, la precariedad delictiva que demuestra la economía política de las pandillas en Cartagena de Indias. Finalmente, mi etnografía revela en qué consisten la organización de las pandillas, sus participantes, sus motivos, y las tensiones que los llevan a producir y reproducir enfrentamientos que, además, amplían sus efectos violentos sobre sí mismos y la comunidad, lo que consolida una cultura del terror, fronteras simbólicas y una especie de cárcel urbana.

“Miembro de La Cívica por una noche” es el título de la segunda parte de este texto, basada exclusivamente en una extensa observación participante. Sigo el trabajo nocturno realizado por esta organización dedicada a defender a la comunidad de las bandas, pandillas o los bandidos de los sectores vecinos. En el tercer capítulo describo cómo la violencia insistente y crónica produce efectos que precarizan aún más a las poblaciones periféricas; el miedo y la invasión de la violencia en la esfera doméstica, laboral y económica de la comunidad han llegado al extremo de expulsar forzosamente a la población fuera del barrio. También reconstruyo la dinámica de los conflictos territoriales, las tensiones que se viven en las fronteras, la economía delictiva de los jóvenes, y la relación que existe entre fiestas o actividades populares con el aumento de la intensidad de la violencia y la furia de los jóvenes entre ellos, la comunidad y el Estado.

En el cuarto capítulo me detengo a analizar el proceso de organización de La Cívica; sus cambios de líderes; los recursos materiales y sociales; la misión organizativa durante su fundación; la manera en que la ausencia de la policía permite la coexistencia de otras formas de organización delictiva, violentas y de seguridad privada que ocupan su lugar⁵¹, lo que posibilita la ampliación de los mercados de armas y drogas ilegales, y aumenta el terror y la degradación urbanos. La experiencia de los integrantes de La Cívica también es analizada

50 Aunque el microtráfico de drogas ilícitas y el mercado ilegal de armas tengan una relevancia considerable en las periferias, las instituciones públicas de la ciudad no cuentan con cifras que lo constaten. Los robos, el vandalismo y la planificación de actividades a gran escala que impliquen la formación de bandas criminales organizadas tienen mayor relevancia en las prácticas de los pandilleros o los jóvenes de Olaya-Rafael Núñez. Como he logrado describir a lo largo de esta investigación, la definición de la economía ilegal estará más relacionada con las prácticas ilegales que con las ganancias que ese mercado genera para ellos.

51 Para una referencia amplia sobre Brasil, recomiendo las siguientes referencias: Biondi (2018), Biondi y Marques (2010), Caldeira (2007), Mallart (2014), Malvasi (2012), Rui (2015).

en su tránsito del barrio al resto de la ciudad, explorando las experiencias de discriminación y racismo en su vida cotidiana.

La tercera parte consta de tres capítulos, cada uno de los cuales estudia los efectos colaterales de la violencia estructural, y los efectos de la necropolítica y las pandillas en la comunidad, especialmente en mujeres y hombres jóvenes. Tomo el relato de vida de Candela y Sebastián, y comparo la trayectoria de ambos en el ejército, su trabajo precario y las actividades ilegales que desarrollan. El paso por la institución militar marca un antes y un después en sus vidas, al abrir o cerrar posibilidades sociolaborales dentro de entornos legales o ilegales. En este punto, sustentó que los límites del Estado potencian las habilidades criminales de los jóvenes, su incursión en el mundo del crimen basado en la educación militar como despliegue criminal. Paralelamente, reflexiono sobre la paranoia y el sufrimiento constante, pero invisible, al que se ven expuestos los hombres en la periferia.

El séptimo capítulo, titulado “Mónica y Tania: padeciendo en los márgenes”, nace de la necesidad de vincular la esfera del mundo femenino a un tipo de trabajo de campo, en su mayoría compuesto enteramente por actores y escenarios masculinos. Tratando de huir de esa esfera, expongo un retrato de la precaria condición social de las mujeres en la periferia, al describir los efectos estructurales de una violencia diferenciada que las sitúa en un estado subalterno, dependiente, en desventaja y marginal; asediadas por violaciones, abuso y explotación laboral y sexual.

El capítulo que cierra la tercera parte narra la historia de vida de Rubén. Paradójicamente, media década después de haber sido uno de los pandilleros más reconocidos de Rafael Núñez, considerado un ejemplo de superación, se identifica aquí como víctima de las pandillas. Con su historia reconstruyo el proceso de reconversión de pandillero a trabajador y, al mismo tiempo, de trabajador a bandido; todo esto mediado por la furia emocional que despierta la precaria y asfixiante condición material que vive al estar limitado físicamente para trabajos formales de alto riesgo después de haber recibido un disparo en su cara.

En la parte final, “A modo de conclusiones: volver al campo para cerrar el tejido”, sintetizo las ideas que dieron forma a los objetivos que desarrollé en las tres partes que conforman este texto. Para ello, volví al barrio a entrevistarme con Martín, Jeison, Mini Z, Candela y Nancy. Por medio de su narrativa reconstruyo la trayectoria de vida del resto de personajes y el contexto del barrio; observo de esa manera el *continuum* de elementos socioculturales que constatan no solo mi hipótesis, sino el conjunto de argumentos que sustentan mi propuesta de análisis para entender la emergencia de las pandillas (parte 1), sus dinámicas (parte 2) y

consecuencias (parte 3) en Cartagena de Indias. Con esta etnografía propongo nuevas categorías de análisis con las cuales abordar la dimensión racial de la pobreza, la ampliación del mercado y flujos de armas ilegales o el avance de la marginalidad. Finalmente planteo la necesidad de profundizar en una lectura crítica sobre la evolución de las pandillas y sus dinámicas violentas, pero desde el enfoque de una sociología comparada de las organizaciones criminales, con el propósito de establecer los tipos de origen de su formación, su alcance y su despliegue, con miras al nuevo escenario de violencia urbana que le espera a Colombia en la actual era del posconflicto.

Figura 1. Primer piso: la iglesia del pastor Martín. Segundo piso: su casa



Fuente: elaboración propia.

Figura 2. Vista panorámica de la periferia, la ciénaga, vía Perimetral y plazoleta



Fuente: elaboración propia.

Parte I

Tres generaciones en la periferia

*Porque yo no sé en este país cómo un carajo de
carpintero, latonero, albañil, arriador de agua, embolador,
vendedor de Marlboro, minorista de Ken, carretillero,
arriabulto, portero de cabaret, fisgolero, cabrón de
puta vieja, ayudante de bus, fabricante de jaula, vendedor de raspao, chacero,
escritor (no se empute viejo Deivison),
administrador de un agáchate, mandadero, vendedor de maní,
acordeonero, serenatero, fotógrafo de bautismo,
consolador de legendaria, sacristán, voceador de periódico,
vendedor de tinto, llantero, mecánico o empalmador puede vivir.*

*No lo entiendo sabes,
no lo entiendo sabes.*

David Sánchez Juliao, *El Flecha*

EL NACIMIENTO DE OLAYA-RAFAEL NÚÑEZ

1

“ESTO ERA SOLO AGUA”. MI PASO POR LA ONG. “JÓVENES SE MATABAN POR NADA”

EL 8 DE ENERO DEL 2015 SALÍ A VISITAR TRES HOGARES DEL PROYECTO DE patios productivos con Fernando; dos estaban conformados por mujeres cabeza de hogar, una de ellas con una familia extensa; la segunda mujer era viuda. Ambas habían llegado al barrio por distintas razones: la primera desplazada por la violencia durante el primer gobierno de Álvaro Uribe (2002-2006), en pleno auge del paramilitarismo en el sur del departamento de Bolívar; la otra había migrado hacía veinticinco años desde de un pueblo cercano; el tercer hogar lo conformaba una pareja de adultos mayores, también migrantes, pero, a diferencia de los dos primeros, habían llegado a inicios de la década de 1960, cuando el barrio apenas estaba formándose.

Fernando visita los hogares para llevar semillas y abono para plantas; también contabiliza la producción y da asesoría técnica para mejorar el rendimiento de los jardines. En cada uno de estos hogares Fernando me presentaba como miembro de la ONG, aunque yo no lo fuera; esto me permitió ahorrarme explicaciones a las familias en esas cortas visitas, y me llevó a invertir mayor tiempo para indagar en sus vidas y en el barrio⁵². De esta forma conocí de cerca cómo estaban conformados decenas de hogares de Olaya-Rafael Núñez. Familias extensas o reducidas, el número de sus integrantes dependía en gran medida del tamaño de la casa, aunque las excepciones abundaban. Visité algunos hogares conformados por apenas dos o tres personas⁵³, y otros en los que podían convivir de ocho a dieciséis, hacinadas en condiciones de habitabilidad precarias y mayormente regidos bajo una estructura familiar matrilineal: hijos, nietos, abuelos, tíos, sobrinos, hermanos, primos o yernos compartían una misma casa⁵⁴. Estas redes de parentesco se extienden casi de la misma forma a lo largo de Olaya-Rafael Núñez.

Durante una de esas visitas, en la mañana del 18 de enero del 2015, conocí el relato de Miguel Ángel, correspondiente a un tipo de migración forzada que

52 Desde el principio de mi trabajo de campo el acuerdo que tuve con la directiva de la ONG fue participar en actividades como observador y voluntario; me involucraba en cualquier actividad que yo considerara conveniente, respetando la autonomía y las normas de sus funcionarios. A medida que me introducía, adquiría confianza con los participantes del proyecto, me alejaba de la tutela de Fernando y les revelaba a las familias cuál era mi real interés en el barrio, y muchos de ellos no tuvieron problemas en facilitarme información. Incluso, esta relación mejoró al alejarme completamente de la tutela de la ONG.

53 Estos hogares suelen estar conformados por parejas de la tercera edad que comparten esporádicamente su casa con hijos o sobrinos, son propietarios y habitan en el barrio desde hace más de treinta o cuarenta años.

54 El material de las casas varía según la zona del sector, pero es usual que estén construidas con materiales básicos como ladrillo, concreto, tejas de lata o asbesto; y, en el peor de los casos, con madera reciclada, tejas de hojalata, plástico o materiales sintéticos recolectados de la calle.

ha sido poco estudiado en Colombia. Los estudios sobre esta temática se han concentrado en el desplazamiento forzado que la población campesina ha experimentado en las últimas décadas, en gran medida debido a las disputas por el control sobre la tierra de ciertas regiones del país, territorios estratégicos para el capital transnacional. José Figueroa (2009) realiza un brillante análisis sobre la injerencia del Estado para acabar con la Asociación Nacional de Usuarios Campesinos (ANUC), que propuso planes de reformas agrarias durante las décadas de 1970 y 1980. Con el fin de contrarrestar el poder popular de este movimiento campesino, el Estado dio poder jurídico a terratenientes para perpetuar su modelo autónomo de apropiación de tierras. Este suceso creó un conflicto político entre ambos sectores, lo que derivó en una campaña de estigmatización y deslegitimación del campesinado, pues sus demandas fueron asociadas con el discurso de las guerrillas en ascenso. En este punto la violencia física comenzó a tornarse una práctica cotidiana, un mecanismo de expulsión contra los campesinos de la región del Caribe. Figueroa no hace énfasis en el desplazamiento que produjo la violencia política de los terratenientes sobre el movimiento campesino y la sociedad civil, pero describe etnográfica e historiográficamente este proceso de condensación política, y posiciona al Estado como el principal victimario.

Él había llegado al barrio hacía 41 años. Conocía mejor que nadie el origen de las primeras familias que lo fueron poblando, su expansión, su desarrollo territorial y urbano, además de lo que para él han sido y siguen siendo sus principales problemas. Miguel Ángel asegura que sus amigos de juventud más cercanos migraron a la ciudad huyendo de la pobreza que se vivía en el campo; buscaban, al igual que él, el progreso económico que en ese tiempo ofrecía la ciudad. Un familiar lo ayudó a establecerse en Cartagena. Este tipo de redes de apoyo solían estar presentes en la mayoría de relatos de vida que conocí de las primeras personas que habitaron el sector: hermanos, primos o tíos motivaron la migración, y apoyaron su trayectoria, recepción y establecimiento, y aún hoy continúan incentivando el flujo migratorio desde las zonas rurales hacia la ciudad.

Miguel Ángel relata que su padre era jornalero y trabajaba en la hacienda de un terrateniente que se la arrendaba o le cedía un pedazo de tierra para sembrar verduras, mientras su madre preparaba platos de comida artesanal para vender a otros campesinos. Dentro de esta economía de explotación crecieron él y sus seis hermanos.

Al cumplir dieciséis años salió hacia Cartagena con la idea de estudiar mecánica, pero después descubrió que los estudios no eran su vocación. Regresó al campo a mediados de los años setenta para trabajar en haciendas recolectando

algodón. En ese mismo periodo en el que el algodón era una fuente de empleo debido a su fuerte crecimiento agrícola en la región del Caribe colombiano, se experimentaba un fenómeno al que se le conoció como la bonanza marimbera⁵⁵, el *boom* del cultivo de marihuana y su consecuente expansión comercial, principalmente hacia los Estados Unidos. El auge del tráfico de drogas transformó las condiciones de vida y trabajo en el campo, y lo volvió peligroso. Esto presionó el regreso de Miguel a la ciudad a vivir en casa de su hermana, quien ya se encontraba en Olaya-Rafael Núñez. Ella lo acogió cuando él frisaba los 21 años.

Recién cumplidos los 65 años, Miguel dedica la mayor parte de su tiempo a cuidar del cultivo de hortalizas en su patio. También recibe una pensión obtenida después de haber trabajado como mesero en un restaurante de comida china cerca de 30 años. Según él, cuando llegó al barrio, “todo era agua, no había nada alrededor, era solo playa”⁵⁶. Esto que describe replica el escenario geográfico del sector descrito en otras entrevistas que tuve durante mis primeras semanas de incursión con otros pioneros pobladores de Olaya-Rafael Núñez.

Pero las redes de parentesco no solo cumplen la función de puentes que posibilitan nuevos arraigos socioterritoriales, sino que fomentan condiciones sociales y materiales de producción local que aceleran el desarrollo de las actividades o prácticas económicas de aquellos que migran, y facilitan de esa manera su independencia financiera, con la cual se presume que el migrante puede mejorar sus condiciones vitales y de hábitat. Sin embargo, en sociedades y barrios periféricos esta movilidad social suele ser contenida estructuralmente desde afuera o desde adentro de la comunidad. En el caso del barrio Olaya hacia Rafael Núñez, la tierra para ocupar o comprar era insuficiente, o simplemente no existía. Sin embargo, esta característica no impidió su emplazamiento ni su expansión; todo lo contrario: la ausencia de terrenos fomentó en las personas estrategias colaborativas para la producción de tierra y hábitat por medio de la ayuda familiar y comunitaria: traían escombros de otros lugares o usaban el mismo lodo de la ciénaga para rellenar sus límites.

A medida que se fue rellenando la ciénaga de La Virgen, los nuevos residentes fueron loteando la tierra ganada y construyeron sus primeros ranchos de madera. Relata Miguel Ángel que el barrio era como pequeñas islas unidas por puentes de madera. Una década después, aquellos puentes se convertirían en calles de tierra que con la ayuda del camión de un vecino fueron rellenando y construyendo. Este tipo de solidaridad comunitaria transformó lo que antes

55 Período de expansión, contrabando y tráfico de marihuana a gran escala que se dio principalmente en el Caribe colombiano en la década de 1970 y mediados de la década de 1980.

56 Todas las comunicaciones con Miguel Ángel y Alfredo se hicieron en Cartagena durante el año 2015.

era agua en terreno habitable. En los inicios del sector la comunidad desarrolló estrategias colaborativas sorprendentemente eficientes para ganarle tierra al agua; se optimizó así el crecimiento del barrio por medio del intercambio de tiempo y mano de obra entre vecinos.

Explica Miguel que en un fin de semana él recibía la ayuda de sus amigos o conocidos vecinos cuando necesitaba rellenar su terreno y mejorar su casa; al siguiente fin de semana él tenía que devolver el favor a otro vecino. Este sistema de intercambio de favores consolidó el avance del barrio sobre la ciénaga y el fortalecimiento de los lazos sociales y de la sociabilidad en la comunidad. Según Miguel Ángel, nada ha sido fácil en Olaya-Rafael Núñez y “aún hoy hay partes del barrio que lucen como fueron hace cincuenta años”. Los servicios públicos básicos (agua, luz eléctrica y acueducto) han llegado poco a poco y no cubren la totalidad de las viviendas; lo mismo ocurre con la pavimentación de las calles: “Esto ha sido tremendo, luchado, no ha sido fácil”, dice. Aunque las circunstancias del barrio sean difíciles, este sigue expandiéndose y la diversidad de lugares hace posible percibir diferencias de clase, clasificación y estratificación social, ajenas a los referentes de medición de la pobreza nacional y global⁵⁷. Es usual que los habitantes de Olaya-Rafael Núñez se estratifiquen dentro de su comunidad tomando como referente el estado físico de sus casas. Se presume que entre mejor esté adecuado el espacio interno de las viviendas, los ingresos económicos, el acceso al trabajo y la movilidad social son más altos.

La calle donde vive Miguel Ángel es considerada un lugar intermedio dentro de esta estratificación material. Lo interesante de esta diferenciación espacial no radica solo en su alcance simbólico, sino en lo que representa para la construcción, ocupación y distribución diferenciada de la violencia. La percepción de inseguridad, según ha sido expresada por Fernando y otros funcionarios de la ONG, empeora conforme se avanza hacia los límites territoriales del barrio, delimitado, como lo ha sido desde sus inicios, por el agua. Desde 2006, este límite en todo Olaya-Rafael Núñez ha sido reestablecido por una carretera (llamada avenida Perimetral) construida para los Juegos Centroamericanos y del Caribe del mismo año, con el fin de acortar el trayecto y el tiempo entre el aeropuerto y los escenarios olímpicos. Además de optimizar la movilidad entre los extremos de la ciudad, esta avenida pretendía detener la expansión del barrio sobre la ciénaga.

Pasé dos semanas acompañando a Fernando en sus salidas de campo. Algunas veces fue posible entablar diálogos con los beneficiarios del programa y otras

57 En Colombia existen dos mediciones oficiales de la pobreza: la de la pobreza monetaria y la de la pobreza multidimensional. De manera global, la distribución del ingreso y la desigualdad se miden a partir del coeficiente de Gini.

no. Durante los intervalos de estas visitas también entrevisté a los funcionarios de la ONG que tuvieran relación con la comunidad y a los nuevos interlocutores que iba conociendo conforme me integraba a esta. Si bien la organización considera a las pandillas como una prioridad dentro de sus proyectos y políticas sociales, no conocía muy bien lo que pasaba con esos jóvenes. De modo que opté por pasar más tiempo en la calle tratando de ir tejiendo un circuito de relaciones con personas distintas, por fuera del respaldo que me ofrecía esta ONG.

Estas primeras semanas de acompañamiento me sirvieron, primeramente, para perder el miedo a moverme solo en Olaya-Rafael Núñez, familiarizarme con los códigos de la periferia y hacerme conocer entre los jóvenes. Casi un mes después de haber iniciado mi investigación, aún no había podido penetrar en la población de jóvenes que estuvieran dentro o fuera de las pandillas. Los jóvenes prácticamente estaban desaparecidos del espacio público, localizados en puntos más peligrosos de toda la zona a los cuales aún no tenía forma de ingresar.

ALFREDO Y MIGUEL ÁNGEL. “ESOS BANDIDOS ERAN CONOCIDOS POR TODOS”

Mi primera aproximación a las pandillas fue por medio de segundas fuentes⁵⁸. Principalmente eran los adultos mayores quienes me describían y explicaban con mayor profundidad la emergencia de estos grupos y sus acciones violentas. De nuevo Miguel Ángel y ahora Alfredo, otro de los más antiguos pobladores a quienes conocí, con más de cuarenta años en el barrio, me describirían la evolución de estas manifestaciones violentas e ilegales desde los inicios del sector.

Ambos coincidieron en que el barrio años atrás no era violento como lo es hoy. Afirman que la violencia de su época no se compara con la actual porque “el bandido en ese tiempo se entraba por los patios a robar gallinas, cerdos, los animales que uno tenía o cualquier cosa que uno dejaba por ahí”, dice Alfredo, y continúa: “Esos bandidos eran conocidos por todos porque eran reconocidos fumadores de droga”. A pesar de estos hechos, no representaban, según ellos, mayor peligro porque en el ejercicio de sus actividades delictivas no herían físicamente a sus víctimas. Antes de proseguir quisiera discutir el concepto de *bandido*. El prolífico historiador británico Eric Hobsbawm (2001) prefiere definir este suceso como bandolerismo social:

En la montaña y los bosques bandas de hombres fuera del alcance de la ley y la autoridad (tradicionalmente las mujeres son raras), violentos y armados,

58 En la metodología aplicada, *segundas fuentes* es la denominación que designa fuentes que llevaron después a las fuentes primarias de análisis.

imponen su voluntad mediante la extorsión, el robo y otros procedimientos a sus víctimas. De esta manera, al desafiar a los que tienen o reivindican el poder, la ley y el control de los recursos, el bandolerismo desafía simultáneamente al orden económico, social y político. Este es el significado histórico del bandolerismo en las sociedades con divisiones de clase y estados. [...] Por tanto, el bandolerismo como fenómeno específico no puede existir fuera de órdenes socioeconómicos y políticos a los que se pueda desafiar de este modo. Por ejemplo —y esto, como veremos, es importante—, en las sociedades sin estado donde la “ley” adquiere la forma de venganzas de sangre (o acuerdo negociado entre los parientes de los culpables y los de las víctimas), los que matan no son forajidos, sino, por así decirlo, partes beligerantes. Solo se convierten en forajidos y son punibles como tales allí donde se les juzga de acuerdo con un criterio del orden público que no es el suyo. (19-20)

A pesar de las grandes diferencias socioespaciales que esta definición de bandido contempla, al comparar la producción de ese significado y contexto con el de las periferias urbanas pobres, se podría decir que siguen vigentes la mayor parte de los motivos que impulsan al bandido a romper la ley. Para el autor, el Estado y la división de clases son factores decisivos para el desarrollo de ese tipo de actividades, con conciencia o no de la función sociopolítica que el *habitus* del bandido despliega en las periferias urbanas contemporáneas. A lo largo de mi trabajo expondré el proceso de aprendizaje e incorporación de ese *habitus* y la desarticulación de su significado original, que, como veremos más adelante, redireccionó su lucha contra las injusticias presentes en la división de clases; de este modo el *habitus* se vuelve un actor beligerante, peligroso incluso para su propia comunidad.

Para Alfredo el aumento reciente de la violencia generada por las pandillas ha transformado su cotidianidad a pesar de estar acostumbrado a convivir entre bandidos y consumidores de droga desde su llegada al barrio. Según él, lo que motiva esta violencia tiene una estrecha relación con el consumo de drogas:

Aquí los jóvenes se reúnen a fumar su vicio sobre todo los fines de semana, son como pandillitas. Ahora es que se ve eso de las pandillas, antes había ladrones y fumones porque se reconocían, pero ninguno de estos hacía daño. Ahora los jóvenes se están matando por nada.

Alfredo deja a un lado la descripción del bandido ladrón de gallinas o animales de décadas atrás, quien no tenía mayor conflicto con la comunidad, mientras que con las actuales pandillas el conflicto, la violencia y las agresiones interpersonales se tornan cada vez peores. Alfredo no es el único que

resume la práctica y la violencia de las pandillas con un simple “se matan por nada”; todos a quienes entrevisté expresaron lo mismo. Esas muertes y prácticas violentas, según estos relatos, van en contrasentido de lo planteado en la literatura colombiana que tiende a relacionar la gestación de estos grupos con organizaciones narcotraficantes o ilegales, las cuales incorporan entre sus filas a jóvenes provenientes de las periferias pobres de las ciudades capitales. En un principio pensé que el origen de estas pandillas tenía algo que ver con el tráfico de drogas, debido a la cercanía del barrio con la bahía y el puerto, y que quizás las pandillas protegían las rutas de tráfico asociadas con empresas mafiosas, bandas u organizaciones criminales. Meses después descubrí que nada de eso tenía relación directa con su emergencia y dinámicas socioterritoriales.

Ante esta falta de relaciones en las formas de acción y configuración de grupos violentos, le pregunté a Alfredo cuál es la finalidad de estas pandillas, quiénes las conforman y para qué. Respondió simplemente: “Ellos pelean por nada, son jóvenes que no tienen nada que hacer, se matan porque sí”. Miguel Ángel los compara con una epidemia tropical: cólera, dengue, ratas, enfermedades infectocontagiosas. Desde esta narrativa las pandillas son la nueva epidemia, y sus síntomas y manifestaciones se ven plasmados en la violencia y el sufrimiento que generan en la comunidad.

Cuando Miguel Ángel llegó al barrio no había tantos problemas. “Ahora las pandillas están organizadas y dan miedo”. Afirma que su propagación se debe en gran medida a la construcción de la avenida Perimetral:

Por eso es que los jóvenes de otros sectores vienen a pelear, traen armas, comienzan las peleas, hay muertes, se enfrentan con la policía, siempre hay heridos. Ese problema es casi diario, por eso hoy la policía estaba rondando con helicópteros.

Presenció el ocasional sobrevuelo de esos helicópteros, y observé a veces carros y motos de la Policía estacionados a lo largo de la avenida Perimetral rodeados por decenas de personas. Semanas después, cuando conocí a algunos jóvenes expandilleros, entendí por qué Miguel Ángel relacionaba el auge de las pandillas con la nueva avenida. Cabe decir que esta también fue proyectada como espacio recreativo y deportivo, con una panorámica increíble de la ciénaga de La Virgen. Sin embargo, los espacios deportivos que fueron construidos paralelamente con el tiempo fueron insuficientes, lo que incidió en la detonación de motivos o pretextos de los jóvenes para crear enfrentamientos entre ellos y con los de otras zonas de Olaya-Rafael Núñez. Las peleas iniciaban por el control del lugar. Este problema condujo a que muchos se armaran para luchar por su territorio.

Los enfrentamientos que se originaron en las canchas de fútbol poco a poco se adentraron en las calles del barrio y dejaron de ser un hecho aislado. “Cuidar del territorio” se convirtió en el principal objetivo de estas pandillas al comienzo de su gradual expansión. Al respecto, Miguel Ángel señaló:

La verdad no se sabe por qué se pelean. Dicen que es por territorio, que los de un lado no pueden cruzar de lugar porque cada uno de esos grupos se siente más bravos que el otro. Por dinero no pelean.

Según él, “estos jóvenes solo se reúnen a fumar marihuana, bazuco [*crack*] y otras porquerías. Dentro de esas pandillas hay jóvenes entre doce hasta veinticinco años, muchos de ellos con dos o hasta tres hijos”. En ambos relatos la presencia del uso de drogas en las pandillas es siempre latente y, para Miguel Ángel, es en ese punto donde se sitúa el germen de los conflictos entre estas y la población en general. Él sostiene que cuando los jóvenes están *embalados* (drogados) es que empiezan los problemas:

Por ejemplo, uno está en una esquina tomando una cerveza y llega un joven así embalado, viene y te quita la cerveza, usted le dice que no y ahí vienen los problemas. Ya no hay respeto, esos jóvenes no tienen límites, no respetan si eres mayor, no respetan tu tranquilidad, y como ellos están drogados andan como anestesiados y no les importa formar pelea.

Sin excepción, la mayoría de mis entrevistados no saben exactamente qué tipo de drogas son las que consumen estos jóvenes; generalizan, cuando no siempre se trata de marihuana, cocaína, bazuco o droga psiquiátrica (Rivotril, lorazepam, Akineton, calmantes, ansiolíticos). Desde su perspectiva, el uso de drogas tiene relación directa con la violencia y todo pandillero es un usuario etiquetado como drogadicto. Además, existen momentos y espacios en donde estos conflictos tienen mayor alcance: en las fiestas populares llamadas *picó*⁵⁹ o bailes de verbena, celebración eminentemente juvenil, según el sociólogo Rogelio Hernández (2013):

59 La palabra *picó* se forma de la adaptación colombiana de la palabra inglesa *pickup*, que significa recoger o levantar. El picó es un dispositivo mecánico que “recoge” la energía vibracional del movimiento de la aguja sobre el acetato y la convierte en energía sonora para poner a gozar a la gente por medio de un tremendo sistema de altavoces. Desde finales de la década de 1950 la gente de la costa atlántica colombiana desarrolló una alternativa para disfrutar y difundir su música preferida; construyeron artesanalmente potentes sistemas de sonido que se caracterizan por tener un nombre propio según su origen o preferencia musical (El Timbalero, El Coreano, El Isleño), un aspecto visual extraordinario y, por supuesto, ampulosos componentes de sonido. Este fenómeno es característico, en Colombia, solamente en la costa caribe.

La verbena costeña es, en apariencia, un evento festivo del pueblo en el sentido laxo y desetiquetado de la palabra. Sin embargo, cuando se examina de cerca el fenómeno se puede constatar que, esa representación estructural del pueblo no es plena, es decir, no es del todo cierta; que por el contrario, dicho baile es una representación social sectorial, por lo demás contradictoria en materia de vínculo con la sociedad de los adultos. Ese segmento social lo constituyen casi que de manera exclusiva los jóvenes de los sectores populares de las Áreas Metropolitanas de Cartagena y Barranquilla y en menor medida Santa Marta y uno que otro municipio de la región. Por consiguiente, la verbena costeña es en efecto un baile popular, pero cuyos protagonistas, hombres y mujeres, son básicamente jóvenes. (93)

Estos eventos atraen a diferentes pandillas a un mismo lugar. El picó suele instalarse en lugares específicos para concentrar mayor público, lo que fuerza a jóvenes de diferentes sectores a cruzar fronteras territoriales, y esto a su vez genera enfrentamientos inmediatos entre pandillas. Lo anterior ha obligado a la Policía a prohibir la realización de dichas fiestas; sin embargo, ilegalmente continúan. Miguel Ángel explica que:

Los picós han tenido que quitarlos porque es a través de esos bailes que vienen los problemas, ahí van a encontrarse los enemigos para matarse, herirse. Por eso, cuando un picó no respeta la ley son decomisados para así evitar más violencia. La semana pasada capturaron a varias personas y hubieron [*sic*] heridos en el reconocido picó El Rey. Casi todos los fines de semana hay heridos o muertos en esos bailes.

En los anteriores relatos es posible aproximarse al proceso de acción y evolución de las pandillas y a la manera como estas son percibidas desde fuera. Para la comunidad, la situación de inseguridad en Olaya-Rafael Núñez había llegado al extremo de permitir la conformación de un grupo de seguridad al que darían por nombre La Cívica:

as John Hagedorn (2008, xxv) argues, gangs exist as part of a continuum of armed groups, to the extent that “today’s youth gang might become a drug posse tomorrow, even transform into an ethnic militia or a vigilante group the next day”.⁶⁰ (Rodgers y Hazen 2014, 6)

60 “Como argumenta John Hagedorn (2008, xxv), las pandillas existen como parte de un *continuum* de grupos armados, en la medida en que “los jóvenes pandilleros de hoy podrían convertirse en drogadictos mañana, e incluso transformarse en una milicia étnica o un grupo de vigilantes al día siguiente”.

Lo que he observado en el barrio refleja en buena medida lo argumentado por Hagedorn. Podemos ver un *continuum* en el modo en que las pandillas dan un salto hacia otras dinámicas organizativas; sin embargo, estos saltos no suelen hacerse en una escala homogénea o masiva. En el caso estudiado, estas transiciones han tendido a moverse en menor escala y no siempre apuntando hacia un desarrollo mayor. Pocos han sido los pandilleros a los que he conocido que hayan continuado en el mundo del crimen o el tráfico de drogas.

EL PRESIDENTE DE LA JAC

La última vez que hablé con Miguel Ángel, él me llevó a conocer al presidente de la junta de acción comunal (JAC) para que me explicara en qué consistía La Cívica. Su nombre es Álvaro Lloreda. La noche del 21 de enero del 2016 nos sentamos a conversar y fuimos al grano de inmediato. Su discurso se concentró en los beneficios que ha traído La Cívica para el barrio:

Durante cuatro meses hemos bajado el índice de inseguridad con un trabajo conjunto con la Policía y expandilleros. Hicimos un frente de seguridad que patrulla las noches. Ha sido un éxito porque los jóvenes conocen quiénes son los que hacen maldades; ha sido una oportunidad para ellos. Después de fumadores de vicio, esos pandilleros son ahora ejemplo para la comunidad.

A lo largo de mi etnografía descubrí que algunas de sus afirmaciones eran superficiales o falsas. La policía no trabajaba en asoció con La Cívica. Los patrulleros de la Policía circulan por el barrio y atienden el llamado de la comunidad cuando los enfrentamientos son desproporcionados, sin que eso implique bajarse de sus vehículos y caminar por las calles del barrio. La Policía no puede dar armas o apoyo logístico a ninguna organización diferente a las fuerzas del Estado. La ayuda que según Álvaro recibe La Cívica de la Policía se refiere a los acuerdos paralegales que permiten que las actividades de dicha organización, es decir, el uso ilegal de armas o el abuso de fuerza, se desarrollen sin mayor restricción.

Dado que Álvaro es uno de los gestores de La Cívica y vocero de la comunidad, le pregunté qué es lo que pasa en el barrio. Tajantemente respondió:

Aquí no hay oportunidades para los jóvenes; son estas faltas de oportunidades las que producen la violencia. Hay pocas oportunidades en instituciones públicas y técnicas; es imposible para gente de aquí tener acceso a esos lugares porque la preparación que reciben en la escuela pública es mediocre, de baja calidad. En comparación con la clase media no hay cómo competir y ni

hablar de entrar a la universidad pública; eso es casi que imposible, y si alguno lograr entrar no va [a] conseguir terminar la carrera porque con el costo del transporte, las copias y los libros no queda para comer.

A diferencia de Miguel y Alfredo, Álvaro describe a los integrantes de las pandillas con otros ojos: “Muchos de esos pandilleros son bachilleres, la mayoría son graduados de la escuela”, y continúa dando razones para explicar por qué las pandillas se han convertido en el hogar de muchos jóvenes:

Cuando todos ellos terminan el colegio no tienen otra opción para continuar porque es mentira que la universidad pública es para los pobres; solo los ricos, la clase media, estudia ahí, el pobre no entra. Los jóvenes no tienen oportunidad para seguir; eso crea trauma en ellos llevándolos a vincularse en las pandillas y la violencia.

Para él lo más importante es cuantificar la cifra de jóvenes que ahora ya no hacen parte de las pandillas, sino de La Cívica, respuesta positiva que, según él, se debe al exceso de violencia callejera: “Comenzamos con 24 jóvenes que antes hacían parte de las peleas: atracos, vicio. Ahora ya somos 35 los que hacen parte del frente de seguridad trabajando con ellos para la tranquilidad del sector”.

En este punto, Álvaro no describe cómo La Cívica opera y mediante qué elementos y estrategias presta seguridad al sector. En el transcurso de las semanas de mi trabajo de campo algunos miembros de la organización me describieron cuáles medios, prácticas y técnicas empleaban; e identificaban y se distanciaban de otras formas comunes de violencia manifiestas en la calle. Al observar su puesta en escena me resultaba impactante el nivel de aceptación y legitimación que la comunidad les daba. Este respaldo omitía la ilegalidad de sus prácticas, su exceso de crueldad y violencia, al punto de llegar a ser tolerados por la propia policía, que permitía acomodadamente su injerencia en la administración de la seguridad en el barrio, a sabiendas de las fronteras éticas y jurídicas que atravesaban al validar su ejercicio de poder.

En su relato, Álvaro responsabiliza a las instituciones públicas de la precariedad del barrio, de no contar con escenarios deportivos ni espacios recreativos para que los jóvenes desarrollen actividades fuera del tiempo que la escuela ocupa para muchos de ellos. Por lo tanto, al no encontrar actividades que llenen este vacío, relacionado directamente con el abandono de las instituciones públicas, la calle y las esquinas se convierten en los principales puntos de encuentro en donde los jóvenes pasan su tiempo libre.

LA PRIMERA GENERACIÓN DE LA CÍVICA

La tarde del 14 de febrero del 2016 salí a hacer un recorrido con el líder de La Cívica, John, al parque de la avenida Perimetral⁶¹. Fuimos a un lugar donde estaban reunidos una decena de adolescentes fumando marihuana. Ellos hacían parte de una pandilla y conocían muy bien a John, por lo tanto, no tuvimos ningún problema. Sin embargo, ningún integrante de La Cívica se siente confiado en la calle. Antes de emprender este recorrido, John tomó su revólver de la mesa en donde estábamos conversando él, Ángelo, Richard y yo. Ángelo y Richard portaban sus armas debajo de la ropa.

John cuestiona la disputa por el territorio que los pandilleros dicen mantener: “No se pelean territorios, se pelean por maricadas [bobadas]”. Las razones por las cuales los jóvenes desarrollan estas actividades violentas no tienen fundamento. Al no existir una finalidad específica, según desde qué perspectiva se analice, tales acciones pueden ser generadas por la desconfianza interpersonal, el pulso por el protagonismo o liderazgo de una banda, por las mujeres o por el microtráfico (en los casos en que ello ocurra; a veces una pandilla puede proteger a un *dealer*⁶², por ejemplo, o entrar a “limpiarle” el territorio). La guerra desatada por los carteles de Medellín y Cali en las décadas de 1980 y 1990 es un perfecto ejemplo de las razones materiales e instrumentales para un fin y uso específico de la violencia, pues para ambos bandos su interés principal era hacerse con el control del mercado y las rutas de narcotráfico hacia los Estados Unidos. Existía, por lo tanto, una racionalidad instrumental en sus dinámicas.

En el caso de estas pandillas, el mercado de drogas parece que no tiene mayor fuerza dentro de sus prácticas delictivas. Lo que John define como *territorio* tiene que ver con esta visión instrumental sobre el espacio y un mercado, pero para los pandilleros el valor del territorio se inclina hacia un control simbólico. Lo único que le importa a él es que se acaben los enfrentamientos:

En el sector se han acabado las peleas porque los jóvenes dentro de La Cívica han gestionado eso, pero en otros sectores siguen disparando contra nosotros. Los policías quieren pacificar y llaman a los helicópteros cuando los conflictos se ponen difíciles. Desde el aire empiezan a disparar contra la gente.

Este argumento justificará la configuración de La Cívica como una organización de autodefensa del territorio, además de desplegar una forma propia de respuesta a la violencia por medio de una violencia legitimada comunitariamente.

61 Las comunicaciones personales con John fueron en Cartagena durante el año 2016.

62 Vendedor de drogas ilegales y sustancias psicoactivas.

La Cívica, como otro actor dentro del conflicto urbano, retrata de manera microsociológica características que justificaron el ascenso de los paramilitares de extrema derecha de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC) a comienzos de los años 1990 en el país. En aquel momento las AUC nacieron como un actor que luchaba paralelamente (de manera ilegal) junto al Estado para acabar con el poder del cartel de Medellín, en un intento de venganza (*vendetta*), al sentirse víctimas y perseguidos por Pablo Escobar. Con la muerte del capo en 1993, estos paramilitares apuntaron hacia otro objetivo: acabar con las FARC-EP, movimientos sociales y líderes identificados públicamente con tendencias izquierdistas.

Lo particular de las AUC es que en un principio fueron financiadas por narcotraficantes exsocios de Pablo Escobar, y luego por terratenientes y empresarios del campo, todo esto legitimado por una estructura política de tendencia conservadora, empresarios con fuertes ideales sobre la propiedad privada y un discurso bélico contra las FARC-EP. Las AUC nacieron en una coyuntura de guerra entre el Estado y el cartel de Medellín, financiadas por grandes capitales privados que, al observar sus exitosos resultados, legitimaron sus acciones en un plano político, pues al final de esa guerra terminaron defendiendo los ideales de la élite económica, su propiedad privada y el proyecto de una economía política neoliberal. La emergencia de La Cívica representa una coyuntura similar, pero en menor escala.

Este tipo de organización ha dado resultado. A corto plazo lograron hacer lo que la Policía no había conseguido en diez años. El miedo y el respeto que observé en los más jóvenes mientras caminaba con John en la zona más peligrosa de Rafael Núñez eran impresionantes. Se trataba de una demostración de poder y, al mismo tiempo, de una apertura a su mundo. En aquellas calles, según lo que Miguel Ángel, Alfredo y Álvaro me han relatado, sin la presencia de La Cívica no habría habido otra forma de acabar con los enfrentamientos entre pandillas, porque, como afirmó Álvaro:

Los niños pequeños, cuando veían a los más grandes pelear, ellos ayudaban a recolectar piedras para luego darles; las niñas también. Ni hablar de la prostitución: caso de niñas de unos doce años que fuman marihuana en la orilla de la ciénaga y en ese estado tienen sexo o venden su cuerpo por nada. Ahí no hay conflicto por tráfico de drogas, el ocio es lo que forma la violencia.

Antes de que La Cívica se tomara Rafael Núñez era casi imposible caminar tranquilo: “Cuando había enfrentamientos por disputa de territorio, los cabecillas aprovechaban para robar los carros que pasaban por la avenida; los pandilleros decían que ahí era el banco: robaban motos, camiones, de todo para surtirse de dinero”, explica Álvaro (2016).

“Esto aquí es un paraíso, aquí puede estar tranquilo que no le va [a] pasar nada”, afirma Álvaro, para convencerme del nuevo escenario de seguridad que goza el barrio. Aunque al inicio de mi trabajo de campo los enfrentamientos entre pandillas disminuyeron, durante los tres años siguientes estas se radicalizarían en las márgenes del barrio. Y, aun siendo John optimista sobre su labor, nunca negó las tensiones latentes en las fronteras de los sectores, enfrentamientos que incluían intercambios de tiros o piedras, muchas veces provocados por ellos mismos como “pacificadores”. En los próximos capítulos describiré esa situación con mayor detalle. Antes era necesario situar al lector en la historia urbana del barrio y sus habitantes, para de ese modo avanzar en los temas que fundamentan el objetivo de esta investigación. En adelante me detendré a analizar los relatos de vida de los personajes que conforman la primera parte de este texto y dan vida a los procesos que alimentan la emergencia de las pandillas y sus dinámicas violentas.

MINI Z: **2**
LA INCORPORACIÓN DEL MUNDO CRIMINAL

Llegamos a casa de Martín a las 4 p. m. Él estaba ocupado, de modo que con Rafael fuimos a la tienda de la esquina a buscar a los chicos de la pandilla. Ellos tampoco estaban, pero en la esquina había cerca de ocho jóvenes que bebían y conversaban. Su presencia me intimidaba un poco, pues no conocía a ninguno, aunque ellos a mí sí. Entré a la calle donde vive Leonardo; llegué a su casa y toqué la puerta. No había nadie. Volvimos donde Martín y en el trayecto de regreso unos niños nos seguían. Uno de ellos agarró una piedra del suelo y corrió detrás de otro niño; pensé que le iba pegar, pero no, ambos simulaban una pelea. El niño de la piedra imitaba a la perfección la forma en que se enfrentan muchos otros pandilleros a quienes he observado. Desde muy pequeños los niños se preparan para el combate, como si se tratara de un ritual de guerra o un popular estilo de música llamado champeta. Las piernas se abren y se mueven con rapidez; el cuerpo se encorva un poco o se queda totalmente erecto, siempre con la mirada hacia el frente y en actitud ofensiva; las manos, estiradas hacia adelante empuñan las piedras y también se usan como escudo, y se mueven al ritmo de las piernas.

Martín seguía ocupado con su grupo de oración. Lo esperé afuera y tomé algunas fotos de la calle. Uno de los chicos de La Cívica estaba cobrando el dinero de la semana a los vecinos. Lo llamé para conversar; le pregunté algunas cosas sobre La Cívica y sobre John, a quien él no conocía. Casi no me hablaba, mantenía silencio y apenas respondía lo necesario. Su rostro expresaba la altanería de la juventud, la agresividad e intimidación de la periferia. Otro chico que estaba con él vino donde nosotros; le pregunté por John y él sí lo conocía. Ninguna de las personas de La Cívica con quienes había establecido contacto eran conocidas para ellos; decían que el líder de La Cívica era un gordo grande que vivía en la calle de atrás.

Martín salió de su casa al verme conversar con ellos. Los chicos siguieron cobrando y Martín tocó el tema de La Cívica. Dijo que a uno de esos chicos le habían dado un tiro en el trasero. Yo le respondí que eso de La Cívica era algo serio y que cuando John llevaba ese proceso funcionaba muy bien. Martín repuso lo mismo, señaló que ya no eran una organización fuerte y para eso necesitaban de gente seria, responsable; pero la gente madura no está para asumir ese tipo de trabajos, pues hacen enemigos y luego, ¿quién responde por la familia? Mientras hablábamos, un niño vino a buscarme para decirme que Leonardo estaba esperándome en el parque. Hubo silencio. Creí que era una trampa para robarme; dudé y también Martín. No obstante, me decidí a ir, pues el niño insistía. Caminé nervioso hasta el parque. Todo cambió cuando vi a Leonardo a la distancia. El niño tenía doce años y se hacía llamar Mini Z;

le dicen así porque él es el líder de una pequeña pandilla de veinticinco niños de su misma edad. (Diario de campo, entrada del lunes 26 de octubre de 2015)

EN EL ANTERIOR FRAGMENTO DE MI DIARIO RELATO LA MANERA EN QUE conocí a Mini Z, de tez morena y contextura gruesa. Después de ese encuentro lo volví a ver frecuentemente en los alrededores del parque casi todos los días. Él era el único niño que se sentaba a interactuar con jóvenes que le doblaban la edad. Fiel a ellos, obedecía sus órdenes sin reclamo y, cuando no quería, era forzado a obedecer mediante gritos, groserías o violencia física. La alegría con la que experimentaba su vida cotidiana no se diferenciaba en nada de la actitud que adoptaba cuando peleaba. Su trayectoria de vida, aunque corta, describe el brutal escenario de violencia al que, casi sin excepción, desde temprana edad, los niños y la población del barrio están expuestos día a día.

Nunca dejó de sorprenderme la naturalidad con la que él asumía el hecho de enfrentarse con otros niños y el uso de armas rudimentarias como si se tratara de un juego. Inmerso en este escenario, para Mini Z la violencia suele ser pensada e incorporada de modo recreativo. Mientras los niños jugaban fútbol en el parque, jóvenes como Leonardo se sentaban en sus cercanías para fumar marihuana y hablar con amigos involucrados en el mundo del crimen: bandidos, pandilleros, atracadores, trabajadores informales, microtraficantes, sicarios, ex-militares, toda una variedad de sujetos y actividades ilegales en un mismo lugar.

La incorporación de la cultura callejera a la que se exponen los niños en este escenario de adolescentes y adultos usuarios de drogas, trayectoria criminal y demás prácticas delictivas es útil para ilustrar la forma en que el peso de la estructura social logra introyectar en el sujeto una concepción del mundo que se aprende o se hereda conforme entra en relación e interacción con este escenario. A lo largo de este capítulo quiero describir cómo la dinámica cotidiana de la cultura callejera, la agresividad, los robos, las estrategias de supervivencia, las habilidades corporales, el lenguaje, las técnicas de asalto y especialmente la naturalización de la violencia, en términos de Bourdieu (1972), consolidan un tipo de *habitus* en el cual se incorporan prácticas, es decir, un capital cultural que se hereda, aun cuando existan intentos de resistencia y fuga. Niños como Mini Z, debido a su condición de riesgo y vulnerabilidad, son expuestos con mayor facilidad a incorporar en su cotidianidad el *habitus* de este capital delictivo como estrategia de supervivencia.

“VAYA, HIJUEPUTA, Y HAGA LO QUE LE DIGO”. APRENDIENDO A SER BANDIDO

La mayor parte de mi etnografía transcurrió con Leonardo y su hermano Roberto, a quienes acompañaba a pasar las tardes en el parque del sector, mientras ellos fumaban marihuana. Leonardo intimida por sus fuertes y agresivos gestos; junto con su hermano lideran una banda de jóvenes que combinan su tiempo entre el consumo de drogas y la delincuencia organizada. Con una actitud muy cómoda, alejado de la innecesaria violencia, Leonardo suele usar a los niños para ejercer control territorial. La tarde que lo conocí, Mini Z fue enviado a prevenir el ataque sorpresa de una pandilla vecina:

Leonardo [gritando]: ¡Mini Z, vaya a cuidar su territorio! Vea que se van a meter aquí esos pelaítos [niños]. ¡Vaya que eso le corresponde a usted!

Mini Z [oponiéndose]: ¡¿Por qué yo tengo que ir, ve tú?!

Leonardo [molesto]: ¡¿Cómo?! ¡¿Qué dijiste?! Te estoy hablando en serio, Mini Z. Vaya a defender el barrio.

Mini Z [resignado y molesto]: ¡¿Pero por qué siempre yo?!

Leonardo [agresivo]: ¡Vaya hijueputa!, ¡haga caso, enano hijueputa!

Mini Z agarra una piedra del suelo y amaga con tirarla a Leonardo.

Leonardo [violento, agarra otra piedra]: Tírame esa piedra y te mato, malparido, que yo no le tengo miedo a tu familia. Al que sea mato aquí. ¡Vaya, hijueputa, y haga lo que le digo!

Mini Z [resignado y triste suelta la piedra]: ¡Yaaaaa voy!

Leonardo [molesto, regresando a su sitio]: ¡¿Hijueputa pelao qué se cree?!⁶³

Presenciar esta escena fue indignante y frustrante para mí. Mini Z se vio resignado y obligado violentamente a continuar, irónicamente, a reproducir la misma violencia que estaba siendo ejercida sobre él. Agarró un par de piedras del suelo y se dirigió corriendo hacia el puente que divide Rafael Núñez del sector vecino. A Leonardo no le importó imponer su posición, fuerza y superioridad sobre él,

63 Las comunicaciones e interacciones con Mini Z se realizaron entre los años 2015 y 2017.

debido en parte al paternalismo que muchos de estos jóvenes asumen con los niños del barrio, quienes, como Mini Z, los admiran por su trayectoria criminal.

Después este suceso se me hizo visible la forma en que la violencia opera y se reproduce desde edades tempranas como efecto de una fuerza ejercida desde arriba, y permea todo a su alrededor. Luego de que él fuera enviado hacia la frontera, tres niños invadieron el barrio (violaron la frontera). Uno de ellos avanzó sosteniendo piedras en su mano; tras de él fueron dos de sus compañeros que lo detuvieron, le pegaron y lo obligaron a regresar. Mini Z regresó alegre hacia donde yo estaba, en parte porque le había cumplido a Leonardo.

Aunque, en un primer momento, Mini Z no haya querido obedecer a Leonardo, no tuvo otra opción. Detrás de esta violencia se esconde un proceso de representación masculina en el que se puede identificar la forma en que el abandono, y la ausencia de cuidado y de formación ética por parte de la familia crean una crisis de representación para los niños. Mini Z pasa la mayor parte de su tiempo en la calle. Su madre trabaja como empleada doméstica; su padre, a veces como pescador, ayudante en un barco de atún y otros oficios precarios. “A mí quien me crió fue mi abuela porque mis papas trabajan y pasan en la calle”, dice él con naturalidad.

No sólo él ha sido criado por familiares cercanos o vecinos⁶⁴. La gran mayoría de niños y adolescentes que conocí en Rafael Núñez tenían características similares. La ausencia de control y cuidado por parte de la familia tiende a crear un vacío de sentido y representación masculina que, en el caso de Mini Z, lo ha convertido en un blanco fácil de la atracción simbólica que ejerce la cultura criminal. Con el transcurso de los meses, conocí el caso de una niña que desde la edad de doce años había sido violada y prostituida por su pareja adulta. Martín y su esposa la adoptaron después de que ella les pidiera ayuda en la iglesia. En un tono serio y profundamente lastimado, durante un diálogo Martín me relató lo siguiente:

Martín: Nosotros tenemos amenazas de muerte, William.

Esposa: En la Fiscalía hay una denuncia y amenaza del esposo de una muchacha que se congrega aquí. Nos iba a matar a todos.

64 Según el informe de la fundación Granitos de Paz, los tres tipos de organización de las familias más representativos son: nuclear, monoparental y extensa. En el caso de Rafael Núñez, la familia monoparental (padre o madre) ronda el 16% y la extensa, el 9%. Al sumar ambos se tiene el 25%, una cifra considerable de niños criados por uno de sus padres o familiar cercano. El otro 75% corresponde a familias nucleares, en las que ambos padres conviven en un mismo hogar. Sin embargo, lo que se constata en el trabajo de campo es que este tipo de familia suele ser irregular y se da en periodos cortos, pues con frecuencia se transforma en monoparental (comunicación personal con una funcionaria de la fundación Granitos de Paz con base en un diagnóstico situacional elaborado en 2017 en la entidad).

William: ¿Esa amenaza es porque ella estaba metida con ustedes en la iglesia?

Martín: ¡Exacto!

William: ¿Y ella continúa en la iglesia?

Martín: Sí, ella llegó a la fe, aceptó lo que es la fe.

William: ¿Qué le hizo él?

Martín: El hombre la metía en todo lo que tú no te imaginas.

William: ¿La explotaba?

Martín: Violación tras violación.

William: ¿Ella sigue con él?

Martín: Afortunadamente no. A ese hombre lo mataron con una ráfaga de balas enfrente de su casa.

Conocí personalmente a Julieth el último día que viví en el sector, mientras almorzaba en casa de Martín. Ella vino a avisarle que estaría en el hospital visitando a un tío que estaba al borde de la muerte. Sus ojos reflejaban una inmensa tristeza. Criada por una madre soltera, desempleada y dependiente de uno de los padres de sus otros dos hijos, ella había sufrido desde muy joven maltrato doméstico. Obligada a ayudar a su mamá en el cuidado de sus hermanos menores, dejó de asistir a la escuela. La mamá la dejaba encargada del cuidado de sus hermanos para poder irse a trabajar, de fiesta o prostituirse en la calle. Cuando Julieth tuvo la oportunidad de salir de casa se fue con un hombre mayor, quien, aprovechando su poder, fuerza y ventajas materiales, continuó abusando de ella al punto de explotarla sexualmente, ofreciéndola entre amigos, conocidos y clientes.

Tanto Julieth como Mini Z tuvieron experiencias de vida similares: padres ausentes, violencia doméstica, precariedad material, baja escolaridad, cuerpos violentados, vulnerabilidad social. Sin embargo, y como demostraré más adelante (capítulo 6), el vacío de cuidado que los padres ausentes generan en los niños vulnera aún más a las mujeres que a los hombres en la periferia. Martín continúa narrando la experiencia de Julieth:

William: Desde que conozco el barrio, he percibido que las familias ejercen mayor cuidado en las niñas que en los niños.

Martín: Entre comillas, superficialmente. Tú ves que hay control, pero no... porque el problema que tú ves aquí, cuando hablamos de cuidado hay que considerar otros factores, por ejemplo: la música. La música exige una cultura, pero tal y como en estos momentos la música se expresa, se ha salido totalmente del significado de cultura. Entonces esa música le enseña a que esa niña cuando tenga diez o doce años, ya ella anda haciendo barbaridades.

William: ¿Travesuras?

Martín: Pues la misma música le incita salir a la calle, a la malicia, a la prostitución.

Esposa: Aquí en la casa había una niña embarazada. A los doce años parió su hijo. Eso daba pesar verla. Todo el embarazo pasó en el hospital.

William: ¿Por qué?

Esposa: Infección en los riñones, infecciones por todas partes.

Martín: Es que a esa edad su cuerpo no tiene la capacidad para gestar.

Esposa: Aún no se desarrollan y ya están pariendo.

William: Me dijo Jeison que hay lugares donde violan a las niñas, ¿es verdad?

Martín: ¡Hubo no, hay cada día violaciones!

William: Pero, ¿crees que son forzadas o consentidas?

Martín: Son consentidas porque las mismas niñas tienen mucha libertad y ellas, como no tienen un patrón de gobierno, por eso ellas terminan allá en el mangle del parque, terminan metidas en los hogares estos que están en zonas contaminadas del barrio.

William: ¿Por esa zona es que violan a las niñas?

Martín: En las mismas casas; la violencia empieza por ahí. Aquí hay casas que los mismos papás violan a las hijas y luego las mismas dicen que no.

Martín le ofreció a Julieth el cuidado, la protección y las bases de una formación moral para evadir la cultura callejera, a la que Martín considera, desde su visión religiosa, perversa y peligrosa para las niñas. Para él el peligro viene desde afuera y cree que la música contemporánea es responsable de la liberación sexual de los niños a temprana edad. No cabe duda de que dentro de los géneros de música más escuchados en las periferias del Caribe colombiano por los jóvenes están el reguetón, la champeta y el vallenato⁶⁵. El contenido musical de los primeros dos estilos suele tener un alto componente sexual y sexista contra las mujeres, lo cual empeora su situación. Por lo tanto, el consumo cultural al que los niños se ven expuestos día a día contribuye a establecer relaciones de género desiguales, subjetividades e imaginarios de identidad que trazan los escenarios a los que tanto hombres como mujeres se adscriben culturalmente.

Aunque parezca una exageración afirmar que la música incita a las niñas pequeñas a la calle, la malicia y la prostitución, la atracción simbólica que genera la cultura de masas arrastra a los jóvenes a reproducir estereotipos de género, subjetividades e identidades atadas a la tradición hegemónica de una cultura masculina dominante y una feminidad subalterna. Desde muy niños, los hombres aprenden mediante la música y los medios visuales una percepción del mundo enfocada hacia el crimen, la vida fácil, el consumo de alcohol, la ostentación material o la adopción estética de un estereotipo corporal que se representa en famosas series, telenovelas y películas relacionadas con el narcotráfico, en las que se exhiben realidades afines al mundo de la periferia colombiana.

El fantasma simbólico de Pablo Escobar y las figuras del *Chapo* Guzmán y otros reconocidos mafiosos en Colombia y Latinoamérica continúan vigentes en el imaginario urbano de las nuevas generaciones, en una era donde las narcoseries y la narcoliteratura han permeado la producción audiovisual colombiana en la última década⁶⁶. Mini Z, fiel aficionado a estas series, argumenta que quiere llegar a ser como alguno de esos personajes. Personalidades dominantes como Leonardo lo alientan a imitar subjetivamente esas figuras de poder. Con un padre ausente, un mínimo cuidado familiar, baja escolaridad y una exposición regular a la cultura criminal y violenta del barrio, el futuro de Mini Z no parece prometedor⁶⁷.

65 Pero es en especial la champeta la que cuenta con una acogida masiva entre los jóvenes y está mucho más arraigada culturalmente que los otros estilos mencionados; la influencia de ritmos africanos mezclados con letras de carácter urbano atraviesa en múltiples direcciones la cultura callejera de la periferia. Para más información, véanse: Giraldo y Vega (2014) y Pardo (2017). Para el caso del vallenato, una lectura antropológica y crítica de su masificación se encuentra en Figueroa (2009).

66 Algunas referencias sobre el tema se encuentran en Fracchia (2011), Michael (2013) y Valenzuela (2002).

67 Es posible que a los lectores especializados este argumento les recuerde el enfoque funcionalista de las escuelas clásicas de antropología o sociología en la década de 1960 y mediados de la década de 1970, al abordar lo que para ese momento

Esto lo pude constatar en varias ocasiones durante mi estadía en Olaya-Rafael Núñez. Cuando me lo encontraba, me tomaba de la mano. Él y sus amigos me cuidaban de personas en la calle a quienes ellos consideraban traicioneras o malas. Él solía decirme: “¡Hey, greengo!”; no hables con ese man, es un torcido, mala gente”. Tenía razón. Con frecuencia, algunos de esos jóvenes me abordaban para pedirme dinero. Una tarde, Mini Z me acompañaba cuando dos chicos se estaban acercando para robarme y no lo hicieron porque estaba con él. Dentro del barrio, la mayoría de los jóvenes se conocen; hay grupos que se distinguen entre sí moralmente. La escala de criminalidad se mide dependiendo de la fidelidad y pertenencia a una ética de compromiso comunitario. Entre bandidos hay códigos y reglas que se deben respetar para mantener la convivencia dentro de un territorio que, al ser compacto y densamente poblado, disminuye la individualidad y la clandestinidad⁶⁸ al extremo.

A Mini Z le parecía extraño que yo no consumiera drogas cuando me reunía con Leonardo y sus otros amigos. Casi todos los días él y alguno de sus amigos venían a visitarme al pequeño apartamento que había rentado aquí; se divertían con mi cámara y jugaban en la hamaca en que dormía. Tampoco él entendía por qué me interesaba escribir un libro sobre pandillas. Le gustaba llevarme a donde sus amigos y lugares preferidos del barrio para tomarles fotos. Una mañana lo encontré jugando fútbol. El cielo estaba despejado, el termostato marcaba 36 grados centígrados y él estaba descalzo.

Le pregunté por sus zapatos. Respondió que los había perdido dos días antes en el barro de la ciénaga mientras intentaba pescar; desde entonces no cubría sus pies. Le pedí que me acompañara a la avenida principal, lo invité a almorzar y le compré un nuevo par de sandalias. En su casa no le habían comprado nada porque Mini Z tiene la costumbre de intercambiar sus zapatos por comida. Sin una concepción muy clara sobre el dinero, pues nunca lo ha tenido, aprendió que mediante el intercambio de objetos puede satisfacer sus necesidades básicas y deseos de consumo.

eran los estudios sobre familias y la estructura social en Occidente. No quiero que mi análisis tienda a interpretarse de ese modo, al observar la fuerte presencia de ese argumento en el corpus del trabajo. Simplemente quise ser fiel a mis interlocutores al describir ese hecho, transversal en su discurso de inicio a fin, para repensar su construcción subjetiva de modo comparado con otros tipos de formación, en este caso la familia. Para muchos de ellos este aspecto se sintetiza como el principal desencadenante de los factores que determinan la adquisición de un capital cultural proclive a crear un *habitus* delictivo o ajeno al mundo del crimen.

68 Como pude observar, para los bandidos considerados faltones, torcidos, o incluso peligrosos, se torna una tarea compleja ocultarse o mantener una identidad clandestina frente otros bandidos y la comunidad. El barrio se convierte en una cárcel abierta con cientos de vigilantes y decenas de enemigos alrededor que esperan el momento adecuado para castigar al bandido, vendiéndolo a la policía y a grupos paralegales, o tomando la justicia por cuenta propia. La muerte del Baba, a la que se hará referencia más adelante, así lo demuestra.

Perdió quinto grado de primaria el año anterior (2015). Me asegura que le gusta la escuela, pero sus motivaciones son contradictorias; asiste al colegio porque lo obligan, y él va para jugar y verse con sus amigos. Su rendimiento académico es bajo, y en su hogar no recibe refuerzo pues es criado por su abuela y unos padres con baja escolaridad. En este escenario sus opciones para concluir sus estudios son reducidas. No obstante, lo más sorprendente es que él es consciente de las consecuencias negativas de no seguir en la escuela. Atento a los ejemplos de vida de sus amigos mayores, resiste y mantiene subjetivamente el deseo de no repetir sus historias, pues anticipa los castigos a los que lo llevaría la vida del crimen.

Para recuperar el año perdido piensa hacer dos cursos en otro colegio. Una estrategia que, de modo general, encontré que realizan mucho niños y jóvenes del barrio de cara al angustiante deseo de terminar la escuela lo antes posible, dado que perciben la educación escolar como algo obligatorio y pasajero que no genera mayores expectativas positivas en su ideal de vida y futuro. Su meta, dice Mini Z, “es meterme a una empresa a trabajar lo antes posible”. Sin embargo, las dinámicas sociales que envuelven la vida de niños y jóvenes durante la edad escolar son mucho más agresivas e imprevisibles en comparación con las que se perciben en otras clases sociales, en las cuales la estabilidad que provee un núcleo familiar, el espacio urbano de socialización y el bienestar económico contrastan radicalmente con las posibilidades de movilidad social que les espera a los niños/jóvenes de la periferia.

Las opciones laborales contempladas con mayor frecuencia por los jóvenes se concentran en tres áreas: hacer parte del ejército, la economía informal o la construcción. Mini Z desea ser un supervisor de construcción, porque, dice él, en este tipo de trabajo “no se hace nada”. Su inocente afirmación sintetiza la idea que muchos como él tienen sobre el trabajo. Lo que importa es ganar dinero sin esfuerzo. De todos los jóvenes a los que conocí, solo uno tuvo éxito dentro de esas opciones; el resto desertó o continúa trabajando precariamente al no tener de base algún tipo de educación técnica. Sin más opciones, los que intentaron hacer vida militar vuelven al barrio a ocupar las esquinas donde antes solían beber o fumar marihuana pensando un futuro prometedor fuera del sector.

LA INCORPORACIÓN DEL *HABITUS* CRIMINAL

Cuando observo a Mini Z sonreír no puedo creer que detrás de una actitud tan inocente se esconda a su corta edad una larga trayectoria de violencia. Durante la primera visita que hice a Olaya-Rafael Núñez, el 13 de diciembre del 2013, registré en mi diario de campo lo siguiente:

12: 45 p. m. El bus me ha dejado en la avenida Pedro de Heredia, justo al costado de la plaza de toros; debía caminar cinco calles hasta llegar a la ONG. Un duro sol de mediodía y poca gente caminando por los pasajes del complejo deportivo de alto rendimiento que bordea el barrio. Tres jóvenes conversaban junto a la entrada del estadio de béisbol. Otro chico en silla de ruedas con alguna discapacidad mental me hacía señas para que fuera donde él; no lo hice, tenía debajo de su silla de ruedas un cuchillo. A medida que avanzaba dentro del barrio era más notorio el matiz étnico de su población. Caminaba por el costado de la piscina olímpica observando el escenario; a su costado hay una vía que conecta la avenida Pedro de Heredia con el barrio. Al otro lado de la calle hay una escuela pública. Este mes los niños están de vacaciones. Cuando retomé mi camino escuché fuertes pasos a mi espalda; al girar para ver qué sucedía, ya tenía a tres jóvenes de entre 12-14 años rodeándome; eran delgados y afrodescendientes. Su tamaño no me intimidó, sino la violencia desmedida y la agresividad que brillaba en sus ojos. Rodeado por ellos, el chico más agresivo sostenía un largo cuchillo con la mano derecha; su rostro se veía nervioso. Los otros niños esculcaron mis bolsillos, sacaron mi billetera y el celular. Cuando me quité y les di a ellos mi mochila, se fueron corriendo a un costado de la vía donde había árboles y una cuesta empinada que me impidió observar su ruta de escape.

Desde muy temprana edad los niños de la periferia están expuestos a este tipo de violencia, y la brutalidad con la que se manifiesta en la cotidianidad la transforma en algo natural dentro de su construcción psicosocial. La forma en que esos tres niños me robaron refleja que la incorporación de un *habitus* criminal debe pasar primero por el cuerpo, para luego verse recreado en la acción y la interacción cotidiana. Es así como, durante todo el proceso de desarrollo, crecimiento, socialización y experiencias al que están expuestos los niños en el sector, pierde todo sentido la percepción que se tiene sobre la dimensión de la violencia, y del dolor y el sufrimiento que esta produce, es decir, las consecuencias que las acciones violentas generan en la víctima o el victimario.

¿Por qué pelean los jóvenes? ¿Cuál es el motivo de sus enfrentamientos, furia y violencia?, me pregunto cada vez que observo la sonrisa inocente de Mini Z después de verlo pelear. Para él la respuesta es simple: “Siempre la misma pelea por el territorio”. Observé más de una docena de peleas entre niños, escena que se repetía casi diariamente en algún punto de Olaya-Rafael Núñez. ¿Quién pelea?, le pregunté: “Gente como uno”, responde él golpeándose el pecho con orgullo. De este modo, las dinámicas violentas que hacen parte de las pandillas pueden entenderse a partir de un entramado de tensiones interpersonales que se cultivan a lo largo de la socialización y la interacción que se gestan en

diferentes escenarios y en personas de distintas edades, las cuales se prolongan y profundizan en el tiempo, y se agudizan en las instituciones o espacios que se comparten dentro de las periferias.

Cuando Mini Z dice “gente como uno” se refiere a niños de su misma edad, hombres en su mayoría afrocaribeños y pobres. Es irónico que con trece años su amigo Mario me diga con arrogancia: “Yo ya no peleo, eso era de antes”. Aunque sé que me miente, su argumento cobra sentido cuando agrega la siguiente anécdota: “Uno está relajado en el parque de la Perimetral, de pronto se mete la gente del otro lado, entonces toca pararse, yo me prendo; cojo mis piedras y voy de frente contra ellos”. La reacción es inmediata, las tensiones existentes se liberan tanto individual como colectivamente sin que la pertenencia o adscripción identitaria a una pandilla obligue a tomar medidas o a reaccionar de manera conjunta para defender una causa aislada.

La lógica es simple: si soy atacado, si mi territorio es invadido por otra pandilla, toca responder. Me sorprende descubrir que a su corta edad él tenga un limitado margen de movimiento para negarse a participar en esos escenarios, porque ha crecido dentro de esta lógica bélica que, sumada al poder de coerción ejercido por otros adolescentes o adultos en los espacios de socialización que frecuente, ¿qué otra posibilidad le deja? Mini Z y Mario son enviados al frente de batalla para reproducir y mantener la misma lógica de guerra que otros como Leonardo y Roberto ya vivieron a esa edad.

En febrero del 2015, un año antes de conocer a Mini Z, Álvaro me presentó a Ángel, uno de los líderes de la primera generación de La Cívica. Él me hablaría del caso de Mini Z para dar un ejemplo del ciclo en espiral en que se sostienen las tensiones intergeneracionales sobre la idea de protección, territorio, identidad y masculinidad:

Es que los niños pequeños al ver esas peleas ya están con esa mentalidad y quieren estar en la misma, hay unos chamitos [niños] de diez años que se hacen llamar los Mini Z. Ellos se pelean con otros niños del Tancón y eso lo hacen repitiendo lo que uno hacía antes. Pero ya eso cambió, lo que eran las peleas, los robos, el 100 % lo hemos calmado.

La creación de un enemigo en un espacio urbano territorialmente delimitado y densamente poblado depende, como ya he mencionado, del acumulado nivel de tensiones que se libran en la interacción cotidiana. No hay forma de generar conflicto cuando no existe una tensión previa, la cual puede ser inducida por vías materiales, discursivas, simbólicas, familiares, regionales o étnico-raciales. La entrada de Mini Z en el mundo de la violencia se justifica en los límites de

lo que la interacción interpersonal tolera; lo común es que existan motivos de por medio que desencadenan reacciones desproporcionadas: “Yo comencé a pelear cuando me rompieron cuatro boletas [de la tribuna] de sombra del Real [equipo de fútbol]. Ese día jugaba el Nacional contra el Real Cartagena. Me llené de odio”, exclama Mini Z. Desde ese día (hace dos años) él se inició en el mundo de la violencia y, a su vez, se ganó lo que en la periferia se conoce con el nombre de *culebra*.

La culebra es una deuda simbólica y material que adquiere una persona con otra, especialmente por razones violentas. Después de que a Mini Z le rompieran las boletas se llenó de odio. Afirma él: “uno de ellos lo seguí y con un peñón [piedra] le rompí la cabeza”. Por otra parte, Mario relata sus motivos⁶⁹:

Yo estoy un día comprando el desayuno con mi abuela y un pelado que se llama Carlos partió una botella cerca de nosotros y cortó a mi abuela en los pies. Pensé que le iba a pedir perdón, pero no, me provocó. Agarré el pico de esa botella, se lo lancé y lo corté.

La furia y el odio que se acumulan en el tiempo están tan incorporados en Mini Z que recuerda con un inmenso placer la furia que sintió cuando su hermano sufrió una herida en una pelea: “Yo apenas vea al pelaíto que le partió la cabeza a él, lo voy a buscar. Me gusta pelear a mano limpia, con piedras, palo, lo voy a joder, me gusta la pelea, tampoco me niego a las armas, me gustan”. La expresión de sus ojos me aterra.

Mario continúa: “Carlos una vez vino pidiéndome perdón. Yo no me meto por su calle, prefiero quedarme tranquilo aquí. Hace poco me metí por ese sector, no pasó nada, pero no me da seguridad”. De esta forma, los límites territoriales comienzan a crearse, nacen las culebras (enemigos personales): el rencor, el odio, la venganza, la deuda, la traición. Diferencias, rivalidades, orgullo, ego, resentimiento, emociones y actitudes individuales se cultivan durante el tiempo y se amplían en la interacción colectiva, y mantienen latente una atmósfera inflamable, caldeada de tensiones al borde de estallar por causa del miedo, la furia y las agresiones. Los efectos de una acción violenta no se olvidan, sino que se mantienen en un proceso de delimitación urbana, pertenencia a un territorio al que se adscribe una historia común en el cuerpo del sujeto. De tal forma, la creación de un enemigo se concreta en el peligro que representa por la deuda con otro y su pertenencia territorial, pues la culebra, además de convertirse en estigma, se colectiviza.

69 Las comunicaciones con Mario se llevaron a cabo en Cartagena durante los años 2016 y 2017.

Por esa razón las tensiones interbarriales son constantes. Las diferencias comienzan desde acciones individuales que luego son apropiadas colectivamente y motivan los enfrentamientos de un sector contra otro. Y, aunque Ángelo afirma que La Cívica ha terminado un 100 % con las peleas, mi observación revela lo contrario. Detener o prevenir el enfrentamiento de pandillas no elimina el conflicto, simplemente lo gestiona⁷⁰, porque no se suprime el flujo de contradicciones estructurales que alimentan la continua fragmentación de los vínculos sociales, el valor y el respeto de la vida, sino que se contiene a duras a penas la forma en que la violencia se manifiesta, mediada por tensiones territoriales que esconden detrás de sí una acumulación progresiva, resignación y frustración de parte de los jóvenes.

La furia o el rencor que Mini Z y Mario expresan hacia sus enemigos no termina de un día para otro, ni tampoco cuando una organización intenta imponer un tipo de orden mediante el uso de fuerza ilegítima, porque la violencia y sus formas, dentro de un espacio urbano, tiende a ser porosa como lo son las calles de Olaya-Rafael Núñez, donde los conflictos se pueden desarrollar en cualquier esquina. Pero estos límites territoriales también tienden a consolidarse debido al capital simbólico que ejerce la trayectoria criminal de personajes altamente reconocidos en el barrio, al igual que en el mundo del crimen. Los conflictos entre calles o sectores se deben, según Mini Z, al poder que ejerce la jerarquía de estos denominados bandidos entre los más jóvenes:

—Mini Z: Esa pelea nunca se acaba, de pronto se acaba contra el Tancón [sector vecino] hasta cuando maten a la gente de la banda: el Baba, el Benito, el Jairo.

—William: ¿Quiénes son?, ¿qué hacen?

—Mini Z: Son bandidos que se roban los cables de luz, las lámparas; destrozaron el parque, partieron todo. Si tú vas con la cámara te la roban, pero aquí en Rafael Núñez estás seguro con nosotros.

El terror que representaban estas figuras era generalizado en Olaya-Rafael Núñez. El más peligroso de todos, Baba, murió meses después de esta entrevista

70 La gestión del crimen, la delincuencia, el robo o la violencia urbana por lo general está asociada estadísticamente con la efectividad de las estrategias policíacas. Sin embargo, ni las estadísticas ni los medios de comunicación consideran las diversas formas de gestión del crimen que de forma paralela a la ley existen en las periferias urbanas. Un ejemplo sobre esta gestión, en el caso brasilero, se puede ver en las investigaciones de Biondi (2018), Feltran (2011), Mattos (2016), etc. Los pactos entre el crimen organizado en São Paulo o Río de Janeiro son un reflejo de cómo la gestión del crimen por parte de organizaciones no legales puede transformar la perspectiva o realidad sobre la violencia en ciudades capitales.

en enero del 2016 a tres calles de la casa donde yo vivía. Ese día yo estaba en el parque hablando con Candela (véase capítulo 6). Mini Z venía corriendo y gritando emocionado: “¡Mataron al Baba, lo mataron!”. De inmediato Candela respondió alegremente: “Al fin mataron a ese demonio!”. Por razones éticas no celebré la muerte de Baba, pero algo era cierto: apenas se masificó esta noticia, la felicidad fue colectiva en el sector. El terror psicológico que ejercía esta figura criminal era evidente en la comunidad, pero la celebración por su muerte guardaba otros matices. Aunque en un inicio esta exaltación pareciera banal, incluso cruel, lo que esto me estaba mostrando era la ambigua representación que sobre la vida se sostiene en las periferias. Es posible que la acumulación generacional de violencias y carencias que ha experimentado gran parte de esta población propicie una creciente insensibilidad frente al sufrimiento humano, a la vez que exalta la celebración de la vida. A escasos metros de la casa del occiso, al igual que en otras casas del sector, la música retumbaba en la calle; padecimiento/celebración, eros/tánatos, alegría/tristeza, paz/violencia, vida/muerte conforman los polifacéticos matices que se expresan en la vida cotidiana de los barrios periféricos en Cartagena.

“No hay muerto malo” es un mito generalizado en la cultura popular colombiana. Sin embargo, aquí, irónicamente, la muerte de Baba fue celebrada hasta por otros temidos líderes del sector. Es interesante observar esta impresión, porque el efecto simbólico de esta figura se basa en otra dimensión de respeto interpersonal diferente a la que se puede identificar en la literatura norteamericana sobre guetos, microtráfico y economías ilegales urbanas (Abadie 2010; Auyero 2013a, 2013b; Bourgois 2010; Bourgois y Schonberg 2009; Contreras 2012; Coughlin y Venkatesh 2003; Duneier 2000; Goffman 2014; Papachristos 2009; Wacquant 2007, 2008); o a la del honor y la filiación identitaria como sucede en las pandillas centroamericanas Mara Salvatrucha y Barrio 18 (Calle 18) (Nateras 2015; O’Neill 2010, 2015; Valenzuela 2012). En Olaya-Rafael Núñez la relación que predomina entre bandidos y la comunidad se inclina hacia el terror.

Sumisos ante el terror que produce la brutal violencia de estas figuras simbólicas, los más jóvenes se ven obligados a someterse y obedecer, mientras la comunidad se distancia, convive y guarda silencio para prevenir que se desequilibren y se desate la furia a raíz de las tensiones territoriales. Mini Z incorporó esta forma de relación intergeneracional cuando Leonardo lo mandó a enfrentar la posible incursión de pandillas del sector vecino señalada al inicio del capítulo. Al no obedecer una acción y amenaza desmedida de violencia física de parte de Leonardo, este aspecto fue suficiente para restablecer el orden jerárquico de poder existente en la cultura callejera de la periferia.

Es tal el miedo generado por estas figuras que sus efectos de poder cruzan fronteras. El hecho de nombrar que se es amigo o conocido de alguno de ellos produce respeto; incluso, detiene las provocaciones, es decir, los efectos de este miedo se instrumentalizan para superar las desventajas o ataques de otro hacia alguien cuando hay un escenario de inferioridad. Por ejemplo, Mini Z confiesa:

Yo no guapeo [fanfarronear] nunca. Un día estaba en el barrio Chiquinquirá, en un parque; vino a molestarme un man que manda en ese boro. De ahí le dije que yo era de Rafael Núñez, amigo de fulano; me dejó quieto.

Por lo tanto, aunque el miedo genere sometimiento, también funciona como una estrategia de supervivencia que por vías simbólicas produce un efecto de delimitación de fronteras y territorios; la violencia directa entre pandillas no necesariamente es la que condiciona la persistencia o desaparición de los conflictos.

ABUSO Y DOMINACIÓN INFANTIL

William: ¿No te da miedo que te lleven a la cárcel de menores por hacerle daño a alguien?

Mini Z [inseguro]: No, eso no se puede, la cárcel daña los papeles, la hoja de vida para siempre.

Así como Mini Z es consciente de que al dejar la escuela su vida podría ser peor, también conoce las repercusiones penales a las que sería sometido a largo plazo en el sistema jurídico colombiano en el caso de ser capturado por cometer actos criminales, así sea adulto o menor de edad. La inmersión del niño en el mundo del crimen junto con la incorporación progresiva del *habitus* delictivo no solo introduce en su cuerpo habilidades prácticas, sino también cognitivas.

Pensar que los niños por ser niños desconocen las repercusiones de las actividades ilegales o criminales suele ser una interpretación naíf que engloba a la infancia bajo el protectorado de un punto de vista homogéneo o, en otros términos, un ideal burgués. Esta perspectiva de clase tiende a infantilizar doblemente a los niños al anular su capacidad de agencia, sin que esto justifique el hecho de que en el mundo del crimen sean claramente instrumentalizados para los fines e intereses en que las pandillas u otras organizaciones fijan la política de su economía.

La información que se transmite y comparte en cualquier tipo de actividad que congrega a los jóvenes en la periferia (una fiesta, un partido de fútbol, tomar

una cerveza en la tienda de una esquina) no debe verse superficialmente. Estos son espacios fundamentales para la adquisición de un conocimiento práctico en el que aleatoriamente se nutre la inteligencia criminal y penal. La cultura callejera en la periferia es un activo ecosistema urbano en el que flujos, contraflujos, intercepciones, interpelaciones, transgresiones, inter o transdependencias individuales, culturales y sociales se juntan en un solo espacio, de tal modo que, aunque desde una perspectiva dominante los niveles de educación escolar sean los más bajos, otra serie de habilidades cognitivas se desarrollan con avanzada potencialidad.

La rutina incendiaria que aviva los entornos violentos ciega la posibilidad de reflexión que un niño pueda hacer sobre las consecuencias penales de sus actos, lo que los lleva a fluir en un continuo ánimo que sobrepasa su comprensión del peligro, la vida y la muerte. Por ese motivo, Mini Z mantiene firme su actitud al afirmar que no dejará que nadie lo intimide en las calles: “Si alguien me ataca, me toca vengarme”, dice sonriendo y finaliza irónicamente: “Ya estoy dejando de pelear”. Asumiendo inconscientemente el papel de hermano mayor, le pregunto a Mario y a otros niños para qué matarse o hacerse daño por nada. Ninguno pudo responder. Al hacer esta pregunta cuestioné sus valores de lucha porque, como dije anteriormente, los motivos y el sentido de la violencia se vacían al convertirse en un acto repetitivo, adquirido o heredado; un capital cultural que direcciona su universo de acción en un escenario con una marcada tendencia bélica.

Este capital no solo corresponde a la incorporación de una disposición práctica hacia medios, usos y formas de reproducir la violencia en la vida cotidiana; también vincula al sujeto dentro de escenarios colectivos a los cuales podemos llamar, retomando a Primo Levi (2000), *zonas grises*⁷¹; en Colombia son conocidos con el nombre de *zonas rojas*⁷². Grises o rojas, el significado es el mismo; parafraseando a Agambem, *espacios de total excepción*⁷³.

Aunque libres de participar o no de este escenario colectivo y de las prácticas ahí realizadas por otros, Mini Z y Mario discriminan los límites que por su edad determinan en donde pueden hacerlo. “¿Ustedes consumen drogas con

71 En su famoso libro *Los hundidos y los salvados*, Levi se refiere al origen de ese concepto: “El mundo en el que uno se veía precipitado era efectivamente terrible, pero, además, indescifrable: no se ajustaba a ningún modelo, el enemigo estaba alrededor pero también dentro, el ‘nosotros’ perdía sus límites, los contendientes no eran dos, no se distinguía una frontera sino muchas y confusas, tal vez innumerables, una entre cada uno y el otro. [...] Es una *zona gris*, de contornos mal definidos, que separa y une al mismo tiempo a los dos bandos de patrones y siervos” (Levi 2000, 16, 18).

72 Llamadas así por su alto índice de violencia e inseguridad.

73 Para tener una mejor comprensión de la forma en que se representan los espacios de excepción en territorios y Estados complejos, véase Das y Poole (2004).

los más grandes?” les pregunté una tarde. “La gente está fumando a toda hora, yo no fumo”, respondió Mario; “Yo tampoco”, dijo Mini Z. “Los grandes, cuando van a fumar, suelen echarlo a uno de ahí; dicen que eso no es para uno”, agrega Mario. Así como todos los días hay enfrentamientos cerca de esa zona: “Los pelaos amanecen ahí metiendo [consumiendo] vicio [drogas]. En la oscuridad es otro mundo, se refugian los mismos bandidos y los sábados se convierte en un puteadero [burdel], y la playa en una caleta de drogas”, señala Mario.

Ambos expresan su indiferencia y rechazo por estas actividades, y demuestran así que, dentro de las lógicas de dominación presentes en la cultura callejera, hay posibilidades de agencia. En cuanto al consumo de drogas, si bien es masificado, los usuarios regulares y proveedores se rigen por criterios de selección: franjas etarias, género, territorio, filiación familiar, diferencias étnico-raciales o regionales. En lo que respecta a mis interlocutores, jamás observé que ellos les ofrecieran drogas a los niños.

Es importante señalar que los criterios de selección tienen como propósito establecer restricciones. Se trata de una economía moral que pretende cuidar especialmente a la comunidad de usuarios hombres de posibles enemigos; pero, a su vez, crea vínculos de poder, dependencia y subalternidad cuando se trata de relaciones interpersonales con niñas o adolescentes que, en muchos casos, seducidas por el carisma de esas personalidades masculinas⁷⁴, visitan la zona gris buscando experimentar con el uso de drogas.

Prohibición, miedo, adrenalina, sexo, drogas, adicción, ansiedad, deuda, precariedad, control, dependencia, desigualdad. Estas categorías juntas describen, en buena medida, la manera en que la interacción interpersonal entre mujeres y hombres funciona en la periferia. La estrategia es simple: los hombres sacan ventaja del poder de seducción de sus masculinidades dominantes. Una vez conquistada una mujer, la atraen hacia la zona gris y se comparte el uso de drogas (marihuana y cocaína) en medio del ritual de conquista. Con el tiempo, estos encuentros se hacen frecuentes y, aunque no existan interacciones sexuales, el uso regular de estas drogas comienza a crear dependencia y luego deudas. De esta forma, los hombres tienen claro que el único medio de pago de una niña/adolescente es dar su cuerpo como valor de cambio.

Las consecuencias finales de este pago se pueden constatar en la alta cifra de embarazos adolescentes⁷⁵. Mayerli, amiga de Mini Z, tuvo un hijo a los doce

74 Para tener una mejor comprensión sobre la atracción, la seducción, las relaciones de pareja y los vínculos sexuales de mujeres y hombres en Olaya-Rafael Núñez, ver el capítulo 8.

75 En 2017, 168 niñas de entre 10 y 14 años resultaron embarazadas en Cartagena. Otras 3475 adolescentes entre 15 y 19 años también se convirtieron en madres, esto es, el 19% de embarazos registrados ese año (Alcaldía de Cartagena 2017).

años: “El hijo tiene un mes”, recuerda él sorprendido. “¿Qué hace ella?”, “Ella vive ahí, no trabaja”. Observando desde adentro las entrañas de la interacción social en la periferia, descubro los hilos que tejen la red de relaciones de poder y sus formas de operación dentro de un escenario marginal que da continuidad al padecimiento, el sufrimiento y la subalternización precaria a que se encuentra expuesta la mujer en un entorno que propicia ventajas masculinas. Esto, sumado al poder de la industria cultural como un factor determinante en el ensamblaje cognitivo de este tipo de interacción erótico-sexual, evidencia con claridad qué género cae con mayores consecuencias bajo los efectos de la violencia estructural dentro de una economía poscolonial periférica. Por otro lado, estos espacios reflejan lo que José Manuel Valenzuela define como *necrozonas*, también denominadas por él *zonas de riesgo* o *zonas de muerte*: “conjunción de repertorios precarizados (sociales, simbólicos e identitarios)” (2009, 72); se trata de “escenarios subalternizados, por lo cual atienden a procesos de estructuración social desigual y a relaciones sociales estructuradas y estructurantes de poder y dominación” (72), asimetrías que atañen por igual a las relaciones de género:

Este orden-poder patriarcal también se produce y reproduce desde las instituciones y patrones culturales que legitiman estos poderes. El patriarcado se conforma con relaciones estructuradas de poder diferenciado entre hombres y mujeres, y funciona como sistema de clasificación social a partir de las relaciones sexo-género, por ello, he definido al feminicidio como el acto misógino al límite o la expresión extrema de la misoginia. El orden patriarcal y sus dispositivos biopolíticos reproducen las condiciones de desigualdad entre hombres y mujeres, y opera como un sistema de clasificación social basado en el sistema sexo-género. (70-71)

En las narrativas expuestas aquí no solo se describen deseos e imaginarios de realización que los niños y adolescentes asumen y proyectan en su transición hacia la adultez; detrás de estos discursos se estructuran nociones sobre el género casi que al borde de un determinismo biológico. Pensar en otras formas de asumir el género, e incluso la sexualidad, se hace al margen de hegemónicas identidades prefijadas de lo que se supone es ser hombre o mujer en contextos sociales de pobreza extrema. Por este motivo, suele ser más común observar en la mediana infancia el modo en que el orden-poder patriarcal inicia a dar forma a las interacciones sexo-genéricas, incluso avalando la violencia contra las mujeres como sentido común. El contraste es abrumador. Mario quiere tener hijos “cuando tenga veinte o dieciocho años”; en cambio, dice Mini Z que a los

quince. No obstante, ambos concuerdan en lo mismo cuando se preguntan: “¿Qué voy hacer con un hijo siendo menor de edad?”. “Mejor lo dejo para cuando termine los estudios y tenga un trabajo”, exclama Mario, y agrega: “Quiero tener unos gemelos y vivir en el barrio en casa de mamá”. Mientras tanto, la realidad de Mayerli se limita a estar en casa, ser madre y cuidar de sus hijos. En cuanto a Mario y Mini Z, ellos vislumbran un futuro prometedor: graduados de la escuela y trabajando en una gran empresa.

Conforme transcurran los años, no habrá garantías de que alguno de ellos termine la escuela, acceda a educación superior o consiga empleo en una empresa. El futuro es incierto en un barrio donde el principal objetivo de las familias es sobrevivir al presente. Nadie ni nada les asegura que cumplirán sus sueños, porque en medio de estos, el cruel azar de la realidad producida en la precariedad material puede cambiar por completo el destino de cualquiera: la muerte, las culebras, la venganza, el crimen, la miseria, el desarrollo de la necropolítica. En años recientes, un grupo interdisciplinario de académicos iberoamericanos (Valenzuela 2015) ha dado forma a un concepto que describe y reflexiona ampliamente sobre el fenómeno de la muerte, los jóvenes, el crimen organizado y otras formas de ejercer violencia en territorios de interés económico, fronterizos o conflictivos.

El juvenicidio es la consumación de un proceso que inicia con la precarización de la vida de los jóvenes, la ampliación de su vulnerabilidad económica y social, el aumento de su indefensión ciudadana, la criminalización clasista de algunas identidades juveniles y la disminución de opciones disponibles para el desarrollo de proyectos viables de vida frente a una realidad definida por la construcción temprana de un peligroso coqueteo con la muerte. El juvenicidio es el cruento acto culminante que arrebató la vida de una gran cantidad de jóvenes adscritos a condiciones de vida, culturas e identidades subalternas. Por ello, he insistido en la necesidad de analizar la muerte artera de cientos de miles de jóvenes, condición que he definido como juvenicidio, en escenarios sociales amplios y no solo en los rasgos específicos del acto que arrebató la vida juvenil; el juvenicidio conlleva procesos de precarización económica y social, estigmatización, desacreditación y criminalización de ciertos grupos y sectores juveniles, la implosión de los marcos axiológicos y de credibilidad de las instituciones, la concentración de la muerte en cuerpos-territorios juveniles, la violencia y muerte desplegada por el crimen organizado amparado por la tríada infausta de corrupción, impunidad y complicidades tejidas con figuras adscritas en diferentes posiciones dentro de las instituciones del Estado. (Valenzuela 2015, 64-65)

Es necesario realizar mayor investigación empírica para determinar de qué modo la necropolítica se ejerce con especial énfasis sobre las dinámicas socioculturales de la población joven afrodescendiente en Colombia; no obstante, algunos especialistas (Mancera 2021) apuntan a pensar que estas formas de exterminio juvenil se comprenden como una práctica antaño ejercida en el vasto territorio latinoamericano. El capítulo siguiente nos dará pistas para observar los posibles escenarios a los que se verán expuestos estos niños en caso de continuar insertos en esta cultura al margen, callejera.

**LEONARDO Y ROBERTO:
CRIMINALIDAD AVANZADA** 3

CONOCÍ A LEONARDO POR MEDIO DEL PASTOR MARTÍN EL 10 DE FEBRERO DEL 2015 cuando salía de su casa/iglesia. Me lo presentó para que me hablara de La Cívica⁷⁶. Él es alto, corpulento, afrocaribeño, con personalidad dominante. Sus ojos estaban rojos; olía a marihuana. Durante un trayecto de tres calles le hablé sobre mi proyecto de investigación. Me dijo que hacía parte de La Cívica y que también había estado en el ejército. Al despedirme de él me dio su teléfono y prometió ayudarme. Meses después de conocernos descubrí que nunca trabajó en La Cívica; al año siguiente también me reveló que jamás había estado en el ejército. La influencia de Martín fue fundamental para que Leonardo pudiera darme un poquito de confianza, pero desde un principio él me estuvo engañando.

Justificándose en los peligros que representa un extraño dentro del barrio, Leonardo activó esta estrategia, agencia que busca situarse un paso adelante de la inteligencia criminal y militar. La sospecha sobre mí no era fortuita. Mis orígenes identitarios, condición étnica y posición de clase creaban un escenario de tensión, riesgo y sospecha basado en una larga trayectoria de migraciones interurbanas desde ciudades con estructuras criminales más avanzadas. No obstante, la marcada diferencia cultural que cada región del país imprime en su identidad territorial y ese cuidado excesivo frente a la presencia extraña de otros en la periferia sintetizan la tensión de un conflicto étnico-racial.

En este capítulo intento demostrar que en el mundo criminal en Colombia existen asimétricos procesos de desarrollo que potencian o limitan la expansión del crimen y sus organizaciones de base. Pandillas, bandas, organizaciones criminales, carteles, grupos armados: cada uno de estos cuenta con una trayectoria única mediada por bases materiales, simbólicas, políticas, culturales y estructurales que facilitan su configuración en un determinado tiempo y espacio.

La letalidad y potencialidad de cada una de estas organizaciones dependen principalmente de su capital humano. Así como hay sociedades y formas de capitalismo avanzado, sostengo que en Colombia existe una criminalidad avanzada en las ciudades-regiones donde el narcotráfico emergió como economía hegemónica periférica, la cual ha consolidado, desde las últimas tres décadas, un capital cultural, tecnológico y organizativo de avanzada, en comparación con los procesos que otras regiones, ciudades y sociedades experimentan. Por ejemplo, en Brasil con el PCC y el Comando Vermelho (Feltran 2010); o los carteles mexicanos de Sinaloa y los Zetas (Pereyra 2012; Valdés Castellanos 2013), organizaciones que, comparativamente, tienden a emular el desarrollo criminal colombiano de la década de 1980. Las pandillas y su economía criminal

76 Las comunicaciones con Leonardo se dieron en Cartagena entre los años 2015 y 2017.

en Olaya-Rafael Núñez representan la base periférica subdesarrollada del terrorífico pero lucrativo negocio de la criminalidad avanzada en Colombia.

EL DESARROLLO DE LA CRIMINALIDAD AVANZADA

El último día de mi residencia en Olaya-Rafael Núñez Martín me confesó que desde un principio estaba preocupado por mí. Nunca pensó que yo duraría tanto tiempo en el barrio, porque la vida en la periferia, según él, no era fácil para nadie. Esto lo pude experimentar personalmente. Cualquiera que venga desde afuera tiene que someterse a un largo proceso de observación por parte de la comunidad. El extraño se transforma en un enemigo en potencia hasta que no se demuestre lo contrario. Por esa razón, desde el primer día Leonardo me engañó con un argumento simple pero contundente, pues me mostró una realidad que desde fuera muestra a la periferia como un escenario de ficción:

Leonardo: ¡William!, a veces uno se intenta camuflar, por eso uno inventa. Aquí hay manes de la Sijín⁷⁷ que tú lo ves con barba, cabelludos, sosteniendo un costal. Aquí se meten y, cuando uno se viene a dar cuenta, ese gamín⁷⁸ saca la pistola y dice: “¡Policía Nacional!”; y ahí fue, nada que hacer.

William: ¿Así ha pasado?

Leonardo: ¡Claro! Aquí la gente no espera para ir encima del otro, más aún si es cachaco⁷⁹. Cuando es así, se esperan dos o tres días observándolo, analizándolo. ¿Qué tal que sea de Los Rastrojos, Águilas Negras⁸⁰? Esos paisas⁸¹ creen que uno es bobo.

William: ¿Por qué?

Leonardo: Vienen de otra parte buscando aquí la amistad de la gente, pero no, sino que crean enemigos. Aquí la vuelta es seria, William. Si tú por ejemplo vienes aquí poniendo cara, te sale alguien más bravo. Aquí para lo que sea, sin miedo, tienes que bajarte de nivel, el que venga todo alzado, presumiendo, va a sufrir.

77 Seccional de Investigación Judicial y Criminal.

78 Habitante de calle.

79 Término que se usa en el Caribe colombiano para referirse a las personas de la región andina.

80 Ambas son bandas criminales.

81 Denominación geosocioantropológica para referirse a los habitantes del departamento de Antioquia y la región cafetera.

William: ¿De qué forma?

Leonardo: La gente te mira, todo el mundo te mira. Nosotros, el día menos pensado, si lo vemos sospechoso, raro, vamos y le damos machete: puñaladas, bala, lo que sea cuando hay gente rara.

William: ¿Como cuáles?

Leonardo: El paisa, como sabe mucho, esa gente llega y como estrategia se hacen amigos de los vecinos. “Vecina, buenos días, ¿cómo está?”, dicen ellos. Pero, el día menos pensado, a esa persona la cogen presa y aparece en la prensa con 35 o 40 homicidios. Este es un barrio que se presta para que la gente se esconda.

Roberto: Uno no sabe sobre la gente que vive aquí. Pueden ser policías, capos, bandidos; uno no sabe. De repente alguien viene y por la espalda te muestra una pistola, un policía, ahí te preguntan: “¿Qué pasó?”. Así pasa.

Leonardo: Los cachacos son unos bandidos, esos manes son malos; cuando no pueden hacer nada contra ti, te mandan a matar con otros. Salen en las noches en sus motos o carros, no se sabe si en la madrugada hacen limpieza social. Les gusta la adrenalina.

Durante mis primeras semanas de observación, la impresión que me daba era la de caminar frente a lo que parece un paisaje urbano muy propio del Caribe antillano: calles congestionadas con personas, música a todo volumen, niños jugando en la calle, adultos jugando a las cartas, mujeres conversando, jóvenes en las esquinas bebiendo o trabajando sobre sus motos; una imagen afrocaribeña de armonía, en contraste con el cruel paisaje de terror que alimentan los relatos sobre violencia y con los imaginarios negativos que se extienden en el resto de la ciudad sobre la situación de inseguridad que se vive a lo largo y ancho de Olaya-Rafael Núñez.

Sin embargo, detrás de este aparente paisaje afrocaribeño de paz se anticipa un escenario lleno de tensiones: la sospecha latente de que existe un enemigo, los silencios que atraviesan conversaciones incómodas, la complicidad delictiva, la necesidad de supervivencia; en resumen, la producción social de una paranoia colectiva. Estas son algunas de las características que el extraño representa para una comunidad, aún más cuando proviene de regiones o ciudades con una avanzada trayectoria de violencia o delincuencia organizada. Por esta razón, Leonardo insiste en la importancia de la mirada, el seguimiento,

un medido tiempo de espera para seguir, leer los movimientos, las actitudes, la personalidad de aquel sospechoso que circula o habita recientemente en los territorios de Olaya-Rafael Núñez.

“Este es un barrio que se presta para que la gente se esconda”, afirma Leonardo. Olas de inmigrantes poblaron Olaya-Rafael Núñez desde sus inicios y así sigue siendo hasta el presente. La precariedad material, la inseguridad, la violencia y el desempleo no han sido un impedimento para que continúen llegando migrantes de todo el país a asentarse aquí. Que el barrio se preste para que el bandido se esconda se debe principalmente a su ubicación. Tanto la ciudad como el barrio funcionan como periferia de la periferia en el mundo del crimen avanzado.

Cuando los bandidos de otras ciudades se *calientan*⁸² u optan por abandonar el mundo del crimen, buscan con frecuencia barrios marginales o pequeños pueblos lejos de sus ciudades de origen. Usualmente escogen alguna ciudad del Caribe colombiano para refugiarse, debido a su distancia y baja intensidad de violencia. Así, muchos de esos jóvenes que por diversos factores han ingresado al mundo del crimen tienen la posibilidad de salvar sus vidas, y rehacerlas fuera del delito o, en una última instancia, se ven obligados a volver a este mundo al no tener alternativas. Esta es una modalidad de escape que suele ser implementada por los sicarios después de cometido algún asesinato; por desertores, traidores y aquellos que objetan o no desean seguir por tal camino. Contrario al mundo de la MS-13 y la C-18, la identificación estética de estos sujetos pasa por alto signos identitarios codificados en tatuajes o estilos de vestir: prevalecen evaluaciones fenotípicas basadas en lecturas de comportamiento y procedencias regionales.

A mediados de agosto del 2017 volví a Cartagena de Indias para ayudar a Jeison a recuperar el dinamismo de La Cívica. Desde enero de 2016 hasta mediados del siguiente año, tener La Cívica organizada y activa fue su mayor preocupación, a lo cual dedicó sus esfuerzos. Tuvo momentos de ruptura, continuidad y discontinuidad, debido a la oposición del nuevo presidente de la JAC. En esta última visita no tuve garantías de seguridad, de modo que Jeison y yo quedamos de vernos en una playa de la ciudad. Mientras lo esperaba conocí a Felipe, originario de Cali. Él fumaba marihuana cerca de donde yo estaba. Luego de intercambiar algunas frases, empatizamos muy rápido:

82 *Calentura* y *calentarse* son términos del léxico popular colombiano que hacen referencia a lugares o situaciones usualmente ligados a la inseguridad o el peligro.

William: ¿Estás de vacaciones o vives en la ciudad?

Felipe: Me vine de Cali hace unos meses a vivir aquí porque es más relajado.

William: Cali debe estar caliente, la mafia está cogiendo fuerza otra vez.

Felipe: ¡Ufff, niño! Eso es guerra.⁸³

Minutos después, él me revelaría su verdadero motivo de vivir en Cartagena:

Felipe: No te miento si te digo que yo andaba en ese mundo metido, que si no me vengo seguro me matan allá.

William: ¿En serio?

Felipe: Sí. Me arrepiento de haber estado en ese mundo; son lugares a los que uno cae por fuerza mayor y por loco. Nada como estar en paz. Estoy sin trabajo, pero no me quiero desesperar. Mi mamá me dice que tenga paciencia. Presté servicio militar y completé un curso de vigilancia, algo me saldrá. Aunque, no le miento, viendo la situación económica, que ganas no me han faltado de volver a lo mismo, pero poder sentarme en la playa, fumarme un bareto [cigarrillo de marihuana] en paz, me hace pensar en la vida que quiero.

A diferencia de los pandilleros que he conocido en Olaya-Rafael Núñez, la actividad criminal de Felipe, con apenas veintidós años, solía estar ligada desde sus inicios con organizaciones de larga trayectoria criminal. Su formación militar le facilitó entrar al mundo del crimen avanzando. Felipe huyó de una muerte segura en Cali. Es posible que detrás de él exista una amplia trayectoria de homicidios. Leonardo me repitió que en el barrio, cuando “esa gente llega, como estrategia se hacen amigos de los vecinos, pero el día menos pensado a esa persona la cogen presa y aparece en la prensa con 35 o 40 homicidios”. Bandidos, sicarios, mafiosos y prófugos de la justicia tienden a escoger deliberadamente estos lugares para refugiarse de deudas, venganzas entre organizaciones criminales o persecución del Estado. Prolongan así sus prácticas ilegales y sus vidas en constante amenaza de muerte.

Los jóvenes de Olaya-Rafael Núñez no son ingenuos ante este escenario criminal, aunque muchos de ellos negaron pertenecer a alguna organización de ese tipo. Otros me confirmaron haber sido invitados en alguna ocasión a ser

83 Las comunicaciones con Felipe se realizaron en Cartagena durante el año 2015.

parte de sus filas. Estas agrupaciones son vistas con recelo; incluso, con indiferencia. Esto se puede entender debido al asimétrico desarrollo geoterritorial del crimen organizado en Colombia. La acumulación delictiva concentrada en las ciudades durante y después de la guerra entre carteles de la mafia en las décadas de 1980 y 1990 produjo tecnologías, prácticas y praxis criminales mediadas por un fuerte alcance económico, en contraste con la precariedad material y la cultura delictiva que se vivía en las periferias urbanas del Caribe colombiano durante el mismo periodo.

Leonardo y su hermano Roberto crecieron en la década de 1990, cuando la percepción sobre el bandido y la criminalidad difería de la avanzada figura del sicario asalariado famoso en la era del cartel de Medellín.

En el tiempo de uno no se veían pelaítos jodiendo como los de ahora, los bandidos de mi tiempo eran gente adulta, tenían diecisiete, dieciocho, veinte años. Ahora los pelaos faltan el respeto. Es decir, antes había cierto cuidado con la gente, una ética.

Enfatiza Roberto, sorprendido por la actitud de los actuales jóvenes que, como Mini Z, no tienen ningún tipo de respeto, lealtad ni ética frente a personas mayores. Incluso, desde los primeros habitantes del barrio, la figura del bandido era representada como un *outsider*, tal y como Becker (2008) lo describe: alguien fuera de los parámetros éticos o morales establecidos por la cultura dominante, usuario de drogas, rebelde, etc.

En las décadas de 1980 y 1990 los jóvenes eran considerados carne de cañón para la industria del narcotráfico (Salazar 1991). Un ejército industrial de reserva. De esta forma, los carteles instrumentalizaron a los jóvenes de las comunas de Medellín para sus fines delictivos y su guerra contra el Estado. En el caso de Medellín, la intersección entre violencia, guerra, narcotráfico, diferencias etarias, pobreza y territorios es mucho más compleja de lo que se presenta en Olaya-Rafael Núñez⁸⁴. No obstante, la estructura puede ser similar. La desaceleración económica experimentada en Colombia a finales de los años 1980 junto con una reforma de libre mercado (neoliberalismo) a inicios de la década de 1990 contribuyó a empeorar el escenario económico y laboral de los jóvenes.

84 Gerard Martin (2014) analiza exhaustivamente los periodos de expansión y contracción de las bandas criminales ligadas al cartel de Medellín y su estrecha relación con la política criminal de los carteles y la política ofensiva de seguridad del Estado hacia sus ataques y arremetidas frontales, especialmente después de la salida de Pablo Escobar como representante a la Cámara en el año 1993. Política criminal, despliegue económico ilegal y Estado son los tres pilares que, según el autor, construyeron las bases sociales que movilizaron y/o se interpusieron en la movilización de miles de jóvenes hacia las organizaciones criminales.

El desarrollo urbano de la violencia en Medellín desde los años 1960 hasta el presente remite no solo a los cambios de una ciudad que llegó a considerarse la más violenta del mundo, para luego convertirse, a mediados de la primera década del siglo XXI, en un modelo latinoamericano y global de urbanismo, innovación, emprendimiento y transformación social en la prevención y gestión de la pobreza, el crimen y la violencia. También demuestra la forma en que la economía política, la política económica, la economía ilegal y los efectos históricos a largo plazo del capitalismo periférico aportaron para que no se construyera una biopolítica empeñada en incluir a la población joven en su aparato productivo, sino en una máquina del terror que continúa ampliando las periferias urbanas, donde el contingente laboral excede la capacidad de absorción del capitalismo periférico. De ese modo, los jóvenes son empujados a crear estrategias de supervivencia; a alternar o a adherirse a la oferta desigual y combinada de la economía aventurera, acaparada en el caso de Medellín de forma hegemónica por el narcotráfico.

Vigilar, desconfiar y sospechar del otro son acciones que resultan de la tensión que produce la asimetría geoterritorial del desarrollo criminal urbano en Colombia. En ambos extremos, el desigual capital delictivo adquirido territorialmente funciona como distinción, respeto, miedo o, en el caso de aquellos con avanzada criminalidad, subvaloración del otro como enemigo, cómplice criminal o bandido. “Esos paisas creen que uno es bobo”, exclama indignado Leonardo. En esta expresión se condensa la percepción asimétrica del desarrollo criminal, avanzado o subdesarrollado; lo que me demuestra mi observación participante son los alcances que cada uno de estos extremos pueden crear al expandir o contraer la letalidad del crimen y sus violencias.

La precariedad material de Olaya-Rafael Núñez no tiene nada de diferente a la vivida en las comunas más violentas de Medellín, pero lo que sí cambia son los efectos que produce la intromisión del capitalismo ilegal dentro de la interacción, la subjetividad y la cultura callejera de los jóvenes, porque el excedente de dinero originado mediante la acumulación excesiva de capital ilegal facilita la creación de condiciones materiales que impulsan y desarrollan el crimen organizado y sus derivaciones en un nivel avanzado, en contraste con otras regiones del país. Esto da pie al establecimiento de nuevos elementos de orden sociológico que se esconden detrás de la emergencia de las pandillas y el aparente caos simbólico de sus formas violentas.

“AQUÍ NO HAY GENTE DURA”

La introducción sistemática y crónica del dinero y el capital ilegal en la vida cotidiana de la periferia permeó ampliamente la interacción y socialización de los jóvenes en las comunas de Medellín. Incluso después de la muerte de Pablo Escobar, la guerra entre carteles y la persecución del Estado, el fantasma de la violencia, el terror, el miedo y el sufrimiento estaban presentes hasta en el recuerdo y el olvido (Alcalá 2006) de los jóvenes. Ellos, en medio de la calle, en las esquinas, las canchas de fútbol, las tiendas, los colegios o el barrio construyeron una identidad interpelada por la guerra: el narcotráfico, las drogas, la pobreza, el resentimiento, la segregación urbana y social que la circulación del dinero ilegal produjo en esos espacios del terror en que se convirtieron las periferias pobres de esa ciudad⁸⁵.

Esto no se hubiera podido lograr sin la figura de poder representada en sujetos, fueran estos líderes de una pandilla, una banda, combos, parches, organizaciones criminales, oficinas o carteles. Esta figura de poder se representa en la actitud que estos sujetos incorporan en la economía política de la institución ilegal/criminal, al sostener en el tiempo procesos de larga duración, los cuales legitiman, heredan y/o reproducen el orden al igual que la cultura criminal dentro de un determinado territorio. Para Leonardo, el hecho de que el crimen organizado y la economía ilegal no se hayan desarrollado en Olaya-Rafael Núñez de la misma forma que en otras ciudades se explica así:

Por aquí no hay gente que uno diga “ese man es un duro”. Por aquí no hay jíbaro que salga efectivo, un capo. Nunca ha existido un man templado que ponga orden, que mande, que le diga a otro que aquí no se puede vender nada por ser territorio de él. Aquí no hay nada, aquí lo que hay son jibaritos de casa.

Desde mi llegada a Olaya-Rafael Núñez observé que acceder al mercado de las drogas ilícitas era sencillo: “La bareta se consigue aquí mismo, en la calle pavimentada, por esos lados del parque, es buena: cripi, caicedona, lo que quieras”, afirma eufórico Leonardo. Como pude constatar, la presencia de jíbaros o microtraficantes con gran influencia, poder o reconocimiento es muy baja, por no decir nula. Niños, jóvenes o adultos trafican en la calle a la vista de todos. Cualquiera en una esquina vende cocaína, bazuco o marihuana; incluso familias enteras participan en esta estructura de negocio. Es decir, la jerarquía de mando y control que se espera de los microtraficantes, en el Caribe afrocolombiano

85 En plena guerra entre carteles del narcotráfico y el Estado, en el año 1991 hubo 6 810 homicidios, un promedio de 18,7 por día. Para más información, léase Franco *et al.* (2012).

deja de lado el individualismo violento y totalitario presente en gran parte de las comunas de Medellín, su política del terror y su cultura callejera (Baird 2017; Riaño-Alcalá 2006; Tapias 2010).

El microtraficante de calle no busca calentarse; tampoco el jíbaro de casa. El 7 de enero del 2016, apunté en mi diario de campo:

Después de una tarde de grabaciones, fotografías y entrevistas, Rafael y yo nos dimos a la tarea de comer. Visitamos la principal esquina del barrio. Eran las 7:45 p. m. y la calle seguía ocupada por mucha gente. En medio del camino nos encontramos a Mini Z. Luego de cenar regresamos por la misma calle. En la segunda esquina, un chico del parque me pidió un cigarrillo. Sentados enfrente de una casa, hablamos cerca de dos minutos hasta cuando la dueña de la casa nos echó porque ellos estaban fumando marihuana. Caminé con Javier a la otra esquina para ver a un grupo de personas jugar cartas. Al lado de ellos, en el andén de una casa esquinera, los amigos de Javier me llamaron para sentarme. Les ofrecí mis cigarrillos Pielroja, los que tanta curiosidad les daban a ellos por no tener filtro. Raúl sacó una pequeña bolsita con cocaína; me ofreció, me negué, les dio a los otros tres. Debajo de su camisa escondía una escopeta. Felipe, además de usuario, es microtraficante. A unas cuantas calles de ahí compra la cocaína que vende a un menor precio. Le faltaban 1 000 pesos para completar la compra de otra bolsita; yo se los di. Él no se demoró mucho en volver. El *performance* fue el mismo: ellos inhalaban no por gusto; pretendían verse rudos uno enfrente del otro. Felipe, aprovechando el flujo de gente en la esquina, intercambió y vendió otros paqueticos. La rutina era la misma cada noche. Se vende, se consume, se pasa bien.

Al no existir un comercio expandido, es decir, un flujo amplio de compradores y consumidores, el uso de drogas se reduce a un público local territorialmente focalizado en las cercanías de Olaya-Rafael Núñez. Microtraficantes como Felipe, incluso Leonardo, conocen directa o indirectamente a la mayoría de sus compradores. Por esa razón los conflictos relacionados con drogas están más asociados con el abuso de confianza que con un sistema de deuda o adicción creado por una planificada idea de mercado local o proyecto de largo alcance ideado por los jíbaros en las calles. Evitar el conflicto funciona como una estrategia de convivencia territorializada, afectiva, solidaria, debido, en parte, al alto grado de socialización al que los jóvenes y adolescentes se ven expuestos en el barrio.

El desarrollo tardío y precario del microtráfico en las periferias también ha contribuido a que las tensiones entre traficantes, consumidores y comunidad

disminuyan en contraste con una avanzada injerencia de organizaciones criminales y una oferta abundante de droga, dinero y armas. Al ser Cartagena una ciudad portuaria, el poder administrativo y sociorganizativo que necesita la economía ilegal para legitimarse como organización criminal debe primero consolidar, progresivamente, las bases sociales que a largo plazo faciliten la producción y reproducción de los tentáculos del capital delictivo en el sistema sociocultural de las periferias urbanas; se transforma así su economía moral. Pero la ciudad no funciona como centro, sino como periferia transitoria del narcotráfico, organizaciones criminales y estructuras delictivas derivadas, lo que irónicamente desacelera el avance del establecimiento de una criminalidad avanzada.

A menos que exista un man que venga y monte una pandilla para defender un mercado, aquí en el barrio no se ha visto un man así que traiga tres pacas [sacos] grandes, kilos de drogas. En otros barrios tú puedes entrar y ver eso; aquí vas a esas casas y te venden es poquito. El que tiene [droga] la vende rápido porque la policía está encima. Aquí mínimo un jíbaro trabaja con dos pacas: 70, 100 gramos, 1 kilo. La gente vende para sobrevivir; venden, pero no tienen los recursos para sostener el mercado. Aquí no hay nadie que diga, por ejemplo, “te voy a dar 3 kilos de coca, cripy, patra⁸⁶, véndeme eso”. No miento si te digo que aquí no hay droga, no hay mucha. En otros barrios sí hay guerra por el territorio.

En el anterior relato Leonardo describe, a su vez, las precarias condiciones económicas y organizativas del jíbaro (microtraficante) local frente un mercado periférico con potencial, pero deficiente en contraste con lo que debería ser la función de estas personas y su empresa criminal. Por otra parte, la evolución asimétrica de este proceso, sumada a la distribución reducida, el desarrollo y la apropiación del dinero ilícito, dificulta el avance sociocultural del *habitus* y el capital delictivo en el despliegue de prácticas y recursos que la mediación financiera del mundo criminal puede disponer, siempre y cuando este flujo mantenga una regularidad temporal, ideológica, material y, especialmente, un alcance transnacional. Sin embargo, poco he evidenciado que los anteriores factores incidan en la configuración de las pandillas en Cartagena.

86 Se le conoce en la cultura callejera colombiana como *patraseado* (cocaína vuelta para atrás). En Norteamérica se le conoce como *crack*. Ambos tienen el mismo proceso de elaboración: disuelta en agua con bicarbonato de sodio, la cocaína se convierte en una pequeña piedra que se puede fumar. Se diferencia del bazuco (basura de cocaína) en Colombia y del paco (pasta de cocaína) en Argentina, que son compuestos de cocaína que aún conservan algunos de los productos utilizados para convertir la hoja de coca en polvo.

El hecho de que aún en el Caribe colombiano no se presenten las mismas características que en las comunas de Medellín se puede entender en razón de la resistencia de la economía moral de la cultura afrocaribeña con respecto al modo de producción que alimenta las bases sociales de la criminalidad avanzada, mayormente constituida desde el capitalismo de la metrópolis, en oposición al tardío desarrollo del capitalismo y sus formas en el Caribe colombiano. Aquí, la influencia de las migraciones campesinas de las últimas décadas y la herencia de sus modos de producción precapitalista contraen el despliegue de las fuerzas del mercado ilegal en mayor escala. Con respecto a la posibilidad de que se presente un proceso criminal singular junto con su expansión económica y desarrollo tecnológico, advierte Leonardo:

De existir un man grande que tenga ese respaldo fuerte, cualquier man (jíbaro, traficante) que venga de afuera debe venir afiliado con alguien del barrio, porque posible[mente] se encuentra con el gran capo y eso traería problema, se tiran a matar. Hubieran muertos todos los días como se ve en otras ciudades.

LA EDUCACIÓN DELICTIVA: ASIMETRÍAS Y LUCRO

Las historias migratorias de Miguel Ángel, Alfredo y el pastor Martín demuestran la transformación moral, laboral, económica y familiar que las nuevas generaciones desarrollan en la ciudad. Si se compara a Miguel Ángel con Leonardo y Mini Z, hay un enorme abismo cultural. Mientras que Miguel Ángel y Alfredo llegaron a la ciudad con una idea de trabajo y progreso hasta conseguir cada uno su jubilación tras haber laborado en el sector de la economía formal, dicho precedente es impensable para Leonardo, quien nunca ha tenido un trabajo formal ni considera la posibilidad de pensionarse al final de su vida laboral.

Cabe señalar que los contextos de mercado laboral y trabajo han sido diferentes para cada generación. Mientras que para Alfredo y Miguel Ángel tener un título escolar representaba un empleo casi seguro en el sector comercial, industrial o turístico, las exigencias de educación superior contemporáneas limitan el acceso de los jóvenes a las mismas oportunidades laborales que tuvieron sus padres, al no estar ellos cualificados. Por otro lado, la ética de trabajo que caracteriza a Miguel Ángel y a Alfredo tiende a ser fiel al modo de producción campesina: jornada de trabajo extensa, fidelidad al empleador, dedicación, sacrificio, resistencia ante adversidades, mientras que las posteriores generaciones han ido perdiendo esta característica. No obstante, los hijos de Alfredo tuvieron

la oportunidad de formarse técnica o profesionalmente, e incluso hasta de salir de la localidad; por ejemplo, dos de sus hijas ascendieron socioeconómicamente al situarse en una clase media fuera del barrio.

Sin embargo, las condiciones no han sido favorables para todos los hijos de Alfredo. El menor de ellos, con veinticinco años, aún vive con él, y para percibir recursos creó una barbería en su casa. La trayectoria familiar de Alfredo es un ejemplo de los cambios estructurales que Colombia ha atravesado en las últimas cuatro décadas. Desde los años 1990 hasta el presente, el trabajo formal se ha precarizado aceleradamente, debido en parte a la apertura económica internacional, lo que destruyó la industria nacional y pauperizó aún más el empleo en las ciudades capitales. Sin una educación profesional o técnica, son escasas las posibilidades que tiene un joven para entrar no solo al mercado laboral, sino de acceder a una educación de calidad en una sociedad cada vez más monetizada que condiciona, limita, excluye y marginaliza a las poblaciones pobres, mientras que la clase media acapara la educación pública de calidad.

Leonardo creció en el seno de una familia pobre. Su padre murió cuando él aún era un niño, y su madre lo crió junto con sus tíos y tías. Dice lamentándose:

Cuando yo estaba pelao y se tiene dos padres, hay más respeto. A cada quien se respeta diferente. A mamá la respeto, pero uno sin papá crece curioso. Yo me asomaba a la calle y veía que tiraban piedras, y de repente ya estaba en ese mundo, peleando, la droga, ya tú sabes.

Y continúa:

Cuando mi papá murió, desde ahí comenzó la vida de uno. El papá puede ayudar en la casa. El mío era jodón y serio; quizás si él estuviera vivo yo no fumara, fuera otra clase de persona, recto. A él lo maratón cerca de aquí, por salvar a un amigo se metió en una pelea y lo mataron.

Leonardo fuma y se calla. Siento que revolvi sus emociones. Reflexiona sobre sí mismo. Si bien piensa para él que la ausencia del padre influyó en su comportamiento actual, las figuras de “mando” a las que se refiere estaban presentes en sus tíos. “La voz de mando” la tenía su padre, y esa misma figura simbólica de poder, afirma él, es la que falta en La Virgen para que se generen los procesos de organización criminal que él tanto demanda y cuya ausencia critica. Ni siquiera él puede asumir ese rol: “me gusta el desorden, así he sido siempre, pero nunca he sido bandido: el bandido es el que anda en la calle a toda hora bien hijueputa”, dice Leonardo. Me parece irónico que él no se considere

a sí mismo bandido por el simple hecho de “no andar en la calle a toda hora” y por no comportarse “bien hijueputa”.

Desde el primer día percibí que no se trataba de un joven cualquiera. Sobresalía por su corpulencia, su carisma, pero especialmente por su modo de vestir. La calidad de su ropa y estilo me mostraban dos cosas: 1) su capacidad adquisitiva y 2) la adopción de una estética urbana cosmopolita. Tanto él como Roberto tienen acceso a un circuito de mayores ingresos económicos en comparación con el resto de jóvenes. Durante los dos años que mantuvimos contacto regular, su actividad laboral se mantuvo al margen. “¿Vendes drogas, robas en la calle, tienes algún negocio?, ¿cómo mantienes a tus hijos?”, le pregunté en varias ocasiones; pero siempre se negaba, evadía el tema o me respondía: “Quiero retomar los estudios, ser alguien”.

Su estrategia de supervivencia estaba por encima de la capacidad delictiva del resto de jóvenes que conocí en Olaya-Rafael Núñez, y esto lo supe por medio de la hija de Martín el último día de mi residencia en el barrio, el 30 de enero del 2016:

William: Déjame preguntarte algo, Nancy. ¿Leonardo y Roberto qué hacen? Ellos nunca me han dicho en qué trabajan.

Nancy: Leonardo, ¿cuál es él?, ¿el negro alto?

Mamá de Nancy: El que andaba con el brazo partido.

Nancy: Ese es tremendo. Ellos son vulgarmente lo que se conoce, aunque a mí no me consta porque yo no los he visto, pero lo que yo he escuchado es que atracan “por lo alto”.

William: Por lo alto, ¿cómo es eso?

Nancy: Ellos andan en negocios de alto nivel. Hay unos que son los que avisan, otros son los que vigilan, otros que entran directamente, son varios dedicados a robar. Cada quien tiene su función.

William: ¿Eso quiere decir que ellos aquí no roban?

Nancy: Ellos son apartamenteros, roban apartamentos.

William: ¿Apartamenteros?

Nancy: Sí, las motos, cosas de ese tipo. Eso es lo que se escucha. No van por un telefonito ni robar bolsos en la calle. Ellos están relacionados con gente que ya tiene otro perfil.

Mamá: La otra vez lo estaban buscando pa matarlo. Se perdió de por aquí por un tiempo.

Nancy: Él es hermano de uno más gordito, son dos.

William: Ambos visten muy bien.

Nancy: Ellos pasan bien vestidos.

William: Su casa es de madera y piso de tierra, muy humilde.

Nancy: Es que todo lo que se ganan se lo beben y se lo consumen.⁸⁷

La trayectoria delictiva de Leonardo se diferencia de los otros. Según él, optó por apartarse del boro porque:

El boro no me gusta. A los trece años yo me fumaba mis bareticos entre pelaos; es ahí que se da la vaina. Y cumplés veinticinco, veintiséis años y sigue la vaina. Mi infancia no fue así, de tener calentura. Tipo como a los dieciocho me di cuenta que me gustaba la pelea. Desde los diecisiete ya andaba por ahí peleando todos los fines de semana, partiendo cabeza. Pero ya no; ahora uno medita más la cosa. Ya no se ve la vida tan fácil.

Después de escuchar este relato cobran sentido la distinción, la crítica y las características que describe Leonardo sobre la actitud del bandido “en la calle a toda hora”. Aquel bandido descuidado, sucio, común, usuario de drogas, ladrón de gallinas al que Alfredo y Miguel Ángel se referían cuando se fundó el barrio se transformó en un astuto sujeto que desligó su *habitus* delictivo de su vida cotidiana en Olaya-Rafael Núñez. Sin embargo, esta distinción cambia únicamente en la forma, pues Leonardo reproduce la misma figura del bandido marginal, con la diferencia de que su proyecto criminal se expandió más allá de las márgenes del barrio, y diversificó sus fuentes de ingreso, operación logística y letalidad.

“Atracar por lo alto” y ser “apartamentero” son actividades delictivas planificadas racionalmente para obtener un lucro que compense el riesgo. “Un brazo

87 Las comunicaciones con Nancy se llevaron a cabo en Cartagena durante el año 2017.

partido”, huir al estar siendo “buscado pa matarlo”, las profundas cicatrices en un brazo que alguna vez estuvo fracturado son los signos que constatan la trayectoria delictiva de Leonardo. Su *habitus* delictivo es el resultado de un proceso de educación heredada y construida en medio de un entorno ilegal familiar con una perspectiva del crimen más lucrativa y radicalmente opuesta a la precaria oferta delictiva que se desarrolla en el llamado boro.

EL BORO COMO MULTITUD

La categoría de boro se traduce en una forma de asociación colectiva de jóvenes semejante en definición a términos como *combo*, *banda*, *parche*, *pandilla* o *gallada* (Perea 2007); no obstante, su significado va más allá de lo enunciado. Los jóvenes de la periferia tienden a interpretarlo como una comunidad imaginada (Anderson 2020) generadora de sentido para sus vidas, territorios y comunidades. No existe un consenso común sobre su origen etimológico, pero me arriesgo a afirmar que se trata de una contracción de la palabra *alboroto*⁸⁸, un arabismo que traduce *gran desorden*. Desde mi punto de vista, esta es la primera impresión que se produce al observar su acción colectiva. Sin embargo, el caos que representa su desarticulada interacción nos devela otras formas de acoplamiento juvenil ajenas a la reproducción de estructuras jerárquicas, así como al actuar homogéneo y ordenado.

Su articulación interior representa un espacio inclusivo en términos de género, etnicidades y diferencias etarias; es un espacio de asociación y socialización complejo que define gran parte de la vida cotidiana de los jóvenes en la periferia. “Esto es un boro”, afirma Leonardo refiriéndose al lugar en donde nos encontramos mientras le hacía una entrevista. “El boro es la multitud. Por ejemplo, cuando alguien dice: ‘¡Pilas con aquel boro de la esquina que está caliente!’”, explica Roberto imaginando una situación cotidiana. Dependiendo de quiénes compongan el boro, se puede facilitar la identificación de sus prácticas delictivas o proyecto de identidad colectiva, su praxis o *habitus* comunitario. Por otro lado, la discusión académica más reciente propone, según Rodgers y Hazen (2015), la siguiente reflexión:

More generally, new emerging imaginaries about gangs are also a factor in some of the more recent discussions about the phenomenon, for example, in

88 “La palabra alboroto, según DRAE, es un posible cruce del latín *volūtāre* ‘agitar’ con el arabismo *alborozo* ‘gran desorden’, posiblemente del árabe andalusí *al-burúz* [...] ‘salidas’, ‘desfile militar previo a una campaña’. Esta idea la ha tomado el DRAE de Corominas y la sigue también el diccionario de Alcover, sosteniendo que el español *alboroto* vendría del catalán *avalot*, y este del latín *volūtāre*, ‘voltear’, ‘revolcar’, ‘revolver’, ‘poner patas arriba’” (DeChile 2022).

relation to other types of armed groups. In particular, gangs are being increasingly compared —and, at times, implicitly linked— to insurgents, organized crime, drug cartels, or international terrorist groups (see Hazen 2010c; World Bank 2011). Although there may be similarities on the surface that suggest comparisons could be valid and instructive —for example, parallels can be made between terrorist tactics of spectacular, targeted violence and the highly visible practices of certain gangs in Brazil (see Holston 2008, 300-309)— the application of such labels without serious consideration is potentially problematic.⁸⁹ (4)

El boro como multitud describe perfectamente la forma de asociación juvenil presente en Olaya-Rafael Núñez. Contrario a lo que, principalmente, la literatura centroamericana expone sobre la base y el proyecto de identidad de las maras, en Cartagena no existen códigos de referencia ni una política identitaria visible para la mayoría de jóvenes que dicen hacer parte de algunas pandillas. En el caso de las maras de El Salvador, José Miguel Cruz (2014) lo describe del siguiente modo:

The influx of young gang members back to El Salvador meant the diffusion of the cultural styles of the U.S. pattern of gang membership. These cultural styles comprised not only the names of gang organizations, such as MS-13 and the Eighteenth Street Gang, but also the use of tattoos, the utilization of hand signs to communicate, and, more importantly for the increase in violence and criminal behavior, norms, values, and knowledge about how to behave, about who is the enemy, and about who is a friend (Cruz 2007a; Santacruz and Concha-Eastman 2001). Those norms and cultural values were rapidly assimilated and transformed on Salvadoran streets, and they facilitated communication and mutual understanding between the local gangs and the newcomers who kept landing in El Salvador.⁹⁰ (125-126)

89 “En términos más generales, los nuevos imaginarios emergentes sobre las pandillas también son un factor en algunas de las discusiones más recientes sobre este fenómeno, por ejemplo, en relación con otros tipos de grupos armados. En particular, las pandillas se comparan cada vez más —y, a veces, se vinculan implícitamente— con insurgentes, crimen organizado, cárteles de droga o grupos de terroristas internacionales (ver Hazen 2010; Banco Mundial 2011). Aunque puede haber similitudes superficiales que sugieren que las comparaciones podrían ser válidas e ilustrativas —por ejemplo, se pueden establecer paralelos entre las espectaculares tácticas terroristas, la violencia dirigida y las altamente visibles prácticas de ciertas pandillas en Brasil (ver Holston 2008, 300-309)—, la aplicación de tales etiquetas sin una seria consideración es potencialmente problemática”.

90 “La afluencia de jóvenes pandilleros a El Salvador significó la difusión cultural del patrón del estilo norteamericano de membresía a las pandillas. Estos estilos culturales incluían no solo los nombres de organizaciones de pandillas como la MS-13 y C-18, sino también el uso de tatuajes, la utilización de señales con las manos para comunicarse y, más importante aún, el aumento de la violencia y el comportamiento criminal, normas, valores y conocimiento sobre cómo comportarse, sobre quién es el enemigo y sobre quién es un amigo (Cruz 2007a, Santacruz y Concha-Eastman 2001). Esas normas y valores

El carácter heterogéneo de la multitud cuando se observa desde dentro muestra su inestable y volátil estructura organizativa. En los boro que se forman en el espacio público del barrio hay jóvenes que están ahí únicamente para el consumo de drogas y otros circulan allí de forma transitoria, accidental o como actividad cotidiana dentro del tiempo de ocio; en el boro se organizan actividades de toda clase. Este término es parecido al utilizado por E. P. Thompson (1989, 295-297) para describir las revueltas obreras en la Inglaterra del siglo XVII, fenómeno al que denomina *economía moral de la multitud*. Con este concepto, Thompson ilustra las formas de resistencia que emergieron en las clases populares para enfocar su lucha ante injustos aumentos en los precios de las harinas y los alimentos. El carácter moral de esta resistencia, a la par que el inmoral abuso de los comerciantes sobre productos para lucrarse de las necesidades de la gente, nutría reacciones más emocionales (viscerales) que políticas en la población, lo que ocasionó levantamientos populares masivos sin que existieran, en su base, motivaciones políticas. La acción colectiva de los jóvenes pandilleros opera casi de la misma forma que la clase obrera inglesa; de forma desorganizada pero cohesionada libran batallas y dotan su acción de defensa del territorio de un carácter moral defensivo/ofensivo. Lo que prima para los pandilleros gira en torno al cuidado simbólico de un territorio y un mercado de valores y bienes (precarios), el cual se debe defender para proteger el honor comunitario. Al carecer de estructuras consolidadas, es decir, de bases cohesionadas de pertenencia o filiación, las llamadas pandillas en Cartagena se encuentran más abiertas que cerradas a la recepción de miembros, adeptos o, en el caso que nos interesa describir aquí, participantes. Motivados por el carácter moral del cuidado territorial del barrio, muchos niños y adolescentes se apropian de luchas que, desde un punto de vista externo a esta lógica, no tienen sentido, porque la incorporación moral de lo que representa el boro trasciende las posibles indiferencias/diferencias individuales existentes en la comunidad. Esto da paso a luchas comunes que con el transcurso del tiempo se tornan costumbre.

En este sentido, el boro se convierte en una no-pandilla por su precaria cohesión identitaria, organizativa, política y armada. Sin embargo, es increíble observar cómo no solo la acción colectiva de la multitud da forma al boro, sino que produce una potente apropiación del espacio, que territorializa y desencadena varios tipos de violencia canalizada por la furia que sienten los jóvenes. Su carácter heterogéneo y disfuncional limita su desarrollo con base

culturales se asimilaron rápidamente y se transformaron en las calles salvadoreñas facilitando la comunicación y el entendimiento mutuo entre las pandillas locales y los recién llegados que seguían aterrizando en El Salvador”.

en su alcance material y su desigual capital delictivo. Por esta razón su configuración interna no trasciende hacia otras estructuras criminales avanzadas, sino que funciona como una red subsidiaria para la ejecución de acciones delictivas aisladas: individuales, en pequeños grupos u organizaciones criminales de mayor alcance.

“Atracar por lo alto”. ¿Qué quiere decir esto? Significa no perder tiempo en los circunstanciales robos realizados por los boros cuando hay enfrentamientos entre grupos rivales, fiestas populares o eventos masivos. ¿Existe una economía criminal en el boro? Mi observación y la interacción directa en los grupos en que participé dejan claro que sí, pero en una escala criminal precaria: atracos, microtráfico, peleas o violaciones, sin incluir los homicidios derivados de estos robos.

La génesis de estas acciones criminales se puede comprender a partir de tres factores, identificados en mi observación e interpretados por mis interlocutores simplemente así: hambre, adicción y ganas de robar. En el capítulo 6 profundizaré en el relato de vida de Candela, uno de los principales interlocutores en esta investigación. En su caso no solo el hambre lo ha impulsado a robar, sino que su variado uso de drogas ilícitas ha creado en él trastornos alimenticios y psicológicos como la ansiedad, lo que directa o indirectamente lo ha llevado a actuar agresiva y violentamente, y de ese modo justifica sus acciones criminales que suplen sus necesidades fisiológicas básicas.

Por lo tanto, es precario analizar el hambre como único factor que lleva a los sujetos a cometer un robo, es decir, como una simple solución para satisfacer o cubrir circunstancialmente sus necesidades, pues esto minimiza la complejidad de su situación. Existe una amplia variedad de características psicosociales que deben ser incluidas en esta lectura para comprender la extensa red de factores que se despliegan e incorporan al sujeto y su subjetividad en un entorno necropolítico.

La manera en que Jeison resume el comportamiento de Candela al afirmar que él actuó así por tener ganas de robar banaliza sus acciones y refuerza el estereotipo negativo con frecuencia usado en la opinión pública para estigmatizar a los jóvenes de la periferia al referirse a ellos como bandidos. Esta imagen de forma paralela ha sido usada por grupos paraestatales o de exterminio, con lo cual justifican y legitiman la llamada “limpieza social”. Atendiendo al conjunto de factores circunstanciales aquí expuestos, se puede observar un nivel de precariedad material y condición humana llevada a un extremo marginal. El escenario laboral ideal que, según Jeison, debe conducir a personas como Candela hacia otras prácticas o estrategias para superar sus precarias condiciones está al otro lado de un profundo abismo de características sociológicas y efectos antropológicos sobre la población, y que son imposibles de percibir a simple vista.

Por otro lado, lo que conduce a Leonardo al crimen expone otra serie de motivos que tienen relación con el nivel de precariedad. Lejos de estar motivado por el hambre, la adicción o las ganas de robar, el crimen claramente se torna en una elección racional asumida en tanto práctica y estilo de vida para él, más desde una dimensión social que potencializa las ventajas que la criminalidad le proporciona, debido al desigual acceso que en la periferia se tiene al capital delictivo. Las bases criminales con las que cuenta Leonardo lo catapultan hacia otro nivel de consumo, operaciones u organizaciones criminales; las ganancias producto de asaltos superan con creces la cobertura de sus necesidades básicas y ansias de consumo, a tal punto que pueda asegurarse, por medio de un gran asalto, la salida del mundo del crimen. Estas son las acciones de un tipo de personas a las que el sociólogo Randol Contreras (2012) llama *ladrones de élite*, cuando describe la jerarquía de niveles que definen el *habitus* delictivo de los asaltantes que roban a los vendedores de drogas en Nueva York. Desde un cordial o moderado asalto en el que se respeta la vida de la víctima hasta brutales y crueles formas de tortura, los ladrones de élite en algún punto de su camino se vuelven selectivos y buscan mayores ganancias asumiendo menos riesgos.

DIFERENCIAS GENERACIONALES, PRECARIZACIÓN LABORAL Y CRIMINALIDAD

La noche del 13 de octubre del 2015, mientras entrevistaba a Leonardo y Roberto en el patio de su casa, entró su tío para presentarles la propuesta de un negocio. Ellos planificaban un robo: “Él es mi tío. Desde pequeños crecimos con esa voz de mando educándolo a uno”, me comentó Leonardo cuando su tío se fue. Durante esta escena, tres generaciones de bandidos compartían el lugar: Mini Z, Leonardo/Roberto y su tío. La imagen era alucinante.

En orden ascendente, Mini Z reproduce casi con exactitud la trayectoria personal y delictiva de Leonardo. Después de observar esta imagen es comprensible entender la forma en que el aprendizaje criminal se adquiere como un capital cultural que se hereda, difunde y legitima a través de las prácticas que recursivamente se suscitan en planificaciones delictivas espontáneas dadas en los encuentros cotidianos; o ante el cálculo probable de fuertes ganancias que en acciones criminales dentro del mercado de valores formal o informal se pueden apropiar organizadamente. De una generación a otra, los alcances criminales y su incorporación subjetiva adquieren diferencias notorias, pero no imposibles de alcanzar, aprender e incluso mejorar por la siguiente generación.

En Olaya-Rafael Núñez no encontré a ningún otro niño parecido a Mini Z; sus niveles de destreza y liderazgo no tienen comparación. “Mini Z es una pesadilla. No respeta. Tiene una banda de veinticinco pelaítos que lo siguen, grupos

de diferentes calles, el comandante es él. Ese es su boro. Mini Z comanda, él es quien decide a quién darle palo”, dice en tono de burla Leonardo. “¿Eso es verdad, veinticinco niños?”, reaccioné incrédulo. “Es verdad, él es el comandante”. La eficiencia estratégica con la cual él ha incorporado prácticas y características que lo han convertido en líder de una pandilla de niños y adolescentes, incluso mayores que él, muestra las ventajas comparativas que ha adquirido a lo largo de su interacción intergeneracional con Leonardo y Roberto.

A la edad de Mini Z, Leonardo apenas fumaba marihuana. Afirma él que a los diecisiete “andaba por ahí peleando, partiendo cabezas”. A los dieciocho descubrió que le gustaba la pelea. Sorprendido por este prematuro comportamiento violento, Roberto analiza las diferencias intergeneracionales que él observa en otros jóvenes de la edad de Mini Z:

El Preñado comenzó a robar a los doce años y el otro, el Ede. Tal vez sean esos los que te robaron el primer día que viniste. Un día aparecieron con cámaras y teléfonos. O también pudo haber sido la Perri. Esos dos están presos. Algunos se fueron a robar afuera y ya están presos en Montería. El Preñado tiene dieciocho años. Ya pasó de la cárcel de menores a la de mayores.

“¿Son frecuentes estas historias de niños envueltos en el mundo del crimen?”, pregunto; y Leonardo responde: “¡Sí!, muchas familias sin papás, son las mamás las que tienen que criar a los hijos, los papás se van, a veces están presentes, pero no como deberían, ellos no le dan nada al hijo”. “Los hijos escuchan a la mamá, ¿por qué voy a escuchar a mi papá?”, exclama Mini Z molesto. “Es que los papás quieren pegar sin saber cómo los hijos se están alimentando”, dice Roberto; y concluye Mini Z: “Padre y madre es mi mamá”.

Esta serie de afirmaciones ilustra el crónico proceso de fragmentación interna y externa al que se ven expuestas las familias en las periferias. A pesar de que las diferencias de edad sean notorias, los abismos entre una generación y otra no parecen ser tan marcados, pues ambas comparten similares problemas. La pobreza, la paternidad precaria e incluso la ausencia de la madre o de ambos padres, debido al tiempo dedicado al trabajo durante el cual son cuidados por otros familiares, generan problemas a los hijos e incluso cuestionan el concepto clásico de familia. El cuidado de la gente y la ética del trato se deterioran casi con la misma velocidad con que la pobreza urbana aumenta y la precariedad material se expande en la periferia. La trayectoria de vida de Mini Z ilustra cómo, en el transcurso de una generación o en el lapso de dos décadas, la interacción interpersonal de un sujeto en un entorno material puede empeorar rápidamente como resultado de un largo proceso de atomización, sumado al

avance consistente de una división sexual del trabajo precarizado. Ello fragmenta aún más las relaciones internas de un sujeto con su familia y su espacio de socialización.

La tradicional estructura familiar, basada en una fuerte educación moral y una ética de respeto por los padres, los mayores y la autoridad a que hace referencia Roberto, desde su punto de vista se ha quebrado. Mientras él y su hermano describen su formación fundamentada en el respeto por las figuras mayores o símbolos de autoridad condicionada por una ética de comportamiento, mantenida a su vez por el castigo y el miedo. El poder afectivo de la madre y las redes familiares han perdido progresivamente su cohesión simbólica y estructural; estas funcionaban como estrategias de control y sometimiento útiles cuando la atomización de la familia nuclear aún no se encontraba atravesada por la avanzada precarización estructural, el aumento del desigual acceso a los recursos públicos y la crisis laboral que ha golpeado con mayor fuerza a las comunidades afrocaribeñas en las periferias urbanas del Caribe colombiano desde finales del siglo XX hasta inicios del XXI.

Atravesados por una crianza enteramente urbana, los padres de Mini Z padecieron la precariedad material de un sistema sociopolítico, histórico, laboral y urbano en notable desventaja. La vida en la ciudad trae consigo la adopción del régimen acumulativo periférico, es decir, la economía de subsistencia. La madre de Mini Z trabaja como empleada doméstica en otra ciudad; el papá “vive haciendo marañas: limpia, cuida carros, motos, lo que le salga”, dice Roberto. Las actividades laborales de sus padres me sirven como ejemplo para situar el lugar en el que suelen ubicarse la mayoría de familias jóvenes a las que conocí en el sector, y que reproducen casi con exactitud el sistema socioeconómico de dominación étnica que desplazaba, disponía y segregaba a los esclavos en oficios descalificados durante el periodo colonial. Las consecuencias de esta forzada segregación étnico-racial, junto con la precarización laboral del capitalismo flexible periférico, se pueden ver reflejadas en la incorporación precoz del *habitus* delictivo presente en la vida cotidiana de Mini Z que, como consecuencia, ha reducido el tiempo de inserción, adopción e incorporación de los jóvenes al mundo criminal a una menor edad, en comparación con la generación de Leonardo y Roberto.

Si bien los comportamientos violentos y la vinculación de los jóvenes al mundo del crimen han disminuido en relación con la edad, en gran medida debido a las transformaciones en su ética de subsistencia (Scott 1976) en contraste con generaciones anteriores, esto también se explica por la injerencia de factores externos que resumen la vida del pandillero en ciclos de cambios, conversiones religiosas o detenciones forzadas en razón de sentencias jurídicas

o penales. Leonardo, por ejemplo, abandonó a los veinte años su vida en las pandillas: “Senté cabeza para pensar en mi primer hijo”. La paternidad, aunque asumida irregularmente, es un hecho que preocupa a los hombres y uno de sus principales motivos para “ya no andar en problemas”. Sin embargo, esta no es la única razón que los motiva a renunciar al mundo del crimen. Las dinámicas de incorporación en las pandillas, la cultura callejera o las prácticas violentas ganan o pierden atracción entre los hombres jóvenes a medida que la mediación del dinero, las consecuencias penales y las obligaciones parentales o familiares inciden con mayor medida en su subjetividad.

“Aquí ya no hay bandidos, hay puro pelaíto, los bandidos están muertos, se han ido a otras ciudades a seguir en la misma dinámica o trabajar quién sabe en qué, otros han cambiado, regenerado su vida”, afirma Leonardo. Conuerdo con él. Durante tres años, a quienes observé con mayor frecuencia en la calle creando problemas solían ser niños menores de quince años que se enfrentaban entre ellos en las llamadas fronteras invisibles. El liderazgo de Mini Z y su pandilla ocupa el vacío dejado por figuras como Leonardo, amigos y contemporáneos, pues mientras que los niños consumen la mayor parte de su tiempo en la calle, sus predecesores buscan opciones reales de subsistencia alejados de ese tipo de conflicto multitudinario e interesados, principalmente, en explorar su ingreso en otros mercados.

ENCARCELAMIENTO URBANO Y ESPIRAL VIOLENTA

El imaginario de control territorial se mantiene aun cuando no haya nada que disputar; lo que importa es el honor, “hacer respetar el barrio”, dice Javier. Leonardo ironiza cuando le pregunto si, además de buscar respeto, pelean por defender el territorio; él responde riéndose: “¡Quizás por los fierros de los puentes, porque ya no hay más nada que se puedan robar, ni siquiera por mujeres!”. Anteriores bandidos han robado por completo el mobiliario urbano del parque donde se enfrentan las pandillas. Quedan solamente un par de barras de hierro del puente que divide Olaya-Rafael Núñez del sector vecino, imposibles de cortar. Por lo tanto, la dimensión material y simbólica de las disputas territoriales puede ser descartada como la dinamita que los impulsa a crear esa guerra continua, contrario a la dimensión material que sí mantiene en disputa a las organizaciones criminales frente la sociedad civil o el Estado. Rutas de narcotráfico, laboratorios de refinamiento de cocaína y minería ilegal son ejemplos concretos de la dimensión material y simbólica que dinamiza las lógicas de funcionamiento de las estructuras criminales más avanzadas en Colombia.

Detrás de la búsqueda de respeto que representa defender al barrio se esconde una pérdida total del sentido de la vida, no solo en los niños, sino en la comunidad: “Se fue la paz. Con tanta matanza, violencia, la gente ya pierde el miedo a las peleas. Los niños, quitándose la vida entre ellos, perdieron el miedo al dolor, a morir”, dice Roberto. Los niños no solo “perdieron el miedo al dolor”, sino la fe en su presente y su futuro. Para ellos es imposible considerar un mañana cuando su presente se encuentra cercado territorialmente por el espacio de la muerte en que se han convertido el sector y sus alrededores. El exceso de tiempo libre que tienen los niños se desprende del terror (ir a la escuela los expone a un potencial encuentro con la muerte). Leonardo lo explica de la siguiente manera:

Los niños no estudian por aquellos lados del barrio porque allá están las culebras, son cosas que se les inculcan en la mente: “¡Cuidado! ¿Tú vas a estudiar? ¡Allá están las culebras! Yo allá no voy a estudiar”, se dicen entre ellos. Los pelaitos no estudian ni quieren jugar porque se la pasan buscando problemas; por eso los papás no dejan salir a sus hijos viendo el problema de las armas, los tiros al aire, las granadas. Los niños no hacen deporte porque sienten los plomos y ya no los dejan salir. Los papás les pegan para que no salgan.

Resulta irónico que esta cultura del terror sea construida en doble vía, de afuera para adentro y de adentro para afuera. Expuestos a la violencia callejera, los niños también corren riesgo en sus casas. Preocupados por la seguridad de sus hijos, algunos padres los golpean como último recurso para ejercer control y cuidado, al pensar que son peores el sufrimiento y la crueldad de la violencia callejera. El terror que produce la inseguridad llega hasta el extremo de que algunos padres les prohíben a sus hijos ir a la escuela. Roberto se toma a sí mismo como ejemplo para describir esta situación:

Mi colegio quedaba en foco rojo. Esa es otra parte del barrio; para allá no se puede coger porque es zona de culebras para mí. Por eso me tocó retirarme del colegio porque por allá me matan. Incluso, hay gente seria, sin problemas, y esos mismos no buscan coger para allá por el miedo ni tampoco mandan a sus hijos. Eso se llama fronteras visibles, los niños piensan “Tengo miedo de estudiar allá porque me pueden apuñalar”.

Y continúa el diálogo:

William: ¿Qué hace el niño si no va a estudiar?

Roberto: El pelao va consciente de que va a la escuela a estudiar, pero pasa el caso que viene otro a amargarle la vida dentro o fuera del colegio. Ahí es donde ese niño comienza a coger otro camino, el niño va creciendo con otra mente, así nace la venganza, la bandidéz. En Cartagena, de cualquier forma, tienes violencia.

Desde su punto de vista, es también irónico observar la dimensión y complejidad de la violencia cotidiana que permea la vida de ellos, a tal punto que la escuela se ha convertido en un ancla para la movilidad social. Javier Auyero (2013b) argumenta que las escuelas de las periferias pobres de Buenos Aires son un lugar en donde se puede observar, a través de la trayectoria de vida de los niños, las diversas formas de violencia que rodean su crianza dentro y fuera del hogar; microescenarios interconectados a modo de eslabones que crean lo que él llama *cadena de violencia*.

Este concepto describe las violencias, sus formas y el sufrimiento de los niños, un *continuum* cíclico. Si bien es cierto que “en Cartagena de cualquier forma tienes violencia”, considerarla como un proceso que se prolonga *ad infinitum* niega la agencia de la que disponen los sujetos, la atemporalidad, la irregularidad y la circunstancialidad de la forma en que las violencias operan y afectan la vida de las personas de las periferias pobres. Según la trayectoria de Leonardo, Roberto y Mini Z, lo que observo son periodos fragmentados en los cuales se entra o se sale temporal o atemporalmente de esta cadena a la que prefiero llamar espiral de la violencia.

La interacción personal en la escuela refuerza la violencia que se vive en la calle o en las casas. Incluso, personas consideradas “serias” sufren las consecuencias de este proceso de terror y miedo que representa la presencia de los otros para ellos. Tener o no tener culebras no es garantía para que consideren la escuela un escenario seguro para los niños; por eso muchas veces optan por no asistir. Confinan entonces sus vidas dentro de microterritorios segregados desde adentro del barrio hacia afuera, murallas simbólicas que, además de separar los sectores que lo conforman, los separan del resto de la ciudad: “para los niños, Cartagena es su barrio; lo demás está en otro universo”, me dijo la hija de Martín una tarde, mientras almorzábamos.

Por otro lado, un gran porcentaje de habitantes del sector corresponde a víctimas del conflicto armado, personas que han sido desplazadas forzosamente desde las zonas rurales más pobres del Caribe y otras regiones del país en donde sus formas de subsistencia dependían, en gran medida, del trabajo agrícola. La pobreza material en sus hogares rurales se agudiza aún más cuando migran a la ciudad, a lo que se suma que los niños quedan al cuidado de hermanos ante la

ausencia de los padres en el hogar debido al trabajo. Se acumula así una serie de factores que entorpecen la integración y permanencia de niños y adolescentes en el sistema escolar.

Nancy relata el caso de una adolescente con dos hijos a quien su familia adoptó porque la mamá de ella la echó de su casa al no permitir que su hermano fumara marihuana en su misma vivienda:

La mamá de esa chica nunca fue a matricularla al colegio. Ella tenía que hablar con vecinos para que se hicieran pasar por familiares. Llegó hasta séptimo grado, pero fue por ella misma que consiguió estudiar, fue su propio interés. Sus hermanos tampoco lo hicieron; todo eso porque la mamá es desplazada de una región muy pobre. Ella salía temprano y volvía a la noche solo con la comida; esa era su única preocupación con los hijos.

Nancy está convencida de que la falta de motivación por el estudio tiene raíces en la familia, y señala que es por medio de la voluntad individual y el interés propio que los niños y adolescentes se mantienen en la escuela. La actitud negligente de madres como la mencionada no es un caso aislado. La niña no pudo ser matriculada por una decisión arbitraria; sin embargo, como ella hay cientos de niños que, al no tener la representación obligada de sus padres para entrar al sistema escolar, se acelera su deserción. Insiste Nancy:

El colegio no es caro, pero si no tienes quién te ayude en casa para salir adelante debes tener mucho carácter, joderte mucho para continuar. Los colegios son gratis, hay entidades que ayudan, pero eso no funciona cuando no hay apoyo en la casa. Por ejemplo, un niño que llega a casa buscando almuerzo no lo consigue porque su madre está trabajando; entonces, a los niños les toca salir a la calle con la ollita para comprar 1 000 o 2 000 pesos de sopa. Además, las madres llegan tarde y no se preocupan de las tareas de sus hijos.

Ante tal abandono, la cultura de la calle se convierte en una institución sustituta en la educación de los jóvenes. Todo ese tiempo libre y energía deben gastarse en algún lugar, pero ¿dónde? “Ni jugar quieren [los niños] porque se la pasan buscando problemas; por eso los papás no dejan salir a sus hijos viendo el problema de las armas, las balas perdidas, las granadas”, enfatiza Roberto. Así, la espiral de la violencia inicia un ciclo que va del hogar a la calle, de la calle a la escuela, de la escuela a la calle y de la calle al hogar. Desde esta perspectiva, comprender la razón por la cual los jóvenes se ven seducidos por las pandillas y sus dinámicas violentas implica considerar una dimensión amplia que sume sus trayectorias de manera interseccional y que no se reduzca a una crítica punitiva de sus actos.

“AQUÍ TE MATAN HASTA CON UNA AGUJA”

“¿Cuántos muertos has contado desde que vives aquí?”, le pregunté a Leonardo a mediados de junio del 2017, sentados en el parque, mientras el seco calor de las tres de la tarde nos acompañaba con un intenso silencio que nos obligaba a permanecer alerta ante el sonido de motos que a lo lejos amagaban con venir hacia nosotros. La mirada distante de Leonardo, siempre impaciente, anticipando movimientos, imaginando situaciones peligrosas, me contagiaba con su paranoia. Tensionado, también imaginaba los peligros que podrían materializarse simplemente al compartir el mismo lugar; escenario de homicidios, violaciones, blanco fácil para los escuadrones de la muerte, zona roja:

El último muerto hace un día, el Josimar. Le pegaron tres tiros del otro lado del canal. Si tú te pones a contar muertos por año, hay gente inocente metidos entre la guerra del Tancón y aquí. Alguien se metía y moría gente; también los bandidos se querían meter a las casas, entonces, con el miedo de la gente ellos mataban personas. Muchos muertos, desde el año pasado hasta hoy he contado unos veinte. Aquí te matan hasta con una aguja.

Conforme la violencia estructural se incorpora en los jóvenes, la defensa del respeto del barrio se consagra con sangre entre ellos. La suma de estos muertos no es exagerada: del año 2008 al 2017 la cifra de homicidios en la ciudad ha sido de 2 441⁹¹; el sector de Olaya-Rafael Núñez y sus alrededores es uno de los más violentos⁹². El acceso a armas, su letalidad y las formas en que los jóvenes actualmente las instrumentalizan para ejercer terror no siempre fueron así. Antes de que su uso se masificara en la periferia, la mayoría de los conflictos y ataques interpersonales se resolvían de otra manera; “se robaba con cuchillo”, señala con nostalgia y con asombro Leonardo, “¡la gente ya no quiere pelear mano a mano!”. La ampliación del mercado ilegal de armas y su entrada masiva en la periferia tienen raíces en el flujo derivado, especialmente, del conflicto

91 Esta información es resultado de una sumatoria de datos realizada por el autor con base en estadísticas anuales proporcionadas por parte del Centro de Observación y Seguimiento del Delito (Cosed) en comunicaciones personales.

92 Alrededor de 485 personas han muerto entre 2014 y 2018 en la localidad de La Virgen, área que articula el barrio Olaya Herrera. El rango de edad dentro del que mueren más personas es de los 15 a los 34 años. En 2017 la cifra fue de 175 jóvenes asesinados; 6 mujeres murieron en el mismo periodo. La violencia interpersonal y la delincuencia organizada son las dos principales modalidades de homicidio en la ciudad; la primera creció un 240%: pasó de 42 homicidios en 2008 a 143 en 2017. Lo curioso de estas cifras es que el número de muertes por enfrentamientos entre pandillas es menor de lo que se podría pensar. Desde que se tienen datos precisos, de 2012 a 2017, hubo 201 muertes relacionadas con pandillas; bajo la modalidad de sicariato, 449; y se incrementaron las muertes debidas a riñas comunes: 498. Menos de una tercera parte de estos homicidios tuvieron relación directa con los enfrentamientos entre pandillas (información basada en comunicaciones personales con el Cosed).

armado y de la economía criminal alrededor del narcotráfico. El incremento exponencial de los enfrentamientos entre actores armados y el abultado presupuesto para la guerra en ambos frentes ha ido creando nichos de mercado con mayores alcances territoriales, entre estos, las ciudades y sus periferias. Su precio con relación a años anteriores ha disminuido drásticamente. Según Roberto, acceder a estas dependía

de gente que trabajaba, gente con plata. Ahora cualquiera tiene una pistola. El chico de la esquina tiene un calibre 28, el que vende plátano también; la gente busca comprar su arma para evitar ser robado. Los revólveres ya no están tan caros; hay medios. También se hacen armas caseras, *solitos*.

Sean estas armas de procedencia ilegal o artesanal, como el *solito*⁹³, su acelerado incremento, adquisición y uso se pueden interpretar, según Roberto, por dos vías. La primera obedece a que “el bandido se hace a la mente de comprar un 38 para no pasar molestias cuando se mete a robar a algún lado”; y la segunda, su bajo costo. Es decir, mejorar las condiciones del robo y cuidarse a sí mismo de otras personas que por los altos índices de inseguridad se encuentran también portando armas aceleran el crecimiento de este mercado dentro de una dinámica particular que demuestra el progresivo avance del desarrollo del crimen. Por lo tanto, sociológicamente, esta inseguridad de la inseguridad se encuentra modificando las estrategias criminales y psicocognitivas de los jóvenes, y aumenta sus niveles de paranoia y ansiedad. Continúa Roberto:

No es difícil de conseguir; sí y no. El precio varía, pero se encuentra en el mercado negro: debes llevar el dinero en la mano. Hay gente que quiere salir de armas calientes y se la venden a otros en 600 000, 700 000 pesos. Eso trae problemas porque esas armas traen sus muertos. Hay casos de gente que le dieron 12 años de cárcel. Ahora mismo tú metes un revolver aquí y te lo compran en 500 000.

Con lo anterior queda clara la importancia de analizar la manera en que la dinámica del mercado de armas ilegales está transformando las prácticas delictivas urbanas en Colombia, en especial, considerando que el largo conflicto y ahora el posconflicto contribuyen a que estas circulen, aun cuando haya existido un controlado desarme. Por lo tanto, analizar este mercado en conjunto con la expansión de la violencia que ejercen otras organizaciones criminales,

93 Conocidas en el lenguaje militar como armas *hechizas*. Se pueden construir usando un tubo de metal, un pedazo de madera, tornillos y clavos, con los que se elabora la estructura de un arma convencional y su mecanismo de disparo.

incluyendo las pandillas, nos aproxima a una comprensión más amplia de la manera en que la transformación dinámica de un mercado ilegal contribuye a la articulación de nuevas lógicas de guerra. Por esa razón, el bandido se ve forzado a comprar armas para asegurar su vida en un escenario urbano donde el incremento de la violencia ha llevado a muchas otras personas a apropiarse de estas para su seguridad personal.

En la ciudad como en el barrio, legal e ilegalmente, las armas circulan de manera masiva, aunque su uso sea prohibido o regulado por las autoridades. Basta simplemente con tener el dinero en el momento adecuado. Pero el hecho de que estas armas estén “calientes” abarata su costo en el mercado negro; el enemigo, la víctima o el victimario pueden ser cualquiera, incluso hasta los bandidos con más alta reputación (como se verá en el capítulo 5). Los elementos criminales también se reciclan, de una ciudad a otra, de una organización criminal, un grupo armado, una banda o un grupo de sicarios a otros. La espiral de la violencia sigue su curso en una dialéctica del terror basada en una acumulación social de la violencia. “¿Quién trae la inseguridad?”, pregunto. Responde Leonardo:

Gente de afuera. Como esto aquí se ha valorizado; antes nadie entraba, pero el barrio ha avanzado. Hace siete años no había ni carretera, sino puro monte, bandidos, gente que se mataba por nada, pandillas de otros lados vienen a calentar el sector, fleteros armados. La gente del barrio sabe lo que está pasando, son conscientes que vienen de afuera. El que era bobo se pone mosca a razón de los robos.

“Todo cambió con la vía Perimetral. Antes la gente se movía de lado a lado”, afirma Roberto. Las condiciones socioeconómicas de la población en Olaya-Rafael Núñez y su movilidad urbana mejoraron notablemente después de la construcción de esta vía, lo que ha facilitado la circulación de la criminalidad al igual que su letalidad y su capital delictivo, en contraste y relación directa con otros polos donde la criminalidad cuenta con un desarrollo avanzado. Entre mayor sea la pobreza en los barrios periféricos, la circulación y el uso de armas ilegales se incrementan a la par que los homicidios y la percepción de inseguridad en Cartagena de Indias.

Las dinámicas sociourbanas presentes en Olaya-Rafael Núñez representan un mundo aparte para el resto de la ciudad; y el resto de la ciudad, un mundo aparte para ellos. Las diferencias e imaginarios urbanos son brutales. Una tarde de sábado en casa de Roberto, Manuel opinó sobre este tema:

Desde el centro de la ciudad para adelante es tranquilo, la policía está pendiente. Allá te puedes sentar en cualquier parte y no pasa nada, pero los barrios *desde el mercado hasta acá* [5 km] es pura delincuencia. Del otro lado no se habla lo que pasa aquí; ejemplo: un muchacho mató a la mujer porque la vio hablando con otro.

Lo cierto es que en la ciudad el mayor índice de robos y asaltos se concentra en las periferias, a diferencia de las zonas turísticas y residenciales que cuentan con dispositivos, sistemas, gestión y estructuras de vigilancia avanzadas que optimizan su seguridad y minimizan estas actividades delictivas. En términos de Andrés Guerrero (2010), este proceso de gestión se conoce como *administración privada de poblaciones*, pero, en contraposición al sentido en que él piensa el caso de la dominación de comunidades indígenas a manos de monopolios hegemónicos blanco-mestizos, con una inherente idea de control racial, la gestión de la seguridad en la ciudad pasa a ser controlada por una creciente industria de vigilancia privada, la cual encaja perfectamente en la lógica con que el neoliberalismo ha fragmentado el concepto de *biopolítica*⁹⁴ en las mal llamadas sociedades en vías de desarrollo.

Mientras la policía enfoca sus esfuerzos en la protección y el control de la población que conforma esta zona, en la periferia de Cartagena, replica Manuel:

Esa gente no viene aquí cuando los llamamos. También agreden. Por eso la gente aquí los agrede, les tiran piedras; aquí no se ve a nadie que se le enfrente a la policía, pero en otros barrios sí se dan plomo contra ellos. Hay barrios que no entra la policía, sino los antimotines.

No es una coincidencia que la mayor parte de la población pobre de la ciudad se encuentre hacinada en las periferias y que sea mayoritariamente afrodescendiente. “¿Ustedes creen que hay una relación entre pobreza y racismo?” les pregunté abiertamente a Roberto y a sus amigos mientras grababa en video una entrevista grupal que hice el 17 de febrero de 2016. Manuel respondió así:

94 Dos de los elementos más importantes que constituyen la base de la biopolítica (Foucault 1987, 168-173; Foucault 2006, 42) para cualquier Estado son el territorio y la población, sujetos a la idea de soberanía. Sin embargo, en sociedades periféricas poscoloniales, el carácter benefactor del Estado sobre su territorio y población tiende a ser escaso, parcial o insuficiente, de modo que el despliegue de otras instituciones y dispositivos de poder suplen esta incapacidad, e incluso llegan a ser más eficientes en áreas como la seguridad, el cuidado y el control de un territorio. En este sentido, las empresas de seguridad privada, junto con sus tecnologías de vigilancia, ejercen un poder de disciplinamiento social sobre la población interna y externa de esos territorios urbanos. La eficacia de esta biopolítica neoliberal se fundamenta en la financiación continua de su maquinaria organizativa.

Es el estrato. El que no tiene se ve obligado a vivir aquí en la periferia, el que no tiene plata va para atrás; no puedes vivir en Bocagrande [barrio burgués] porque el estrato es alto. Son barrios caros, necesitas ganar bien para mantener la familia. Aquí con 300 000 vives bien, 450 000, 500 000. Una casa bien montada. En Cartagena vivimos entre dos ciudades: el que tiene y el que no tiene no vale.

Y Roberto continúa:

El que tiene dinero sabe que va a desayunar; el que no tiene debe salir a buscar porque debe pensar en sus hijos, por eso viene la violencia. Para tener un trabajo se debe tener una palanca [ayuda]. El que no tiene debe buscar al que tiene, ser humillado; o el otro tal vez te dice, “tú eres negro o marihuanero”. Casos se han visto.

¿Quién tiene y quién no tiene dinero en la ciudad? Los porcentajes sobre población demuestran con claridad la concentración desigual y espacialmente segmentada de la renta familiar. La clasificación por estratos, con la cual se categoriza socioeconómicamente y se distribuye socioespacialmente a la población en Colombia, va de 1 a 6 (1 es el más pobre y 6 es el más rico). A partir del valor de los bienes inmuebles se calculan el ingreso per cápita y la economía doméstica de los hogares. La tarifa de los servicios públicos básicos (agua, energía, gas y alcantarillado) es acorde con lo anterior. Por esa razón, “el que no tiene plata va para atrás”. La localidad de La Virgen se ubica en el nivel más bajo de esta estratificación.

Tal clasificación esconde las estrategias de poder que, durante siglos, una pequeña élite hegemónica ha conseguido consolidar a lo largo de la configuración étnico-racial del Estado nación desde la Independencia. En la base de la pirámide étnica y económica de Colombia se encuentran las minorías. En el caso de Cartagena, la población afrodescendiente, literalmente, se ha situado en las márgenes del Estado, incluida asimétricamente dentro del sistema colonial y poscolonial de derechos ciudadanos, rezagada estructuralmente, en desventaja respecto de las alianzas y relaciones de los (micro)poderes establecidos estructural, social y culturalmente por una hegemonía que se puede considerar blanco-mestiza. Territorial, económica y urbanísticamente, los resultados se ven reflejados en una radical división étnico-racial de la ciudad. Por esta razón, para ellos “el que tiene [dinero] vale y el que no tiene no vale”.

Lo mismo sucede con la vida del subalterno. Históricamente oprimidos y llevados a padecer en los márgenes de la ciudad y el Estado, se adhieren

cognitivamente dentro de esta estructura de poder, omitiendo, incluso, que exista relación alguna entre pobreza y discriminación racial. Miguel Ángel en una oportunidad justificó esta posición al argumentar que, “justamente por ser negros descendientes de esclavos es que nos toca trabajar mucho más para demostrar lo que somos”. En cambio, cuando Roberto analiza el escenario laboral de la ciudad, afirma que “el que no tiene debe buscar al que tiene, ser humillado. O el otro tal vez te dice, “Tú eres negro o marihuanero”. Doblemente discriminado: por consumidor de drogas y afro, carga consigo el estigma y la etiqueta del marginal, racializado y segregado.

“Buscar al que tiene, ser humillado”. En esta frase se representa el *continuum* histórico de la condición laboral del subalterno, quien debe bajar la cabeza, humillarse ante el que tiene u ofrece alguna posibilidad de acceso laboral cuando se viene de la periferia. El otro, aquel que posee los medios de producción, condiciona las relaciones laborales de forma dependiente y asimétrica, de manera semejante al régimen de acumulación colonial. Se amplía así la distinción de clases y se tensionan las relaciones étnico-raciales porque, al sumar los efectos que produce la violencia estructural en la condición de vida de la periferia urbana, los elementos sociales que condicionan la dependencia y subalternidad se construyen en pro de mantener el orden hegemónico, la desigualdad material y urbana, y la segregación étnico-racial.

Manuel cursó hasta el último año de la escuela. No tiene empleo, sobrevive como puede, trabajando de obrero o vendedor informal; limpia parabrisas de carros en los semáforos de esquina. Leonardo llegó hasta octavo grado: “Quería ser futbolista, alguien en la vida, ser médico”. “¿Qué te pasó?”, “Tú sabes, el tiempo, todo le va cambiando a uno, los problemas van cambiando la mente buena que uno tiene”, precisa él melancólicamente. Roberto fue el único que completó su formación escolar. Llegó hasta el punto de estudiar soldadura en una escuela técnica pública, pero se retiró después de un semestre: “Estoy pensando en reintegrarme”, y agrega que también intenta obtener una licencia de conducción para convertirse en taxista. “Nunca es tarde para ser lo que uno quiere”, remata Leonardo.

La trayectoria de vida de estas personas se resume, en parte, en frustración, desesperación; las formas y vías en que, por un lado, se crean y reproducen las formas de dominación social y, por otro, la expresión, la instrumentalización y los conductos de fuga por donde se drena toda la furia incontrolable que desborda de los jóvenes de la periferia; a menos que otros mecanismos de seguridad sean implementados para contrarrestar su fuerza. Eso es lo que exploraré en el capítulo siguiente, al convertirme en miembro de La Cívica por una noche.

Figura 3. La casa de Roberto



Fuente: elaboración propia.

Figura 4. El parque y su cancha de fútbol



Fuente: elaboración propia.

Parte II

Miembro de La Cívica por una noche

*As I walk through the valley of the shadow of death
I take a look at my life and realize there's nothin' left
'Cause I've been blastin' and laughin' so long
That even my momma thinks that my mind is gone
But I ain't never crossed a man that didn't deserve it
Me be treated like a punk, you know that's unheard of
You better watch how you talkin' and where you walkin'
Or you and your homies might be lined in chalk
I really hate to trip, but I gotta loc
As they croak, I see myself in the pistol smoke
Fool, I'm the kinda G that little homies wanna be like
On my knees in the night, sayin' prayers in the street light
Keep spending most our lives
Livin' in a gangsta's paradise
Been spending most their lives
Livin' in a gangsta's paradise
We keep spending most our lives
Livin' in a gangsta's paradise
We keep spending most our lives
Livin' in a gangsta's paradise
Look at the situation they got me facin'
I can't live a normal life, I was raised by the street
So I gotta be down with the hood team
Too much television watching, got me chasing dreams
I'm a educated fool with money on my mind
Got my ten in my hand and a gleam in my eye
I'm a loc'd out gangsta, set trippin' banger
And my homies are down, so don't arouse my anger
Fool, death ain't nothin' but a heart beat away
I'm livin' life do or die, what can I say?
I'm 23 now, will I live to see 24?
The way things is going I don't know
Tell me why are we so blind to see
That the ones we hurt are you and me?*

Coolio, *Gangsta's Paradise*

*Mientras camino por el valle de la sombra de la muerte,
echo un vistazo a mi vida,
y veo que no dejo mucho atrás.
porque he estado desmadrándome y riendo por tanto
tiempo, que incluso mi madre cree que he perdido la cabeza.
Pero nunca me enfadé con un hombre que no lo mereciera.
Podría ser tratado como a un punk, sabes que es insólito
[unheard of].
Deberías vigilar cómo hablas [lo que dices] y por dónde
caminas. O tú y tus amigos podéis ser dibujados en tiza [en
el suelo].
Realmente odio viajar [en el sentido de estar drogado] pero
tengo que hacerlo, tío [compadre, amigo].
Mientras crezco me veo a mí mismo en el humo de la
pistola, idiota.
Yo soy el tipo de tío que los pequeños quieren ser [kinda G],
sobre mis rodillas por la noche, diciendo
oraciones a la luz de las farolas.
Gastando la mayoría de sus vidas,
viviendo en el paraíso del pandillero,
gastando la mayoría de sus vidas,
viviendo en el paraíso del pandillero,
seguimos gastando la mayoría de nuestras vidas,
viviendo en el paraíso del pandillero,
seguimos gastando la mayoría de nuestras vidas,
viviendo en el paraíso del pandillero.
Ellos tienen la situación controlada y me tienen a
mí enfrentándola. No puedo vivir una vida normal. Fui
criado en el respeto a los galones [stripes], por lo que tengo
que depender del equipo de la capucha.
Tanto ver la televisión me tiene persiguiendo sueños. Soy
un tonto educado con el dinero en mi cabeza,
con diez [dólares] en mi mano y un brillo en los ojos.
Soy un pandillero con gafas oscuras [loced-out: que
lleva locs] que cruza el territorio enemigo.
Y los míos están detrás, así que no despiertes mi ira, idiota.
La muerte no es nada salvo un latido lejano.
Estoy viviendo la vida; hazlo o muere, ¿qué puedo decir?
Ahora tengo 23 años, pero ¿viviré para los ver los 24?
No sé cómo ocurrirán las cosas.
Dime por qué estamos tan ciegos para ver
que a los que hacemos daño somos a ti y a mí.*

Coolio, *Paraíso de pandillas*

**LA PRIMERA RONDA:
DE BANDIDOS A PACIFICADORES**

4

EL TRABAJO DE LA CÍVICA, INDIRECTAMENTE, ESTUVO PRESENTE DURANTE todo el desarrollo de mi trabajo de campo. En mis notas registré cómo cada persona que conocía me hablaba de ellos, repetían que el barrio estaba calmado y que yo no debía preocuparme por mi seguridad gracias a su gestión. Un mes después de conocer a Miguel Ángel por medio de un volante publicitario que uno de sus miembros le dio a su esposa mientras yo lo entrevistaba, descubrí finalmente quiénes eran y a qué se dedicaban.

El encabezado del volante decía lo siguiente: “Se le pide a la comunidad por favor colaborar con el trabajo de La Cívica”. Por un momento pensé que se trataba de un pequeño e inocente grupo de personas que salían a vigilar las calles con bates de béisbol o bastones de policía, hasta que una noche los vi formalmente vestidos con uniforme de trabajo y silbatos⁹⁵.

A lo largo de un año seguí de cerca la rutina cotidiana de sus integrantes, especialmente la de Jeison, quien durante la temporada que viví en Olaya-Rafael Núñez no hacía otra cosa sino trabajar exclusivamente en esa organización. Solía encontrármelo en el parque o en las tiendas de la esquina hablando con sus vecinos, amigos o conocidos. Fuimos así, poco a poco, construyendo una amistad que hasta el presente continúa.

Interesado en conocer el trabajo de La Cívica desde adentro y participar de su rutina, en varias oportunidades me ofrecí como voluntario para vigilar el sector en la noche con ellos, pero Jeison y Martín me lo negaban debido al alto riesgo que esta tarea representaba para alguien que, como yo, no era consciente de la peligrosidad del barrio. Sin embargo, y después de insistir durante seis meses con esta idea, finalmente logré persuadir a Jeison para que me dejara ser miembro de La Cívica por una noche. Él accedió con una única condición: no portaría ningún arma y permanecería siempre detrás de ellos en caso de presentarse alguna emergencia. Acepté sin dudar.

A continuación presentaré los resultados de esta observación y participación observante describiendo la manera en que se desarrollan y los sucesos que ocurren en la rutina diaria de vigilancia de esta organización. Los datos recolectados durante este proceso se juntan con las notas de campo que he recopilado en los tres años que ha durado esta etnografía, para tejer así una narrativa que no solo integra interseccionalmente las principales problemáticas urbanas que se viven en la periferia, sino que muestra con detalle las consecuencias

95 El propósito de esta acción era el de marcar territorio, haciéndoles ver a los residentes la materialidad de La Cívica y, también, anunciar a los vecinos o enemigos su ubicación en determinado lugar de Rafael Núñez, lo cual podía traer consecuencias nefastas al delatar su posición ante los enemigos, lo que hacía más vulnerable a la organización. Sin embargo, durante mi estancia en Rafael Núñez esto nunca sucedió y tampoco antes.

negativas de la forma en que la acumulación social de la violencia (Misse 2008) se canaliza en un *continuum* que extiende aceleradamente su espiral violenta en los territorios de relegación urbana.

11 DE ENERO DEL 2016: "UNA ESCENA DE PELÍCULA"

El punto de encuentro de los integrantes de La Cívica era enfrente de la casa de Jeison todas las noches de la semana, a diez metros del apartamento que yo había rentado en Olaya-Rafael Núñez. Una calle sin pavimentar, mezcla de tierra, lodo, piedras, escombros y, en algunos lugares, basura.

Eran las diez y media de la noche. Jeison entraba y salía de su casa, y observaba quiénes y cuántos de sus miembros iban llegando. Algunos venían ya con el uniforme y otros se vestían en el lugar. La mayor parte de su indumentaria fue donada por el presidente de la JAC entre diciembre del 2014 y enero del 2015.

Mientras vestían sus uniformes en medio de la calle observé dónde y cómo escondían sus armas bajo sus ropas. Elkin, un joven afrodescendiente de veinte años, ocultaba una escopeta cañón corto (*shotgun*) al costado de su pierna derecha; era invisible de golpe, pero pude verla porque él me la mostró cuando alzó su camisa. Jeison y Jonathan guardaban cada uno un revólver 9 mm. Luego de unos minutos Jeison salió de su casa con una camisa en la mano, que no me esperaba, y me dijo riéndose: "Ahora sí trabajas con nosotros, William". Aún faltaba Luis. Mientras lo esperábamos, Jeison y Walter retomaron la historia de un intento de asalto en la tarde de ese día, irónicamente minutos después de habernos reunido con el comandante de policía en el parque del barrio. Erick, mejor conocido como Candela, protagonizó lo que Jeison llamó "una escena de película".

Jeison: ¿Ya viste cómo queda mal la gente con la otra, William? De lo que yo le hablo aquí no es lo que decimos, sino lo que hacemos, ¿entiendes?

William: ¡Claro que sí!

Jeison: Es una cagada lo que hizo él.

Walter: Ahora vas a ver tú, Jeison, cómo viene él con otro cuento inventando que fueron otros los del problema y no él. Según Candela, dizque el primer carro, uno gris que pasó primero, estaba tomando fotos, y que por esa razón fue que se formó la primera pelea. Dijo que se había ido, pero que atrás de ese carro venía otro que lo intentó atropellar y fue en ese momento que él le

mandó el machetazo; casi se lo pone en la cara al conductor. Ese Candela no le teme a nada.

Jeison: De vaina no se estrelló ese carro contra alguna casa de esa calle.

Walter: Es que, si ese carro se estrella, esos manes salen sin nada de aquí.

Jeison: Sin saber si hay un bebé, una vieja embarazada o algo ahí. ¡Hijueputas!

Walter: Menos mal que nosotros que estamos en La Cívica les vamos es a auxiliar.

Jeison: El Candela dice que no, ¿vistes que el Candela sí le jaló la mochila al man del carro amarillo?

Walter: ¡Claro que lo vi! Le jaló fue la mochila.

Jeison: Si uno no le grita a él que se quede quieto, se hubiera formado el gran problema: ¡William!, te perdiste una escena de película.

William: ¡Increíble! ¿Cómo no escuché nada estando tan cerca?

Walter: A los cinco minutos que tú te fuiste. Candela le jaló la mochila al conductor de un carro para robarlo, pero este aceleró.

William: ¿De verdad fue el Candela?

Walter: El mismo.

William: Me lo encontré hace un rato y me dijo que había intentado robarse el teléfono del conductor de una moto para comprar comida porque ni él ni su mujer comían desde ayer. Me mostró una herida en el brazo, ¿cómo iba decirle que no? Le di cinco mil pesos.

Jeison: ¡Qué va!... ¿Y porque él no pide a los amigos? Y si tenía hambre, ¿por qué no te dijo a ti o a mí antes de hacer eso?

William: Es la versión de él. Yo le creí.

Jeison: Eso es una excusa barata, viejo William. Eso fue una explicación nula que él te dio ahí porque él no tiene necesidad de estar robando.

William: Eso yo no lo sé Jeison.

Jeison: Uno con la humildad gana mucho, viejo William. Yo te apuesto que si yo tengo hambre llego a una tienda aquí y no le pido directamente la comida al tendero, sino que le digo: présteme la escoba para barrer el frente y usted me da algo de comer y te aseguro que el man me da; todo es saber pedir las cosas y ya. Pero si yo voy a llegar allá diciendo “dame esto y dame esto otro” y después correr para no pagar la cuenta... Eso no aguanta.

Walter: Eso se llama robar de pura gana.

Jeison: ¡Ya, solo por atracar, por la malicia de atracar! No quieren trabajar, sino que quieren es vivir del alivio de los demás.

Me perdí esa escena porque tuve que regresar a casa para organizar la función de cine que tenía programada para los niños. De camino a la iglesia me crucé con Candela. Me pidió dinero. Estaba ansioso, un poco agresivo. Cargaba consigo el machete que suele ocultar entre la maleza del parque cuando está allí con sus amigos fumando marihuana.

Candela [muy agitado]: ¡Primo!, ayúdame con algo para comer, mira lo que me hicieron en el brazo [mostrándome la herida]. Intenté robar un man de una moto allá atrás y terminé fue jodido. Compadre, estoy desesperado, ayúdame con algo para comer.

William: ¡Candela! Me hubieras dicho y te ayudo sin problema.

Candela: ¡Primo!..., vea, yo no quise molestarlo porque lo vi hablando serio con el policía.

William: ¿Solo fue la cortada en el brazo?, ¿tienes alguna otra herida?

Candela: No, nada más esto del brazo, eso se cura rápido, pero, primo, vea, ayúdame con algo que mi mujer y yo estamos aguantando hambre. Me tocó hacer eso por la desesperación de alimentar esa nueva boca que nos espera.

William [revisando mis bolsillos]: No te preocupes, Candela, creo que tengo algo de dinero aquí.

Candela: Mi hermano, cualquier cosa es ayuda, vas a ver que ahora mismo en la tienda de en frente compro una libra de arroz y de lentejas. Te agradezco.

William: Tranquilo, Candela, yo te ayudo con lo que pueda en cuanto yo pueda.

Minutos después de ese sorprendente encuentro dudé de su relato porque los jóvenes de Rafael Núñez suelen exagerar la descripción de sus historias; mienten o inventan para manipular a personas que como yo aparentan tener dinero. En un principio, cuando tuve acceso a ellos y a su espacio de socialización, les daba dinero para que compraran cigarrillos, agua o los invitaba a beber cervezas después de entrevistarlos. A Mini Z, quien me ayudó a instalar los equipos audiovisuales para la proyección de la película, le pregunté si era verdad lo que decía Candela. Él me miró fijo y asintió con la cabeza: “Sí, ese man pasa mucha hambre”.

El hambre o las ganas de robar, “solo por atracar”, son distintos motivos o estrategias de supervivencia que emplean los jóvenes pobres de Olaya-Rafael Núñez para resolver sus situaciones críticas de penuria o necesidades básicas en un corto plazo. Para Candela el hambre lo justificaba todo. Cuando me encontré con él, su cara de desesperación y el haber mencionado que intentó robar porque tenía hambre me impresionaron. De esa manera se justifica él para acudir al crimen y la violencia.

Sin embargo, para Jeison el hambre no justifica ese tipo de acciones, mucho menos minutos después de él haber estado presente en una entrevista junto al comandante de policía en la que la mayoría de los jóvenes ahí presentes afirmaron no cometer ninguna clase de robos. Obviamente, eso era una mentira. Cuando el comandante se enteró de lo ocurrido, regresó al parque y exclamó dirigiéndose a Jeison: “Ustedes son la cagada, ¿cómo hacen eso después de todo lo que hablamos hace un rato?”. “Lo siento, comandante, así es la gente del barrio”, respondió Jeison. Esta clase de hechos se presentan en cualquier momento, aunque la policía circule por el barrio. Las estrategias delictivas de los bandidos o pandilleros suelen estar un paso al frente de la reacción de la policía, de la misma manera que el crimen organizado, pero en un nivel menor. Simples estrategias tácticas.

“Si él tenía hambre, ¿por qué no te dijo a ti o a mí?”, cuestiona Jeison las razones de Candela. Si bien existen fuertes lazos de solidaridad, redes de parentesco, hermandad y cooperación comunitaria, es curioso observar que entre los hombres existe una fuerte negación a recibir este tipo de colaboración. La identidad masculina implica que algunos, para no sentirse menos hombres, opten por medios con los cuales su orgullo y masculinidad no se vean comprometidos

frente a los otros. Jeison dice: “Uno con la humildad gana mucho”, actitud personal que se respeta aquí. Cuando se saben pedir las cosas con sencillez y honestidad, “se gana mucho”. Desafortunadamente Candela no tuvo paciencia y prefirió ir a la calle a cometer un asalto, ya fuera por el hambre, por el gusto de hacerlo o por ambas razones. Solo él lo sabe.

Gran parte de los jóvenes de Olaya-Rafael Núñez admiten que con humildad se gana mucho, especialmente cuando se trata de socializar en el barrio, conseguir fumar marihuana u otras drogas con amigos o desconocidos, ser considerado por otros para pertenecer a una pandilla o cometer algún asalto, ser recomendado para un trabajo o pertenecer a un equipo de fútbol. La propiedad privada se respeta sin importar si se ganó legal o ilegalmente, y se comparte lo necesario cuando se tiene. Ganarse la vida trabajando legalmente es admirado por la mayoría de los jóvenes, pero pocos tienen esa oportunidad.

Jeison, por ejemplo, vive con su madre. Ella recibe una pensión mínima. A él no le falta comida en su casa y, aunque la pensión de ella sea por un pequeño monto, Jeison cuenta con su apoyo. En cambio, Candela comparte su casa de madera con un hermano, un primo y las parejas de cada uno de ellos. Se trata de un cuarto en el que conviven seis personas junto a un patio rodeado de basura, cerdos y gallinas. Ninguno de ellos tiene trabajo; sobreviven día a día con lo que puedan conseguir informal o ilegalmente. Por lo tanto y desde este contexto, ¿cómo no considerar el crimen y la ilegalidad como una opción laboral? Aunque no sea la única alternativa, bajo circunstancias límites es la opción más fácil y rápida al no contar con una base socioeconómica que sirva de respaldo; por ello, tales situaciones los ahogan, se trata de un estrangulamiento estructural como parte del mecanismo de aniquilamiento masivo que se despliega en el accionar de la necropolítica.

Dos días después de este incidente me encontré con Candela y su primo de camino a la casa de Martín. Ellos estaban relleno con arena el patio trasero de la casa de un vecino. Cada cargamento pesaba 200 kilos; por este trabajo cada uno recibiría 10 000 pesos (3 USD de 2016). Mientras trabajaban enérgicamente bajo el sol de mediodía, Candela se detuvo para decirme:

Candela: ¿Qué más primo, para dónde va?

William: A almorzar donde Martín, ¿tú ya comiste?

Candela: Aún no, pero ahí está la mujer mía cocinando mientras trabajamos aquí. El vecino está relleno su patio para construir otra casa.

William: Muy bien, ¿ese dinero te ayuda o no?

Candela: ¡Viejo!, claro que ayuda. Aquí tengo un producto bueno para compartir contigo, si quieres. Nos tiene trabajando a mil.

William [riendo]: Yo no le jalo a eso, Candela, pero te acompaño.

Su primo se acerca y me pide que lo acompañe al callejón que lleva al patio del vecino.

Primo [del interior de un ladrillo extrae una pequeña bolsa con cocaína y un pitillo; me mira emocionado]: ¡Mira este producto!

William [con ironía]: Ahora entiendo cómo ustedes consiguen trabajar en medio de este sol.

Primo: ¡Parcero!, usted ya sabe cómo somos aquí.

Si bien el hambre pudo haber sido un fuerte motivo para que Candela intentara robar, otra de las posibles causas que llevan a los jóvenes a sentir ese impulso explosivo por salir corriendo con un machete en las manos a plena luz del día, en una calle transitada, para robar a la primera persona que encuentran, puede ser el síndrome de abstinencia prolongada producto del abuso crónico de diferentes drogas. Estas, en condiciones de penuria, empeoran sus efectos en el cuerpo del usuario; lo desestabilizan psicológicamente y promueven de esa manera su comportamiento violento, porque en esas circunstancias es el cuerpo el que direcciona las prioridades vitales de existencia. Desde ese día hasta el fin de mi estadía en el sector, siempre que me encontraba a Candela en el parque estaba bajo los efectos de la marihuana o la cocaína.

Finalmente llegó Luis y dimos inicio al recorrido.

LAS FRONTERAS Y SUS CONTORNOS

10:30 p. m. Me sentía nervioso. No tenía idea alguna sobre lo que sucedería el resto de la noche. Los silbatos sonaban cada diez metros para anunciar nuestro tránsito por las oscuras calles de Olaya-Rafael Núñez. Jeison empuñaba su arma; se sentía inseguro. Yo caminaba a su lado mientras él describía y narraba las principales escenas de homicidios ocurridas acá recientemente: “En esta calle donde vamos a entrar hace un año y tres meses... los bandidos de allá del sector

de La Arrocera dañaron a una familia aquí cerca, mataron al papá. Tumbaron la puerta y le dieron de baja”, comenta él.

Cuando este homicidio sucedió, La Cívica no existía. En ese tiempo, caminar de noche era peligroso. Con frecuencia, afirma Jeison, “se metía gente de por allá de los otros sectores en dos o tres motos para robar y fue así que mataron al señor que te dije antes; pobre hombre”. La brutalidad de este homicidio conmocionó a la comunidad y se inició entonces un primer movimiento de resistencia y autodefensa llamado por ellos Brigada Cívica. Pero esta brigada tuvo poco éxito: “No funcionó la organización. La policía molestaba, no se pudo trabajar junto con ellos. Los policías se llevaron un armamento que ellos tenían”, dice él.

La Brigada Cívica estableció las bases para lo que un año y tres meses después sería La Cívica actual. Sus armas han sido adquiridas en el mercado negro. Pistolas y revólveres tienen un valor de entre 150 y 300 USD. Las redes del mercado ilegal y la comunidad están tan fuertemente entrelazadas que no hace falta recurrir a una persona para comprar armas. Es usual encontrar alguien en el sector que tenga un amigo, conocido o familiar experto en el tema. Funciona como una red de eslabones, intermediarios que obtienen porcentajes de ganancia por la mediación comercial.

Cuando finalmente tuve acceso a la zona más pobre y violenta acá en febrero del 2015, me encontré con una realidad delictiva, criminal e ilegal mucho más amplia de lo que las cifras sobre homicidios institucionales o artículos periodísticos describían con relación a la violencia entre pandillas. La verdad era otra. Mi ingreso progresivo a La Cívica y relacionarme con sus miembros y la comunidad de jóvenes que los rodean comenzaron a mostrarme los finos hilos de una urdimbre de relaciones sociales ilegales que se construyen a partir de una producción social de intercambios materiales, simbólicos y culturales que legitiman usos, prácticas y acciones violentas dentro de un determinado territorio. Este, a modo de campo autónomo, genera un particular universo de acción, lenguajes y signos en torno al mundo del crimen, la supervivencia y la marginalidad. Las armas, hasta el día de hoy, desempeñan un papel fundamental para la existencia de La Cívica.

Estas armas nunca son exhibidas a menos que sea necesario. Ellos no tienen permiso de portarlas; aunque la policía tiene conocimiento de su uso, Jeison y los otros prefieren esconderlas. Personalmente, me sorprendía ver su amplio control sobre las calles de Olaya-Rafael Núñez, considerando las dimensiones del espacio y sus limitaciones de personal. Luego, al observar su rutina, entendí que su circulación estaba mediada por una lógica económica, la cual funcionaba con base en la mayor contribución financiera que dieran los habitantes de cada calle, lo que mejoraba la vigilancia. A las 11:00 p. m. llegamos al lugar más conflictivo del sector:

Jeison: Este punto aquí funciona como especie de frontera. Es una frontera de los de allá con los de acá. Esta hora se presta para atracar: carros, motos, lo que sea. Cualquier persona que pase a esta hora la atracan.

William: Ayer justamente anduve con Candela por aquí y vi a los chicos del otro lado. Cruzaron con ganas de pelear. Traían consigo muchas piedras.

Jeison: Sí, cuando ellos hacen eso es porque vienen a formar problemas con la gente de aquí. Traen lo de ellos, sus armas; eso es lo que más usan las pandillas aquí. Ahora vamos hasta el puente para que tú veas el otro lado.

William: ¿Hasta el puente? ¿Y es seguro ahora?

Jeison: ¡Sí! Vas a ver lo que es.

William: ¿La frontera?

Jeison: ¡La raya! Es así como le decimos acá. Nada de líneas imaginarias.

Mientras caminábamos hacia el puente, una patrulla en moto de la Policía se detuvo para preguntarle a Jeison qué hacía yo con ellos. Luego tuvimos una pequeña conversación registrada de la siguiente manera:

Jeison: Buenas noches, agente. Este señor acá está haciendo un trabajo, ¿sí me entiende? Nosotros lo estamos acompañando para que él no ande solo por ahí.

William [mientras el agente me observaba fijamente]: Señor agente, los estoy siguiendo esta noche en su labor de trabajo. Aprovecho para tomar fotos y grabar videos. Ellos me protegen, no se preocupe por mi seguridad.

Jeison: ¡No se preocupe! Él cuenta con nosotros. También ya informamos a sus superiores desde temprano para quedarnos más tiempo. Yo tengo el teléfono de su comandante.

Agente: Si saben o pasa algo hoy, por aquí estaremos.

Jeison: Claro, ustedes siempre me han colaborado. Todo bien.

William: Gracias, señor agente.

Me sorprendió que el policía se detuviera a hablar con nosotros. Durante el día ellos circulan e intervienen en la comunidad en momentos puntuales: peleas intrafamiliares, enfrentamientos entre pandillas, homicidios o fiestas populares que ocasionan disturbios. Unas horas antes de este suceso el comandante del cuadrante⁹⁶ me había informado que a cada hora de la noche circulaban las patrullas de vigilancia en Olaya-Rafael Núñez. Esto resultó ser mentira: durante el transcurso de la noche comprobé que ningún otro vehículo de la Policía volvió a circular por esa zona. Cuando llegamos al puente, Jeison retomó su descripción de la frontera:

Jeison: Esto aquí en el día se vuelve un campo de batalla. Todo estará bien, no tengas miedo.

William: No es miedo, sino ansiedad.

Jeison: Sí, es normal. Yo lo que quiero es que veas este pedazo aquí porque esto es una zona... ¿cómo decirlo?

William: ¿Frontera?

Jeison [asintiendo con la cabeza]: ¡Exacto! Aquí se marca el territorio de este lado y el otro sector.

William: ¿Y el territorio de allá cómo se llama?

Jeison: Es el canal del Tabú. Este canal es el que parte las dos calles. Este canal viene de aquí [señalando el puente] hasta la avenida del fondo, ¿ya me entiendes? Esto aquí en el día se vuelve un campo de batalla.

William: Entonces, para yo entender bien, ¿aquí donde estamos es una línea de conflicto entre pandillas?

Jeison: Exactamente, esto es una línea de conflicto. Aquí es donde los jóvenes provocan a los de allá y los de allá vienen aquí a hacer lo mismo. Así es que empiezan las peleas.

96 El Modelo Nacional de Vigilancia Comunitaria por Cuadrantes es un método de trabajo que asumió la Policía Nacional en Colombia para prestar el servicio a la comunidad en cada uno de los cuadrantes. El personal uniformado de los cuadrantes busca identificar las problemáticas y manifestaciones de violencia y criminalidad que atentan contra la convivencia y la seguridad ciudadana en lo local y, a partir de allí, generar herramientas de corresponsabilidad que permitan mitigar estos fenómenos. Véase la definición completa en Policía Nacional de Colombia (s. f.).

William: ¿Los de allá entran aquí?

Jeison: Claro que sí, ellos vienen del fondo, viven en todo este pedazo que tú ves [señalando el otro sector].

William: Jeison, dime una cosa: ¿hay algo para preocuparse esta noche con la gente del otro lado?

Jeison: Posiblemente sí. En las noches a veces se presentan cosas inesperadas; a veces nos encontramos con los bandidos y optamos por arreglar las cosas a lo bien, que ellos se vayan a lo bien sin problema, pero si ellos no quieren, pues nosotros respondemos como se deba, usando la fuerza de ser necesario.

William: Pero parece que hoy está todo muy tranquilo, ¿o no?

Jeison: Se ve todo tranquilo, sí, pero cuando está tranquilo así, son los días más peligrosos.

William: Yo confío en ustedes. Igual espero no sea así esta noche.

Jeison: Esa sensación de creer que no va pasar nada es lo más peligroso; por eso ningún día nos confiamos.

De extremo a extremo el puente tiene una longitud de cinco metros y está ubicado sobre un canal de aguas de lluvia contaminadas con basura y atraviesa de punta a punta nuestro sector. Las fronteras intrasectoriales están geográficamente delimitadas. Las fronteras son reales y tienen como función contener las tensiones territoriales intrasectoriales dentro del barrio: una calle, una esquina, un puente o un canal de agua representan las líneas divisorias. A pesar de que la opinión pública se empeña en afirmar que las fronteras son imaginarias, esto carece de sentido cuando se observa desde adentro la manera en que cualquier tipo de población puede resignificar su territorio mediante ejercicios de producción y apropiación simbólica del espacio, diferente a la dispuesta geográfica y políticamente por instituciones estatales y organizaciones sociales.

Las prácticas violentas de las pandillas en Cartagena llegaron a tal punto de expansión territorial que han introducido dentro de sus disputas simbólicas a buena parte de la población del sector, de modo que han materializado y extendido sus dinámicas de control, apropiación y delimitaciones territoriales, incluso hasta en la vida cotidiana de la comunidad. Por este motivo las fronteras se tornan concretos y no invisibles territorios de luchas violentas, a su vez

que espacios de la muerte y fábricas de sufrimiento. Algo similar sucede con las organizaciones criminales en zonas rurales o urbanas en el resto del país. El mismo proceso de apropiación simbólica territorial se repite por parte de estas bandas, así como del lado de las comunidades que las rodean.

ZONA DE GUERRA

En el año 2006 fue inaugurada la llamada vía Perimetral que acortaba la distancia entre el aeropuerto y Rafael Núñez Olímpica, ubicada en el sur de la ciudad. Su ruta atravesaba por completo este barrio y otros barrios pobres que bordean una gran ciénaga. El proyecto tenía como objetivo embellecer urbanísticamente los límites territoriales de estos barrios y al mismo tiempo detener su ampliación sobre el agua, además de ofrecer a la comunidad nuevos espacios recreativos.

La intervención urbana de esta obra mejoró la calidad de vida de Olaya-Rafael Núñez porque se pavimentaron calles principales. Recuerdo haber caminado por los senderos peatonales de sus parques a orillas del agua contemplando el horizonte profundo de la ciénaga cuando recién fue inaugurada esta obra. Desafortunadamente, con el paso del tiempo el vandalismo la degradó al punto de transformarla en ruinas. Eran cerca de las 12:30 a. m. cuando llegamos al parque; el silencio, la oscuridad y la noche me produjeron ansiedad. Me sentí angustiado mientras caminaba junto a ellos. Jeison se detuvo un momento:

Jeison [señalando a lo alto y ancho del parque]: ¿Ves toda esa destrucción? Eso lo hizo un man que ya murió; él quitó toda la luz. Luego los de allá [señalando el sector vecino] hicieron lo mismo con su pedazo. Así fue que en todo el barrio se robaron las lámparas y hasta los adoquines del piso; somos unos malditos animales, como dicen por ahí.

William: Pero no entiendo, ¿ese man cómo lo hacía, cortaba los cables, se robaba las bombillas?

Jeison: Algunas bombillas se robaba y con piedras o caucheras también los rompía. Son ese tipo de manes que ya a lo último están atrapados por el bazuco y hacen todas esas locuras. Robar esas lámparas, los cables, todo para después fumar esa mierda de droga.

William: ¿Toda esta destrucción solo para drogarse?

Jeison: También hay otra droga, la llamada... [él trata de recordar].

William: ¿El patra?

Jeison: ¡Esa misma!, el patra, ¿ya me entiende? Entonces, eso son manes... tú sabes que ese vicio es como pa una persona que en verdad tenga billete.

William: Creo que sí, según entiendo es una droga bastante adictiva.

Jeison: Pero, pa uno que es pobre, el que se mete en eso se vuelve gamín y queda en la nada.

El alto nivel de degradación urbana que se observa en ese espacio no puede interpretarse simplemente como el resultado de un largo proceso de delincuencia o vandalismo, sino de degradación simbiótica que se construye en estrecha relación con la pauperización extrema que un segmento de la población, y en especial ciertos individuos en condición de calle, aprovecha como instrumento de supervivencia. La apropiación del mobiliario urbano refleja las vías de hecho mediante las cuales la economía de subsistencia se moviliza, con base en recursos o elementos materiales en un principio destinados para una función, pero luego resignificados en beneficio particular. Robarse los adoquines para venderlos o usarlos en sus propias casas como suelo es un ejemplo de esta economía de subsistencia que he podido observar aquí. Lo mismo sucede con el cableado eléctrico y cualquier objeto de construcción que tenga un mínimo valor de uso o cambio. Entre más marginal sea una población, la degradación urbana se intensifica.

Dejamos atrás ese lugar y continuamos el recorrido hacia la calle que bordea el sector con el vecino llamado Tancón. Una vez más Jeison empuñó su arma para asegurarse de tenerla en caso de emergencia. Le pedí que me la dejara ver para tomarle una foto, pero él se negó. Me dijo que no quería meterse en problemas. No entendí a qué clase de problemas se refería porque yo no veía a nadie en la calle, pero Jeison no lo creía así. Me dijo que seguramente nos estaban observando desde el otro lado del canal:

Jeison: Cálmate, William, más tarde te la muestro. Sabes muy bien que yo me presto para lo que sea, sino que, como te he dicho, tú sabes que esto trae problemas. Es una vaina [cosa/objeto] que no la puedo estar portando y mostrando así como así a todo mundo.

Walter: ¡Hey, ahí están, Jeison! [señalando con la mano derecha la profunda oscuridad del otro lado de la calle].

Jeison: ¿¡Quién!?

Walter: Los del Tancón.

Jeison: Ellos con nosotros no se meten porque saben que aquí está el freno (empuñando el revólver). Viejo William [sonriendo], yo vivo de la adrenalina.

William: Sí, es que esta aquí parece una zona de guerra.

Jeison: En mi historia personal hubo muchos enfrentamientos por tratar de que el barrio cambiara porque estábamos perdiéndolo totalmente. Ya la gente tenía miedo, se dormían más temprano, luego nadie quería salir, ¿me entiendes?

William: Imagino la situación, debe ser duro.

Jeison: La gente que tenía que trabajar a las cuatro de la mañana luego ya no trabajaba a esa hora, sino que tenía que salir a las seis de la mañana de aquí porque tenían temor a irse en la madrugada.

William: Claro, pero yo he visto que en las noches todavía hay gente en las calles.

Jeison: La hay hasta cierta hora, pero ¿con qué seguridad? Por ejemplo, supongamos allí en esa esquina hay dos pelaos y del otro lado hay otro con un celular. Posiblemente llegan ellos y los atracan.

En este punto de mi etnografía no sé si considerarme afortunado por haber llegado al sector en un periodo en el que la mayoría de las personas a quienes conocí durante mi primera semana lo describían como zona de guerra. Varios vecinos me relataron su deseo de irse. Muchos otros ya se habían ido huyendo por el miedo, por el terror que les producía la brutal e inesperada violencia que se presentaba por las noches. Esto sucedía antes de que La Cívica existiera. Sorprendentemente, la mayoría de las personas a quienes conocí habían sido víctimas o conocían historias de familiares o amigos que habían sido atracados o robados, sufrido intentos de homicidio o alguna agresión durante la noche. No obstante, mi experiencia en la noche, desde mi participación observante, no me mostraba peligros como los descritos años atrás. Aquellas personas que llegaban tarde o salían temprano para sus trabajos, por medio de La Cívica recobraron la confianza para volver a hacer uso de la calle. Sin embargo, como dice Jeison, “esa sensación cuando ves que no

pasa nada es lo más peligroso”. Con La Cívica o sin ella, el peligro parece que nunca deja de estar presente:

Jeison [señalando la calle y muy serio]: Hace una noche hubo un atraco aquí en esta casa.

William: De verdad... pero, ¿cómo?

Jeison: Sí, se metieron justo ahí [señalando con insistencia la casa]. Buscamos a los bandidos y dimos con ellos.

William: ¿Y qué hicieron con ellos?

Jeison: Se llevaron un celular, amordazaron a la mamá de él [señalando a Walter]. Hicimos seguimiento a esos manes y los manes resulta que eran del otro lado [señalando al sur].

William: ¡Qué!, ¿fue en tú casa, Walter?

Jeison: Partieron la ventana...

Walter: Partieron la ventana y se metieron y cogieron a mi mamá por la espalda y el cuello.

Jeison: Cogieron a todo el mundo tratando mal y todo eso.

William: Y, tú Walter, ¿no estabas por ahí cuando sucedió eso?

Walter: ¡Sí! Yo estaba adentro durmiendo.

William: ¿Qué hiciste cuando despertaste?, ¿qué sucedió?

Walter: Yo cuando me levanté los vi que se iban para allá atrás [señalando el patio de la casa].

William: ¿Los conoces?

Walter: Sí, yo los conozco. Uno de ellos se llama Samir, es de La Arrocería [sector vecino].

Jeison: Por parte de la afectada no hubo denuncia, pero luego supimos quiénes fueron.

William: Y... ¿los ajusticiaron o no?

Walter: Al Samir yo no sé qué le pasó... no lo volví a ver. Parece que desapareció.

Jeison: No, no se pudo porque, como te digo, si no hay interés de la parte afectada no se puede hacer nada. Entonces quedaría muy mal con los mismos policías, por...

William: Claro, ustedes no pueden hacer eso, no pueden...

Jeison: Tomar la ley de nuestra mano, aunque nos gustaría.

El escenario de violencia es tan profundo y complejo que es poco probable que la autoridad pública pueda actuar efectivamente en cada petición de ayuda policial. La facilidad que tienen los jóvenes de moverse entre callejones y patios de las casas dificulta cualquier tipo de intervención, más aún cuando es de noche y dentro de un territorio semejante al tejido interconectado de membranas se permite la circulación fluida de personas, característica urbana que comparten gran parte de los barrios marginales latinoamericanos. Con frecuencia observé que la policía interviene solo después de haberse presentado el hecho, especialmente en casos de fuertes enfrentamientos entre pandillas, intentos de homicidios, homicidios o levantamientos de cadáveres.

Esta demora puede leerse como una política planificada de exterminio contra los jóvenes de la periferia. Según Javier Auyero (2013a), hacer esperar a los pobres es una manera de ejercer poder, control y violencia por parte del Estado contra las poblaciones desposeídas, sean estas migrantes, familias subsidiadas, comunidades étnicas o cualquier clase de organización civil. En sus términos, las demandas de la población de presencia de policías los convierte, literalmente, en pacientes del Estado. Esperar con paciencia la intervención o, según sea el caso, la llegada tardía o efectiva de la policía agudiza la angustia, la incertidumbre o el pesimismo de la población respecto a la utilidad y facultades de las instituciones públicas. La situación es comparable con la de un paciente que espera ser atendido en un hospital para resolver sus padecimientos y la deficiencia en la atención puede llegar a ser peor que la enfermedad; en contraposición, esto le permite a la población explorar otros horizontes de acción

que la aleje de los cuidados intensivos en los que, consecuentemente, la tiene sumergida el despliegue instrumental de la necropolítica.

El *modus operandi* de los bandidos o pandillas se puede describir como una estrategia de entrada y salida planificada, y, en caso de ser necesario, letal. Por esta razón, la presencia de La Cívica en las calles ocupa el vacío físico, el monopolio de la violencia legítima y simbólica que debería detentar la institución policial, y curiosamente ofrece mayores garantías de seguridad porque la presencia/no-presencia de la policía produce el efecto contrario: genera terror, sospecha y decepción, en comparación con los modestos alcances operativos de los miembros de La Cívica. Esto se debe tal vez al arraigo socioespacial, lo cual los convierte en partícipes y no intrusos que circulan constantemente por el barrio. “Tomar la ley de nuestra mano”, como dice Jeison, resuelve a corto plazo la percepción de inseguridad, pero al mismo tiempo crea otra serie de problemas que afectan principalmente la vida de sus integrantes. “Vamos al borde del canal de agua, William”, me dice Jeison. Lo sigo y nuestro diálogo continúa de la siguiente manera:

William: ¡Pana!, lo que no me queda claro es si la policía deja que ustedes tomen la ley por sus manos.

Jeison: Hay veces que la policía no nos da la facultad de tener el control de las cosas, ¿sí me entiendes?

William: Prefiero que me expliques.

Jeison: A lo que me refiero... quiero decir, el trabajo de nosotros consiste en algo así como neutralizar a los bandidos.

William: Ahora sí entiendo.

Jeison: En un caso extremo, posiblemente podemos tener un arma por ahí guardada. Se puede utilizar al ver que no haya el peligro de afectar la comunidad, entonces sí la utilizamos. Algunas veces, tiempo atrás, cuando estábamos recién metidos en La Cívica, tuvimos enfrentamiento con esos manes [del Tancón] hasta por estas calles de aquí, pero como las casas están patio con patio, esa gente siempre nos salía por aquí o por allá, era difícil, pero en fin... Logramos siempre acabar un poco la robadera de ellos porque siempre venían de una manera no recreativa, sino con la intención de venir a robar acá. A partir las puertas a medianoche: sacar televisores, lavadora, licuadora, cualquier cosa que se pudieran llevar. Todo eso afectaba a la comunidad.

William: Muy duro eso. Imagino lo difícil que significa cuidar cada frontera de Olaya-Rafael Núñez.

Jeison: Es muy difícil. Nosotros siempre vamos prevenidos por si de pronto tenemos una sorpresa, pero, como ya te dije, si la Policía nos dejara trabajar por una vía legal, el que nosotros estuviéramos legales, con personería jurídica, ya no existieran bandidos aquí. Con estas cosas ya nosotros de pronto tendríamos armas, ya nos hubiéramos distribuido mejor, dos personas por este callejón y dos de aquel otro lado, ¿sí me entiende?

William: Entiendo muy bien tu posición. Y no me sorprende que por esa razón tengan enemigos. ¿Alguno de ustedes ha sido agredido?

Jeison: Hubo un compañero... fue herido en la tienda de la esquina. Hicieron tres tiros y uno le entró en la nalga.

William: ¿Fue una emboscada?

Jeison: ¡No! El man pasó y luego vio a los cívicos y le echó plomo como para intimidarnos. Entonces nosotros comenzamos a tomar medida cuando ellos hicieron eso. Esperamos hasta la noche del día siguiente y fuimos allá a hacer el trabajo de nosotros, hacernos respetar. Ya nos faltaron a nosotros, ahora vamos a faltarles a ellos

William: ¿Encontraron a quien hizo el disparo?

Jeison: Claro que lo encontramos. Ese man demoró como dos o tres meses sin venir por acá.

William: Por lo que veo, le dieron un gran susto.

Jeison se detiene, mira a su derecha, señala un lugar y continúa hablando:

Jeison: Esto es uno de esos callejones que, como puedes ver, tiene conexiones, como especie de embudo, de un embudo que se conecta con la calle principal de nuestro sector.

William: La conozco, es la calle del fondo.

Jeison: Exacto, la calle pavimentada. De ahí es que siempre se forman las peleas que tienen los tanconeros con nosotros. Ellos por aquí es que se meten

a robar, a todo el que pase lo atracan. A veces apuñalan sin importar quién sea la víctima; no les importa si son niños o si no llevas dinero; se van a la violencia de cualquier manera.

“Tomar la ley de nuestra mano”, decisión que, además de representar el efecto colateral de la precaria presencia de la policía en el barrio, también impulsó una serie de acciones violentas cuyo contenido represivo y punitivo, a corto, mediano y largo plazo, mejoró y provee a la comunidad de un tipo de seguridad paralegítima que, aunque a veces tenga excesos de brutalidad, ha ayudado a reducir el porcentaje de acciones criminales anteriormente mencionadas por Jeison: apuñalamientos a niños y adultos, atracos, intercambio de tiros, intentos de homicidio o robos perpetuados con extrema crueldad. En teoría, la Policía debería prevenir todo ese tipo acciones, pero sus alcances territoriales y estrategia operativa son incipientes en contraste con los de La Cívica.

La operación represiva, punitiva y preventiva de La Cívica en un marco normativo resulta ilegal. La policía no lo desconoce, pero, dependiendo de las circunstancias y de sus intereses, le permiten a la organización cierto margen de acción fuera de ese marco de legalidad restrictiva, y hacen caso omiso de sus excesos de violencia cuando sufren retaliaciones o ajustes de cuentas en su contra por parte de otros bandidos. Si bien Jeison menciona que “el trabajo de nosotros es como neutralizar el bandido”, en la práctica ellos hacen uso excesivo de fuerza; negarse a esto contradice la razón de su origen, aunque se oponga al respeto por la vida. Su nacimiento se halla en el acople de los acuerdos paralegales y simbólicos derivados de la frágil efectividad policial, a lo que se suman políticas deficientes en seguridad local, demandas comunitarias y la puesta en marcha de alternativas de gestión del crimen y la violencia que emergen desde adentro de los territorios de relegación urbana, pero que deben transitar por el filtro racional/legal del Estado. Esto representa un positivo balance que, de ser redireccionado conjuntamente con los campos mencionados y su filtro normativo, sería todo un éxito. Mientras tanto, su efectividad al arrinconar el terror durante las noches ya hace una gran diferencia.

En el día es mucho más previsible y seguro moverse por el barrio. Debido a la circulación de personas y vehículos, no se necesita estar en extrema alerta ni portar armas para sentirse seguro, como lo hace Jeison durante la noche. Dice él: “Nosotros siempre vamos así [señalando el arma], por si de pronto una sorpresa”. Sin un arma, yo jamás hubiera salido con Jeison a vigilar Olaya-Rafael Núñez. Los bandidos se mueven con mayor libertad durante la noche; es fácil huir, evadir, perderse de la policía por medio de los patios o la oscuridad de sus callejones.

Jeison quiere que La Cívica sea reconocida legalmente por las instituciones públicas y jurídicas de la ciudad: “Con esta cosa [legalidad jurídica] ya nosotros tendríamos armas, ya nos hubiéramos organizado diferente, de a dos personas, dos por este callejón y dos de aquel lado”, sugiere él, imaginando una estructura organizativa de mayor alcance (Valenzuela 2009, 61). La ausencia de un mayor repertorio de armas para ejercer dominio sobre el territorio no les impide redireccionar su lógica de guerra; al contrario, expone en doble vía la forma en que el espacio y las condiciones socioeconómicas de esta población logran fraguar dinámicas de conflicto excepcionales en las que prevalecen claros intereses de poder y dominación. Lo anterior porque, en las periferias urbanas, los marcadores de adscripción identitaria se alimentan del recio estigma sobre otredades amenazantes. Valenzuela afirma que la “violencia barrial [...] se define a partir de la adscripción en identidades límite, donde el sentido de pertenencia implica defender a los miembros del grupo, la clicca o la pandilla” (2009, 61):

La violencia barrial o pandilleril como violencia que confronta a los propios jóvenes a conflictos y violencia autodestructiva, así como a la criminalización externa e institucional que identifica a las identidades juveniles pobres asentadas en los barrios como formas delincuenciales donde el hecho mismo de ser joven y pobre de las favelas, callampas, comunas, villas miseria, ciudades perdidas o barrios populares, les convierte en delincuentes y les expone a la violencia simbólica, como violencia naturalizada por el orden de las cosas (Bourdieu y Wacquant 2005), lo cual deviene violencia discriminatoria. Esta violencia se asienta en ordenamientos donde prevalecen los prejuicios, estereotipos, estigmas y racismo. (60)

Si bien portar armas los ayuda a crear una convincente percepción de seguridad cuando vigilan el territorio, no les evita sufrir ataques. Como narró Jeison: “Allá adelante en la tienda aquella, hicieron tres tiros [a Walter] y uno le entró en la nalga”. Estas “intimidaciones” reflejan los efectos colaterales del exceso del uso de fuerza al que se ven expuestos ellos por parte de los jóvenes, bandidos o pandillas a quienes han agredido en el pasado. La Cívica, los bandidos y las pandillas justifican estos ajustes de cuentas al haber sido heridos e irrespetados en su orgullo. Después del ataque a Walter, la respuesta de La Cívica fue: “Esperamos hasta la noche del día siguiente y fuimos allá a hacer el trabajo de nosotros, a hacernos respetar. Ya nos faltaron a nosotros, ahora vamos a faltarles a ellos”.

LA HORA DE LOS LOBOS, ADICCIÓN Y RECURSIVIDAD

Los bandidos y sus ataques contra la comunidad no son los únicos problemas del barrio. Cientos de medidores de electricidad, agua o gas han sido robados por los habitantes de calle, la mayoría de estos adictos al bazuco o el patra.

Jeison [señalando la casa afectada]: Aquí hace unos días se robaron también un medidor de gas.

Walter [señalando la casa para mí]: ¡Aquí mismo!

Jeison: Aquí en esta otra casa tuvimos un inconveniente. Se robaron un transformador de luz. Son los mismos bandidos, como te he dicho. Hay un problema de drogadicción, que todo eso es lo que lleva a esos tipos a tratar de robarse cualquier cosita: un foco, un contador, un cable de luz.

William: ¿Pero esa gente es adicta a qué tipo de droga?

Jeison: Principalmente al bazuco o ese que llaman patra.

William: ¿Patra?

Jeison: Esa es una de las drogas más fuertes que hay por acá. Aquí no hay nadie consumiendo, por ejemplo, *popper* [drogas sintéticas] o algo así..., sino lo que son las pastas [pastillas] y esa droga [patra].

William: En la noche no he visto que la fumen, pero durante el día sí he visto a bastante habitante de calle con las pipas.

Jeison: Sí, sí hay. En la noche es donde la calle se llena de vampiros o lobos, como decimos aquí. Esta hora es la hora de los lobos, ahorita empiezan a transitar, ¿sí me entiende?... Esta misma calle, esta misma calle nos sirve de evidencia para que usted los vea ahorita. Más tarde empieza el pase que pase porque tú sabes que ellos de día duermen y de noche salen a delinquir porque ellos también roban.

Apenas dos minutos después de que Jeison se hubiera referido a los *lobos*, nos encontramos a uno que iba en dirección hacia el fondo de la calle, a una casa reconocida por ser el centro de operaciones de los bandidos más temidos del sector vecino. Ni siquiera los integrantes de La Cívica podían acercarse a ese lugar. A mediados de enero del 2016 el líder de una peligrosa banda de sicarios

conocido como el Baba, un temido homicida, absuelto jurídicamente en varias ocasiones, expresidiario, con varias investigaciones en su contra, condenado a detención domiciliaria y con culebras en toda la ciudad, fue asesinado a escasos metros del puente frontera. Algunos meses después fueron asesinados enfrente de su casa otros integrantes de su banda criminal a manos de la policía. Eran responsables del asesinato de tres policías. Jeison tenía razones de sobra para no llevarme a esa zona y mucho menos para dejarme ir solo.

Resultó que Jeison conocía a ese lobo (habitante de calle), de modo que nos acercamos a él, pero no fue fácil conversar. Temblaba, se contorsionaba al hablar, como si sufriera la enfermedad de Parkinson. Su ropa estaba sucia y rasgada, y olía a basura:

Jeison: Hey, sobri, ¿cómo está todo por ahí?

Sobrino: Acá relajándome.

Jeison: El hombre aquí está haciendo una observación del barrio.

William: Mucho gusto, ¿vives acá también?

Sobrino: Sí.

Jeison: Él vive acá en el sector. Él tiene su problema de drogadicción, pero el hombre anda al día con el cerebro de él, tranquilo.

Sobrino: Ajá, así es.

Jeison: Con ganas de salir adelante, pero él necesita una ayuda, ¿para dónde vas ahora, sobrino?

Sobrino: Yo ando por aquí, jodiendo la vida por aquí.

William: ¿Y el patrica [patra] cómo está?

Sobrino: El patrica, no sé. Yo ahora mismo estoy relajado, me fumé fue un bareto [cigarrillo de marihuana] ahora mismo; estoy bacano.

Jeison: No sobri, háblanos del patra.

Sobrino [temblando y tartamudeando]: Entre uno más consume, más y más quiere fumar, ¿me entiende?

William: ¿Y lo fumas mucho?

Sobrino: ¿Para qué le digo mentiras?

William: ¿Al día cuánto fumas?

Sobrino: Me fumo hasta veinte [dosis] de eso.

William: ¿Y cuánto es eso en plata?

Sobrino: Como 60 000.

William: ¿60 000?, ¡¿todos los días?!

Sobrino: Todos los días, cuando tengo.

Jeison: ¡1 800 000 mensual!

William: ¿Y cómo te rebuscas para comprar, para tener esa cantidad de dinero diario?

Sobrino: Como sea, por ahí rebuscándome, reciclando. Llevo leña allá a La Bollera [restaurante con cocina de carbón]. Como sea, por ahí haciendo marañas [oficios varios], como sea.

William: Imagino que sales a fumar también por cualquier lugar.

Sobrino: Ahora no, voy es para allá [señalando otra calle], que tengo es la garra [hambre]. Voy es para donde está el pescado.

Jeison: El hombre vive en esta. Él ahorita tú lo ves empeliculado [exaltado], normalmente así es él, viene empeliculado. Pero el man es de aquí y él no se mete con nadie. Cuando él te dice que se consigue la plata como sea es porque el man recicla.

William: Entiendo.

Jeison: ¿Ya me entiende? Cualquiera cosa hace; recoge botellitas de plástico, que una cosa, que la otra, carga con un saco para que le den desechos. Él tiene su manera de rebuscarse.

William: Claro, claro. ¿Legalmente, no?

Jeison: Legalmente, no lo sé.

Sobrino: Yo ando es relajado.

Jeison: Pero si él anda en otros caminos, se lo guarda en secreto.

Más tarde, esa misma noche, nos encontramos con otros dos lobos que merodeaban el sector. Ellos nos pidieron dinero para comprar comida. Jeison me advirtió que no les diera, porque no eran de su confianza. Tenían reputación de ser bandidos agresivos que robaban locales comerciales y a las personas que salían temprano hacia sus empleos en la ciudad. Uno de esos lobos, hombre delgado, afrocaribeño y con edad promedio de 40 a 45 años, me relataría un fragmento de su vida:

En el tiempo mío yo era terrible. Atracaba a cualquier persona que viniera con su quincena [medio sueldo mensual], robaba camiones de viernes a sábado que trajeran 300 000, 400 000 pesos. En ese tiempo sí valía la pena robar.

El reciclaje es otra estrategia de supervivencia empleada por los habitantes de calle para sostener su costosa adicción. Sobrino gasta en promedio 60 000 pesos en patra diariamente; al mes la cifra ronda cerca de 1 800 000⁹⁷ (600 USD de 2017), casi tres veces el valor del salario mínimo legal en Colombia (2017). Para Jeison ese lobo es inofensivo: “El man es de aquí y no se mete con nadie”, dice para diferenciarlo de consumidores que atentan contra otras personas. Sin embargo, esto no es del todo cierto, tal y como lo he mencionado anteriormente. La degradación humana en conjunto con la urbana indica la manera en que las estrategias de supervivencia de los habitantes de calle se movilizan a la par que sus adicciones, lo cual promueve su depredación corporal y socioespacial.

Los lobos deambulan hasta la madrugada comprando y fumando bazuco (en sus pipas), debajo de puentes o canales rodeados de basura. Los he visto durmiendo bajo el sol inclemente del mediodía o debajo de los puentes que

97 El salario mínimo mensual legal vigente en Colombia para 2017 era de 737 717 pesos (243 USD).

conforman los sucios canales del barrio. Funden el plástico de los equipos electrónicos para extraer el cobre de su interior; y recolectan cartón, papel o artículos de plástico para venderlos a las empresas recicladoras, además de los contadores de energía, agua o gas, también robados, para ser desmantelados o vendidos en el mercado negro. Esta economía de subsistencia, aunque parezca precaria, moviliza ganancias incalculables que soportan el consumo crónico de personas como Sobrino; además amplía el mercado interno de drogas y derivados, y produce a su vez tensiones entre la población, los consumidores, la Policía, las pandillas y las organizaciones paraestatales de exterminio, las cuales, bajo el argumento del riesgo que representan sus actividades, sus características psicológicas y el estigma que tienen, se organizan para gestionar o dar fin a sus vidas.

Personalmente, acceder al mercado ilícito de drogas no me fue difícil en el sector. Con menos de un dólar cualquier persona puede comprar un gramo de cocaína de mediana calidad; y con poco más de un dólar se puede acceder a una cocaína con calidad de exportación. Existen dos presentaciones: piedra o polvo. Se consigue con facilidad por medio de jóvenes de entre doce y veinte años que, al no tener un punto de venta fijo, cargan con pequeñas cantidades que esconden alrededor de las esquinas donde suelen pasar la noche con sus amigos.

Las piedras pueden conseguirse en las seis casas que Jeison y luego Martín me confirmaron que existen en las pocas calles que conforman el sector. Durante el día, vehículos de gama media y alta se detienen con frecuencia en esos puntos; la comunidad conoce de la existencia de tales negocios, y convive con el consumo y el microtráfico, aunque esto no significa que lo aprueben. De tal manera, podemos observar la dimensión global del entramado de relaciones y acciones conflictivas que produce la expansión del mercado ilícito de drogas tanto en los cuerpos como en el espacio urbano, dentro y fuera del barrio; se trata de dinámicas de consumo paralelas y los peores efectos de su uso y economía articulan un entramado de conflictos, formas de violencia que contribuyen a reforzar la cultura del terror.

DUERMEN DE DÍA, ROBAN DE NOCHE

Sobrino siguió su camino rumbo a la huaca. Jeison quería mostrarme de cerca ese mismo lugar, de modo que caminamos en esa dirección; pero antes tuvimos que detenernos para cruzar un pequeño puente que nos llevaría al otro lado del canal. Los árboles cubrían la iluminación de la calle; a esa distancia no nos podían ver y Jeison ya no se atrevía a avanzar. Desde ahí señaló exactamente el lugar donde vivían los más peligrosos bandidos de ese sector.

Jeison: Esto aquí es un punto crítico, William; es el punto que contacta con la calle que estábamos viendo desde abajo [cerca al puente]. Ahora la estamos viendo desde acá.

William: ¿Esta es la calle que vimos desde el otro lado?

Walter: Sí, esta es la calle.

William: No logro verla bien.

Walter [señalando]: Ahí se ve la casa al lado de una Virgen [escultura de la Virgen María] al final del canal. Es justo ahí donde está el carro enfrente de los pelaos que fuman.

William: Sí, sí, ahora veo. Ellos están bien adentro.

Walter: Estos son puntos que no se ven fácilmente. Allá están [señalando el lugar]; en cualquier momento viene una persona caminando y ellos se le pegan por atrás y lo roban. Por ejemplo, tú vienes caminando tranquilo cuando sientes es el “quieto” o “ven acá, hey, quieto, quédate ahí, no te muevas porque te pego un tiro”.

Antes de que La Cívica existiera, esos robos ocurrían todos los días. Salir de noche era un peligro. En caso de alguna emergencia doméstica que obligara a las personas a salir de sus casas, la probabilidad de ser asaltado era alta. Walter describe el *modus operandi* de los bandidos en una sola frase: “Duermen de día, roban de noche”. La mayoría de ellos son usuarios y microtraficantes de drogas que consumen: alcohol, pastillas, cocaína o patra.

La mezcla de drogas de este tipo los altera de tal forma que pierden el miedo, incluso la sensación de dolor. Salir a robar de noche se convierte en una actividad de ocio y poco importa cuánto daño o sufrimiento se causa en la comunidad. Olaya-Rafael Núñez llegó a ser tan peligroso para los habitantes de ciertas calles que La Cívica creó un servicio especializado de acompañamiento nocturno personalizado en casos de emergencia doméstica. Jeison lo explica a continuación:

William [hablando en voz baja]: Vamos un poco más cerca para ver mejor la casa.

Jeison: ¡No! Esa parte de allá es negativa en la noche. Solamente nosotros que sabemos qué situación se puede presentar es que tenemos cuidado de no acercarnos, pero una persona así del común que por ejemplo camine para su casa, alguien que quiere salir por un dolor, imagino que le tocaría pedir nuestro servicio, llamarnos por teléfono, irlos a recoger. Pero es muy peligroso que una persona salga sola... Aquí antes, cuando las personas salían o estaban enfermas, para ir a coger un taxi, además de estar adoloridos por la enfermedad, los bandidos cogían y los atracaban.

William: ¡Increíble!

Jeison: ¿Ya me entiendes? Entonces ya estábamos viviendo... Estábamos viviendo muy mal en Rafael Núñez.

Walter: Nosotros le damos hasta el número de celular a los vecinos. Uno los lleva de su casa a la avenida principal o se le trae un taxi.

William: Bien hecho.

Walter: Que si la vaina, que si la lea [mujer] está preñada, uno la venía a buscar para sacarla de aquí escoltada.

Justamente el lugar donde estábamos se había convertido en la zona más peligrosa de Rafael Núñez; no era precipitado describirlo como una zona de guerra porque así lo creían sus habitantes. Curiosamente, también es la zona más pobre y degradada materialmente. Es ahí donde con mayor frecuencia hay enfrentamientos entre pandillas: homicidios, robos, violaciones o agresiones interpersonales. Y no solo en Rafael Núñez se presentan este tipo de actos criminales. A lo largo y ancho de La Virgen esto es una constante en la vida cotidiana de su población.

EXPULSIÓN Y PADECIMIENTO

Periferia dentro de la periferia, Olaya-Rafael Núñez es una muestra espacial de todo lo que sucede en las márgenes de La Virgen. El abrupto corte que produjo la construcción de la vía Perimetral en su expansión urbana irregular durante más de cuatro décadas frenó su crecimiento. Que el barrio fuera estrangulado en uno de sus márgenes aceleró un sistema de clasificación elaborado con base en una percepción de clases a partir de las condiciones materiales de las

viviendas. Este sistema de clasificación pude registrarlo en el diario de campo el 3 de febrero del 2015, cuando por primera vez conseguí entrar en esta zona:

Pasadas las 5 p. m. la ONG estaba siendo cerrada. Nancy y su novio me invitaron a que los acompañara hacia su casa para conocer a su padre. En este trayecto experimenté la alegría de un barrio popular. Era increíble ver a niños y adolescentes jugar en la calle. Las puertas de las casas estaban todas abiertas; algunas construidas en madera o cemento, sus exteriores pintados de diversos colores, con piso de tierra, baldosas. Un camión descargaba arena en la calle, tal vez para rellenar el suelo de alguna de esas casas de suelo inestable que se hunden. La mayoría de tiendas son atendidas por personas blancas del interior del país. Estoy en la parte baja del barrio; se puede decir, la más pobre. Mientras tomaba notas, Nancy me señalaba las líneas geográficas imaginarias de cómo estaban delimitados los territorios que vigila La Cívica. Según ella, estos límites deben ser obedecidos para evitar problemas. Hizo lo mismo estratificando el barrio según su zona de ubicación. Las mejores casas y familias con altos ingresos económicos se ubicarán cerca de la avenida principal, siendo el final del sector lo opuesto. Ella lo describió de la siguiente manera: “Aquí existen unas zonas alta, media y baja”. Esta clasificación quedó comprobada durante el tiempo que trabajé con la ONG. Ellos siempre me advirtieron no caminar lejos de la institución. A excepción de Nancy (quien era la única habitante del barrio que trabajaba en la ONG), ninguna otra persona visitaba el final de Olaya-Rafael Núñez. De hecho, no incluían en sus proyectos a personas de esas calles ni estaban interesados en trabajar con los jóvenes. Fernando, coordinador del proyecto Jardines Productivos, se atrevía a salir en las mañanas y hasta cierta hora de la tarde. Me advertía llevar lo mínimo para no tener sorpresas; no mirar a nadie, ir a hacer lo que se debe hacer y volver, me decía él. La casa de Nancy está casi al final de la calle; está pintada de blanco y tienen escrito en rojo el nombre de la iglesia que lidera su padre, se llama Shalom.

Estas zonas del sector son tan peligrosas que la propia policía advierte a La Cívica no trabajar durante los días con mayor actividad violenta de la semana: sábados y domingos. El consumo de alcohol y drogas agudiza las tensiones, y las diferencias entre pandillas rivales y la comunidad. Continuamos con el recorrido.

Jeison: Esta es una de las zonas más afectadas por los pandilleros. Los sábados se pone pesado. No creo que sepas, pero nosotros trabajamos de lunes hasta los viernes.

William: ¿Y el resto de días por qué no?

Jeison: Los otros dos días no salimos porque la policía nos lo prohibió con el argumento de que era muy peligroso para nosotros, hasta para ellos. Por acá los señores [señalando una calle] que reservo su nombre y vienen de por allá de aquel lado cogen esta zona de atraco, ¿ya me entiende?

William: ¿Eso quiere decir que tanto sábado como domingo aquí es tierra de nadie?

Jeison: ¡Exacto! Igual ellos casi todos los días vienen acá, pero luego escuchan el pito [silbato] y se abren [huyen], ¿sí me entiende? Sienten que estamos rondando; de no estar aquí, ellos robarían a todo mundo. Siempre es aquí la zona donde atracan. En una ocasión se metieron ahí [señalando un pequeño negocio], se llevaron unos celulares. Luego al señor que vive aquí al lado también lo atracaron. Entonces, tratamos de querer cambiar esto, pero a veces no vemos la colaboración tanto de la policía como de las personas.

William: Quieres decir, de la comunidad, ¿no?

Jeison: ¡Exacto!

La ausencia de la policía siempre será un problema y una exigencia de La Cívica. Cada uno de estos actores culpará al otro de los problemas del barrio; la comunidad culpará a la policía, la policía a la comunidad, y La Cívica a la comunidad y a la policía. Los argumentos son simples: para la comunidad, la policía no es suficiente, nunca está cuando se la necesita; para la policía, la comunidad no denuncia ni educa a sus hijos con valores; para La Cívica, la comunidad no aporta económicamente lo suficiente y la policía no los apoya legalmente para desarrollar su trabajo dejándolos usar libremente sus armas.

A partir de la segunda mitad del año 2015 y durante la mayor parte del 2016, la falta de apoyo económico de la comunidad desencadenaría fuertes crisis en La Cívica que perjudicaron su operación semanal. Sin embargo, frente a este escenario de tensión y fragilidad ellos no se detuvieron; confiaban en que la comunidad, consciente de que la percepción de seguridad había mejorado, continuaría respaldando su continuidad. De regreso a la calle principal, nos encontramos con Manuel, dueño de una pequeña tienda. Ahí nos detuvimos a tomar agua. Él, Jeison y Walter aprovecharon ese momento para describir la inseguridad de Olaya-Rafael Núñez meses atrás, el sufrimiento de su población y el complejo tejido social permeado por la cultura del terror:

Jeison: Yo quiero hacerte una pregunta: ¿qué opinas del barrio, de La Cívica y de las pandillas?

Manuel: La Cívica está buena. Ahora mismo lo que no está bueno son esas peleas.

Jeison: Las peleas, ¿cómo ves tú esas peleas, las ves justas o injustas?

Manuel: Para mí son injustas porque se están matando entre la misma gente, pero a mí no me importa quién se quiera matar, solo quiero que no me hagan daño.

Jeison: Aquí todo esto antes era tranquilo.

Manuel: Sí, sí, es verdad. Antes era más relajado que ahora porque se peleaban barrio con barrio: el Tabú contra Rafael Núñez, el Tancón con La Pavimentada, el Tancón con el Líbano y La Arrocerá. Ahora se pelean calle contra calle.

Jeison: Antes eran las peleas más lejanas, ahora están más cerca; vamos peleando con las calles que están al costado de nosotros. Bueno, aunque digamos que nosotros, Rafael Núñez, no tanto, no entramos en esa parte de la pelea calle contra calle, a diferencia de otras pandillas; pero ahora estamos peleando el Tabú con Olaya-Rafael Núñez, Olaya-Rafael Núñez contra el Tancón, Olaya-Rafael Núñez contra La Arrocerá, La Arrocerá contra Olaya-Rafael Núñez, los de La Arrocerá con los del Tancón, ¿ya me entiendes? Se está volviendo esta vaina un caos aquí y entonces las personas que tienen casa acá se han visto afectadas.

William: Claro, es un gran caos.

Jeison: Y son personas que de pronto no tienen la capacidad de decir “Yo vendo y me voy”, ¿ya me entiende? Porque de pronto su casa es su único patrimonio, pero he sabido de gente que se ha ido.

Manuel: El problema es que de pronto el que vende por aquí no le alcanza para comprar en otro lugar, en otro sector mejor.

Jeison: ¡Así es!

William: ¿Y usted ha pensado en irse alguna vez?

Manuel: Sí, esa es la opción de la gente que se cría por acá y dice “Tal vez en un añito, dos añitos, más adelante que tenga la posibilidad vendiendo y comprando en otro sector mejor, en otro barrio mejor”; o sea, la gente trata como de aguantar mientras consigue dinero para irse.

En este punto de mi etnografía queda claro que las peleas entre pandillas no se reducen a defender un territorio: “Antes eran las peleas más lejanas, ahora están más cerca”, dice Jeison. Las fronteras, al igual que el origen de sus conflictos y formas de violencia, se han ido contrayendo en la medida en que el control territorial y el avance del mercado de armas dificultan la expansión de las pandillas hacia otros sectores. Esto promueve su concentración y alcance en lugares cercanos a sus puntos de origen, lo que también se deriva del arraigo cada vez más estrecho de las pandillas con su territorio. Se generan así niveles de enfrentamiento tan altos que los efectos de esta violencia cotidiana han motivado a decenas de familias a migrar, de forma similar al desplazamiento forzado del que décadas atrás fueron víctimas miles de campesinos de las zonas rurales del Caribe a manos del paramilitarismo y las organizaciones criminales⁹⁸.

Sin embargo, salir del barrio en una ciudad con alta especulación en bienes raíces y con el metro cuadrado más costoso de Colombia limita la movilidad urbana y social. Los ingresos económicos de la mayoría de las familias en La Virgen las sitúan por debajo de la línea de pobreza. Vender sus propiedades no los llevará a vivir en un mejor barrio, según lo mencionó Manuel, sino todo lo contrario. Los proyectos de vivienda para la población vulnerable y de menos ingreso per cápita están siendo localizados en las periferias al sur de la ciudad, en zonas de difícil acceso⁹⁹, lo que dificulta aún más el desplazamiento de sus habitantes hacia sus lugares de trabajo. En La Virgen ese problema no existe, pues su interconexión con los principales puntos de la ciudad es privilegiada en relación con muchos barrios de clase media, pero su valor en el mercado de bienes raíces es de los más altos.

EL PICÓ, CRUELDAD E HIPERPRECARIZACIÓN LABORAL

Cuando visitaba a las familias que participaban en el proyecto de la ONG, era común encontrar en una sola casa hasta tres familias que convivían: en promedio había de cinco a catorce personas por hogar. Este tipo de hacinamiento es un

98 Para profundizar sobre este tema, recomiendo la lectura del extenso informe del CNMH (2015).

99 Colombiatón y Ciudadela del Bicentenario, ambos barrios planificados como viviendas de interés social para población en riesgo, vulnerable, víctima del conflicto.

motivo automático de expulsión de las personas hacia la calle, especialmente de los jóvenes. El sobrepoblamiento de las casas y los conflictos entre integrantes de las familias, sumados a la testosterona en el caso masculino, la vitalidad juvenil y el clima, son algunos de los motivos que llevan a saltar a la calle en donde se desarrolla una intensa vida social, empezando por los niños, quienes se la pasan jugando, mientras que adultos y jóvenes deambulan de un lugar a otro.

El que no sabe bailar aprende porque uno de los principales pilares de la vida cotidiana y la cultura afrocaribeña en la periferia es la música. Determinante para la creación de escenarios de encuentro, la música no solo hace parte de una larga tradición afrodiaspórica en tiempos de esclavitud; es también un signo de identidad, representación, autoapropiación en los procesos de lucha y resistencia, en los rituales que alegran la vida y la muerte; un componente sagrado en la cosmogonía de las comunidades afrodescendientes en Colombia. Es impresionante observar cómo este elemento atraviesa y se incorpora en tal medida en la vida cotidiana de los jóvenes que ha llegado, a su vez, a canalizar su furia; esto ha desencadenado escenarios de conflicto y violencia que se desligan de la configuración territorial de las lógicas bélicas de las pandillas. Así lo describe Manuel:

William: Y usted, señor, que vive aquí en esta calle, ¿cuántas peleas ha visto o cada cuánto usted ve peleas acá?

Manuel: Peleas acá hay más que todo los fines de semana. Cuando prenden el picó. Cuando lo apagan la gente sale enojada a buscar peleas el uno contra el otro.

Jeison: Más que todo la excusa de las peleas por acá es el robo.

Manuel: Exactamente.

Jeison: Antes se formaban las peleas porque se peleaban las pandillas. Ahora ya no es así. Luego de pelear, a todo el que pasa lo roban. Pasó una moto, roban la moto; pasó un taxi, roban el taxi.

Manuel: Por medio de la pelea... Todo el que pase por esa zona son víctimas.

Walter: Por ejemplo, si viene una chica con un celular la roban; o, si no le pegan y si es de puyarla [apuñalar], la puyan por robarle el celular. Hace unos días un señor venía de trabajar...

Jeison: ¡Sí!, recuerdo, era el señor del negocio de la esquina. Venía de cerrar su local de cigarrillos y aquí en la esquina lo cogieron y lo apuñalaron, lo apuñalaron [*sic*] para atracarlo. ¿Ya me entiende? Un man que viene de trabajar y lo perjudican de esa manera es algo, ¿cómo te diré? Es algo tan difícil de uno comprender que un ser humano haga daño de esa forma por 20 000 o por 30 000 pesos; meterle un cuchillo en el estómago a alguien luego de robarlo. Ya se ve algo muy malo.

William: Además, es alguien que se gana la vida humildemente y vienen a perjudicarlo aún más. No tiene ningún sentido.

Jeison: No tiene sentido porque aquí no deben pasar robos, no debe haber ni uno solo. Nadie va a venirme con el cuento de que “lo hago porque soy muy humilde y robo por eso razón” o que “yo soy huérfano”, o que “yo soy esto y tal cosa”. O sea, no debe haber motivo ni justificación para llegar hasta ese punto cruel. Hay muchos métodos para salir adelante.

En los últimos años los picós han sido prohibidos debido al alto número de enfrentamientos que producen entre las diferentes pandillas que habitan alrededor de donde se realiza ese evento. Asesinatos, peleas y robos han convertido esa fiesta popular en un espacio de la muerte para la comunidad: balas perdidas, ventanas y techos rotos, atracos indiscriminados a cualquier persona en los alrededores. Aunque estas fiestas fueran prohibidas, clandestinamente continuaban dándose en algunos sectores de Olaya Herrera. En caso de ser descubiertos por la policía, esta cancelaba el evento y confiscaba sus costosos y descomunales equipos de sonido. En su defensa, cientos de jóvenes resistían violentamente esta intervención y se enfrentaban con la policía, lo que afectaba doblemente a la comunidad. Pero las agresiones entre pandillas no terminaban al acabar el picó, sino que se potencializaban las culebras, y de este modo se expandían la red de conflictos y las tensiones territoriales.

El escenario descrito por Manuel revela una desproporcionada violencia, incluso para Jeison, que también hizo parte del mundo criminal: “Es algo tan difícil de comprender que un ser humano haga daño de esa forma por 20 000 o 30 000 pesos, meterle un cuchillo en el estómago a alguien luego de robarlo”, reflexiona él. Perversa narrativa que sitúa a la condición humana en el más bajo nivel en lo que respecta a la relación con los otros. La banalización de la vida y su instrumentalización bajo condiciones de extrema miseria responden al entramado sistémico de los flujos de violencia desprendidos del necropoder y sus efectos en las poblaciones más vulnerables. La mayoría de las víctimas de agresiones y robos en La Villa —como también es conocido el sector de Rafael

Núñez— han sido de la clase trabajadora del sector informal. Jeison recuerda al respecto el caso de un vecino:

El señor de acá de la casa con el portón azul, él vende pizza en la otra esquina. Una señora que vive al lado de su casa vende pasteles. La otra en frente vende aquí en la esquina todos los domingos y los sábados. Esas son las personas que se ven perjudicadas por esos bandidos, pues a ese tipo de personas son a quienes roban por caminar tan tarde aquí.

Gran parte de la población en Rafael Núñez trabaja informalmente. Personas como el pastor Martín han trabajado alguna vez en la calle vendiendo coco, limones o pescado. Él también fue líder (microempresario) de una cooperativa de venta de huevos, misionero evangélico e incluso consejero espiritual de funcionarios públicos. Así como Martín, muchos otros sobreviven precariamente con actividades laborales que los fuerzan a desplazarse hacia las zonas industriales, comerciales, residenciales o turísticas de la ciudad donde se concentran sus fuentes de empleo. La distancia a la que se encuentran estos lugares, el caos de la movilidad en horas pico y los horarios de trabajo los obligan a levantarse muy temprano en la mañana para igualmente volver tarde en la noche.

William: Entonces, ¿en la mañana la gente sale a trabajar a qué hora?

Jeison: La gente aquí empieza a trabajar desde la cuatro y media de la mañana; a las seis o siete de la mañana es que se descarga el barrio.

William: ¿Se descarga? ¿Eso quiere decir que a esa hora ya no hay gente en las calles?

Jeison: Exacto, solo las amas de casa, y los que no trabajan o los que tú te encuentras allá en el parque de la Perimetral. Pero a esta hora¹⁰⁰ llega la gente que viene trabajando afuera y son ellos los que sienten inseguridad al caminar hacia sus casas.

William: ¿A esta hora vuelven?

Jeison: A esta hora, claro. Hay veces que han salido muy temprano, pero llegan tarde al trabajo a causa del vandalismo que hay aquí.

100 Entre las diez y once la noche.

William: O vienen en taxi o en moto acompañados de personas para evitar que los roben.

Jeison: Sí. Esa gente siempre pide ayuda, pero a veces el servicio no es completo como nosotros quisiéramos. Tenemos que perfeccionar el servicio nuestro, pero para eso necesitamos la ayuda de un medio que haga algo por el barrio o de pronto pedirle a la Policía que aumente la seguridad. Que nos regalen unos radios o alguna cosa para mejorar el servicio aquí, porque realmente antes los taxis no entraban por acá, pero desde que nosotros existimos ya entran, traen, sacan a los enfermos.

En los primeros días de mi trabajo de campo sentí en carne propia el miedo al entrar y salir de Rafael Núñez. Los funcionarios de la ONG, el presidente de la JAC, Martín y John me advirtieron que caminara con cuidado en la noche; en varias ocasiones ellos optaron por sacarme en moto para hacerme sentir seguro. Este pánico colectivo que ellos intentaban incorporar en mí duró solo un par semanas. Luego comprendí que las horas que yo escogía para visitar el barrio eran las menos peligrosas, entre las nueve de la mañana y las cinco de la tarde. En ese intervalo de tiempo los jóvenes pandilleros se encontraban en la escuela, durmiendo o fumando marihuana en el parque. Mi única desventaja era que mi condición étnica (caucásica) y de clase me convertían en un punto de referencia, aun cuando vistiera lo más simple posible.

Pese a los grandes esfuerzos de La Cívica para erradicar la violencia, la percepción colectiva de inseguridad en la comunidad aumentaba conforme avanzaba la noche. A las 9 p. m. Rafael Núñez está ocupado mayoritariamente por los jóvenes que no tienen trabajo. En relación con lo anterior, el 15 de abril del 2016 le pregunté a Nancy: “¿Cómo es la vida en la parte baja de Rafael Núñez? Ella respondió:

Despiertos de noche, durmiendo de día. Por ejemplo, mi vecino sale a la calle a las 23, 24 horas de la noche. El 29 de diciembre íbamos a viajar al pueblo para visitar la familia. Ahí el vecino a las 2 de la mañana estaba despierto como si nada. Esa es la dinámica, hasta muy tarde de la noche, incluso hay hasta niños de siete u once años que andan en la calle. Eso sucede por el trabajo de la familia: mamás que trabajan de noche, algunas prostitutas, la gente dice que venden drogas también, no lo sé. En esas familias son los hermanos mayores quienes se encargan de cuidar a los menores porque las mujeres y mamás jóvenes pasan detrás de los hombres.

Este relato nos ayuda a dimensionar la vida cotidiana del barrio durante la noche y a entender qué tipo de dinámica, *habitus* y estrategias de supervivencia configuran la vida de los jóvenes en la periferia. La estigmatización de Rafael Núñez por el resto de la ciudad solía ser tan extrema meses atrás que ni los taxis querían entrar a recoger o sacar pasajeros. En caso de alguna emergencia médica, sus habitantes debían acudir a otros medios para transportarse al hospital, lo que generaba un mayor sufrimiento en las personas, además del duro golpe que esta discriminación representa sobre sus ingresos económicos, productividad, facilidades de acceso al mercado laboral e incluso para la acumulación de capital. Por lo tanto, considerar las acciones violentas de forma aislada, como lo suelen hacer ver las estadísticas sobre homicidios, robos, etc., desconoce el conjunto de fenómenos conexos que se despliegan sistémicamente y amplían sus efectos situados hacia otros territorios que conforman el conjunto de la sociedad y la ciudad.

La población trabajadora sufría la misma discriminación por parte de las empresas de transporte. Al no poder tener acceso al barrio corrían mayores riesgos de ser robados por los jóvenes que, después de pasar gran parte del día en el parque fumando marihuana u otras drogas, impulsados por la ansiedad y la frustración acumulada al no tener dinero, esperaban la noche para cometer asaltos, aprovechando el regreso de los trabajadores, considerados como blancos fáciles. De este modo, la clase trabajadora se veía drásticamente golpeada y se precarizaban aún más sus frágiles condiciones de subsistencia, dentro una economía política, una extrema desigualdad material y las dificultades de acceso al trabajo digno que reducen sus posibilidades de movilidad socioespacial. La intervención de La Cívica redujo la percepción de inseguridad y permitió que trabajadores, personas enfermas o con emergencias médicas tuvieran una mejoría en su calidad de vida.

INCORPORANDO LA FURIA

Dos calles antes de llegar a la casa de Jeison, él se detuvo a observar hasta el final. Me estaba situando geográficamente en los puntos más peligrosos, es decir, las calles que nos conectaban con los sectores vecinos, lo que para ellos son las fronteras prohibidas en su rutina de vigilancia, al igual que en su vida cotidiana. Jeison retomaría una conversación que tuvimos varios meses atrás cuando me describía los escenarios de terror, muerte y sufrimiento a los que estuvieron expuestos antes de la existencia de La Cívica:

¿Recuerdas que te hablé de una parte afectada de nuestro barrio por donde yo vivo? [señala la calle]. La otra parte afectada es aquí hacia la derecha [señala la calle]. Allá se encuentra La Arrocería, que también tiene problema con nosotros, el mismo problema de atracos en esta esquina y aquella [señalan el lugar].

Lo que sucede en Rafael Núñez es solo un reflejo de lo que sucede en los otros sectores que conforman Olaya Herrera. El mercado de la violencia¹⁰¹ se extiende a lo largo y ancho del barrio; basta con observar el mapa de homicidios de la ciudad para corroborar esta afirmación. La intensidad de la violencia difiere en cada sector. Desde que La Cívica existe han disminuido drásticamente estos índices, pero como su cobertura en territorio, espacio y tiempo no es completa, Rafael Núñez sigue expuesta a ser violentada por los bandidos de sectores vecinos:

Jeison [señalando el lugar]: De allá para acá ya hay antecedentes de guerra. Han [*sic*] habido muertos.

William: ¿De allá para acá?

Jeison: Sí. De allá para acá. Los de allá han matado gente de aquí de este sector, pelaos.

William: ¿Y los de aquí?

Jeison: Sí, también. La otra vez mataron a un pelao... El difunto Vaca, ¿tenía cuántos años?

Walter: ¡Diecisiete!

Jeison: Diecisiete años tenía el pelao. Un enfrentamiento con piedras. Luego le salieron fue con un fierro [pistola] y lo mataron.

101 Nateras (2015) explica que el mercado de la violencia y la muerte viene en aumento en el Triángulo Norte centroamericano. Ambas pandillas, la MS-13 y C-18, además de haber consolidado mercados simbólicos o, como el autor los denomina, adscripciones identitarias (juveniles), estas ampliaron su relación con la violencia. Los rasgos estéticos, es decir, la apariencia de los pandilleros, participan activamente en el despliegue operativo de actores institucionales y no institucionales a favor o en contra de la violencia de pandillas. Por lo tanto, según el autor, el mercado simbólico, es decir, los signos identitarios asimilados por grupos juveniles, tienen una estrecha relación con el incremento de las muertes y el mercado de valor simbólico forjado en esta disputa. Sin embargo, Nateras pasa por alto las fricciones materiales y pone los conflictos por encima del mercado simbólico de las adscripciones identitarias, pues, según él, desencadenan la violencia en el mundo de las pandillas centroamericanas.

William: Ufff.

Jeison: Al otro día hubo un enfrentamiento y mataron a un policía. Luego, otro día hubo dos motos quemadas. Esos eran unos fleteros [ladrones] que intentaron robar a alguien ahí cerca.

Walter: Aquí, como puede ver, hasta en medio de una lluvia, en esta esquina se puede formar una pelea, pueden atracar.

Jeison [señalando el lugar]: Allá al fondo, en el último poste que tú ves. Allá fue que casi se choca el carro que intentó robar Candela. Esa es La Pavimentada. Ahí todas las noches a esta hora hay alguien... Si nos acercamos más, se ve el combo sentado listo para robarte.

Los enfrentamientos entre pandillas y riñas intersectoriales han sido durante los últimos años uno de los principales motivos de muertes en la ciudad. Este tipo de homicidios no solo se ocasiona por rivalidades territoriales, ajustes de cuentas, faltas de respeto o reclamos a personas que intentaron robar o robaron a alguien conocido, sino por otra serie de hechos. El 3 de febrero del 2015, Dani me relató el siguiente suceso:

En diciembre pasado mataron a dos primos. Uno tenía quince años y el otro, dieciocho; ambos muertos en una pelea. A una prima le intentaron robar y ella conocía a los ladrones; entonces mis primos fueron a reclamarles. A dos de ellos los mataron en el acto, a otro lo hirieron y uno se salvó porque se metió en un callejón que estaba oscuro. El que lo intentó matar descargó todo el revólver lanzando tiros en la oscuridad, pero no le acertó ninguno. ¿Tú crees que eso es justo? Aquí se están matando por nada.

Contrario a lo que afirma ella, en Rafael Núñez no “se matan por nada”. Los motivos abundan en la periferia y no se pueden reducir a hechos aislados, sino que es necesario verlos a la luz de los efectos producidos por la violencia estructural. Esta se incorpora en los jóvenes con tanta furia, odio y agresividad contra otros que los impulsa a cometer actos tan atroces como el mencionado. ¿Cómo prevenir que situaciones así se repitan? La respuesta, en términos pragmáticos, es simple: empleando la misma violencia, como lo observaremos en el siguiente capítulo.

**LA SEGUNDA RONDA:
GESTIÓN DE LA VIOLENCIA** **5**

12:10 A. M. DIMOS COMIENZO A LA SEGUNDA RONDA SIGUIENDO LA ANTERIOR ruta. Al llegar al puente que separa a Rafael Núñez del sector Tancón, Jeison alertó a todos de la presencia de personas al otro lado del puente. Los demás integrantes de La Cívica tomaron posiciones. Uno a uno fueron desenfundando sus armas y se desplegaron a los costados en posiciones ofensivas. Quedé solo en medio de la calle sin saber qué hacer durante unos segundos, mientras entendía lo que sucedía. Corrí como pude detrás de Walter quien sostenía una escopeta apuntando hacia la oscuridad. Jeison emocionado gritaba: “¡Ahí están los hijueputas, cruzaron la carretera y se escondieron detrás de los árboles!”. Él estaba en medio del puente sosteniendo su revólver con la mano derecha mientras gritaba: “¡Ahí están, William! Ven aquí para que los mires”, pero yo en lo único en que pensaba era en esconderme antes de que comenzara un tiroteo. Un par de minutos después recobré la tranquilidad al ver su profesionalismo y a la vez quedé impresionado por su elevado nivel de agresividad. Ellos estaban dispuestos a dar la vida por Rafael Núñez.

Walter señalaba un punto en la oscuridad: “Ahí están ellos”, dijo, pero yo solo pude ver la figura de un árbol. Me dirigí a Jeison, quien, sosteniendo aún su revólver y con una linterna en la otra mano, señaló el mismo lugar que Walter y trazó una trayectoria:

Ellos se movieron de ahí [esquina] para allí [árboles]. Saben que esa zona es un punto muerto y desde aquí no los podemos ver. Eso siempre hacen cuando quieren robar. Nos han visto y se han escondido. Lo más probable es que hayan pensado en meterse aquí.

Como Jeison había prestado servicio militar en el ejército, usaba la jerga militar para definir y nombrar todo tipo de situaciones durante la vigilancia. Esta trayectoria le da reconocimiento y ventaja sobre los otros integrantes de La Cívica. Por esa razón, los demás lo respetan y sus decisiones son obedecidas sin reproche. Jeison ordenó al resto: “tomar posiciones defensivas, estamos en un operativo de control”.

En ese escenario nos quedamos alrededor de media hora observando en silencio y con máxima atención cualquier movimiento al otro lado del puente en total oscuridad. La adrenalina disminuyó. Los chicos bajaron las armas, pero seguían en formación ofensiva. Esto era algo normal para ellos; casi todas las noches debían enfrentarse a este tipo de situaciones y en todo momento lo hacían sin ayuda de la policía. En este capítulo, mi objetivo se centra en describir el papel de los diferentes actores que conforman el escenario de guerra que se vive en el barrio, además de los progresivos e intempestivos cambios que ha

tenido La Cívica desde su fundación hasta la consolidación cohesionada de su organización.

AUSENCIA DE POLICÍAS, TENSIONES FRONTERIZAS

En la tarde de este mismo día, caminaba en dirección al parque. Ir a ese lugar se había convertido en un verdadero problema para mí por causa del flujo continuo de personas desconocidas que llegaban y a menudo me confundían con un policía encubierto. Cualquiera que se siente en ese lugar conoce perfectamente quién habita o no en Rafael Núñez.

El respaldo simbólico de Martín me brindó cierto margen de movilidad, aunque no me aseguraba una total protección en ese espacio declarado zona roja por parte de la policía, por la presencia allí de bandas ilegales, paramilitares o grupos de exterminio social¹⁰². A pesar de la alegre disposición que tienen los jóvenes para pasar un rato de *relax* en ese lugar, el ambiente solía ser tenso. Las reacciones podían variar según su estado de ánimo que, sumado al uso de drogas y la ansiedad, podían llegar a ser explosivas.

La tarde del 8 de enero del 2016 fui en búsqueda de Leonardo y me encontré con un camión de Policía ocupado por ocho agentes. Aproveché esa circunstancia para entrevistar al comandante encargado de Rafael Núñez. Le pregunté cuál era su estrategia y cómo la policía lidiaba con el problema de las pandillas. Él respondió:

La posición de la policía para enfrentar la violencia entre jóvenes o pandillas en estos barrios es de disuasión; regularmente lo que se trata es que los muchachos se aparten. La Policía tiene sus grupos especializados y son ellos los que vienen a disolver los enfrentamientos, pero por lo general están los patrulleros, las patrullas que rondan por aquí. Lo que intentamos siempre es acercarnos a los grupos sin la necesidad de usar violencia.

Al terminar la entrevista me dio su número de teléfono para que lo llamara a cualquier hora en caso de que hubiera alguna emergencia. Luego de lo sucedido en el puente comprobé que su benévola intención no era verdadera. Con el arma aún desenfundada en medio del puente, Jeison y yo lo llamamos en varias ocasiones sin recibir respuesta.

102 El informe del Centro Nacional de Memoria Histórica (2016), *Limpieza social. Una violencia mal nombrada*, hace un extenso análisis sobre una de las formas de aniquilamiento de población más eficiente y menos estudiada en los últimos cuarenta años en Colombia.

William [marcando el teléfono]: ¡El comandante no responde!

Jeison: Intenta otra vez. Ese es el problema acá de la policía.

Walter: Ellos vienen siempre después que pasan las cosas serias.

William: Sigue sin responder. De haber sucedido algo, ya hubiéramos muerto mientras los esperamos. Supuestamente él dijo que estaba activo las veinticuatro horas.

Jeison: Así es la vida de la periferia.

William: Es decir, sin ustedes aquí a cualquiera pueden matar.

Walter: ¡Claro!

Jeison: ¡William!, ¿es que no estás viendo que aquí la policía prácticamente sobra? Ellos solo pasan cada hora cuando se les da la gana.

Walter: Es para que ellos pasaran cada cinco minutos.

William: ¡Claro, claro!

Walter: Cada cinco minutos debería pasar por lo menos una moto, una que va y otra que viene, una que va y otra que viene.

Jeison: Pero solamente pasan por aquí cada hora, ¡entiende!... a cada hora.

William: Con ese tiempo de reacción, vendrán es a recoger los muertos.

Jeison: Recoger muertos no más. Y lo que suceda aquí cuando recogen información no les sirve de nada porque llegan es después de que todo ha sucedido.

Como mencioné en el capítulo anterior, la policía apareció una sola vez durante la noche. Era increíble para mí que en un espacio tan violento ellos rondaran mínimamente a través de esas calles. Para Jeison eso justificaba la labor de La Cívica. La tensión que se vive en la noche empeora; es casi imposible prever cuál será el movimiento de los bandidos o las pandillas. Cada noche

trae una sorpresa diferente para la que se tiene que estar preparado, aun con la incertidumbre que esto implica:

Jeison: Ellos [los bandidos] ya saben los antecedentes que han tenido con nosotros acá.

William: De cualquier forma, parece que siempre hay novedades.

Jeison: Sí, a veces la hay. A veces ellos vienen en la noche porque se les hace más fácil meterse en la casa de la gente a robar.

William: Imagino que ustedes han tenido ocasiones de intervenir en esa clase de actos.

Jeison: Sí, claro, hemos tenido... Hace unos meses atracaron a unos señores de una moto allá [señala una calle cercana] y otro señor que está en otra calle. Nosotros fuimos hasta allá y recuperamos el celular robado y recuperamos otras cosas porque, como te digo, nosotros nos dimos a conocer con la comunidad y nos fue de la mejor forma, ganamos su respeto.

William: ¿Y ustedes llegaron directo donde los bandidos?

Jeison: Sí, nosotros sabemos dónde ellos se posicionan y todo. Nosotros como Cívica tratamos es de ser una alarma para la autoridad... ¿me entiendes?

William: Claro que sí.

Jeison: Pero, como puedes ver, el servicio que ellos prestan es incompleto. Lo estás viendo tú acá. Tuvimos la oportunidad hace un rato de estar con ellos, de hablar con ellos y no ha pasado nada.

William: Es verdad.

Jeison: ¿Ya ha pasado cuánto tiempo? Un poco más de media hora.

William: ¡No!, ha pasado más de una hora desde que los vimos y apenas eran dos motos [cuatro agentes] para todo este sector... ¡Es absurdo!

Jeison: La prioridad es la prioridad. Los despiertos somos nosotros. Las patrullas deberían estar aquí. Entonces, como te digo, aquí las cosas no caminan

mal porque los bandidos quieren, sino que, si nosotros no hacemos nada por recuperar esta zona, cuando tú vengas a ver se va a volver esto un caos. La unión hace la fuerza y si ellos [bandidos] están unidos, nosotros lo estamos mejor.

La ambigua organización que simulan tener las pandillas en los alrededores de Rafael Núñez contrasta con la descripción de Jeison. Sin embargo, corresponde al carácter intrínseco del mecanismo espontáneo del boro, esto es, de responder con orden o caos cuando la causa llama. Las pandillas se organizan de tal forma que obligan a La Cívica a ejecutar acciones de superior arremetida con el propósito de leer sus movimientos en un intento programático y táctico que, al gestionar simbólicamente los límites, mantiene el orden territorial, pero alarga las tensiones entre ambos sectores y sus intersticios sociourbanos. La necesidad de unir fuerzas para combatir la delincuencia no es un capricho de parte de La Cívica, porque, incluso hasta en las peores condiciones geográficas, ambientales o climáticas, las tensiones y conflictos pueden explotar. Como en la playa que aparece y desaparece con los cambios de marea al lado del parque, lo cual crea un puente natural con el vecino sector. Dice Jeison:

Las pandillas de acá se enfrentan con las de allá. Hace poco la empresa de energía colocó ahí una reja de alambre como especie de muro, pero con o sin alambres al aparecer la playa era pelea asegurada. Ahí fue que mataron un chico de nuestra calle. Lo mataron a raíz de esas peleas. Los manes del otro lado se metieron para acá, hirieron al amigo Stalin, y de ahí para acá fue que nació La Cívica.

Son circunstanciales, esporádicos y aleatorios los escenarios que provocan los conflictos como los que describen en este caso. Aunque, a simple vista, la aparición de una playa parece un pretexto simple para enfrentarse los unos con los otros, lo que se observa es la manera en que la furia se extiende y se contrae; la acumulación de la violencia, junto al pesimismo que la juventud siente frente a una ciudad en la que las políticas dirigidas a jóvenes no los incluyen. A ello se añade el restringido escenario de movilidad que los espera, con opciones laborales precarias, y que alimenta su decepción frente a la vida. Ese sentir se torna en una experiencia colectiva de autodestrucción que no disminuye, sino que aumenta en la medida en que la desigualdad socioeconómica crece. Lo mismo que sucede con la playa cuando llueve. Los jóvenes aprovechan ese momento, una mezcla entre dramatismo, espectáculo y brutalidad. Se exponen sin prejuicio ante la comunidad sabiendo que la policía no intervendrá a causa de las condiciones climáticas. “Muchas veces estando yo aquí de pronto fumándome

un cigarrillo, de allá sentía los disparos y uno tenía que agacharse para no resultar herido”, dice Jeison refiriéndose al espacio donde nos encontrábamos. La degradación física de este lugar facilita los enfrentamientos, el uso y abuso de drogas, e incluso hasta la violación de mujeres.

Jeison: Cuando la gente de allá se cruza para acá tiran palos, piedras y empiezan las peleas, muertes. Por acá [señalando exactamente el lugar] se violan mujeres.

William: ¿Violaciones?

Jeison: ¡Sí!... a mujeres. Por aquí en los tiempos de las fiestas los hombres agarraban a las mujeres, las violaban y las dejaban aquí.

William [sorprendido]: ¿Tiradas aquí entre estas matas?

Jeison: Sí, ahí tiradas [señalando con el índice el lugar].

William: ¿Y eso pasaba con frecuencia?

Jeison: En el tiempo muy atrás sí, pero actualmente no se está viendo ese tipo de anomalías. No está pasando porque el barrio no está quedando solo ni de día ni de noche.

A pesar de que ese peligro es latente y de conocimiento público, “siempre, por más que sea, los que vienen para aquí lo hacen con uso de razón, de saber que están en una zona peligrosa”. Jeison continúa:

Hasta las once de la noche están fumando aquí sentados [señala unas sillas] marihuana. Otros pelaos están metiendo pastillas. Ellos no ven la hora, ellos como que el tiempo no lo sienten, luego llegan, fuman su marihuana y se van. Otros atracan aprovechando que vienen a fumar aquí. Más bien esa es la excusa.

El estigma de estos espacios se construye a partir de la acumulación de prácticas vandálicas relacionadas directamente con la vida cotidiana de los jóvenes. Pero lo que más se observa y preocupa es la apatía, a pesar del nivel de peligro, la indiferencia que cierta fracción de la comunidad siente con respecto a esos hechos; lo que no solo provoca su reproducción, sino que demuestra la capacidad de absorción de la degradación contenida en la violencia, la marginalidad y el necropoder, de modo que consiguen adentrarse más hondo en el tejido social. Dice Jeison:

Los chicos vienen aquí a la tarde a fumar, pero lo hacen es para ver quién es el que pasa en una moto para robarlo. El problema es que ahora las motos solo entran al barrio hasta las nueve de la noche; se ha perdido la costumbre de esos robos.

Si bien en dicho lugar se consumen diversos tipos de drogas, Jeison culpa a las pastillas psiquiátricas (Rivotril): “Eso es lo que ha cambiado a la gente, lo que ha perdido a la juventud; ese cuento de las pastillas es lo máximo que ha dañado esto aquí porque eso sí es una droga adictiva”, dice antes de continuar el recorrido.

Volvimos a la vía principal a la 1:15 a. m. Algunos jóvenes ocupaban las esquinas, conversaban, fumaban cigarrillos y marihuana. Muchos acababan de llegar del trabajo. Otros se quedaron merodeando las calles o en frente de sus casas. En una decena de oportunidades los acompañé. Les regalaba cigarrillos; ellos, en contraprestación, me ofrecían cocaína o marihuana, que siempre me negué a recibir.

LA TRANSICIÓN DE LA PRIMERA A LA SEGUNDA GENERACIÓN DE LA CÍVICA

La primera generación de La Cívica fue liderada por John, a quien conocí en febrero del 2015 cuando esta llevaba apenas tres meses de haber sido creada. Jeison la retomó y organizó después de que John se fuera del barrio. A diferencia de él, bajo el liderazgo de Jeison La Cívica cambió por completo y se proyectó como una organización de servicio comunitario, y no al estilo de empresa pensado un año atrás por John. Su renuncia a La Cívica fue toda una sorpresa para mí. Sucedió durante el mes en que estuve ausente de la ciudad. Al volver, pregunté insistentemente por él y por la causa de su renuncia, pero nadie me daba respuesta. Gracias a Martín conseguí su nuevo número de teléfono. Hablé con él unos minutos, pero John no profundizó sobre el tema. Me dijo que vivía en la ciudad de Santa Marta (a cuatro horas de Cartagena) y que estaba construyendo su nueva casa. Tuve que esperar cuatro meses hasta que finalmente Jeison decidió relatarme la verdadera historia de lo que sucedió con John:

El hombre se fue decepcionado de la comunidad y lo que pasó es que el hombre quería era mandar en todo, y eso no está mal, mandar está bien, pero uno nunca debe enseñarles a las personas lo que uno sabe porque luego te van a querer quitar el puesto.

John regresó al barrio después de muchos años en el Ejército Nacional de Colombia. Ayudó a organizar militarmente La Cívica, pero muchas de sus ideas

no eran del todo aceptadas por el resto de sus integrantes, lo que desencadenó tensiones en el grupo:

Jeison: Así fue que empezó todo. Cómo te diré, empezó una especie de conflicto interno. Había discusiones sobre que uno hablaba del otro, que el otro hablaba de uno. Se presentó ese inconveniente y ahí hubo inconformismo con todos los trabajadores, se quebró esa relación, se acabó La Cívica. Luego, como te digo, quince días demoramos sin Cívica. Luego nuevamente se hizo.

William: ¿Eso es todo lo sucedido? Martín mencionó que hubo una pelea de John con unos niños donde él sacó su arma. No sé si es verdad.

Jeison: ¡Ahh! Eso fue que él le sacó el arma a un muchacho de esta calle y correspondientemente le llamaron los tombos [policías]. Ellos llegaron y le reclamaron a John sobre qué es lo que había pasado y él dijo: “nada”. El man al fin creyó que como cogió su famita pasaría impune. También tuvo otro problema por acá con otra pelea y le querían como echar la culpa. A raíz de eso se fue decepcionado de ese conflicto aquí. De pronto él no estaba preparado para estar viviendo esto, pudiendo estar viviendo en otro lado. ¿Ahora me entiende?

William: Es una cosa de no creer, una locura.

Jeison: Entonces, de pronto él... diría que esa no era la manera de vivir aquí.

William: No entiendo esa parte.

Jeison: De pronto el hombre quiso venir con una nueva ideología para cambiar el barrio, hacer otras cosas, ¿me entiendes?

William: Entiendo, cuando lo conocí noté que se trataba de una persona que le gusta el combate.

Jeison: Sí, esto aquí es un poco complicado. Está uno de pronto metido de cabeza mandando una seguridad y, como ve, siempre va [a] existir algo adverso; siempre habrá alguien que está en contra de las cosas que tú crees son buenas para la comunidad. Crees que estás seguro y que uno está seguro de que hacemos bien para Rafael Núñez. Pero no, resulta que uno se convierte en un caos para el otro.

Con la salida de John y otros miembros, La Cívica se renovó y Jeison es el único sobreviviente de la formación original. Otros de los anteriores y más importantes integrantes eran Ángelo y Richard, a quienes conocí por medio del presidente de la JAC, en aquel tiempo Álvaro Lloreda, casi dos meses después de haber iniciado mi trabajo de campo. Hablamos por primera vez el 17 de febrero del 2015, cuando Álvaro me los presentó una noche en su casa. Ellos estaban nerviosos, prevenidos al hablar conmigo. Negaron desde un inicio haber participado en pandillas. Tanta era su precaución que lo primero que hicieron fue presentarse como trabajadores de la construcción. No obstante, cuatro días después me confesaron haber sido pandilleros años atrás.

Aquel día fue la primera vez que estuve frente a frente con expandilleros e integrantes de La Cívica. También era la primera vez que podía escuchar su punto de vista sin la mediación, interpelación o interpretación de otras personas. Richard tiene 33 años, es padre de 3 hijos, uno de 14 años, otro de 8 y uno de 6. Ángelo tiene 26 años y es padre de un niño de 4 años. Ambos justifican el trabajo de La Cívica por la siguiente razón.

Nosotros nos dedicamos a sacar La Cívica por las pandillas que hay aquí en la vía Perimetral. Del lado de Rafael Núñez estaban atracando; aquí no podíamos permitir que eso sucediera. Entonces la comunidad nos está ayudando de poquito a poquito. Ya de este lado hemos acabado con la guerra que había antes; la violencia de los robos gracias a Dios se ha terminado. La violencia ha sido dura porque cada nada sucedían las peleas; la policía se metía acá y cada nada salían los disparos, gases lacrimógenos. Entonces, los que más sufren son los niños. La idea de La Cívica nació de eso. Gracias a Dios hemos acabado con los conflictos entre pandillas porque también ellos se metían a robar aquí. Solo en esta calle hay siete muertos por robos; en esta misma calle que cuidamos los han matado.

En este diálogo es importante resaltar la transformación organizativa que ha tenido La Cívica desde sus inicios. Conforme me integraba en sus actividades durante el resto del año, tuve la posibilidad de registrar los drásticos cambios en el modo de operar de ellos con respecto al frontal estilo de John. Esa fue la primera y última vez que pudimos conversar ampliamente sobre varios temas. Después de ese día, nuestra relación se redujo a saludos de cortesía y diálogos cortos; claramente desconfiaban de mi prolongada presencia en el barrio, y de mi relación con Jeison y los otros, pues su largo historial delictivo podría quedar expuesto. Luego supe de la crueldad con la que ellos ajusticiaron a sus enemigos políticos encubriéndose en el trabajo de La Cívica; esto me recordó el mismo

tipo de prácticas que los ejércitos paramilitares emplearon para torturar civiles inocentes auxiliados por las fuerzas militares del Estado antes de su desmovilización. En aquel momento les pregunté: “¿Por qué hay tanta violencia aquí?”, y ellos respondieron:

Ángelo: Lo de las peleas es que si uno de aquí va para allá ellos se llenan de odio porque piensan que los de aquí les van a quitar a las chicas. Entonces, ahí viene el rencor; ahí es que se forma que los de allá no crucen para aquí y los de aquí para allá. Así es que se forma todo. Cada vez que llueve, eso es pelea asegurada. Las pandillas se encuentran para matarse allá en la Perimetral usando cuchillo, revólver, armas caseras, armas raras que se inventan con tubos.

William: ¿Ustedes usan armas?

Ángelo: Por ahí tenemos una vainita [revólver] porque el bandido también tiene lo suyo. Hay que protegerse. El bandido está aquí mismo. Ellos tienen lo suyo [armas] y van echando tiros. Por eso nosotros tenemos que recibirlos con lo mismo.

William: ¿Cómo funciona y se organiza La Cívica?

Richard: Por ejemplo, salen 6 muchachos diarios en la noche. Cada uno de ellos tiene su familia, por eso necesitamos de un recurso. La noche se paga entre 16 000 o 18 000 pesos [5,5-6,5 USD de 2017]. Así es que nosotros sobrevivimos. En la semana podemos ganar 80 000 pesos [30 USD], sumado con el trabajo que uno tiene fuera. Nosotros solo salimos a trabajar los sábados.

William: ¿Cómo ha sido ese proceso?

Ángelo: Ha sido lento pero seguro. Con la ayuda de Álvaro nos han entregado unos radios y uniformes para cuidar de esta calle y otras como la calle San Bernardo, la 19 de Abril y Rafael Núñez. La gente colabora poco, pero las ganas de nosotros no es el dinero sino mejorar el barrio, queremos que se acabe la violencia, el robo, para que gente de afuera digan que Rafael Núñez es un lugar sano.

William: ¿Por qué se están matando ustedes aquí dentro?

Ángelo: Sí, nosotros mismos nos matamos; dizque los perros son animales, pero uno mismo, la dizque humanidad, somos los animales y nosotros matándonos a nosotros mismos. En este momento Cartagena está llena de

pandillas en barrios al sur como El Socorro o Blas de Lezo, considerados antes como buenos barrios. Ahora ya no lo son, todo eso ahí está lleno de maquias [pandilleros].

William: He pensado que aquí ustedes se estaban peleando el territorio por la venta de drogas, ¿es verdad?

Richard: No, aquí no pelean nada, aquí lo que pelean es el territorio de que cada uno se quede en sus lados. Los jóvenes se cogen odio atrás del cero [detrás de nada]. Mucho dicen que pelean por un territorio, como se ve en otras ciudades, para cuidar de un negocio. ¿Drogas? Aquí no, los jóvenes pelean atrás del cero matándose por nada. ¿Cuántos muertos no ha habido aquí? Muchos. La Cívica es la respuesta a esta violencia porque yo tengo un hijo de catorce años y no quiero que él siga creciendo viendo toda esa violencia. Por lo menos hemos mejorado este sector, no el barrio completo porque el barrio es grandísimo, sino solo este sector. En el resto hay más pandillas. Rafael Núñez antes era la peor calle, pero ya la hemos calmado; y si vamos a tener que meter mano dura lo vamos hacer, se les da candela [tiros].

El discurso fundacional de La Cívica se sustentaba en la idea de acabar a toda costa con la violencia, pero con el pasar del tiempo descubrí que sus integrantes de base se alejaban de este discurso. La monetización de su trabajo fue erosionando sus objetivos organizativos. Esta crisis daría paso a un nuevo ensamblaje en donde sus propósitos se reencontrarían con su misión original, a la que Jeison describe como de servicio comunitario. El 20 de septiembre del 2015 me encontré casualmente con Ángel y Richard en el parque y les pregunté sobre su trabajo en La Cívica. Ellos respondieron: “Ya no trabajamos en eso, nos cansamos”.

A pocos metros estaba Jeison escuchándome. Cuidadosamente me llamó y me preguntó a quién estaba buscando. Le expliqué mis razones sin dar muchos detalles y él me respondió diciendo que era el actual líder de La Cívica. Sorprendido, le hablé de mi interés por retomar el contacto con ellos pues John se había ido: “¡Claro, valecita! Cuente conmigo y venga a buscarme cuando quiera para mostrarle lo que pasa aquí”, exclamó él antes de irse. Contrario al argumento de Ángel y Richard sobre la renuncia de John a La Cívica, el 6 de febrero del 2016 Jeison me diría que ellos no renunciaron, sino que la abandonaron:

Porque tuvieron un inconveniente con John, asuntos de poder. Cada uno quería mandar a su manera y eso no sirve, ¡viejo! Yo me quedé solo cuando trabajábamos los cuatro, esos hermanos, John y mi persona, cada quien teníamos un

puesto... John, él era el presidente de La Cívica, la logística y nosotros; Ángelo, el tesorero; yo era el encargado de organizar los operativos.

Era curioso caminar junto con Jeison y los otros mientras él recuerda los sucesos que han tenido que enfrentar recientemente. Los altos o bajos índices violentos se deben, principalmente, a su labor de vigilancia. Cuando John desarticuló La Cívica, el miedo volvió a las calles. “El barrio está caliente”, me repetía Martín todos los días y me advertía que tuviera cuidado en el parque; Leonardo y Candela también me lo decían. Me fui del barrio por un mes esperando que mejorara la seguridad; al volver Jeison y Walter recordarían lo que sucedió durante esa transición:

Walter: ¿Recuerdas cuando le hicieron el atentado a este man que vivía aquí? [señalando la casa.]

Jeison: ¡Ahh! [señalando el lugar] Aquí se metieron e hicieron unos tiros una noche que nosotros no salimos porque, cuando se terminó La Cívica, los manes llegaron y tiraron plomo por toda esta zona; atracaban y todo.

William: ¿¡De verdad!?

Jeison: Pues sí, el hombre [John]... y los pelaos [Ángelo y Richard] rompieron relaciones y ahí fue que se acabó La Cívica.

Ellos ya no podían interrumpir su trabajo de ninguna forma porque reconocían que los bandidos no desaprovechan ninguna oportunidad para entrar a Rafael Núñez. Las excepciones son la regla, y la coyuntura del vacío de gestión territorial flexibiliza la usurpación, como si las disputas por el espacio tuvieran una larga trayectoria de guerra o conflictos de intereses, tal y como se presenta en algunas regiones del país en donde las disputas territoriales entre organizaciones criminales y actores armados están interpeladas por el control de rutas de narcotráfico, cultivos ilícitos y/o minería ilegal. Ese “atentado” fue un llamado de atención. Por esa razón, dice Jeison: “Queríamos darle otra vez vida y le dimos vida otra vez a La Cívica”; pero al mismo tiempo él resalta las tensiones y contradicciones de los resultados positivos de su gestión frente a la comunidad:

Estamos un poco mal con la comunidad. Le hemos preguntado el porqué se están volviendo apáticos. No hay esa colaboración, aunque vean que sí sirve. La respuesta es que la gente piensa aquí que tener una Cívica es ir a matar a alguien.

Las finanzas de La Cívica dependen completamente del pago semanal de 2 000 pesos (0,75 USD de 2017) por cada hogar. Sumando las casas que conforman las calles que La Cívica vigila, supera con creces el costo operativo (salario) de cada integrante. Ese excedente de dinero fue lo que obsesionó a John con la idea de proyectar a La Cívica como una empresa a largo plazo pensada para expandirse hacia los otros sectores que conforman Olaya Herrera.

Contrario al próspero escenario económico que John soñó, La Cívica de Jeison vive en constante crisis financiera, lo que los obliga a reducir su tiempo de operación: “Antes nosotros trabajamos hasta las seis de la mañana. Yo me quedo hasta las cinco o cinco y media, pero ahora tengo dos días que no he trabajado por culpa de la inconformidad que hay sobre el dinero”, dice él criticando a la comunidad: “Nos han recortado presupuesto y por eso se ha agotado un poco más La Cívica”. Según Jeison, la comunidad no entiende que la labor de ellos “es neutralizar al bandido mientras llegan las autoridades y se lo lleven y todo el mundo sea feliz”.

Aunque la percepción de seguridad mejoró desde que ellos iniciaron en noviembre de 2014 y redujeron hasta en un 80% las acciones violentas, esto trajo consigo un falso sentimiento de paz para la comunidad que disminuyó paulatinamente sus aportes económicos. Llama la atención que los pequeños cambios relativos a las nuevas condiciones de vida que genera la seguridad tengan una relación directa con la flexibilidad de redireccionar motivos políticos y económicos en la comunidad. Estos simples cambios atrapan la percepción subjetiva al presumir que la violencia urbana tiene un movimiento homogéneo, con lo cual se desestima que las fuerzas simbólicas y armadas retienen los flujos de esta violencia, pero dejan poros abiertos para su filtración. Cuando desapareció La Cívica, los enfrentamientos entre pandillas volvieron y la percepción de inseguridad aumentó. El 8 de octubre de 2015 registré en mi diario de campo lo siguiente:

La música sonaba a todo volumen en la tienda de esquina cerca de la casa de Leonardo. Él acababa de llegar de una isla cercana donde hubo un picó; estaba emocionado y un poco ebrio. Me invitó a beber con él un par de cervezas. Leonardo me relató que el barrio se había puesto bien caliente, pero ahí donde estábamos no había problema, solo en la parte de arriba y del otro lado. Bandidos del vecino sector eran quienes estaban metiéndose en las noches echando tiros. Comentó que hace unos días habían disparado en la esquina. Desde que La Cívica dejó de circular por el barrio se perdió el respeto de los otros. Insistentemente hizo mención a las incursiones de pandillas del lado vecino a las dos o tres de la mañana cuando no hay nadie

en las esquinas. “Ellos se meten a esa hora porque saben que no estamos aquí porque si no se formaría el tropel”.

Leonardo continuó relatándome lo que sucedió al desintegrarse La Cívica. Las armas quedaron libres en manos de sus miembros. En total eran ocho armas y, del lado de Leonardo, su boro tenía cuatro, además de un revólver que había comprado él por aparte la semana pasada por un millón y medio de pesos (500 USD de 2017). Hace tres semanas, según él, La Cívica ya no funcionaba. Leonardo no mostraba ningún signo de preocupación; asumía que las cosas no iban a cambiar de lo que eran antes o lo que son en este momento. Mientras conversábamos, su hermano mencionó que habían robado a alguien una calle arriba. La gente se siente insegura. La mujer del pastor me dijo lo mismo, que tratara de no quedarme tan tarde en el barrio. Leonardo reiteró una y otra vez que en esa esquina no me iba pasar nada. Él y su primo retomaron un suceso anterior relatando lo molestos que estaban por esas invasiones vecinas hasta las cercanías de sus casas. Cada uno afirmó que tenían ganas de usar los revólveres, pero que no lo hacían porque su mamá aún no se había mudado de una calle conflictiva. Su hermano Roberto afirmó lo siguiente: “Yo voy para la que sea, no me importa nada. Nada más estoy esperando a que esos pelaos se metan al barrio. Yo hasta cuando me ducho tengo la pistola ahí de mi lado”. Leonardo también está armado. Roberto quiere comprar otra arma.

La desarticulación de La Cívica provocó cambios drásticos en Rafael Núñez. Con su trabajo en el barrio, la comunidad confiaba en que ellos habían monopolizado el uso de la violencia, pero luego de disolverse se creó un escenario de tensiones, la comunidad quedó desprotegida de las pandillas vecinas y se amplió el riesgo de nuevos ajustes de cuentas en contra de sus miembros y viceversa. Lo cierto es que La Cívica funciona como un elemento de contención de fuerzas externas, pero paradójicamente esta violencia se convierte en un instrumento de manipulación colectiva con el que se puede modificar la percepción de inseguridad del barrio. Dicha percepción, según lo pude constatar, depende exclusivamente del apoyo financiero que ellos reciban de la comunidad. Cuando las acciones violentas se reducen, tienden a disminuir los aportes económicos. Este ciclo de contribuciones que dependían de la percepción de inseguridad estuvo presente hasta el final de mi trabajo de campo. Incluso, hasta el presente se mantiene como una constante; un eterno ciclo el cual puede ser analizado en los altos y bajos índices de acciones violentas que las estadísticas institucionales presentan en sus informes semestrales sobre la inseguridad en los barrios de la periferia.

En medio del camino hacia la tienda La Revuelta¹⁰³ nos encontramos a una mujer de veintitrés años llamada Claudia. Eran casi las dos de la mañana y ella regresaba de su trabajo. Jeison insistió en que le preguntara sobre su percepción acerca de La Cívica:

William: ¿Crees que desde que La Cívica está aquí ha mejorado el barrio, cambiado en algo?

Claudia: Sí, ha mejorado muchísimo. Con la seguridad que ellos brindan ha bajado la inseguridad.

William: ¿Quiere que continúe La Cívica, usted la apoya?

Jeison: La familia de ella colabora con La Cívica. Son una de las personas que aporta con el desarrollo de la comunidad.

William: Claudia, ¿cómo era Rafael Núñez antes de que La Cívica existiera?

Claudia: El barrio estuvo un tiempo bastante pesado, muy inseguro, muchos muertos.

William: ¿Robos?

Claudia: Principalmente robos... La primera y la segunda calle donde está la tienda allá arriba es donde siempre han robado. Pero con ellos ha disminuido bastante.

William: No imagino cómo te debes sentir tú siendo mujer cuando caminas en la noche. Yo personalmente no lo haría.

Claudia: Antes era imposible caminar, pero ahora me siento más segura. Antes tú no podías bajar de las calles que te dije hacia acá porque pensabas que te iban a atracar y era así, te atracaban. Uno no podía bajar desde las diez de la noche porque seguro que te robaban, pero ya no porque está La Cívica de este lado del barrio.

William: ¿Crees tú que para las mujeres es más difícil vivir aquí?

103 Punto de referencia para acceder a la calle principal de Rafael Núñez.

Claudia: Obvio que sí, porque más que todo los bandidos atracan es a las mujeres.

A Claudia nuestra presencia en la calle le daba alivio. Ella reconoce cuáles son las zonas más peligrosas y hace lo posible para evitarlas, o busca personas que la acompañen hasta su casa cuando regresa tarde del trabajo:

Claudia: Vayan ustedes a entrevistar a alguien por la calle de La Angostura y verán que no hay ni una sola persona por ahí.

William: ¿Nadie, dices tú?

Claudia: ¡Nadie! Por esa calle atracan más que en cualquier otra.

Jeison: Esa calle queda en la otra cuadra, William, por la tienda La Revuelta. ¿Recuerdas que te hablé de una caleta [casa donde venden drogas]? Por allá es donde está.

William: Ya creo saber dónde es, Jeison. ¿Y a ti, Claudia, te han robado en esa calle?

Claudia: A mí gracias a Dios no, pero he sabido de casos. Hoy me dijo mi hija que atracaron como a las diez u once de la mañana. Me enteré porque la fui a buscar al colegio a esa hora. Pero yo no me entero de nada, vengo de trabajar tarde: a las doce, a la una o a dos de la mañana.

Justo cuando estábamos en frente de la casa de Claudia, un vecino nos gritó: “Cuidado con las pandillas que las he visto caminar del otro lado”. Continuamos con el recorrido. Yo en parte agotado por el estrés psicológico de los sucesos vividos durante la noche, pero ellos estaban tranquilos, acostumbrados a soportar esas largas jornadas de desgaste físico y psicológico. A algunos les esperaba otro trabajo fuera o en los alrededores del barrio a la mañana siguiente. Por suerte, a esa hora el irregular y variado movimiento de las pandillas y bandidos se contraía, mientras que los habitantes de calle y adictos al bazuco (lobos) continuaban dispersos entre sus calles y actividades de subsistencia.

RACISMO COTIDIANO

Llegamos a La Revuelta. Invité a Jeison, Walter y a los demás a tomar un refresco. La tienda estaba cerrada, pero nos atendieron por medio de una pequeña ventana. Aprovechando ese momento, Jeison me dejó ver la cara más íntima de La Cívica: “¡William!, en el grupo somos como hermanos, ¿me entiende?”

Aquí lo que pretendemos es que todos tengamos igualdad ante cualquier cosa, que nadie se sienta solo, que cuando alguien tenga un problema familiar, entre los amigos podemos solucionar de alguna manera: un consejo, cualquier cosa, debemos ser buenos compañeros.

Cada integrante de La Cívica arriesga su vida con ese trabajo, pues están expuestos a las venganzas o retaliaciones de aquellos a quienes han agredido o neutralizado en algún momento. Sosteniendo un cigarrillo con la mano derecha, Jeison señala a Javier y dice:

Con el compañero acá tuvimos un problemita el otro día con la gente que se la pasa en la fumadera [de marihuana] allá atrás en el parque, pero no aquí en las calles, ni tampoco en frente de la casa de alguien; socialmente eso se ve mal. Una noche tratamos de intervenir a una gente que estaba fumando. En la mañana él se encontró con los mismos pelaos y le hicieron una cortada por acá [señalando el brazo de él]. Tuvimos un enfrentamiento con ellos. (figura 9)

Javier vive en Rafael Núñez desde hace dieciocho años. Me muestra la herida que le hicieron con un cuchillo en su axila izquierda. Tuvo suerte; el médico le dijo que faltó un centímetro para que le perforaran el pulmón. No hubo mayor daño; cinco puntos bastaron para tejer la herida. Él sonríe y me dice: “Esto hace parte del trabajo”. Su trayectoria de vida es una muestra de las duras condiciones socioeconómicas a las que jóvenes pobres de la periferia deben exponerse para sobrevivir. Para Javier La Cívica es una opción, tal vez la mejor, pero no ha sido su única experiencia laboral:

Javier: Yo antes de estar aquí he limpiado vidrios en los semáforos, he sido ayudante de albañil, así me he ganado la vida, haciendo de todo, pero a lo legal, porque eso de estar robando, eso no aguanta, te pueden matar.

William: ¿Terminaste el colegio?

Javier: ¡No! No terminé de estudiar; llegué hasta sexto año.

William: ¿Cuál es tu motivación en la vida?

Javier: ¿Yo? Lo que más quisiera es salir adelante... ya no andar en lo mismo. No quiero estar por ahí caminando sin saber dónde voy... conseguir un buen trabajo y terminar mis estudios. También resolver los problemas que tenga.

William: ¿Puedes salir del barrio?

Javier: Sí, salgo y cuando lo hago voy al mercado o al centro. Todo eso por ahí lo camino.

William: ¡Oye, Javier! Te has preguntado alguna vez por qué la mayor parte de la población del barrio es afrodescendiente. ¿Crees que en Cartagena exista racismo?

Javier: ¿Aquí? ¡Claro que sí hay racismo!

William: ¿Te has sentido alguna vez... discriminado?

Javier: Es verdad que muchas personas lo tratan a uno de forma despectiva: “¡Este negro no sé qué, este negro tal cosa!”. Sin embargo, yo no le paro tanta bola [atención] a eso porque si me pongo a prestarle atención a todos esos comentarios, entonces sí voy a tener problema. Como yo no respondo nada, dejo a la gente como loca y yo sigo en la mía.

William: ¿Y por ser de acá del barrio tienes problema para conseguir trabajo?

Javier: ¿Trabajo? Allá [indicando el centro de la ciudad] sí le ponen problema a uno porque uno es de estos sectores, sin excepción; o sea, la gente cree que uno es malandro.

Jeison: Mejor dicho, William, la gente piensa que la cultura de nosotros es toda mala, ¿ya me entiende? Que nadie aquí es gente de bien. La gente de otros barrios, de esos barrios de nombre, nos miden por una sola clase social. Nos discriminan por el modo de vida que tenemos aquí.

William: Sí, entiendo.

Jeison: Lo que esa gente no entiende es que no es culpa de nosotros que se haya generado este caos ni que hayamos decidido tener este tipo de vida así.

William: Claro, ustedes cargan con el estigma de que todo el barrio es violento y que la gente acá también lo es, aunque sea mentira.

Jeison: Sí, así es.

Muchas de las acciones violentas suelen ser hechos aislados. Los responsables de los robos, el mercado ilegal de armas y drogas, los asaltos y las peleas entre pandillas son jóvenes que, como Javier, optaron por o se vieron obligados a entrar después de haber abandonado el sistema educativo, lo que entorpeció su movilidad social. Javier escogió ser albañil, también fue limpiador de parabrisas en los semáforos; él “ha hecho de todo, pero a lo legal”, afirma Jeison riéndose. Sin embargo, muchos otros jóvenes no piensan ni actúan de la misma forma; eligen quedarse en el barrio para sumarse a decenas de tantos otros que ven pasar el día en las esquinas, consumiendo drogas, participando en peleas intrasectoriales o en el mundo del crimen. Salir de Rafael Núñez se convierte casi en una odisea para ellos, pues corren un doble riesgo: tienen culebras o son discriminados por la policía. Sobre esto, Álvaro Lloreda me daría su punto de vista el último día que nos vimos mediante un ejemplo puntual:

Es claro que las personas que viven afuera del barrio tienen mejores oportunidades y los que viven aquí pequeñas oportunidades. Veá, vivir aquí es un estigma que restringe el acceso al mundo laboral o profesional. Hay una discriminación por ser de aquí que no les permite a los jóvenes avanzar, por ejemplo, en instituciones como la Policía o el Ejército para ser oficiales o suboficiales.

Las instituciones armadas de Colombia, dentro de sus exigencias para reclutar personal, tienen como requisito condiciones de clase y la ubicación de la residencia de los postulantes determina el poder ser aceptado o no. Por lo tanto, para un joven que tenga como propósito presentarse a la carrera de oficial o suboficial en alguna institución militar, vivir en la periferia reduce sus posibilidades de ingreso. Álvaro dio el ejemplo de algunas familias en el barrio que alquilaban apartamentos por un mes o dos en barrios de renta alta para burlar ese sistema de selección discriminatorio.

Si bien este tipo de estrategias consigue romper con estructuras que restringen el ascenso de clase, son casos contados. En Cartagena, según lo relatado por varios líderes, el racismo es la mayor barrera de integración y ascenso social en la ciudad. Álvaro dice:

Aquí el racismo es fuerte. Si eres negro *te negrean* para las oportunidades. Hasta nosotros mismos tenemos racismo; cuando vemos a un blanquito, le vamos cediendo las cosas, pero llega otro negro y le cerramos la puerta. Hasta yo mismo he vivido este tipo de cosas.

Sin embargo, este estigma y la discriminación por la condición étnica no serían del todo reconocidos por muchos de los jóvenes con quienes conversé. De hecho, personas como Miguel Ángel justificarían la pobreza de los afrodescendientes con el siguiente argumento: “La población negra somos los más pobres por lo que somos negros; nosotros somos los que debemos ser, esclavos del trabajo”. Sin duda, para él la esclavitud como herencia de su identidad y el trabajo precario (subalterno) en la contemporaneidad tienen una relación estrecha con la pobreza que sufren los afrodescendientes en las periferias de Cartagena, pero él no tiene ninguna posición crítica sobre esta condición.

Algunos antropólogos que han estudiado en las últimas décadas la configuración y las relaciones raciales en la ciudad y el Caribe colombiano, han analizado de manera superficial los conflictos que las diferencias étnico-raciales producen en la vida cotidiana de las comunidades afrocaribeñas, especialmente en los más jóvenes, pues son ellos quienes exploran con mayor interés los diversos escenarios urbanos que la ciudad ofrece. Cartagena está de tal modo racializada en el imaginario cotidiano de los jóvenes que, aun cuando los discursos y acciones discriminativas sean evidentes, la naturalidad con la que se reconoce esta condición suele ser disimulada e, incluso, estratégicamente disminuida entre la población afro al relativizar su identidad en variadas clasificaciones raciales: moreno, trigueño, zambo o negro son algunas de esas variadas maneras que la población afro tiene para autodefinirse. Se aleja de este modo de una identidad durante siglos oprimida, pero sujeta a las lógicas de exclusión y dominación cultural que se reflejan en la posición social y laboral usualmente incorporada por la población de la periferia en relación con el mundo del trabajo ofertado en la ciudad.

Esta variada exposición de clasificaciones étnico-raciales implica una fuerte presión de arrastre hacia la blanquitud. Identidad estratégica no del todo generalizada, pero fuertemente ubicada con respecto a la posición de clase. No obstante, la identidad afrocaribeña no puede ser vista, tal cual como el discurso antropológico pretende, como parte de la centralidad de una configuración sociocultural e histórica en la construcción del Estado nación colombiano, su inclusión y/o estatus ciudadano, sino en relación con los conflictos que el largo proceso de subalternización étnico-racial ha logrado consolidar con éxito en los

cuerpos y la subjetividad, a través de una eficiente lógica gubernamental extendida y masificada, especialmente en poblaciones marginales. A este respecto, en *Seguridad, Territorio y Población*, curso dictado por Michael Foucault en el Colegio de Francia (1977-1978), en la clase del 1.º de febrero 1978 titulada “La gubernamentalidad”, dice el autor:

Con esta palabra “gubernamentalidad” aludo a tres cosas. Entiendo el conjunto constituido por las instituciones, los procedimientos, análisis y reflexiones, los cálculos y las tácticas que permiten ejercer esa forma bien específica, aunque muy compleja, de poder que tiene por blanco principal la población, por forma mayor de saber la economía política y por instrumento técnico esencial los dispositivos de seguridad. Segundo, por “gubernamentalidad” entiendo la tendencia, la línea de fuerza que, en todo Occidente, no dejó de conducir, y desde hace mucho, hacia la preeminencia del tipo de poder que podemos llamar “gobierno” sobre todos los demás: soberanía, disciplina, y que indujo, por un lado, el desarrollo de toda una serie de aparatos específicos de gobierno, el desarrollo de toda una serie de saberes. Por último, creo que habría que entender la “gubernamentalidad” como el proceso o, mejor, el resultado del proceso en virtud del cual el Estado de justicia de la Edad Media, convertido en Estado administrativo durante los siglos xv y xvi, se “gubernamentalizó” poco a poco. (Deleuze y Foucault 2000, 136)

Vale la pena profundizar sobre el desarrollo de esas técnicas de gobierno para observar de modo relacional su puesta en marcha en comunidades marginales dentro de naciones periféricas. En un sentido más amplio de la acepción, comentará Foucault en la entrevista del 20 de enero de 1984 titulada la “Ética del cuidado de sí como práctica de la libertad”:

Entre los juegos de poder y los estados de dominación, están las tecnologías gubernamentales, concediendo a este término un sentido muy amplio —que incluye tanto la manera en que se gobierna a la propia mujer, a los hijos, como el modo en que se gobierna una institución— [...] Digo que la gubernamentalidad implica la relación de uno consigo mismo, lo que significa exactamente que, en esta noción de gubernamentalidad, apunto al conjunto de prácticas mediante las cuales se pueden constituir, definir, organizar e instrumentalizar las estrategias que los individuos, en su libertad, pueden tener los unos respecto a los otros. Son individuos libres quienes intentan controlar, determinar y delimitar la libertad de los otros y, para hacerlo, disponen de ciertos instrumentos para gobernarlos. (Foucault 1999, 413-414)

En adelante, a través de lo enunciado expongo la idea de gobierno, tecnologías de control y socialización que observé en la vida cotidiana de las periferias de Cartagena. Lo que mi observación revela es que el reconocimiento, el autorreconocimiento, la clasificación o la diferenciación étnica tienen muy poca relevancia en su socialización. La racialización en su cotidianidad se encuentra de tal modo incorporada, circunscrita en su mundo de vida, que las variadas formas de discriminación expuestas por Javier le resultan indiferentes. Asumiendo el peso interseccional de la subalternidad en orden de raza, clase y género, los jóvenes de la periferia están expuestos a un tipo de racismo cotidiano que varía en su intensidad de acuerdo con su lugar de procedencia. La localización de este sujeto indica, además, la construcción subjetiva de ese otro, la posición, disposición y clasificación de su valor social, de su ciudadanía e, incluso, de su humanidad. La discriminación sociourbana que se realiza a partir de la procedencia de alguien en determinado espacio agrega enunciados discriminativos, estigmas, estereotipos y demás adjetivos que relativizan las formas de socialización, relaciones laborales o desplazamiento de los jóvenes en la ciudad.

Mara Viveros (2007) también resalta procesos discriminativos realizados por funcionarios públicos al desestimar aportes de la comunidad afro en la creación de planes o programas de desarrollo comunitario en Bogotá. La autora afirma que los discursos racistas basados en prejuicios étnicos y raciales continúan siendo prácticas recurrentes de funcionarios gubernamentales cuando estos realizan intervenciones sociales, y subvaloran sus aportes y su participación comunitaria. Este tipo de racismo institucional puede verse representado en inadecuadas políticas públicas para asumir las demandas territoriales de este tipo de población. En el peor de los casos, la representación de tales prejuicios también puede llegar a ser incorporada en la narrativa bélica de las fuerzas armadas/policiales como argumento que legitime prácticas punitivas acudiendo a narrativas racistas y/o discriminativas en contra de la población afrodescendiente.

Desde esa perspectiva, es difícil para Jeison o Javier ser considerados aptos para trabajar en entornos ajenos a la periferia, no solo por el referente de discriminación racial, sino también por la acumulación cognitiva que el largo proceso de segregación sociourbana ha logrado recrear en el discurso de la clase media y alta. Esta se suma al heredado componente de jerarquía racial que el colonialismo y luego la industria del turismo han logrado extender en el tiempo y el espacio, lo cual genera una doble segregación; marginación y exclusión que sufren los jóvenes por el hecho de ser afrocaribeños y pertenecer a la cultura urbana de la periferia.

Por ejemplo, para Jeison existe una radical distinción en el trato que reciben él, un turista extranjero u otra persona no afrodescendiente que transite por los barrios turísticos de Cartagena. La discriminación en ocasiones viene de parte de policías con su misma condición étnica. Según él: “Los gringos vienen aquí y luego caminan sin camisa ahí en el centro y nadie dice nada, pero lo hace usted y te detienen de una vez”. Javier comparte su indignación:

William: Comparto completamente tu opinión, Jeison.

Jeison: Ser tú el nativo y que no tengas derecho a moverte en libertad, es absurdo.

Javier: Ese día nos detuvieron los policías en Bocagrande; venía conmigo el Huesos, el Mosca, el Walter y mi persona, veníamos los cuatro descamisados.

William: Pero ¿qué fue lo que pasó?

Javier: ¡Ay! Nos pararon los policías, nos requisaron enseguida por todos lados. En la misma actitud venían varios gringos todo relajados sin camiseta y a ellos los ven y no les dicen nada.

Jeison: ¡Sí! Esos manes [gringos] vienen hasta... hasta descalzos los ve uno caminando el centro porque el gringo es una persona que no le da pena nada.

Javier: ¡No joda, mira! Ellos pasaron y no les dijeron nada; cuando nosotros pasamos en camiseta pensamos que no nos iban a hacer nada los policías, pero no. La policía nos dijo: “Si tienen marihuana, navajas, cuchillos entréguenlos antes de que los revisemos”, ¡pero nosotros qué íbamos a entregar si no traíamos nada de eso!

Jeison: Una raqueta [requisa] buena nos dieron ese día.

William: ¿Y siempre es así cada vez que ustedes salen por esas zonas turísticas?, ¿la policía los ve y los persiguen?

Javier: Muchas veces, ¡claro! Nos dan raqueta porque creen que uno va ahí es para atracar; pero no, William, uno va es a divertirse en Bocagrande o en el centro. ¿¡Quién va ir a ponerse a robar si en esa zona hay mucho policía!?

William: Pero... ¿por qué creen ustedes que la policía los detiene a ustedes y no a otros?

Jeison: ¡Hay discriminación de raza, llave [amigo]!

William: Es muy probable que ese sea el punto.

Jeison: ¡Ese es el punto! Discriminación de raza, por eso la policía nos vio sospechosos en la tierra nuestra, pero el gringo no es sospechoso en la tierra que no es de él.

William: Claro, esa es la respuesta.

Jeison: El gringo no nació aquí y se siente como si lo fuera.

William: ¡Claro!

Sobre los lugares a los que hacen referencia, ambos son zonas en su mayoría pobladas por la élite local: clase media-alta y extranjeros con alto poder adquisitivo; su procedencia étnica suele ser en su mayoría blanco-mestiza. La dimensión semiótica experimentada por los jóvenes de la periferia en su transitar por la ciudad revive en ellos el sentimiento de expulsión o no pertenencia que la jerarquía colonial ordenó desde un inicio en la división social del espacio y del trabajo, a la que tanto esclavos como indígenas se vieron sometidos; entonces se apropiaron o se vieron obligados a habitar en las periferias o en las afueras de los límites impuestos por las ordenanzas públicas. Ser objeto de sospecha por los sistemas de vigilancia masificados en esas zonas también expone, del otro lado, la dimensión semiótica desde la que la institución pública y la privada interpretan el mundo de la periferia, pues adoptan el mismo discurso de segregación, delimitación y discriminación sociocultural de la hegemonía política sobre las minorías étnicas, especialmente cuando se trata de la ocupación de un espacio planificado desde sus orígenes para la élite económica.

Para Jeison, el trato recibido por parte de la policía significa discriminación racial. Abordar de otra manera a los turistas extranjeros demuestra la explícita distinción de aquellos considerados ciudadanos o personas dignas para transitar ese espacio. La intromisión progresiva del capitalismo enfocado en el turismo y lo que eso representa en términos de poder adquisitivo han convertido a la ciudad en un lugar exótico para el turismo nacional y extranjero, lo cual encarece el costo de vida y privilegia aún más estas zonas residenciales y comerciales, al tiempo

que amplía la brecha de segregación, instrumentalización y subalternización de la población desposeída materialmente. Jeison y Javier fueron potenciales sospechosos, debido a su condición étnica, al estigma negativo que pesa sobre su imagen dentro de un espacio urbano mayoritariamente blanco-mestizo para la policía. Pero este tipo de discriminación no solo la sufren los jóvenes fuera del barrio, sino también en su interior:

Jeison: Otro día estando aquí mismo en Rafael Núñez yo le estaba dando una explicación a un agente de policía; le dije: “Nosotros somos unos muchachos de acá que le colaboramos al barrio de esta manera con La Cívica y a ustedes les conviene que nosotros somos una alarma preventiva para ustedes”; y él me responde: “No conozco a nadie y no quiero hablar con nadie, coja su identificación que usted no es nada para mí: usted no me trata como igual”. Así me dijo el man y después me dijo: “Ustedes son los propios vivos bobos”.

William [sorprendido]: ¿Así te dijo el policía, aquí en el barrio?

Javier: Por eso es que acá en Rafael Núñez no los respetan, hasta se tiran piedra con ellos, ¿por qué?, porque ellos a veces vienen sin ningún motivo a pegarnos con sus bolillos o amenazarnos y eso no puede ser así.

Jeison: Bueno, mira, no hace que pasaron tres meses, perdón, hace un mes y algo apuñalaron a un chico aquí. Él estaba trabajando por su casa. Ellos pasaron y lo puyaron, le pegaron una puñalada por aquí [señalando el costado izquierdo de su espalda]. Yo no sé si el chico sigue en el hospital o en su casa..., pero los tombos lo puyaron.

William: ¿Los mismos policías lo apuñalaron? ¡Es increíble!

Javier: Le pegaron una golpiza dura; le dieron hasta con palos y lo puyaron con una navaja de ellos. Ellos mismos lo puyaron.

Mientras en los espacios de élite la discriminación es explícita contra los jóvenes afrocaribeños pobres, en la periferia, tal y como se describe en el anterior diálogo, puede presentarse en brutales acciones violentas por parte de la policía, las cuales quedan impunes en la mayoría de los casos porque, cuando los jóvenes se enfrentan contra esa institución, el complejo sistema penal exige pruebas a las que muchos de ellos no tienen acceso y tampoco pueden demostrar su abuso, y ni siquiera cuentan con la posibilidad de ser representados adecuadamente por vías legales. Inocentes o culpables, la violencia que se presenta en la periferia

proviene de todas las direcciones: institucional, cultural, política, económica o social. La intersección étnico-racial atraviesa de inicio a fin las relaciones sociales de estos jóvenes dentro o fuera de la periferia. El terror que ejerce la policía en la comunidad es casi comparable al de las pandillas; acciones criminales e ilegales se comenten bajo la sombra de los otros, sin que un verdadero reconocimiento de la vida de los jóvenes ofrezca salidas de justicia y dignidad, sino un castigo peor que el de estar al margen de las políticas de bienestar del Estado.

Visto de otro modo, ¿quiénes se benefician de esta racialización? Desde un punto de vista unilateral, la respuesta nos remite a una avanzada victoria del necropoder, el cual se ampara en la lógica de las guerras político-económicas que se fraguan en los linderos del neoliberalismo periférico, y ratifica su supremacía sobre la precaria gestión biopolítica de los gobiernos locales y nacionales en su tardío intento por democratizar la concepción de ciudadanía plena y, principalmente, al permitir gobiernos paralelos que promueven el autoaniquilamiento étnico. Esta lógica de guerra devela la existencia de un sistema de administración de población racializado, es decir, la forma en que la necropolítica opera la convierte en una maquinaria funcional de lo que Goldberg (2002) llama Estado racial, el cual permite que se conserven y se legitimen regímenes étnico-raciales que alimentan la discriminación, el estigma y el racismo.

En su más reciente estudio, Paulo César Ramos (2021) analiza las estadísticas sobre homicidios en São Paulo (Brasil) centrándose en el orden racial de las muertes en esa megalópolis. Contrariando las cifras, el autor demuestra una asimétrica balanza de muertes: un promedio de tres homicidios cometidos contra jóvenes afrobrasileños en contraste con uno contra blanco-mestizos; es decir, de cada cuatro asesinatos ocurridos en esa ciudad, tres son de jóvenes negros; concluye que estas muertes están fundamentadas por un racismo institucional encarnado en la Policía militar. En este caso en particular, el autor argumenta que se trata de una posible política institucional de exterminio, un genocidio de la población joven afrobrasileña, pero aclara que las vías de hecho para lograr este cometido pueden ser directas (la policía que comete los asesinatos) o indirectas (de variadas formas). Estas últimas pueden ser potenciadas por la falta de empleo, la ausencia de vivienda, o carencias en saneamiento básico, condiciones de vida o atención médica; en resumen, por un alto grado de violencia estructural.

El punto de vista de César Ramos sobre las asimetrías en el porcentaje de homicidios diferenciados étnicamente en São Paulo nos ofrece una perspectiva política y sociológica otra sobre una problemática similar manifiesta en las ciudades con mayor porcentaje de población afrocolombiana. Sin embargo, faltan en Brasil investigaciones especializadas en las que las variables de etnicidad y

juventud sean cruzadas con el índice de homicidios. En un estudio comparativo sobre los patrones de mortalidad de la población afrodescendiente y blanco-mestiza en Cali (Colombia), Fernando Urrea *et al.* (2015) son concluyentes al afirmar:

[...] los hallazgos del estudio sí permiten establecer fuertes desigualdades en las trayectorias de vida y muerte de la gente negra versus la gente no negra en Cali y el departamento del Valle, señalándose además que este es un factor de inequidad social que incide en la vida urbana y regional. (163)

A pesar de que en este estudio no se proporciona mayor información que nos facilite establecer factores determinantes sobre esta balanza de muertes, no se excluyen elementos de corte socioeconómico y racial para explicar ese fenómeno en Cali. A diferencia de Brasil, los marcadores étnicos en los formatos de reconocimiento de minorías en Colombia han comenzado a ser implementados recientemente en las instituciones públicas encargadas de llevar el control legal y científico de los homicidios¹⁰⁴. Este aspecto apenas está arrojando indicadores relacionados con el número de homicidios cometidos contra población afrodescendiente e indígena, sobre todo¹⁰⁵. En ambos casos podemos observar que los sujetos muertos o asesinados son identificados más por su condición de clase que por su procedencia socioespacial, pero mientras Ramos sustenta su tesis sobre la base de un genocidio institucionalizado que parte de una política vertical de exterminio, los gobiernos privados al servicio de la necropolítica de Estado han facilitado la descentralización de las formas de muerte y terror que se viven en las periferias del Caribe colombiano hacia una dinámica horizontal.

En el caso brasileño hay una tendencia objetiva de aniquilamiento de la juventud negra. En Colombia hace falta profundizar en las estadísticas para confirmar la existencia de ese tipo de balanza, pero, haciendo una estimación sustentada en mis registros de campo, es muy posible que esta sea la tendencia en Cartagena. Lo que sucede en esta ciudad puede leerse en clave necropolítica porque, a diferencia de lo que ocurre en São Paulo, la forma de asociación criminal en las periferias se mantiene al margen de un discurso político que dialogue horizontalmente con otras formas de poder, como es el caso de la facción criminal paulista PCC; ante la ausencia de un proyecto identitario e ideológico

104 Tal es el caso de Medicina Legal. Esta es la institución encargada de prestar auxilio y soporte científico y técnico a la administración de justicia en todo el territorio nacional, en lo concerniente a medicina legal y ciencias forenses.

105 La tardía implementación de estos indicadores también se constituye como una forma de racismo institucional al invisibilizar u homogeneizar las pluralidades étnicas en un solo espectro identitario.

claro, la consolidación de un enemigo o rival adopta la difusa formación que se presenta en la política organizativa del boro, lo cual crea un escenario de desconcierto sobre las rivalidades, las cuales terminan volcándose sobre sí mismas y produciendo un movimiento de aniquilamiento que fluye de abajo hacia arriba y viceversa.

De vuelta al recorrido con Jeison, él me recomendó visitar otros lugares en Rafael Núñez en donde podría ser testigo directo de cómo la policía recibe dinero de parte de microtraficantes:

Jeison: Para que sepas de verdad lo que ocurre aquí, puedes venir una tarde y quedarte en la casa [señalando el lugar] allá del otro lado, justo en la curva de la calle; ahí en esa curva es donde se presentan todos los atracos. Yo tengo una amiga por allá, quizás hablándole del tema te hospeda en su casa y desde la ventana ves todo.

William: Me parece bien, pero ¿qué es lo que voy a ver?

Jeison: Puedes ver a los tombos cuando reciben plata... muchas cosas que están pasando aquí, ¿sí me entiendes?

William: ¡Sí, claro!

Jeison: Todo eso y la discriminación que aquí hay por parte de ellos hacia nosotros y la gente.

William: Aunque a veces creo que el tema del racismo es algo jodido de descifrar en Rafael Núñez. He llegado a pensar que incluso la propia gente no se siente discriminada, no acepta el hecho de que todavía existe racismo y sobre todo cuando es de la policía contra los jóvenes.

Jeison: No, William, te equivocas aquí suponiendo. El racismo está en una misma tienda... tú lo puedes ver cuando entras a una tienda de costeños [afrodescendientes] y luego a una tienda de cachacos [blanco-mestizos]. El trato del costeño es muy diferente; en cambio los cachacos nos ven como negocio, como diciendo: "Estos son los que me compran y tal", y de pronto tú les pides un favor o alguna cosa y ellos dicen: "No puedo, no, yo no tengo negocio para fiar".

William: Tienes toda la razón, de hecho, la mayoría de las tiendas son propiedad de cachacos.

Jeison: Siempre hay un racismo. Tú ves que llega una persona de pronto de allá de donde son ellos y se le hace más fácil la comunión, la comunidad, y a esa persona le prestan cualquier servicio, incluso hasta dinero.

Aunque no pude ver de cerca la corrupción de la policía, era evidente para la comunidad que sus actividades de vigilancia en el barrio permitían la venta, distribución y posesión de drogas ilícitas en los lugares de mayor comercio. Su discriminación hacia los jóvenes de la periferia se transforma en una transacción comercial al negociar con ellos y los microtraficantes su permanencia en el lugar, a cambio de una cuota quincenal o mensual sobre sus ganancias, lo que permite la continuidad de estas actividades. De tal modo, la discriminación o el racismo se movilizan según los intereses materiales de los bandos opuestos. Esta fue la constante que observé en Rafael Núñez.

La intromisión del capitalismo en la vida cotidiana de las periferias se ve atravesada por las jerarquías que el comercio y el poder adquisitivo de las personas; estos, sumados al capital delictivo y las estrategias de negociación que se establecen en la socialización interinstitucional ilegal y clandestinamente, mantienen la vitalidad del mercado negro y la gestión territorial de las ganancias que se generan en ese intercambio de favores. Corrupción ética y moral o debilidad institucional, los tentáculos de la necropolítica se pueden infiltrar, incluso, hasta en las instituciones más sólidas y tergiversar el ideal político de su función pública, de extremo a extremo; en estas entidades las personas son crueles, asesinos o villanos, salvadores, justos e indispensables con y para la comunidad. Vistos desde este enfoque, la antipatía y el rechazo que expresa la comunidad contra la policía, por su brutalidad, discriminación racial y/o corrupción, pueden ser comprendidos como la extensión pragmática de la máquina del terror en que el Estado se ha convertido desde adentro; no obstante, los policías también resultan siendo víctimas de la simbiosis letal de la violencia estructural.

Por otro lado, el mismo proceso recrea o produce la segregación o el racismo mediante un interaccionismo simbólico violentamente fundado y desplegado frente a la concepción cultural que se tiene del otro; representación asimétrica, diferenciada según el lugar de enunciación o espacio de distinción jerárquica. Por esa razón, para Jeison el racismo se encuentra tan presente en la vida cotidiana que lo describe hasta con el comercio minorista/mayorista que se desarrolla en Rafael Núñez, el cual está en manos de personas y familias que vienen de otras regiones del interior de Colombia, donde la población se reconoce de manera predominante como blanco-mestiza¹⁰⁶. La motivación principal de estos comerciantes al llegar

106 Especialmente de los departamentos de Antioquia, Cundinamarca y Boyacá.

a las periferias es acumular dinero; se trata de “un negocio” en contraposición a la solidaridad que para él es propia de la identidad afrocaribeña, que facilita el intercambio de favores, y la flexibilidad en la idea de la acumulación, la ganancia o el gasto económico. Es interesante observar aquí cómo Jeison analiza la relación del dinero con la cultura cuando señala que “su gente” tiende a ser más solidaria que los foráneos, quienes a su parecer agudizan las diferencias interculturales con base en diferencias materiales, y de esta manera justifican medios, modos y formas de organización e interacción que impulsan la segregación étnico-racial.

“EL BIENESTAR DE LA GENTE”

Después de contarme todo eso, Jeison se quedó en silencio mirando el horizonte mientras terminaba de fumar su cigarrillo. Sacó con cuidado de su pequeña mochila una bolsita con cocaína; con la ayuda de una llave extrajo dos moderadas porciones que inhaló con fuerza; nostálgico, me dijo: “Esto lo uso para mantenerme despierto, viejo William; aunque estemos jodidos, yo nunca pierdo la esperanza”. El 10 de febrero del 2015, un año después de haber comenzado esta etnografía, Jeison finalmente me reveló lo que sucedió con John:

Jeison: Voy a [ser] realista, William. Tengo una gran amistad con esos dos hermanos a quienes una vez tú entrevistaste. Ellos fueron una de las principales causas por las cuales se acabó La Cívica. Esos manes manipularon todo, se quedaron con todo.

William: ¿Cómo es eso que ellos se quedaron con todo? Expíciate mejor.

Jeison: Los que en verdad nos partimos el cuero trabajando en esto fue John, el hombre era uno de los que no tenía miedo de meterse donde sea. Los otros dos más viejos son Ángelo y Richard. Pero cuando estábamos en la guerra... la propia guerra que los tombo nada tenían que ver porque los policías no venían por aquí, a John y a mí nos tocaba echarles plomo a los otros manes... Yo le pegué varios tiros a unos manes allá de aquel lado del barrio.

William: Uf, entonces eres solo tú y John quienes siempre iban al frente a dar la pelea.

Jeison: Viejo William, yo de aquí de mi barrio no salgo, no puedo; estoy expuesto a problemas que antes tal vez eran tratables, pero en la situación social ahora me pueden matar. Yo no era para que tuviera esos problemas, pero lo hice y no me arrepiento.

William: No sé qué decirte, Jeison; arriesgas demasiado la vida aquí.

Jeison: Lo sé, pero es así que el barrio mío ha caminado mejor. Y muchas personas me ven bien, otras me ven con rabia, y otros me dicen ahora que tengo La Cívica que quiero yo mandar a todo mundo, que me convertí en presumido, cosas de ese estilo. Incluso algunos pelaos dicen que los de La Cívica somos sapos [delatores]. ¿Sí me entiendes, William? Siempre hay algo contra uno o nosotros, pero igual uno siempre tiene que actuar profesional en esto.

William: Concuero contigo, Jeison, ustedes han conseguido hacer lo que ningún policía puede.

Jeison: Tratar con la gente no es fácil, y si uno no lo sabe se aprende en el día a día tratando con ellos. Siempre a la gente hay que darle en cierta parte su razón para no entrar en discusión, porque si me pongo a alegar con ellos quien pierde credibilidad soy yo.

William: Entras en el juego de ellos.

Jeison: ¡Exacto! Entro en el juego de ellos. En el que quieren que me aburra y eso no debe pasar. La Cívica debe seguir.

Trabajar en La Cívica les producía a John y Jeison una gran satisfacción. Ambos conocen de armas y habían tenido la experiencia de vivir en carne propia escenarios de guerra cuando hicieron parte del Ejército Nacional, especialmente John, quien hizo carrera en esa institución por cerca de diez años hasta su retiro forzado, después de haber recibido un disparo en el pecho en medio de un enfrentamiento con un bloque de las FARC-EP. El Estado lo pensionó por invalidez. Su capital cultural, abundante en experiencias bélicas, resultó inspirador para muchos otros jóvenes que durante los primeros meses de La Cívica veían en él un ejemplo a replicar.

Su dinámica personal, su amplia comprensión de la guerra, pero, principalmente, su concepción instrumental del uso de la violencia para combatir el monopolio del terror que infundían las pandillas contribuyeron a ampliar los modos en que la violencia podía ser interpretada y utilizada aprovechando el potencial del capital delictivo presente en la cultura callejera de Rafael Núñez. Jeison no contaba con la misma trayectoria militar que él. Entró al Ejército a los veintiséis años, pero faltando seis meses para terminar su servicio militar de dos años sufrió un accidente que lo obligó a retirarse de esta institución. John desde un principio tuvo claro que la forma de actuar de La Cívica debía ser

militar y operar sin compasión con el fin de recuperar la paz que Rafael Núñez se merecía. Así lo afirmó el 15 de febrero del 2015:

Nosotros cuidamos de ciertas calles y para el otro lado [sector vecino] no nos podemos meter porque allá hay otras bandas que están armados también. Por eso, si uno quiere tomar el control de esos lados hay que llegar echando tiro, no preguntando nada, sino matando e invadiendo para que la gente vea que nosotros no estamos hablando mierda. Esto es muy serio.

La crueldad con la que él expone sus ideas no es exagerada. Aunque directamente no me haya hablado de muertos durante su permanencia en La Cívica, sus relatos sobre castigos a pandilleros o bandidos me sorprendían por su dura descripción; dependiendo de la persona y/o del nivel de participación en acciones delictivas o en pandillas, podían ser torturados, amenazados o agredidos fuertemente. El mensaje de La Cívica no podía expresar dudas ni ser blando; el terror se termina con más terror. Las consecuencias no demoraron en llegar para él. Poco a poco la presión social y las denuncias en su contra por parte de los familiares de las víctimas y vecinos fueron provocando acciones de resistencia y ataques contra su estilo de liderar La Cívica.

Su nivel de paranoia era fácil de leer en su lenguaje corporal cada vez que lo acompañaba a la calle. Atento, se rodeaba de expandilleros o personas con experiencia que alguna vez fueron bandidos o exmilitares para sentirse protegido. Expuesto a represalias, se cerró en un pequeño círculo, el cual aprovechó su cuestionada exposición pública para sacar ventajas de él. A pesar de su cercanía con la policía y de estar fuertemente armado, John tuvo que irse obligadamente del barrio. Él siente miedo, pues es consciente de que, al haberse extralimitado en su trabajo siguiendo la línea de mando y el ideal de seguridad de John, también lo pueden matar.

En noviembre del 2014 los enfrentamientos entre pandillas y el uso de armas eran de tal magnitud que afectaban directa e indirectamente el espacio privado de las familias. Al respecto dice John:

Resulta que un día yo me fui a trabajar como de costumbre cuando me llama mi esposa y me dice que pegaron un tiro en la puerta. Estaban haciendo tiros y ella cerró la puerta. Tenemos una bebé pequeñita, una niña de siete años y un niño de cinco. Cuando ella se entra a la casa, el disparo de escopeta pega en la puerta y parte los vidrios. Entonces yo con Ángelo y Richard nos sentamos a hablar y pensamos en armar una Cívica, ya existía una vigilancia arriba [en el barrio], pero ellos solo vigilan arriba. Entonces armamos La Cívica. Eso

fue algo que se planeó así en vista de las peleas y enfrentamientos. Cada uno tiene sus hijos. Como tú ves, ahora los niños están jugando en la plaza, ahí están mis hijos.

Durante mis primeros meses de trabajo de campo tuve conocimiento de media decena de enfrentamientos, casi todos los días entre las tres y las seis de la tarde, que solían suceder cerca al puente frontera. El 28 de enero de 2015, mientras trabajaba en la ONG, hubo una gran pelea. Con palos y piedras, decenas de jóvenes menores de veinte años se enfrentaban cuerpo a cuerpo contra la policía mientras esta les arrojaba bombas lacrimógenas. Un par de semanas después, el 13 de febrero, sucedió lo mismo, pero en esta ocasión la policía no se enfrentaba contra pandillas, sino que buscaban a un criminal altamente peligroso. Intervinieron fuerzas especiales militares y un helicóptero.

El nivel de violencia es tan elevado en Olaya Herrera que para un hombre con abundante experiencia militar como lo es John, entrenado en combates contraguerrilla, no es exagerado describir lo que sucede en el barrio como *guerra urbana*. Debido a este enfoque militar, John proyectó la función de La Cívica basada en un rol defensivo/bélico: persecución a reconocidos bandidos, castigos brutales a ladrones, y tiros y amenazas a personas implicadas en crímenes fueron algunas de las acciones recurrentes desde su liderazgo. Aun cuando jurídicamente esta práctica punitiva violara derechos ciudadanos y humanos, para John esta forma de actuar representó avances de largo alcance para la retoma de Rafael Núñez. Tales formas de intervención y control territorial recuerdan los sanguinarios métodos usados durante años por los ejércitos paramilitares en los territorios de difícil acceso, conflicto armado o ausencia del Estado en Colombia.

Lo que él consideró una victoria trajo consigo daños colaterales para otros integrantes de La Cívica y generó cuestionamientos sobre su utilidad, métodos y alcances. Por ejemplo, Jeison confiesa que: “yo de aquí del barrio no salgo”. Él era tan precavido que solo se movilizaba en moto cuando necesitaba cruzar las fronteras de los sectores vecinos para evitar así ser reconocido por alguno de sus enemigos. De la misma manera que ocurre con cualquier pandillero, los medios utilizados para salir ilesos de esa dinámica de violencia urbana también deben ser radicales, como mudarse de la ciudad o, al final del periodo en el que Jeison lideraba La Cívica, casi un año después de haber cerrado mi trabajo de campo, convertirse en evangélico.

Mientras él estuvo al mando de La Cívica, su enfoque de gestión era otro. Para él era claro que: “en realidad La Cívica no se trata de hacer plata, sino del bienestar de la gente”, me dijo esa noche casi al concluir la rutina de vigilancia.

Él aún vive en el barrio, a pesar de todos los problemas que se ha ganado. John abandonó Rafael Núñez a mediados de agosto del 2015; tuvo problemas de convivencia con la comunidad y la policía después de haber discutido con un par de jóvenes en frente de su casa, a quienes amenazó de muerte a plena luz del día apuntándoles en la cabeza con su arma.

PODER E INFLUENCIA EN EL MERCADO DE ILEGALIDADES

Eran las 3:30 a. m. y ya no había nadie en la calle, solo nosotros. Con curiosidad aún por el proceso de consolidación de La Cívica desde sus inicios y sus cambios después de la salida de John, le relaté a Jeison la ocasión cuando lo conocí en su casa, y sin querer él y yo estuvimos muy cerca de negociar una pistola. El 14 de febrero del 2015, describí este suceso en mi diario personal:

Unos días antes de ir a la casa de John, mi madre me había dicho que no sabía qué hacer con la pistola [Smith calibre 38] que mi padre dejó después de su muerte. Ella la quería vender para no tener más recuerdos de él, pero no sabía dónde ni cómo; de hecho, ni recordaba la existencia de esa arma. De tanto escuchar a John hablar sobre pistolas, le pedí que me aconsejara qué hacer con la mía; él de inmediato me propuso comprármela ofreciendo un precio que yo consideré muy por debajo de su valor estimado. Tenía serias dudas sobre la legalidad de la posible transacción, a lo que él refutó que no habría problema debido a que yo, por ser hijo del propietario, heredaba el arma automáticamente, pero esto claramente era una mentira. Respondí que me tomaría un tiempo para pensarlo. Algunos días después volví a verme con él. Insistió. Me negué argumentando que jurídicamente yo estaba impedido por ley; esto a él no le importó y continuó insistiéndome con el argumento de que esa arma no iba a ser utilizada para cometer ninguna acción ilegal, criminal u homicida, sino para proteger el barrio.

Cuando John se fue de Rafael Núñez, las armas quedaron en manos de los miembros y exmiembros de La Cívica durante la transición y reorganización de esta. Por un lapso de dos semanas no hubo control sobre quién las usaba ni qué uso les daban. Con Jeison al mando, el porte de armas se hizo cada vez más difícil, pues dependiendo del comandante de policía de turno se prohibía o garantizaba su uso por parte de ellos. A mediados de octubre del 2016, mientras ellos hacían una ronda de vigilancia, la policía los despojó de una escopeta y dos revólveres.

Esto no sucedía bajo el mando de John. Su larga trayectoria militar y su conocimiento burocrático de las instancias institucionales que regulan el uso de armas,

además de sus cercanas relaciones con la policía encargada de circular el barrio, le brindaron libertades de uso; a excepción de él, ningún otro de los integrantes tenía licencia para portar armas. Esta excepción ayudó a agilizar la organización y legitimación de La Cívica con rapidez y la policía se benefició directamente por su trabajo. Sobre este beneficio, una tarde Ángelo afirmó lo siguiente:

La policía está alegre con La Cívica. Lo que ellos no pudieron hacer lo hicimos nosotros; acabamos con la pelea, con los robos. El comandante de la policía pasa y nos felicita. Es que los superiores de ellos los pasan regañando cuando hay mucho robo y peleas; entonces ellos ganan con nuestro trabajo.

Para John era mucho más fácil que para Jeison negociar con policías y militares el uso de armas; el hecho de haber sido soldado profesional le daba otro estatus. En la pirámide de las fuerzas armadas colombianas, el Ejército tiene mayor prestigio que la Policía; a John lo respetaban los patrulleros del área, que al notar resultados favorables no se entrometían en su camino. El “comandante” de la localidad felicitaba a todo el equipo de La Cívica porque gracias a sus positivos resultados él, posiblemente, podría ascender de rango. Esa relación cercana, incluso, lo salvó de ir a la cárcel cuando fue denunciado por la comunidad al amenazar de muerte con su pistola a dos jóvenes. La policía simplemente le advirtió que debía irse de Rafael Núñez para así evitarse peores problemas.

Cuando La Cívica volvió a agruparse, las armas tuvieron un mejor control. Varias veces escuché historias de personas que habían sido agredidas, amenazadas o heridas brutalmente con tiros de revólver o escopeta. La tarde que recorrí el parque con John se acercó un joven a hablarle; era delgado, no llevaba zapatos y tenía muchas cicatrices en sus brazos y piernas. Afirmó ser miembro de una de las tantas pandillas que hay en Rafael Núñez; después de ese día nunca lo volví a ver.

Mira a esos pelaos del otro lado del puente [me dijo John señalando a lo lejos]. Esos que están ahí una vez se metieron aquí a Rafael Núñez; a un primo le hicieron tres tiros, le partieron los huesos de la pierna. Ese día esos manes de allá tenían un 38 [pistola]; se la pasan echando plomo [tiro] siempre a donde van. Pero ellos para acá no cogen porque nosotros les hacemos la guerra, vamos con la misma. A mí no me han herido, pero sí me han tirado varias veces con tiros de *shotgun*. Y esos manes del otro lado tienen más *shotgun* que revólveres, son *shotgun* hechizos, pero los de aquel otro lado del barrio sí tienen revólveres y hay que estar pendiente de ellos porque desde la otra calle también echan tiros.

Las armas son un componente simbólico estratégico necesario para la existencia operativa de La Cívica y la supervivencia de sus miembros; al mismo tiempo, un negocio rentable para personas que como John aprovechaban su capital cultural para extender y ampliar sus posibilidades de lucro en un escenario de conflicto urbano altamente lucrativo, debido al imparable ascenso de la delincuencia, y la nueva y velozmente cambiante configuración del crimen organizado en la ciudad, la región y el país después de los acuerdos de paz.

Muchos jóvenes en Rafael Núñez fueron al Ejército y regresaron al barrio después de terminado su ciclo obligatorio de formación. En Colombia durante muchas décadas fue un requisito obligatorio el que los hombres tuvieran libreta militar para poder trabajar; en la actualidad ya no es necesario. La institución militar es una de las pocas posibilidades que tienen los jóvenes para huir de la violencia del barrio, al igual que una alternativa de movilidad social. John es un ejemplo de esto: “Hey, William, pero si yo me acuerdo que él de un tiempo para acá lo que hacía era lavar carros, sino que se fue para el Ejército y se hizo un buen profesional”, me comentó Jeison al frente de su casa algunos minutos antes de cerrar la noche brindando con un par de cervezas. John pasó de lavar carros a tener una de las mejores casas en Rafael Núñez cuando volvió del Ejército. En cambio, otros como Candela o Jeison no aprovecharon la oportunidad de continuar con la carrera militar después de terminar su formación obligatoria. En el capítulo siguiente profundizaré en los efectos que esta decisión produce en jóvenes como Candela, quien representa mejor que nadie en esta investigación la manera en que el necropoder atraviesa desde adentro para afuera y viceversa las reducidas elecciones de vida que se les presentan a miles de jóvenes de las periferias.

Figura 5. Escopeta



Fuente: elaboración propia.

Figura 6. Vigilando Rafael Núñez



Fuente: elaboración propia.

Figura 7. Lugar de encuentro de La Cívica



Fuente: elaboración propia.

Figura 8. Jeison y su 9 mm



Fuente: elaboración propia.

Figura 9. Javier, herida de cuchillo



Fuente: elaboración propia.

Figura 10. Canal de agua, frontera entre Rafael Núñez y el sector vecino



Fuente: elaboración propia.

Parte III

Al margen de la violencia

*Quiero contarle, mi hermano, un pedacito de la historia negra,
de la historia nuestra, caballero.
Y dice así:*

*En los años mil seiscientos, cuando el tirano mandó
las calles de Cartagena aquella historia vivió.
Cuando aquí llegaban esos negreros
africanos en cadenas besaban mi tierra,
esclavitud perpetua.*

*Esclavitud perpetua.
Esclavitud perpetua.*

*Un matrimonio africano,
esclavos de un español,
él les daba muy mal trato
y a su negra le pegó.*

*Y fue allí, se rebeló el negro guapo,
tomó venganza por su amor
y aún se escucha en la verja:
No le pegue a mi negra.
No le pegue a la negra.
No le pegue a la negra.*

¡Oye, man!

*No le pegue a la negra.
No le pegue a la negra.
No, no, no, no, no, no no, no, no, no, no, no, no.*

Oye, esa negra se me respeta.

La rebelión, Joe Arroyo

**CANDELA Y SEBASTIÁN:
DE MILITARES A BANDIDOS**

6

“HEY, AQUÍ, AQUÍ, QUÉDATE AQUÍ CON NOSOTROS, PARA ALLÁ DEL OTRO lado es que está la gente torcida”, gritaba Candela¹⁰⁷ mientras filmaba las provocaciones de un grupo de adolescentes que intentaban cruzar el puente de Rafael Núñez. Ellos empuñaban piedras, insultaban y provocaban a una docena de niños que jugaban fútbol en el parque. Algunos de ellos corrieron para enfrentarlos. Candela se apresuró para estar cerca y ver el esperado enfrentamiento; me hizo señas y gritó a lo lejos: “Primo, ¡venga, venga aquí!”. Minutos antes, Rafael y yo hacíamos unas tomas en video. No lo seguí por el temor de dañar la costosa cámara de Rafael, pero Candela insistió. Vino hacia nosotros y dijo, casi obligándonos: “¡Vamos, primo, filmen ese boro de cerca, no les va a pasar nada!”. Miré a Rafael buscando su aprobación y él respondió: “¡Qué carajos, vamos al puente!”.

El partido de fútbol se terminó. Todos corrieron para estar o participar como observadores en el enfrentamiento. No era claro que se tratara de una pandilla; del lado de Rafael Núñez, seguro que no lo eran. Los chicos simplemente respondían a las agresiones de los otros. Desde orillas opuestas se insultaban, provocaban y amenazaban; decenas de personas estaban atentas a que se iniciara el boro. Cuando intenté acercarme, Candela me detuvo: “Calma, William, allá es que están los torcidos; todos ellos tienen cuchillo”. Finalmente, el enfrentamiento no se produjo y, contra su voluntad, conscientes de que iban a perder, los chicos del otro lado se retiraron lenta pero amenazadoramente hacia su calle.

Candela cuida a su gente. Se esmera por señalar el peligro al otro lado de la frontera: “¡Compa!, ¿tú crees que tú allá vas a estar hablando con un man y otros como haces aquí conmigo? Nada, por allá te van es a matar; en cambio en Rafael Núñez estás con uno, el que se meta contigo tiene que pelear primero conmigo”.

La tercera parte de este libro está compuesta por tres historias, las cuales usaré para describir el tipo de violencia al que se exponen aquellas personas al margen de las dinámicas y la cultura del terror que producen las pandillas en la periferia. Sujetos atravesados por otras preocupaciones, sufrimientos y padecimientos, lo que en palabras de Roberto Abadie (2010) se comprende como los efectos de una economía moderada de la tortura en el contexto del despliegue de la necropolítica en el gobierno neoliberal periférico.

LA CALENTURA

La reacción que tuvieron niños y adolescentes cuando los del otro lado del puente intentaron cruzar es exactamente la misma interacción a la que Candela

107 Las comunicaciones con Candela se realizaron en Cartagena durante el año 2015.

hace alusión cuando me dice: “el que se meta contigo tiene que primero pelear conmigo”. La integración de los jóvenes en Rafael Núñez está de tal modo influenciada por el territorio que, independientemente de estar o no a favor de la violencia, la cohesión que genera la identidad colectiva no los hace indiferentes al cuidado de la comunidad.

Cualquiera que no pertenezca a Rafael Núñez o sea reconocido como extraño suele ser etiquetado como enemigo. Tal es la relación socioespacial de los jóvenes con estos códigos que incorporan desde pequeños en su subjetividad y los corporalizan en su sociabilidad. Aquella retirada forzada se dio porque ellos no contaban con que hubiera más de una docena de personas jugando fútbol y observando a lo lejos el posible enfrentamiento. El código ético de la periferia es claro: cualquiera que intente irrespetar el territorio se las tiene que ver con todos aquellos que lo integran.

En repetidas oportunidades presencié la misma escena de provocaciones: piedras, cuchillos, groserías, agresiones, etc. Mientras esto sucedía yo me encontraba con Candela, Leonardo o Roberto en el parque. Ninguno de ellos se involucraba: “Compa, eso lo hace uno cuando joven, de niño, matarse por nada”, repetía con frecuencia Leonardo burlándose de aquellas escenas:

¿Para qué nos vamos a poner a tirar piedras y hacernos matar o partir la cabeza por nada? Eso se lo dejamos a los chiquiticos, pero igual toca estar en la juega, pendiente de que no se metan aquí porque así sí me meto yo y no tengo miedo de matar a nadie.

Solía recorrer el parque con Candela mientras él fumaba marihuana. Su primo, sus amigos o conocidos llegaban siempre a compartir sus historias con nosotros. “A las seis de la tarde yo estaba cuidando los materiales de construcción para las gradas de la cancha de fútbol, aquí con el socio [señalando a Sebastián], cuando de repente sonaron seis tiros: pau-pau-pau”, recuerda Candela; “luego los niños que jugaban fútbol, todo el mundo se desapareció del parque”. “¿De dónde vinieron los tiros?”, le pregunté: “Allá, del otro lado del puente, en el Tancón”, respondió.

Minutos después de los disparos, Candela ya sabía lo que había sucedido: “¡Hey, hey, lo mataron, mataron al Baba!” replicó él imitando a los niños que sorprendidos difundieron rápidamente esa noticia en el barrio: “Al fin mataron al pirobo [persona despreciable] ese”, sentenció con rabia Candela cuando le pregunté sobre la identidad de la persona a la que habían matado. La vida delictiva de los bandidos, al igual que su muerte, tiende a transformar su figura en un mito creado por la admiración o el terror hacia sus prácticas criminales

y su capital delictivo. El Baba era un bandido famoso, una leyenda viva: “una porquería de persona”, afirma Candela. Temido o respetado por muchos en la comunidad, Candela lo quería ver muerto hacía años, mientras que Mini Z lo admiraba por ser un forajido de la justicia. Desde ambas perspectivas, rencor y rabia o respeto, la representación de esta figura parte del terror. El miedo que durante años Baba infundió en la comunidad es el resultado de un largo proceso de acumulación criminal, de la eficacia simbólica en la que el capital delictivo se incorpora y masifica en el imaginario colectivo.

En cuestión de minutos Candela supo con detalle todo lo relativo a su muerte. Los niños lo nutrieron de información. Conforme pasaba el día se encontraba con personas que le agregaban datos al reconstruir la escena del crimen desde eslabones dispersos. Un asesinato no pasa desapercibido en la periferia, y menos el de un famoso bandido. La muerte, al igual que el sufrimiento y la violencia en general, además de constituirse en un espectáculo casi pornográfico, muestra el funcionamiento interconectado y fluido de mecanismos de interacción, comunicación y socializaciones presentes en la periferia, a modo de una acción que dispone al sujeto en una posición de actor-red. Decenas de personas esperan con ansiedad presenciar el espectáculo sanguinario y primitivo de las pandillas cuando estas se enfrentan; incluso, son motivadas con gritos, presionadas, empujadas al combate.

Mini Z fue la primera persona que informó a Candela y al resto de conocidos sobre la muerte del Baba. Sistemáticamente, esa escena de terror fue reproduciéndose por medio del rumor. Una tarde de octubre de 2015, mientras Candela fumaba su cigarrillo de marihuana, llegaron Cápsula y Sebastián¹⁰⁸ a acompañarnos en el parque: “Hey, Candela, ¿sí supiste que mataron al Baba?”, exclamó Cápsula; “Lo mataron por faltón [traidor]”, respondió Candela. Yo no conocía la historia del Baba; los demás sí. Su temida y odiada reputación era resumida por ellos de la siguiente manera: “El Baba y toda su gente del otro lodo son unos faltones”. El nivel de desconfianza, riesgo e irrespeto que producía este personaje en los demás se debía a que transgredía los básicos códigos que la ética del honor y las pandillas imponen en sus territorios, por ejemplo, no robar a las personas que habitan en el sector. Cápsula continuó con el relato:

Préstame atención, Candela. Yo estaba por la otra calle cerca al Tancón, trábandome [fumando marihuana] en la casa de Randy, cuando vi pasar a unos manes que iban a cruzar esa calle y no la cruzaron, sino que se fueron por la otra calle, al rato fue que sonaron las ráfagas de tiros.

108 Las comunicaciones con Cápsula y Sebastián fueron en Cartagena durante el año 2015.

La calle que no cruzaron los sicarios que mataron a Baba era la frontera que separaba a Rafael Núñez del sector Tancón; por esa razón cambiaron de dirección. El haber ingresado por esa calle hubiera desencadenado un intercambio de tiros. Antes de irse y terminar el cigarrillo de Candela, Cápsula advirtió a todos: “La calentura; la vaina está bien caliente, parceros”.

Calentura, expresión que la mayoría de habitantes en Rafael Núñez repite como si se tratara de un mantra. “Está caliente el barrio”, “No te metas por ahí”, “Acaban de matar a alguien en la otra calle”, “Ayer hicieron tiros en tal lugar”, son algunas de las comunes frases de advertencia que se suelen decir y escuchar en Rafael Núñez, al igual que en gran parte de Cartagena. Categoría de origen popular usada extensamente en la periferia, el término *calentura* se emplea metafóricamente para describir los diferentes niveles de violencia presentes en las consideradas zonas rojas, sectores, calles o esquinas; entre más alta sea la percepción de la violencia, es mayor el nivel de *calentura*, según lo indica ese subjetivo termostato del peligro.

Hipotéticamente, el hecho de que casi todos los días hubiera enfrentamientos entre pandillas indicaría un alto grado de peligrosidad; no obstante, esto no era del todo cierto. El nivel de *calentura* difiere de acuerdo con la población y el espacio. En general, para el resto de la ciudad la percepción de *calentura* tiene otro nivel de recepción e incidencia en el desarrollo de su vida cotidiana porque la frecuente exposición y la interacción crónica con el sufrimiento y la violencia se han naturalizado de tal forma que la tolerancia adquiere niveles particulares y únicos, como los que he observado en el caso de Rafael Núñez. Describir desinteresadamente la violencia cotidiana, apreciar o burlarse del sufrimiento ajeno son rasgos que, cínicamente, la economía de la tortura moderada¹⁰⁹ ha impulsado a gestar desde adentro con las fuerzas que motivan las formas en que se presenta la violencia urbana; y desde afuera, con el constreñimiento estructural del gobierno neoliberal, entendiendo el dolor como una constante

109 Esta categoría nace de una etnografía realizada sobre sujetos que participan en los test de medicamentos para la industria farmacéutica. Su autor, Roberto Abadie (2013, 14), dice que: “las compañías farmacéuticas dependen de sujetos pagados para probar un número de fármacos cada vez mayor que sale de sus ‘tuberías’. Los sujetos no ven su participación como un acto altruista, sino como un trabajo, un tipo particular de trabajo parecido a una economía de la ‘tortura moderada’ en la cual el dolor corporal, el aburrimiento y la obediencia son intercambiados por dinero”. En el contexto de Rafael Núñez, soportar dolor no es una opción de trabajo remunerado, sino una imposición crónica sobre sus vidas. Los tipos de sufrimiento que he podido observar en mi trabajo de campo me muestran casi las mismas características de castigo que necesariamente deben padecer los sujetos de investigaciones clínicas. Retomo este concepto atendiendo a sus diferencias de origen y contexto; extraigo su agudo poder de análisis al escenificar las formas en que las instituciones o estructuras sociales crean condiciones de sufrimiento, padecimiento o tortura, suceda esto en ambientes controlados o no. El dominio histórico de la cultura del terror tiene como uno de sus elementos principales la tortura física, emocional o psicológica de las poblaciones que la conforman.

en la construcción cognitiva, vital, emocional, espiritual y cultural en la vida cotidiana en los enclaves de relegación urbana.

La Cívica ayudó a disminuir la percepción de calentura, pero no ha pasado lo mismo en los sectores vecinos. Por esa razón, la muerte de Baba no representó el fin de una era del terror expuesta por la figura icónica de este bandido, sino la expansión de la delincuencia. Un día después de su muerte volvieron los enfrentamientos: “De los diez días que llevo trabajando aquí, cuidando materiales de construcción, esa gente nunca había peleado”, comentó Sebastián; y Candela respondió: “Eso fue porque mataron al Baba”. “Pero ¿quién lo mató?”, pregunté abiertamente. Tras unos segundos de silencio, respondió Cápsula: “Eso tuvo que ser un sicario”. Pensé que tal vez habría sido la policía, pero recordé que esta con frecuencia solo entra al barrio a recoger muertos.

Para Cápsula era claro que su muerte no era casual: “Ese man y su gente están robando desde anoche: él estaba caliente”, dijo él. Candela lo respaldó: “Ellos están calientes hace rato”. La muerte de los bandidos desde el punto de vista criminal tiende a ser explicada o justificada moralmente: haber sido “faltones”, no haber respetado las fronteras ni los códigos de la calle; mientras la comunidad celebra que exista un bandido menos, la policía se limita a hacer registro del cadáver e indaga superficialmente los motivos del crimen. Así se justifica su eficacia; el brazo militar de la necropolítica sustituyó la deficiente gestión del Estado. “Ellos estaban calientes hace rato, anoche hicieron como cinco o cuatro robos por el mismo pedazo”, concluyó Cápsula. “¿Quieres decir que robaron adentro o fuera del barrio?”, pregunté. Candela respondió exaltado: “Allá mismo en su sector”. A Baba no lo controlaba nadie, ni siquiera la policía; acusado de haber cometido decenas de robos y homicidios, entraba y salía de la cárcel cuando quería porque el sistema penal no contaba con las pruebas suficientes para inculparlo. Cápsula dedujo que habían sido “sicarios” sus asesinos, pero Sebastián y Candela tenían otra teoría:

Sebastián: Por ahí escuché que le quitaron 1 200 000 [400 USD de 2016] el día del evento que hizo Luis en la otra calle.

Candela: Seguro Luis y su gente les pusieron la trampa. “Vamos a ponerlos a que nos roben”, habrán pensado ellos.

Sebastián: Claro, por esa razón les pusieron la moto.

Cápsula: Seguro que eso fue lo que pasó.

Sebastián: “Vamos a ponerlos a que nos roben y apenas vengan les caemos encima”, claro, así fue lo que pensaron esos manes.

William: No sabía que lo que iba a robar el Baba era una moto.

Sebastián: Claro, él y el otro que cayó herido iban hacer eso.

Cápsula: Esos manes hasta dan la oportunidad para que los cojan fácil.

Candela: Están tan calientes que la gente ya pierde el miedo, se cansan de esos bandidos y entre ellos buscan la forma de acabarlos.

Sebastián: Eso fue un plan elaborado, “Vamos a dejárselas fácil y apenas den la espalda, paf”.

Candela: Y le pegaron sus dos tiros al otro y al Baba, como cinco.

Cápsula: A ese man hace rato que le estaban haciendo inteligencia para matarlo. Lo más probable es que hasta la Sijín estuvo involucrada.

William: ¿Eso puede suceder?

Candela: Esos son los que hacían limpieza anteriormente.

Cuatro o cinco robos en una misma zona, identificar al asaltante y que la policía no pueda hacer nada para detenerlo por vías jurídicas agotan la tolerancia de la población. Pero el miedo a denunciar por la posibilidad de sufrir represalias y la inoperancia del sistema penal colombiano, sumados a las estrategias de evasión utilizadas por los bandidos, facilitan su supervivencia y el *continuum* de su *habitus* delictivo. Ante estas circunstancias se sienten invencibles. Sin embargo, la comunidad puede recurrir, paralegal o extralegalmente¹¹⁰, al uso de mecanismos de castigo más eficientes y justos. El robo de 1200 000 pesos recolectados por Luis en una fiesta comunitaria pudo haber sido el detonante moral para que personas cercanas a organizaciones paralegales o extralegales tomaran la iniciativa de acabar finalmente con el problema que Baba representaba para la comunidad.

110 A lo que anteriormente se hizo referencia como “limpieza social”.

PARANOIA, MASCULINIDAD, SUFRIMIENTO CRÓNICO

El nivel de paranoia que experimenta Candela en relación con la seguridad lo obliga a portar casi siempre un machete entre su ropa; lo mismo hacían la mayoría de jóvenes a quienes conocí alguna vez en el parque: llevaban consigo navajas, cuchillos o revólveres. Presumían ese tipo de armas ante los demás, incluso, ante mí. Como sus enemigos suelen estar rondando por Rafael Núñez, ellos deben estar preparados ante cualquier riesgo. Los ataques no tienen horario fijo, pueden suceder en el momento y lugar menos esperados.

Pero Candela era mucho más radical y performático que cualquier otro joven que haya conocido. Escondía su machete entre la ropa y con frecuencia jugaba con este cuando estábamos en el parque; exaltado, lo golpeaba contra el suelo de forma amenazante, instigando, provocando, imitando los previos instantes de una pelea imaginaria contra otra persona. Una demostración desmedida de su masculinidad relacionada con la agresividad y la violencia.

Un viernes en la tarde, antes de proyectar una película, me lo encontré cerca de la casa de Martín. Él venía del parque; se detuvo a mirar los equipos y me dijo: “¡Parcero!, ¿qué es lo que vas a hacer ahí?”; mientras yo le respondía, él se acomodaba el machete en su cintura: “¿Puedo ir?”, me preguntó. “Claro que sí, incluso con ese machete ahí escondido te espero luego”, respondí bromeando, pero para él no se trataba de ninguna broma. Mirándome fijo y bravo me explicó: “Este machete me lo prestaron; el mío es más grande. Ese machete corta pata, brazo, cabeza, lo que sea”.

William: ¿Y eso que dices lo has hecho aquí, cortar cabezas, brazos, piernas?

Candela: Aquí no, pero tú sabes, cuando toca, toca.

William [en broma]: De tú parte no lo dudo, espero que no lo hagas aquí.

Candela: Yo he dado puñaladas y todo eso, pero relajado, sin demasiada violencia. Yo tengo un changonazo aquí en el brazo izquierdo; mira, se puede sentir aún el balín de la bala aquí dentro de la piel.

Candela me indicó con su dedo el lugar exacto donde estaba ese disparo.

Candela: Tengo otro por acá [señalando la costilla izquierda], tengo otros tres por acá [señalando su espalda]. Tengo varios. Esos me los pegaron aquí cerca.

William: ¿Cerca de dónde?, ¿en la esquina?

Candela: No, justo ahí en frente de la casa del pastor Martín.

Para mí fue impresionante sentir esas balas bajo su piel, pero para él aquello no tenía mayor importancia. Su cuerpo y el de muchos otros jóvenes en Rafael Núñez se encuentran marcados por cicatrices ocasionadas por apuñalamientos, tiros o machetazos, o fracturas de cráneo por golpes con piedras. Un día Mini Z me mostró orgulloso una larga cicatriz en su cabeza que le hizo un vecino; su hermano días antes había sido lastimado en un ojo, casi al punto de perderlo. Así, desde muy pequeños, los niños progresivamente acumulan heridas en su cuerpo. Estas son las principales heridas que sufren los jóvenes en su moderado proceso de tortura al involucrarse en la dinámica violenta de las pandillas. Candela continúa hablándome sobre sus heridas:

Candela: Ese día yo estaba ahí con un amigo cuando sentimos un disparó, ¡plop! Mi amigo cayó enseguida al suelo. Le hicieron un hueco abajo del brazo.

William: Tuviste suerte, esa bala no iba para ti.

Candela: No iba para mí; donde hubiera sido para mí me mata enseguida, pues yo estaba dando la espalda a la carretera, pero ¡qué va!, no fue y yo le dije al que disparó: “¡Marica, hijueputa, eres una loca!”. Se fue en una moto. A mi amigo lo cogimos, lo montamos en una moto y se lo llevaron enseguida para el hospital. Yo me quité la camiseta para que mi mamá no me viera la sangre.

William: ¡Increíble!

Candela: Yo me secaba con la camiseta el poco de salpicaduras de sangre que tenía encima; ¡man!, qué experiencia bien hijueputa.

William: ¿Y qué fue de tú amigo?, ¿sobrevivió?

Candela: El parcero al hospital, no sé, parece que se murió. Pero eso no es nada, yo me cogía los huecos donde me habían entrado los balines y me los exprimía para sacarlos.

La cara que puso Candela al describir esa escena me produjo escalofríos; aunque fueran heridas dolorosas y un suceso impactante, para él no lo eran. Su miedo, aunque ridículo, era el de que su madre lo viera manchado de sangre. No se preocupó por ir al hospital para que le curaran las heridas; él mismo se extrajo los perdigones del disparo. Describió con orgullo y detalle su tolerancia al dolor, al igual que el desinterés por la vida de su amigo. Sin embargo, esta apatía por la salud no es casual; acceder al servicio médico implica someterse a las

lógicas de control y dominación de los sistemas de salud y policial colombianos, engorrosos procesos burocráticos que él no está dispuesto a aceptar. El hecho de no contar con los documentos que certifiquen su condición de clase precaria reduce sus posibilidades de cuidado médico, lo que lo lleva a padecer de otra forma la tortura de la espera y, a su vez, lo deja expuesto al escrutinio policial. La falta de documentación que acredita la ciudadanía y el empadronamiento dentro de los programas de gestión de la pobreza (implementados por las políticas neoliberales), para cubrir derechos básicos en la población desposeída, con frecuencia afecta a jóvenes que como Candela se sitúan en las márgenes de la ley.

El desinterés por sus heridas y su tolerancia al dolor eran vistos entre sus amigos como señales de respeto y hombría; una historia más para contar mientras se fuma marihuana en el parque exhibiendo cicatrices, signo de triunfo. Entre mayor sea el número de heridas en el cuerpo, el respeto y la admiración que reciben de otros aumentan. A muchos de ellos, las heridas que han recibido no les impiden alejarse de los conflictos, sino todo lo contrario, aumentan su involucramiento porque, al recuperarse, su tolerancia al dolor tiende a incrementar, así como el desinterés por su vida y su sed de venganza.

El 5 de febrero del 2015 registré un encuentro accidental que tuve con cinco jóvenes en una popular playa de la ciudad. Cuando pasé a su lado ellos me pidieron papelitos (sedas) para armar cigarrillos de marihuana. Yo no tenía, pero había aprendido a crear pipas con latas de cerveza observando a los usuarios de *crack* en una investigación anterior (Álvarez 2015). Así que tomé una lata tirada sobre la arena y les enseñé.

Me senté con ellos y al cabo de diez minutos entramos en confianza. Les dije que estaba interesado en conocer lo que sucedía con las pandillas de los barrios periféricos; afirmaron ser parte de una y que el tema de sus peleas era algo naturalizado en su cultura callejera. Antes de salir a la playa habían tenido un encuentro con una pandilla rival y el día de ayer les habían disparado cinco veces. Ellos me muestran con orgullo sus heridas; uno tiene la pierna izquierda deformada por una fractura. Él mismo dice que el otro amigo tiene varias puñaladas en su cuerpo. Me las muestra. Estaba marcado con cicatrices en muchos lugares. Luego afirma que al más flaco del grupo [señalándolo] le han pegado un tiro en la pierna. Me muestra los orificios de bala; desde la pierna derecha hacia la izquierda la bala atravesó el muslo hasta incrustarse en la otra pierna. Enseguida, otro chico me muestra el perdigón de un tiro de escopeta alojado en su espalda. Por último, el más grande de ellos me muestra una larga cicatriz en su cabeza.

En diciembre del 2014 a uno de sus integrantes lo habían matado a tiros. Me invitaron a que conociera su pandilla llamada Los Pakistaníes. “Llega donde nosotros, la pasamos en la esquina del Divino Niño”, me dijeron al despedirse. Jamás los volví a ver, pero las marcas en su cuerpo ilustran el mismo proceso de sufrimiento y tortura moderada que ha experimentado Candela.

“PLOMO ADENTRO O AFUERA”

Candela ha sido uno de esos tantos jóvenes que se unió al Ejército Nacional para alejarse de las dinámicas y formas de violencia de las pandillas, de la vida de bandido que llevaba o le esperaba en el barrio. Él y Cápsula tuvieron esa experiencia. Así me lo describieron a finales de abril de 2016 cuando me los encontré fumando marihuana al frente de una casa abandonada cerca del parque:

Candela: Yo fui militar, o sea, fui soldado regular.

William: ¿Hace cuánto tiempo fuiste militar?

Candela: Eso fue como en el 2011, ¿sí o no Capsula?

Cápsula: Claro, fue en esas fechas, ya uno se conocía de acá.

Candela: Ya nos conocíamos por acá y todo. Y nosotros ingresamos a la fuerza militar en el 2011 y terminamos en enero del 2013.

William: Pero ¿ustedes se fueron al Ejército para prestar el servicio militar obligatorio?

Candela: ¿¡Servicio obligatorio!?... Nada, ¡yo mismo me regalé!

Cápsula: Yo me regalé también, yo me regalé porque estaba muy caliente y escuché decir que estaban reclutando. Yo me dije: “Ahora me voy es para el Ejército para ver [risas] si se pasa la calentura que yo tengo por acá”; eso fue lo que me pasó a mí. Yo mismo me regalé y allá uno se convierte, ya te digo, en bandido, pero del lado la ley [risas].

Candela: ¡Qué vaina!, cuando sales de ahí, acá afuera es como otro mundo. Allá adentro todo el mundo estamos armados y eso es un entierro diario. Esa es la trampa de los entierros. No tienes escapatoria de salir del cajón; o te echan plomo adentro o afuera.

“Plomo adentro o afuera”. ¿Qué diferencia hay entre el Ejército y las calles de Rafael Núñez? Ninguna. Justamente días después de haber terminado el servicio militar (en 2013) su amigo recibió el disparo por la espalda. Para personas de bajos ingresos, después de terminado ese tiempo existe la posibilidad de ingresar en la carrera militar sin costo, pero Candela prefirió volver al barrio donde paradójicamente se ha encontrado con una realidad peor a la vivida en el Ejército. Similar al régimen militar, en Rafael Núñez tampoco tiene posibilidades de salir porque las barreras simbólicas, materiales y estructurales de la ciudad son mucho más restrictivas, incluso, que los muros de los batallones y guarniciones militares.

A pesar de que Rafael Núñez no está rodeado por guardias ni controlado por un estricto régimen militar, para muchos pandilleros parece que sí lo estuviera. “Yo me regalé porque estaba muy caliente”, afirmó Cápsula. Ambos se regalaron para escapar del barrio: Candela, porque necesitaba la libreta militar y ya estaba cansado de tanta pelea; Cápsula, porque su vida corría peligro. Pero nada de lo anterior ha cambiado. Candela no puede salir de Rafael Núñez, no tiene trabajo ni dinero, al igual que Cápsula, quien continúa teniendo enemigos en los alrededores. Por lo menos en el Ejército Candela no se preocupaba por comer; en cambio, alimentar a su familia se ha convertido actualmente en su principal preocupación.

Como he mencionado, la mayoría de los jóvenes en la periferia tienen la creencia de que después de haber estado en el Ejército sus vidas mejorarán. Creen que ahí aprenderán a tener disciplina y a ser ciudadanos correctos ante la norma y la ley. No obstante, después de terminado su ciclo en la institución, Candela afirma:

Allá es donde está la propia malicia, allá es donde está la propia maldad. El soldado es más coleteo [bandido] que cualquiera. ¿Qué hace la ley? La ley requisa al que sea. Ellos llegan aquí y te ven que estás tranquilo fumando un tabaco de marihuana y te tratan mal, creen que estás vendiendo droga, pero yo no sé qué se creen ellos si allá dentro también se consume bastante droga.

“Ustedes que estuvieron en el Ejército, ¿qué aprendieron allá y qué tipo de personas encontraron?”, les pregunté. Candela respondió: “Allá adentro aprende uno supervivencia, ¡man!; de toda clase de cosas aprende uno y no precisamente las mejores. Allá encuentras de todo, gente como uno, de barrio... pura lacra”. En otros términos, Candela se autodefine, reconoce y generaliza la condición social de sus semejantes como la de un lumpen, parias urbanos que no tienen otra opción en la vida sino engrosar las filas del Ejército, una de las

pocas opciones que les ofrece el limitado horizonte laboral que la debilitada cobertura del Estado social dispone para la población joven en los territorios de relegación urbana.

A pesar de todo, Candela finalmente consiguió su anhelada libreta militar para poder trabajar, aunque hasta hoy no le haya servido de nada. Comparando escenarios diferentes, Sebastián, quien prestó servicio militar en 1988, analiza la experiencia de su generación en relación con el mercado laboral y el contraste con lo que tienen que enfrentar los jóvenes en el presente:

Aquí... no tiene uno nada. Todo el mundo sale en la misma situación a la calle con la libreta. La libreta no sirve para nada. En mi época importaba y ayudaba a conseguir trabajo, a pesar de que no era obligatoria. Hoy en día lo es, sin libreta no te dan trabajo, pero no hay trabajo para nadie, menos cuando se es pobre.

Hace pocos años fue abolida la norma que obligaba a todos los hombres en Colombia a tener ese documento¹¹¹ para acceder a un empleo. A principio de la década de 1990 no era exagerado comparar la libreta militar con un título académico; en palabras de Sebastián:

Es un cartón militar que tiene peso por lo que significa en Colombia la guerra, pero ahora te toca tener otro papel para trabajar de cualquier cosa. ¿Tú ves por ejemplo que hay manes que hacen cursos de vigilancia y no son militares? Anteriormente tenías que ser militar para hacer ese curso.

A diferencia de Candela, Sebastián sí tuvo mejor suerte; trabajó en varias empresas de seguridad al final de las décadas de 1980 y 1990.

Lo que ninguno de ellos tiene presente es que, conforme las regulaciones sobre el trabajo se transformaban en Colombia durante la década de 1990, las exigencias laborales incluían necesariamente certificaciones profesionales de mayor calidad. Las dinámicas e imposiciones de las lógicas de mercado global y el capitalismo flexible aceleran la división profesional del trabajo en la tardía modernidad periférica, a la vez que amplían la exclusión socioeconómica y laboral en las poblaciones más pobres. El elevado costo de la educación técnica privada, los limitados cupos en instituciones públicas y la precaria condición material en la que viven miles de jóvenes en Cartagena condiciona sus opciones de vida ante un ya delimitado horizonte estructuralmente orquestado para

111 Mediante el proyecto de Ley 189 de 2016 del Senado se derogó la libreta militar a los jóvenes mayores de dieciocho años para acceder a un empleo.

empujarlos hacia las márgenes. Irónicamente, la tan anhelada libreta militar no le sirvió de mucho a Candela; no tiene trabajo y hay días que no tiene dinero ni para comer.

EL EJÉRCITO COMO ESCUELA CRIMINAL

Aunque La Cívica no haya solucionado del todo la violencia en el barrio, desarrolló procesos alternos que según Martín sirvieron de base para ayudar a cambiar la mentalidad de los jóvenes y abrió sus posibilidades laborales ante un escenario restringido mayormente a dos opciones: seguir en la dinámica de las pandillas o ingresar al Ejército. En octubre del 2016, Martín, optimista, reflexionaba al respecto:

Muchos de nuestros jóvenes están en el Ejército, otros están presos y muchos otros muertos porque no quisieron cambiar, pero ahora es diferente con La Cívica; en los últimos meses se ha visto el cambio en el barrio. En estos momentos la máxima posibilidad de los jóvenes era acceder al Ejército o a la tumba. Aquí lo que hacemos es trabajar con la cabeza de ellos.

Ambas opciones tienen altas probabilidades de llevar a los jóvenes por el mismo camino que menciona Martín: la muerte. No obstante, cada una de estas alternativas revela las ambiguas realidades sociales que la gestión de la pobreza del Gobierno neoliberal ofrece para un fragmento de la población. Se trata de dos extremos estructurales del Estado en los que la necropolítica funciona en un doble sentido: por un lado, a través de la exclusión que produce la economía política de las instituciones legales/formales dominantes, y, por otro lado, de las estructuras sociales del campo transversal de la economía política informal/ilegal. Las consecuencias de esta asfixia estructural reconvierten el despliegue externo de las acciones criminales y el capital delictivo en una fuerza excedente que se filtra desde adentro de las instituciones. Los escasos requisitos que exige el Ejército para su ingreso (la conclusión del ciclo escolar) lo confirman.

La decisión de los jóvenes de regalarse al Ejército para intentar huir de la muerte que les espera en la periferia muestra la desesperante y asfixiante situación en la que se encuentran. Esta pérdida de sentido y valor de la vida no solo lleva a que muchos de ellos decidan ingresar al Ejército o permanecer en una pandilla; la necesidad de encontrar un espacio de identidad o asociación colectiva en donde canalizar su furia es consecuencia de ese largo proceso de relegación sociohistórica, incrementado en la medida en que la globalización y

el capitalismo flexible modelan las reformas políticas y económicas del Estado. Muchos de los jóvenes a quienes conocí en Rafael Núñez, conscientes de este camino sin salida, reflexionaban críticamente sobre la validez y pertinencia de ser parte de la institución militar para hacer carrera al observar su propia decadencia. Desde un sentido práctico, instrumentalizan esta formación de modo individual, para mejorar, ampliar o potenciar sus habilidades y capital delictivo. Señala Martín:

Mira lo que hace la juventud. Ellos se van para el Ejército a los dieciséis años, aprenden a coger un arma de fuego, luego regresan con lo aprendido y con lo que han ganado les da para comprarse un revólver para así quedarse en las esquinas y robar. Es decir, las entidades gubernamentales se han encargado de ser una base que prepara al pueblo para delinquir, primero, de una forma legal; después, de forma ilegal. Yo he hablado con muchos jóvenes que me dicen: “Es que yo me voy al Ejército y al volver regreso preparado”. Ellos ni siquiera piensan en quedarse para continuar siendo soldados profesionales o suboficiales, no, el 99 % de ellos regresan al barrio y forman gobiernos en el sector desde una posición criminal.

Después de ir y volver del Ejército, los jóvenes se sienten lo suficientemente preparados para enfrentar el nuevo escenario de guerra que se cocina en las periferias urbanas de Colombia. La convergencia de diferentes actores y grupos armados desmovilizados y reensamblados después de los acuerdos de paz exige de su parte un nivel de formación mayor al que incorporan en su vida cotidiana, precario en contraste con la criminalidad avanzada que se aproxima en un horizonte no muy lejano. La adquisición particular de prácticas estratégicas, saberes y relaciones sociales que la institución total incorpora en los cuerpos y en la subjetividad de los jóvenes dinamiza una acumulación social de la violencia que se distribuye dentro de sus capitales simbólicos y culturales. Preparados militarmente para distanciarse o volver a entrar en las dinámicas violentas de las pandillas o el crimen organizado, la adquisición de ese capital cultural queda a libre disposición para su uso, cualquiera que sea el caso. Ello muestra la eficiente funcionalidad en que la máquina del terror (el Estado) distribuye su necropoder.

“UN DÍA Y UNA NOCHE EN EL CONGELADOR”

Nancy llevaba varias semanas esperando el momento oportuno para contarme una historia. El 6 de enero del 2016, después de almorzar con ella y su familia,

me narraría con detalle los acontecimientos alrededor de la muerte de la hija de Candela:

Nancy: Mami, yo a ella no la conocía porque en el tiempo de la historia que te voy a decir, ella tenía el cabello largo con trenza sintética, larguísimo, y ahora yo la veo sin trenzas.

Mamá: Sí, sí, era una pelaíta, una niña.

Nancy: Bueno, total, ella estaba embarazada. ¿Cómo cuántos meses tenía? Siete, ocho, se le veía la barriga grande.

Mamá: No, tenía cinco meses.

Nancy: Pero se le veía la barriga grande, solamente que se puso mal y se la llevaron. La bebé se le murió.

William: ¿Se murió?

Mamá: Ella no tenía documento de ninguna especie. Entonces, no se atrevían a llevarla al médico porque a estas alturas sin un carné, ni sisbenizada, no tenía Sisben¹¹².

Nancy: Pero fue también porque ellos no le comentaron a nadie, se encerraron en su problema.

Mamá: Ellos se encerraron en ellos mismos.

Nancy: Ella estaba enferma y a ellos les daba miedo llevarla a un centro de salud porque tú sabes cómo están las autoridades ahora mismo, y ellos se encerraron en su cuestión, porque si ellos llegan acá, que ellos siempre tienen confianza con nosotros, uno le hubiese colaborado. Pasaron los días y ella se fue empeorando; cuando ya la llevaron al hospital, no pudieron salvar a

112 El Sistema de Identificación de Potenciales Beneficiarios de Programas Sociales (Sisben) es una herramienta conformada por un conjunto de reglas, normas y procedimientos para obtener información socioeconómica confiable y actualizada de grupos específicos en todos los departamentos, distritos y municipios del país. Lo que se busca con la información que arroja el Sisben es focalizar el gasto público para garantizar que el gasto social sea asignado a los grupos de población más pobres y vulnerables. El objetivo central es establecer un mecanismo técnico, objetivo, equitativo y uniforme de selección de beneficiarios del gasto social para ser usado por las entidades territoriales. Mediante la aplicación de una encuesta, permite identificar a los posibles beneficiarios de programas sociales en las áreas de salud, educación, bienestar social, entre otras. El Sisben es la puerta de entrada al régimen subsidiado.

la niña. Bueno, total, se murió. De repente, vienen Cindy, ¿tú sabes quién es Cindy? La hermana gorda de Candela.

William: Sí.

Nancy: Bueno, total que viene ella acá, “Pastor, yo le voy a pedir un favor, lo que pasa es que para que hable con el Candelario mi hermano porque ahora se le ha metido que va a enterrar a la niña en el patio de su casa”. Mira tú eso, Candela iba enterrar a la bebecita en el patio.

William [sorprendido]: Entonces, los del hospital le entregaron la bebé.

Nancy: Sí, claro, allá en el hospital la entregaron porque si se murió, ¿qué iban a hacer en el hospital? Entregaron a la bebé para que obviamente la enterraran y él lo que iba a hacer era enterrarla en el patio. Ella vino acá a preguntar que si eso se podía y yo le dije que no. Él quería que papi orara.

Mamá: Quería que rezáramos por ella y le echáramos agua bendita.

Nancy: Tú sabes que la Iglesia católica reza por los muertos. A la niña no la bautizaron, ese es el cuento. No sé si tú sabes el cuento de los católicos. Total, yo le dije que no, que ellos no podían, ellos no podían enterrarla en el patio, porque eso era ilegal, se podían meter en problema que eso es ilegal. Entonces se me da por preguntarle a Cindy dónde tenían a la bebé, imagina: ¡en el congelador!, ¿tú puedes creer?

William: ¿En el congelador?

Nancy: Sí, para que no se descompusiera la pusieron ahí, mientras solucionaba el problema.

Mamá: Demoró un día y una noche en el congelador.

Nancy: Un día y una noche en el congelador donde tenían los alimentos. Fíjate, o sea, ella en el dilema de que el hermano la quería enterrar en el patio y ella no; y la mujer se la quería llevar para el pueblo. Ellos son de un pueblo, ¿cómo es que se llama el pueblo, mami?

Mamá: Villanueva.

Nancy: Ella lo que hizo fue que la metió en el congelador para que no se descompusiera.

William: Y entonces, ¿qué hicieron con el cuerpo?

Nancy: Cuando ellos vinieron acá, nosotros le explicamos legalmente en el problema que se metían, él muchacho entendió y se fueron para el pueblo y la enteraron allá.

William: ¿En qué se llevaron el cadáver?

Nancy: Se lo llevaron en una cajita, una cajita de cartón, como esa donde vienen los electrodomésticos.

Mamá: Hija, parece algo como tan...

Nancy: Tú no vas a meter un muerto en un congelador. Eso es ignorancia.

Mamá: ¡Que ignorancia tan grande!

Ambas mujeres se sentían tristes mientras me relataban lo anterior. En este punto, la posición social en que Candela se encontraba era en las márgenes del Estado; sin identificación ni afiliación al sistema de selección de beneficiarios para programas sociales (Sisben) diseñado por el Gobierno para cubrir las necesidades básicas de la población más pobre, sus opciones de asistencia se reducían a cero. Su esposa tenía dieciséis años cuando estaba embarazada; ella tampoco tenía documentos, dependía completamente de él. Candela sentía miedo, pensó que lo podrían llevar a la cárcel por el hecho de estar relacionado con una menor de edad. Sin dinero ni paciencia para gestionar sus documentos de identidad, alargaba su miseria y la de su compañera; una tortura obligada cuando se es condicionado a ser un paciente del Estado en esas circunstancias.

Preocupado por sobrevivir al no tener fuentes de ingreso, las restricciones de movilidad interinstitucional derivadas de su precariedad material lo mantenían al margen de las políticas de control de gubernamentalidades introducidas en los dispositivos tecnológicos que gestionan la pobreza y la ciudadanía. Esto lo llevó al límite de la economía regulada de la tortura, espacio en que el sujeto se encuentra más allá del borde de su reconocimiento como ciudadano, más muerto que vivo; por esa razón, Candela padeció hasta el final todo el proceso de marginación, tortura y relegación que la violencia estructural sintetiza en

sus prácticas necropolíticas. Tomar la decisión de colocar a su hija dentro del congelador así lo demuestra. Su cuerpo, desde un principio desnutrido, padeció la tortura crónica de lo que denomino aquí *marginación avanzada*.

“¡Qué ignorancia tan grande!”, dice por último la mamá de Nancy. ¿Lo será? Claro que no. Conservar el cuerpo de su bebé en un congelador y desear enterrarlo en el patio de su casa fueron soluciones prácticas ante las restricciones impuestas por la forma jurídica, económica y religiosa a las personas que padecen de esa marginalidad avanzada, para resolver un problema lejos del campo de las formas jurídico-legales. Candela sufrió en secreto la depresión de la muerte, calló su dolor en silencio. Me sorprende que no se dejara vencer ante la precariedad y el padecimiento. Su mirada perdida y su impulsiva forma de reaccionar ante situaciones límite nos muestran un escenario donde no hay tiempo para el dolor. Trabajar, robar, drogarse, tener hambre y sobrevivir complementan la red de acciones que hacen que Candela permanezca anclado en un determinado territorio, construyendo un mundo al margen del Estado y la sociedad.

LA GESTIÓN MORAL DE LA PIEDAD Y EL NEGOCIO DE LA MUERTE

Candela pudo haber activado mediante la lástima, el dolor y su precariedad material la piedad de los otros; esto es, instrumentalizar su condición marginal para acceder a recursos, paternalismo y caridad de parte de las instituciones públicas y privadas. Pero él no lo hizo debido a su desconocimiento de la gestión moral de la piedad, sumado al orgullo masculino de la periferia; manipular las emociones y despertar la lástima de otros se convierten en estrategias ajenas a la dimensión masculina. Con frecuencia son las mujeres quienes hacen uso de este recurso, conocimiento heredado o aprendido. Este tipo de caridad es una útil estrategia que funciona para superar las limitaciones materiales, activando mecanismos de ayuda humanitaria a través de la lástima. Nancy lo describe con detalle:

Nancy: Si yo no tengo dinero para nada, para pagar un entierro, acudo a la gente que está a mi alrededor. Tú no te puedes dejar morir por nada en el mundo.

Mamá: La verdad es que meter un bebé en el congelador sería mi última opción. Pero ellos no miran eso; su mente no llega al nivel de lo que realmente es el juicio.

Nancy: Ellos buscan la solución rápida.

William: Dirás, la solución más práctica.

Nancy: El pensamiento acelerado lo que trae es más inconvenientes porque cuando tú buscas la solución más práctica... Es la que te trae más problemas.

Mamá: ¿A dónde iría yo? En primer lugar, iría a la Alcaldía a que me ayudaran con la cajita para enterrar a la niña...

Nancy: Yo no hubiera recibido al bebé muerto. Yo les hubiera dicho que no tengo plata “y necesito que ustedes me ayuden porque yo no tengo, yo no puedo recibirlo así en una bolsa”.

Mamá [poniéndose las manos en la cara]: Grito, “ayúdenme, por favor”. Estás en el hospital, en el hospital buscan la forma de darte la cajita, una cajita pequeña, así blanquita, eso no vale mucho, o me pongo mal, hago un escándalo.

Nancy: Lo principal es no recibirlo. “No puedo recibirlo porque no tengo, porque no tengo dinero”.

Mamá: Yo me pongo a llorar, me pongo a llorar, digo que “yo no tengo, yo no tengo, yo no tengo; ayúdenme, ayúdenme, ayúdenme”, y cuando veo... cuando veo... ya debe estar la bebé metida en la cajita.

Nancy: Claro, ¿porque ellos qué van [a] hacer con ese cuerpo?

Mamá: Ellos tienen que buscarte la solución y a ellos les conviene porque así ganan dinero.

La necropolítica funciona tan eficientemente en Colombia, que incluso los cadáveres se convierten en otra pieza más del despliegue neoliberal en las instituciones, la economía y las organizaciones criminales, especialmente en pequeñas ciudades donde aún las relaciones de parentesco, compadrazgo y la función moderna/racional del Estado se encuentran atravesadas por sistemas de legitimidad tradicional (Weber 2014), además del disciplinamiento impuesto por organizaciones criminales, grupos ilegales y el necropoder que emerge de la corrupción política. El cadáver como objeto de valor e intercambio alimenta el funcionamiento del mercado de la muerte y deja de lado a aquellas personas que no cuentan con seguro o dinero suficiente para cubrir gastos funerales, por ejemplo, los habitantes de calle. Nancy continúa:

Nancy: La Alcaldía les da bastante plata por ese trámite. Hay funerarias que están contratadas por las alcaldías.

William: No lo sabía.

Nancy: Tú no escuchaste una historia hace varios años, creo que si mal no estoy fue en La Guajira, los habitantes de calle amanecían muertos y la funeraria, que era la que tenía el convenio con la Alcaldía, se encargaba de enterrarlos. Vamos a ver que después hicieron una investigación y era la misma funeraria quien los mandaba a matar.

Mamá: ¡No es posible!

Nancy: Te lo digo porque yo ese día, cuando mataron el esposo de Tatiana, la mamá del bebecito con quien ando, bueno, yo fui quien la acompañó a hacer todos los trámites. Ya tú sabes que en la morgue uno comienza a esperar; como a él lo mataron con arma de fuego, estaban varias familias esperando no sé qué allá también. Al lado mío estaba un señor esperando el cadáver de un hermano. Comienzo yo a hablar con él, ese hombre había pertenecido a un grupo... A una bacrim [banda criminal]. Tenía no sé cuántos días, meses, de haber salido de la cárcel y era familiar de la funeraria que mandaba a matar.

William: Que hizo eso.

Nancy: Él me explicó todo, la cantidad de dinero que se mueve con la muerte. Me lo contó porque él comenzó a decir que era cristiano, pero ¡qué cristiano va [a] ser ese señor si fue un bandido!

¿Cuánto cuesta un muerto? Eso depende del valor del contrato entre los mercenarios a sueldo, la funeraria y la Administración pública. Los valores son usualmente inflados, especulados y tasados según la intermediación y los porcentajes de ganancia que cada actor involucrado determina. Las bacrim, organizaciones que surgieron luego del proceso de desmovilización de los ejércitos paramilitares (AUC), retomaron esta dinámica de coacción de la institución y las finanzas públicas, y continuaron así una economía política de la muerte desde una perspectiva empresarial.

DE BANDIDOS A SICARIOS, DE CARTELES A OFICINAS DEL CRIMEN

A Sebastián lo conocí por medio de Candela el 21 de octubre del 2015, cuando proyectaba una de las tantas películas que presenté para los niños de Olaya Herrera. Él ya me había visto, pero yo a él no. Hasta ese momento nunca habíamos intercambiado palabras. Tenía 47 años. Se autorreconoce como afrodescendiente. Es de contextura atlética. Hombre de pocas palabras.

Sin embargo, el grado de reflexión y profundidad de Sebastián sobre asuntos políticos y sociales era de los más maduros, coherentes y consistentes que haya podido registrar durante todo mi trabajo de campo. Durante el tiempo que interactuamos, paradójicamente era él quien me entrevistaba. Como Sebastián había recibido entrenamiento de contrainteligencia, dudaba de mí, de cualquier persona.

Su interpretación sobre la delincuencia rompía con los estereotipos que escuché desde el principio de esta etnografía por parte de Miguel Ángel y Alfredo, al describir al bandido como un sujeto rebelde y usuario de drogas. Advierte Sebastián: “En mi tiempo al bandido lo sacábamos por la cara, era el ‘care maluca’ al que se le tenía miedo”. “Entonces, ¿quién es y cómo se puede identificar al bandido en el presente?”, le pregunté y él respondió: “Es que ahora no se sabe quién es quién, cualquiera pone cara de bandido y anteriormente uno respetaba esa actitud”:

Sebastián: Ahora cualquier niño pone cara de bandido y mata, y hace lo que sea, pero no es que el niño sea malo, sino que es un gil. Él es un niño que todavía está empezando la vida, no piensa, quiere estar conspirando contra el mundo. Y se están muriendo temprano porque anteriormente los bandidos antes duraban; ahora se mueren muy jóvenes.

William: ¿Por qué?

Sebastián: Por acelerados, es que para ser bandido se tiene que ser inteligente.

William: Eso es verdad, al menos hacer las cosas bien.

Sebastián: Incluso para robar.

William: ¡Claro!

Sebastián: Pero para robar un banco porque una cadena de oro se la lleva cualquiera; un banco todo el mundo no lo roba, pero una cadena, una argolla, eso

aquí en Cartagena se ha visto hace rato. Tú sabes que eso es así. En el tiempo de antes robaban era oro, aquí no había plata ni nada de eso, pero ahora por una maricada [tontería] de esas que robes a alguien, una argolla, un teléfono, si tú vas corriendo alguno en la calle tiene una pistola y te mata. ¿Cuántos manes no han matado atracando? En la calle tú no sabes quién es, ¿sí o no?

William: Imposible de saber.

Sebastián: Antes sí se podía robar.

William: Parece que la inseguridad adquirió otro nivel.

Sebastián: No, es que antes no había sicarios.

William: ¿No había sicarios?

Sebastián: Cartagena era una ciudad segura.

“Antes se podía robar” porque “no había sicarios”, afirma él. Con una larga trayectoria como bandido, Sebastián tiene una clara visión del proceso y las transformaciones delictivas que ha vivido la ciudad en las última dos décadas. Los sicarios fueron el arma más letal que usó Pablo Escobar para asesinar a cientos de policías y civiles inocentes durante la guerra que libró el Estado colombiano contra el cartel de Medellín hasta su muerte el 2 de diciembre de 1993. Tenía siete años cuando vi el rostro de Pablo Escobar desangrarse sobre un tejado. Mis padres celebraron. Yo no. Observé la escena como cualquiera de los cientos de escenas parecidas que a esa edad ya estaba acostumbrado a ver en la televisión.

Explosiones de carros-bombas, atentados contra edificios y aviones derribados en el aire, gente llorando, gente sufriendo, imágenes de tristeza, cien, doscientos, trescientos muertos. No lo sé, había perdido la cuenta y apenas tenía siete años. Aquella palabra marcó a mi generación: *sicarios*. Escobar reclutó un ejército de jóvenes y los dotó con armas y motos, y puso precio a la cabeza de los policías en las principales ciudades del país. Jóvenes que en su mayoría no sobrepasaban los veinte años le sirvieron como carne de cañón para perpetuar su reino del terror y su política criminal. La muerte de Pablo Escobar no significó el final de la narcoviolencia, sino el nacimiento de una nueva era del crimen en Colombia.

Cartagena era una ciudad “sana” hasta que llegaron los sicarios. Esa es la tesis que sostiene Sebastián para explicar por qué ya “no se puede robar como

antes”. “¿De dónde vienen los sicarios?”, le pregunté. Él respondió: “De Medellín, Cali, de por allá de esas zonas, pero no solamente vinieron los sicarios; cuando esa gente llegó a ciudades como Barranquilla y Cartagena, también trajeron las oficinas¹¹³, toda su gente”. En resumen, los problemas de inseguridad y violencia en Cartagena y el Caribe colombiano llegaron desde otras ciudades y regiones del país, al igual que el crimen organizado, según su perspectiva de análisis. La estrategia fue simple, explica él:

Los Paisas¹¹⁴ llegaron aquí pagándole 1 500 000 [500 USD, de 2016], una moto y un mercado mensual para los pelaos que son malos en los barrios. Todo eso para que trabajen con ellos. Tú sabes que la malicia es de los barrios.

Sebastián fue invitado a hacer parte de esa organización:

A mí un amigo que ha trabajado conmigo me dijo para meterme en ese negocio; yo no le comí de presión y le dije que: “Todo bien, Abuelo, pero no”. A él le dicen el Abuelo. No lo apoyé en su oferta, pero me comentó lo que estaba pasando con esa gente.

Y finaliza diciendo: “Esa gente viene por venir al barrio. Esos manes han matado a un poco de personas, pero aquí ¿qué hay para ellos? Nada, ¿qué van a ganar si aquí no hay nada? Puras ganas de matar”. Con un perfil apetecido por esas organizaciones criminales, a diferencia de los más jóvenes, Sebastián mide el peligro de sus decisiones y sabe que al pertenecer a alguna de esas organizaciones ya no tendría forma de salir con vida. Esta circunstancia es comparable a lo que sucede en la MS-13 y la C-18, organizaciones criminales que adscriben a sus miembros dentro de un universo de códigos de comportamientos, arquitectura disciplinar sustentada en una política gubernamental, en contraste con los dispositivos de control y sujeción identitarios característicos de esas pandillas.

La desmovilización de los paramilitares (AUC) produjo grandes cambios en la estructura criminal de Colombia. Después de su formal desaparición no se tiene registro sobre este amplio contingente de personas vinculadas alguna

113 Nombre metafórico que se le ha dado a una organización o banda criminal que tenía como base operativa la ciudad de Envigado. El término hace referencia al modelo de ejecución de sus actividades ilegales: ordenar; planificar; coordinar sus estrategias, prácticas, personal, lógica y estructura; y desarrollar funciones internas/externas dentro del campo de la narcoeconomía.

114 Banda criminal que tiene como base operativa la ciudad de Medellín. La mayoría de sus miembros son provenientes de grupos paramilitares desintegrados.

vez con actividades delictivas. Con el fin del proyecto paramilitar surgieron otras organizaciones criminales que retomaron el vacío dejado por su fuerte estructura jerárquica. Una de las más conocidas hasta el momento de terminar mi trabajo de campo era la de Los Paisas, y otras tantas que se han transformado, terminado o unificado en los últimos años, lo que demuestra la vigencia residual del despliegue del capital criminal de estas organizaciones antes y después de su desmovilización. Sebastián me describió con detalle este proceso y sus redes de articulación con los sectores urbanos periféricos.

“Los Paisas aquí se acabaron; esa gente se calentó tanto que llegaron otros grupos que le dieron duro y la misma policía también. Ellos aquí sembraron el terror; se calentaron por esa razón, porque los de aquí no seguían su juego”. Escuadrones o grupos de limpieza social asociados con comerciantes y agentes del Estado, milicias paramilitares, bloques guerrilleros y ahora organizaciones criminales actuaron necropolíticamente en las periferias pobres de las capitales colombianas y decidieron quién vive o quién muere. Urabeños, Águilas Negras, Los Rastrojos y Clan Úsuga¹¹⁵ son algunas de las otras organizaciones criminales que emergieron después de la desmovilización paramilitar, lo que demuestra su continuo ciclo: adaptación, transformación, dinámicas corporativas, desarrollo de su capital, despliegue y contracción territorial en los ámbitos local y transnacional.

¿Cuáles son las razones de estas organizaciones para estar en la periferia? Desde el inicio de mi etnografía tuve la sospecha de que en Rafael Núñez había un lucrativo mercado de drogas, pero no. A pesar de existir una amplia red de microtráfico, el mercado y el consumo interno de drogas no tenían mayor importancia para ese tipo de organizaciones criminales: “en Rafael Núñez no hay un fuerte mercado, aquí la droga la cogen y la envían es para arriba [Estados Unidos] ¿Qué mierda les interesa cuidar a los del Clan Úsuga o a los Urabeños vender en estos barrios?”. Se cuestiona Sebastián y continúa: “Extorsionar comerciantes y buscar dinero sí, pero cosas grandes de droga aquí no se ve. De pronto llegará un cargamento en un carro o un camión, pero no más”.

Las organizaciones criminales ligadas al narcotráfico han desarrollado un *modus operandi* tan eficiente y de bajo perfil que dificulta su visibilización pública, la cual se evidencia en Cartagena y otras ciudades del Caribe en determinados casos de exposición mediática; la incautación de cargamentos de co-

115 Estas organizaciones, al igual que la oficina de Envigado, hacen parte del nuevo escenario de bandas criminales que operan en Colombia después de la desmovilización paramilitar. En 2016 empezaron a ser llamadas por el Ministerio de Defensa Nacional como grupos armados organizados (GOA). La transición de bandas criminales a grupos armados es significativa en la medida en que describe los reales alcances de estas organizaciones no solo en Colombia, sino sus conexiones y filiações intercontinentales.

caína en puertos marítimos, aeropuertos, barcos o en cualquier modalidad de transporte en ultramar desata el funcionamiento letal de su maquinaria criminal, y las muertes y ajustes de cuentas no se hacen esperar. La ostentación de poder, riqueza y exposición pública que los grandes carteles tuvieron en los años 1980 y 1990 quedaron en la historia. Sus sucesores aprendieron la lección. Las “oficinas tomaron su lugar”, pero ¿qué son y cómo operan?

Las oficinas son organizaciones que funcionan bajo un modelo corporativo y/o empresarial que gestiona la economía criminal en términos de eficiencia letal. Uno de sus principales objetivos es resguardar las rutas del narcotráfico desde su lugar de producción, distribución territorial y punto final de destino para el consumo nacional/transnacional¹¹⁶. Las ciudades del Caribe colombiano son importantes puertos de envío de cocaína hacia el exterior. “Así trabajan ellos; aquí en la ciudad se dedican a matar, pero ningún grupo puede ser muy grande. Si matan se calientan demasiado y eso no es bueno para el negocio”. Por ese motivo, las políticas criminales de esas organizaciones tratan de disminuir al máximo el impacto de sus operaciones urbanas. La guerra en la ciudad se libra de modo calculado: se mata lo estrictamente necesario para no levantar sospechas por parte de la policía ni alertar a la opinión pública.

Por medio de la explicación de Sebastián entendí que la calentura no es un estado de alerta que aplique exclusivamente para individuos o bandidos con alta trayectoria delictiva, sino también para pequeños grupos y organizaciones criminales a gran escala. La regla de oro en el mundo del crimen es no sobreexponer su funcionamiento, motivo suficiente para descartar su participación dentro de la economía criminal y violenta presente en las periferias. “Los paramilitares (AUC) se calentaron tanto que tuvieron que desmovilizarse”, comenta Sebastián. Desde su punto de vista, por esa razón fracasó su proyecto de refundar el Estado nación bajo su lógica de exterminio y control de la población, y a través de su política del terror y cooptación de las instituciones públicas, desde las bases hasta los puestos más altos en la jerarquía del Estado.

Las organizaciones criminales no tienen un interés directo en las periferias de la ciudad. Los Paisas, según Sebastián, se retiraron por dos razones: 1) “Nadie en Rafael Núñez les copiaba [los seguía]”, y 2) “Se calentaron demasiado”. A pesar

116 No obstante, investigaciones recientes por parte de la Policía han descubierto la participación de otras organizaciones nacionales y transnacionales en la mediación de este tráfico ilegal, bajo la modalidad de *outsourcing*. Organizaciones criminales colombianas o extranjeras (principalmente carteles mexicanos) contratan los servicios de pequeños grupos, bandas criminales o pandillas para el encargo de tareas específicas con el objetivo de mejorar la eficiencia operativa y reducir costos y riesgos que afecten el proceso de distribución y tráfico a escalas nacional y global.

de haberlo intentado, esta organización tuvo baja acogida entre los jóvenes, quienes en gran medida no se sintieron seducidos por su economía política criminal. No obstante, esta resistencia también muestra el nivel de desconfianza y el recelo que generan las históricas diferencias étnico-raciales, de modo que influyen en la negativa de la población a participar en segmentos criminales que, desde su punto de vista, reproducen las mismas lógicas de subordinación y segregación que ellos están acostumbrados a observar y vivir en el barrio por parte de los dueños del comercio local, en su mayoría provenientes de las mismas regiones en donde la criminalidad avanzada tiene su origen.

DE LA GUERRA DEL MONTE A LA CIUDAD, ¿CUÁL PAZ Y DÓNDE?

Durante el periodo que duró mi etnografía, el Gobierno de Colombia llevó a cabo un proceso de paz con la guerrilla de las FARC-EP. Por primera vez en la historia contemporánea del país la paz era posible. En medio de este proceso me pregunté: “¿cuál paz y dónde?”. Sebastián lo entendía muy bien y desde su perspectiva militar miraba con buenos ojos que se terminara finalmente la guerra interna. En carne propia él sabe lo que significa estar en medio de un conflicto armado. Sin embargo, también es consciente de que con la paz o sin ella la violencia en las ciudades no cambiará mucho. El 13 de julio del 2017 me lo encontré caminando en el parque de Rafael Núñez. Reflexionando sobre la situación política nacional, hizo un agudo análisis sociológico de lo que le esperaba al país en un escenario de posacuerdo:

Sebastián: El presidente [Juan Manuel] Santos, a diferencia del anterior presidente [Álvaro Uribe Vélez] usa al ejército de otra manera, ya no solo como una fuerza de combate, pues, hay que decirlo, se arrinconó a la guerrilla, pero estos no van a dar el brazo a torcer, no se van a retirar así de fácil, por eso tienen que negociar. La guerrilla es más peligrosa porque conocen el terreno donde se mueven; eso es como tú meterte en un barrio que no conoces, ¿sí o no amigo?

William: Así es.

Sebastián: Y el que conoce sabe por dónde va a correr. Nosotros somos de la ciudad.

William: Esto es claro.

Sebastián: Ellos son del monte, ¿sí o no?

William: Sí, pero no es muy diferente lo que sucede en la selva y aquí.

Sebastián: Todo eso es guerra interna, toda esa guerra que está pasando en el monte, por allá en el Putumayo, toda esa gente que sufre, todo eso que está ocurriendo aquí es guerra. Y se está viniendo para las ciudades. Toda esa gente se está viniendo para acá porque nadie va a dejarse matar, tal y como pasó en los años 1990 con la Unión Patriótica¹¹⁷. Ellos piensan irse a cualquier ciudad antes que quedarse en medio de la selva. Toda esa guerra viene para las ciudades.

William: ¿Tú crees que sí?

Sebastián: ¡Claro que se vienen para acá! Yo siempre he pensado en eso; si la guerra es en el monte, ¿para dónde más van a venir? A las ciudades. ¿Cuánta gente mala no hay en esa guerrilla? No van a matar a todo el mundo, pero como hay gente que ha sobrevivido, vienen es para acá con la misma malicia.

La afirmación de Sebastián, aunque desinformada de los pormenores del acuerdo de paz, no es del todo equivocada. La larga trayectoria de violencia y la guerra interna en Colombia han desplazado forzada e indirectamente de las zonas rurales hacia las principales ciudades del país a más de cinco millones de personas. La mayor parte de esta población, de por sí pobre, termina habitando las ya empobrecidas periferias marginales de esas ciudades, en un proceso que, visto a escala continental, aunque en menor medida, se replica en el resto de las ciudades latinoamericanas¹¹⁸ (Davis 2007).

Para Sebastián no existe diferencia entre la selva y la ciudad: “La guerrilla es más peligrosa porque conocen el terreno donde se mueven; eso es como tú meterte en un barrio que no conoces”. Lo que Sebastián quiere que yo entienda es el *continuum* de una lógica bélica que no se termina, aun cuando exista un proceso de paz, sino que se transforma, extiende y traslada de un espacio a otro.

117 Partido político de izquierda en el que confluyeron, a mediados de los años 1980, varias organizaciones exguerrilleras, sindicatos y partidos obreros afiliados al Partido Comunista Colombiano. En los años 1990 la mayoría de sus miembros fueron exterminados. En el genocidio estuvieron implicados instituciones militares del Estado, narcotraficantes y paramilitares.

118 En *Planeta de ciudades miseria*, Mike Davis (2007) desarrolla una creativa narrativa abundante en datos sobre el avance y desarrollo de las áreas urbanas hiperdegradadas en lo que se considera como el tercer mundo. Analizando críticamente el capitalismo y el urbanismo moderno, se detiene en las naciones periféricas y apunta que las políticas de ajuste estructural neocoloniales contribuyen a la expansión de la pobreza y de la precariedad urbana.

Esta es la perspectiva de aquellos que desde siempre han estado expuestos a entornos violentos como él, Candela o Jeison.

La percepción de violencia y guerra en Colombia se intensifica o disminuye dependiendo de la clase social de origen¹¹⁹. Las ventajas de vivir en un barrio residencial con seguridad privada, servicios básicos, contar con recursos económicos suficientes para acceder a capitales culturales y simbólicos de calidad constituyen una realidad sociourbana distante de aquella a la que están expuestos los jóvenes de la periferia. Personalmente, y a modo de ejemplo para analizar la producción social de estas diferencias sobre la percepción de la inseguridad en Cartagena, la afirmación “todo eso que está ocurriendo aquí es guerra” no tenía ningún sentido para mí, porque mi ubicación geográfica privilegiada en un barrio residencial de clase media condicionaba mi experiencia y representación de la ciudad bajo otro paradigma.

Por lo tanto, la pregunta “¿cuál paz y dónde?” cobra sentido cuando se compara en términos socioespaciales la vida cotidiana de los barrios marginales con la de los no periféricos. El proceso de paz no tiene importancia mientras en la periferia la delincuencia, el sufrimiento, la violencia y la percepción de guerra urbana continúan configurando la realidad. Me asusta creer el argumento de Sebastián, pero hay razones económicas que lo confirman. El suelo y los servicios públicos en Cartagena son extremadamente costosos para aquellas personas que, desplazadas del campo a la ciudad (por causas violentas), se ven obligados a movilizarse hacia las periferias pobres, porque “toda esa gente que sufre¹²⁰, todo eso que está ocurriendo aquí es guerra. Y se está viniendo para las ciudades, toda esa gente se está viniendo para acá porque nadie va a dejarse matar”, advierte Sebastián resignado. Pero lo que más le angustia a él no es el destino de las víctimas, sino el de los victimarios, quienes también buscan refugio en las periferias.

El escenario que Sebastián proyecta sobre Rafael Núñez es apocalíptico: “guerra, guerra, todo eso es guerra, la Biblia lo dice, en la Biblia está escrito todo; se levantarán naciones contra naciones, nadie respeta nadie, el papá mata al hijo, el hijo mata al papá”. El filtro religioso con que él analiza el presente y el futuro del barrio es dramático, pero acertado cuando se sitúa este discurso en el contexto del elevado número de casos de violencia interpersonal

119 El plebiscito fue el mecanismo que usó el Gobierno para que la opinión pública diera su aprobación ciudadana a los acuerdos de paz del 2016. Desafortunadamente, ganó el *no* con el 50,23% de los votos frente al 49,76% de votantes que sí aprobaban los acuerdos. En mayoría absoluta, los territorios con fuerte presencia militar y conflictos en zonas rurales votaron por el *sí*, mientras que en las ciudades capitales, alejadas de la realidad del conflicto, hubo una votación arrolladora por el *no*.

120 Sobre este tema véase Hewitt *et al.* (2016).

que se presentan en los hogares. Estos, junto al incremento de enfrentamientos entre pandillas y sus homicidios, fomentan el aumento de las diferentes formas en que la violencia estructural se manifiesta en las márgenes de la ciudad, de la que las mujeres son las principales víctimas.

**MÓNICA Y TANIA:
PADECIENDO EN LOS MÁRGENES** 7

DESDE MI LLEGADA A RAFAEL NÚÑEZ, TUVE MUCHO CUIDADO EN MI TRATO hacia las mujeres, pues era consciente de que esto podría generar malentendidos en la comunidad, especialmente con las mujeres más jóvenes, debido a los vínculos sexuales o afectivos que muchas de ellas suelen tener con pandilleros. Ya había escuchado media decena de historias sobre escenas de celos que terminaron en heridas graves o en la muerte de alguien. Precavido también por Martín, traté en lo posible de restringir mi interacción con ellas de forma directa y me planteé acercamientos alternativos. Aunque hubiera deseado dedicar más tiempo en mi trabajo de campo a profundizar sobre las condiciones de vida de ellas en la periferia, esto hubiera dado para una investigación aparte. Sean jóvenes, adultas, madres solteras cabeza de hogar o abuelas, las restricciones de tiempo y espacio que tienen en comparación con las de los hombres se duplican o triplican, debido al cuidado de otros y el trabajo precario que acaparan sus vidas. Lo anterior, sumado a la vigilancia moral de la cultura patriarcal, implica que la intromisión de un hombre caucásico en su vida cotidiana les traiga más problemas que ventajas.

Fue así como, en las contadas oportunidades que tuve para interactuar con mujeres jóvenes, en la mayoría de los casos la figura masculina mediaba entre ambos, como un observador/vigilante que me abría la puerta de un campo social y simbólico restringido para los hombres. Salir de un mundo social enteramente masculino, como lo es el de la cultura callejera, para saltar al mundo de lo femenino, significaba para mí transitar de un extremo a otro. Se trata de universos socioculturales completamente distintos en los que pude observar una marcada división sexual del trabajo y del espacio; los hombres dominan la esfera pública y las mujeres, la esfera doméstica. Esa marcada división sexual del espacio y las interacciones constituye un paisaje desolador que convierte a las mujeres en sujetos vulnerables, una espiral que perpetúa su marginalidad, subalternidad y dependencia estructural respecto de los hombres en este tipo de entornos marginalmente avanzados.

En este capítulo veremos también cómo los roles de género se encuentran mediados por un tipo de *performance* y *performatividad*¹²¹, en las que la actitud y estética del bandido tiende a establecer las relaciones intersubjetivas entre hombres y mujeres jóvenes en el espacio de la periferia. Me baso para ello en el trabajo de Valeria Andrade (2013), quien explica:

121 A lo largo de este capítulo hago uso directo e indirecto de ambos conceptos para observar cómo se adopta en las periferias la afirmación de identidad de género, y el juego de adscripciones identitarias que jóvenes y adolescentes reapropian del *habitus* delictivo del bandido y su representación social.

Performance se refiere, siguiendo Judith Butler (1990), como la acción social y pública de los sujetos, que en su auto-producción identitaria repiten las normas. “Esta repetición es a la vez re-actuación y re-experimentación de un conjunto de significados ya socialmente establecidos; es la forma mundana y ritualizada de su legitimación [...] la performance hace explícitas las leyes sociales” (Butler 1990: 307).

Y continúa Andrade:

Desde esta perspectiva, lo performático se relaciona con aquello que tiene que ver con performance en tanto los comportamientos o acciones en el campo de la interacción social. Mientras que lo performativo en esta investigación, refiere al planteamiento de Judith Butler (1990, 1993, 2002, 2004), quien siguiendo a J. L. Austin, plantea que la performatividad implica la realización de una acción a partir de la emisión de un enunciado, donde la palabra tiene un poder instituyente y crea la situación que nombra. “De modo que la performatividad es la capacidad del discurso de producir lo que nombra. En oposición a los modelos teatrales o fenomenológicos que asumen un yo necesariamente antepuesto a sus actos, entenderé los actos constitutivos como actos que, además de constituir la identidad del actor, la constituyen en ilusión irresistible en el objeto de una creencia. En esta exposición se mostrará que lo que se llama identidad de género no es sino un resultado performativo, que la sanción social y el tabú compelen a dar” (Butler 1990: 296). (28)

¿Pueden hablar los subalternos?, se pregunta Spivak (2003). ¿Pueden hablar las mujeres de la periferia?, me pregunto yo después de haber explorado el universo social de las mujeres en Rafael Núñez. No solo subalternas, sino al margen de los límites del Estado (Das y Poole 2004). Así se resume lo que se podrá observar en las próximas páginas, una realidad en la que ser mujer, madre, afrocaribeña y pobre determina los variados niveles de precariedad que estructuran la vida cotidiana de la periferia.

“TENER MARIDO LO MÁS RÁPIDO POSIBLE”

Hacia mediados de diciembre del 2015, por medio de Jeison conocí un hogar constituido principalmente por mujeres. Con ellas mantuve una relación cordial. Conversábamos con frecuencia cuando nos encontrábamos en la calle, aunque apenas unos pocos minutos. A finales de enero de 2016, mientras acompañaba a Jeison a repartir volantes informativos de La Cívica en la comunidad, di por casualidad con la casa de Mónica, afrodescendiente de 47 años, quien al verme

finalmente me invitó a tomar un café con ella y su familia. Por su parte, Jeison entró a la casa de al lado a visitar a su viejo amigo Rubén. El punto de vista de Mónica sobre la vida cotidiana de las mujeres en la periferia muestra las grandes diferencias que hay entre ambos géneros en la manera en que se habita y convive en ese espacio:

Hay tanta violencia con ese problema de las pandillas, que uno mujer está en peligro porque no se puede estar tranquilo; los jóvenes no pueden pasar de un sector a otro. Por ejemplo, mi yerna, ella no vive aquí sino del otro lado, no puede cruzar porque le hacen daño. De igual manera pasa con otras mujeres, las niñas tienen temor de salir a la calle.

Lo mismo pensaban Nancy y su hermana. Ninguna se atreve a salir lejos de su casa en algunas horas del día, a menos que algún hombre las acompañe. De este modo, el cuerpo masculino se convierte en una figura indispensable para la protección de las mujeres fuera de su hogar, lo que, por un lado, facilita su movilidad y, por el otro, exhibe el peso simbólico que tiene en la construcción del ser mujer el campo de creencias, tradiciones y subjetividades que se cultivan en la periferia. Aunque las condiciones socioeconómicas vayan en contra de la realización temprana de este deseo, con frecuencia escuchaba a niñas y adolescentes proyectar su bienestar en la idea de “buscar marido para irse de la casa”. El 2 de febrero del 2015, cuando atendía la invitación de Martín a una de sus apasionadas reuniones evangélicas, le pregunté por curiosidad a Nancy, “¿Qué es lo piensa una niña de quince años que vive en Rafael Núñez?”; a lo que ella me respondió sin dudar:

Tener marido lo más rápido posible para irse de la casa. La vecina, por ejemplo, tiene catorce años, pero esa niña parece menor, y ya ella tiene novio, es un primo mío de dieciséis años, y tú los ves y parecen dos adultos. La mamá le dice a la niña que si ella sale con su cuestión [quedar embarazada] dirá: “Mejor para mí porque así ya no tengo que comprar ropa ni lidiar con ella, ya eso sería problema de su marido”. Lo importante es que se vayan de la casa. Muchos embarazos adolescentes. Los hombres responden poco, a veces lo hacen por un tiempo, luego ya no más y vuelven a vivir en la casa de los padres. Los jóvenes, cuando están en sexto o séptimo grado de escuela, se retiran. O hay una nueva moda que es que los pelados se salen de la mañana para estudiar en la noche, pero eso es por el desorden, para tener más libertad de estar en la calle. Hay poco control de la familia sobre los hijos.

Me sorprendió el carácter imperativo de su afirmación. No tiene ningún sentido pensar en que las personas que participan en esta investigación cumplan con esas expectativas que las niñas y adolescentes proyectan en relación con lo masculino. Algunos de ellos no podrían ni mantenerse a sí mismos, entonces: ¿cómo y bajo qué circunstancias pueden sostener una familia? Solo limitada y/o precariamente. Una aparente dominación masculina continúa latente en la idea y percepción cultural de las divisiones de género: los hombres son considerados como conductos de fuga para la emancipación de las adolescentes de sus entornos familiares. Para ese propósito, según Nancy, ellas incorporan aceleradamente la representación generalizada de las características que debe tener una mujer madura: ser obediente, leal, sumisa y del hogar. Así como en la periferia el tiempo es corto para llorar la muerte y sufrir, lo mismo pasa con la experiencia de la niñez y la adolescencia.

Cuando el embarazo sucede, el ideal de las niñas se estrella con la realidad del abandono al que suelen quedar expuestas por sus parejas. Aunque son empujadas o expulsadas por sus madres o familias para crear su propio hogar, ellas se han visto obligadas a volver al hogar materno después de percibir la incertidumbre, la inestabilidad e incluso de enfrentarse a peores condiciones que la vida en pareja les ofrecía. La mentira de aquel imaginario de mujer madura choca con la realidad de una masculinidad dominante en decadencia, paupérrima y precaria. Estas son algunas de las conclusiones de Nancy. Tristemente, al observar la trayectoria de vida de estas mujeres durante un extenso periodo de tiempo, me sorprende que puedan soportar tanto sufrimiento; desde niñas son expulsadas de sus casas y abandonadas por sus parejas, siendo madres solteras; a esto se suman la angustia del hambre, el padecimiento moderado y los regulares ciclos de violencia urbana a los que se exponen durante la crianza de sus hijos. Además de convertirse en pacientes del Estado, esto impulsa a que su padecimiento y miseria sean mayores como consecuencia del *continuum* de la dependencia cultural y estructural que los hombres representan para su desarrollo y bienestar.

La fuerte influencia de los valores religiosos del catolicismo mezclados con otras ramas del cristianismo (evangélicos, pentecostales, testigos de Jehová) genera una síntesis de creencias que respaldan la idea de familia y sitúan simbólicamente al hombre en la cabeza del hogar. Se trata de subjetividades que imperan como estructura moral, sistema gubernamental propio del sincretismo entre las variadas expresiones de la cultura tradicional y la religión: tener hijos, cuidar de ellos, casarse, atender al esposo, ser mantenida y construir una casa hacen parte de los deseos que escuché a decenas de niñas y adolescentes durante

mi trabajo de campo. Por ejemplo, cuando le pregunté a la hija de Mónica “¿A qué edad comenzó su vida sexual?”, ella respondió:

Tania: A los quince.

William: ¿Es común aquí que las niñas a esa edad ya tengan una pareja?

Tania: Bueno, ahora en este siglo... uff, hasta desde los doce o trece años.

Josefa: Es que, por ahí, si usted viera, niñas de doce, trece años ya están embarazadas.

Tania: Por aquí hay bastantes niñas embarazadas. Pues yo tengo una hermana que tiene quince años y ya tiene un bebé y para allá atrás al final del barrio hay como tres niñas de trece años que ya tienen hijos también. Eso es común en el mundo, no solo en Cartagena, sino en el mundo.

William: Y... ¿qué pasa con los chicos que las embarazan, ellos responden, se quedan con ustedes?

Josefa: Nada, no responden.

Tania: Algunos.

Josefa: Las cosas por aquí en que los pelaos están con las niñas hasta que ya las embarazan, a lo que ellos las embarazan van para su casa para que los papás las mantengan y tienen los papás que ver por ella y por el bebé, y a veces hasta por los yernos.

Tener un hijo a los trece años no es una decisión ni un evento común en las sociedades llamadas modernas, sino una consecuencia adversa de la relegación étnica y la violencia estructural en sociedades en donde la transición hacia una modernidad en la que el Estado atraviesa biopolíticamente a la sociedad se ve interrumpida por las asimetrías impuestas por la lógica del necropoder. Este desacelera su avance desde adentro, al postergar políticas públicas que equiparen los campos asimétricos latentes en la división sexual del espacio y el trabajo; y desde afuera, a partir de tardías reformas que modifiquen las bases de la economía política del Gobierno neoliberal.

Jeison me esperaba afuera de la casa de Mónica y escuchaba la conversación a través de la ventana de la sala. Intervino un par de veces para dar su punto de

vista; polemizaba y culpaba a las madres por los embarazos de sus hijas. El debate que se verá a continuación entre ambos ilustra la disparidad que lleva a que las responsabilidades, el sufrimiento y la violencia recaigan sobre la mujer y su cuerpo.

Jeison: Claro, eso sucede porque las mamás son alcahuetas.

Josefa: ¡No! Las mamás alcahuetas no son, sino que uno no va a dejar a su hija por ahí tirada. Por lo menos, yo tengo mi hija, yo le digo a ella que tiene que estudiar y eso, pero si ella comete el error de buscar su marido y si ese hombre me la deja embarazada, yo no la puedo echar a la calle, yo no la puedo echar a la calle porque si la echo, ¿qué va a ser ella?... ¿prostituirse?

Jeison: Eso es verdad, pero cuando tú te la llevas a la casa tienes que darle una educación para que ella trabaje.

Culpar a las mamás de los embarazos, de que sus hijas no asistan al colegio, de que consuman drogas o se vuelvan prostitutas es un argumento simple. Los hombres, según su perspectiva, están exentos de cualquier responsabilidad, lo que de manera explícita describe un modelo de masculinidad patriarcal fuertemente arraigado en la construcción cotidiana de los roles de género que se producen en poblaciones y espacios urbanos marginales.

Pero Jeison va más allá del juicio moral hacia las madres y exige que sean ellas quienes, después de que sus hijas cometan “errores”, paguen las consecuencias por su irresponsabilidad y les den “una educación para que ellas trabajen”. Una vez más, la responsabilidad masculina desaparece y el peso de la maternidad, la economía doméstica y la crianza de los hijos recae principalmente en la mujer. Una explicación sobre la participación de los hombres queda excluida al presumir que esa responsabilidad es exclusiva de la mujer. Los hombres se abstienen de esas tareas pues consideran que su rol es otro. En el prototipo de masculinidad que incorporan no tienen cabida las tareas del cuidado, sino que se sostiene en la idea hegemónica de proveedor.

En este diálogo la educación fundamenta el discurso de cada uno. Para Mónica, su hija “tiene que estudiar”, aunque ella no reflexione sobre por qué debe hacerlo y eso se explica por una simple razón: Mónica apenas terminó la escuela primaria y depende casi exclusivamente de los ingresos de su segundo esposo, quien trabaja en una pizzería a pocas calles de su casa. Su percepción sobre la sexualidad y la interacción de su hija con los hombres es contradictoria. Ella no niega que su hija conozca o tenga relaciones sexuales con hombres,

“pero si ella comete el error de buscar su marido y si ese hombre me la deja embarazada yo no la puedo echar a la calle”, afirma. Desde su punto de vista, la representación de la mujer se circunscribe a la ya mencionada incorporación de una racionalidad gubernamental que establece para el cuerpo femenino una arquitectura biopolítica y una cultura carcelaria. En los entornos de avanzada marginalidad, empeoran las posibilidades de acceder a otros recursos epistemológicos que la educación les pueda ofrecer para abrir así la posibilidad de otros horizontes socioculturales.

Marido, así definen las adolescentes a sus parejas cualquiera que sea su edad. “Tener marido lo más rápido posible para irse de la casa”, aseguró Nancy y tenía razón. A partir de esta perspectiva, la figura masculina no solo representa una salida del mundo materno, sino la jerarquización material de su posición, pues se presume que los hombres, no obstante su condición socioeconómica, podrán cumplir las expectativas que la sociedad tiene de ellos. Las niñas y adolescentes proyectan este horizonte del anhelado deseo de independencia material y adultez precoz sin analizar a largo plazo que sea viable y, a su vez, desconociendo la crisis de masculinidad a la que el precario e inestable escenario laboral predispone a los jóvenes de la periferia en su proceso de construcción de identidad individual y colectiva.

No me quiero detener en análisis estereotipados que estigmatizan la cultura afrocaribeña fuera de la ética capitalista moderna y la subordinan a actividades laborales de segunda categoría, a la luz de las cuales Zapata Olivella (2004) describe la condición de los hombres en su novela. Aunque las cifras sitúan a la población afrocaribeña como una de las más pobres en Cartagena, su movilidad social también es amplia. Las trayectorias de vida de Miguel Ángel y Alfredo así lo demuestran, a partir de una identidad fuertemente arraigada en la ética del trabajo duro. Sin embargo, esta identidad ha ido erosionándose conforme las políticas económicas desregulan y modifican el mercado laboral en Colombia para las nuevas generaciones. De tal forma, la fuerza que el trabajo daba a la conformación de un proyecto de vida ha perdido vigor en los jóvenes y los ha impulsado a desatar su furia dentro de pandillas. La consecuencia de esta crisis se manifiesta en su ambigua concepción de la paternidad¹²². La hija de Mónica lo expone con su ejemplo:

Tania: Yo sí tengo marido.

William: ¿Cuántos años tienes tú?

122 “La subjetividad masculina aparece caracterizada por una serie de rasgos que, como en la novela [*Cien años de soledad*], bordean a veces con el patetismo: los hombres aparecen como desarraigados, con relaciones profundamente problemáticas con el mundo material y con la esfera del dinero, inestables y necesitados de mostrar su identidad a partir del despilfarro sexual y económico” (Figueroa 2009, 37).

Tania: Veintidós.

William: ¿Tienes hijos?

Tania: Sí, tengo tres hijos.

William: ¿Hace cuánto te casaste con el papá de tus hijos?, ¿vives con él?

Tania: No, no somos casados, pero yo tengo marido desde los quince años.

William: Eso es mucho tiempo. Estabas muy joven.

Tania: Tengo veintidós. Siete años ya de casada.

William: ¡Y en ese tiempo hiciste tres hijos! [risas]; te ha rendido el tiempo.

Tania [risas]: Bastante.

William: Entonces, ¿desde los quince años vives con esa pareja?

Tania: Sí, pero con él no. Te explico: con mi primer marido; yo he tenido dos maridos.

William: ¿Dos maridos?

Tania: ¡Sí!

William: Eso quiere decir que tus hijos son de uno solo de ellos, ¿o de quién?

Tania: Los dos primeros de mi primer marido. Y el último, del hijo de la señora que vive al lado de esta casa.

El anterior diálogo me recuerda la frase que Nancy usa para describir la relación de su vecina de catorce años con su primo de dieciséis: “Tú los ves y parecen dos adultos”. Este deseo de ser adultos precoces se termina, en la mayoría de los casos, cuando la mujer queda embarazada¹²³. Desafortunadamente, ellas

123 Para el año 2016, la tasa de embarazos en niñas y adolescentes fue una de las más bajas de la última década en Cartagena, pero aun así continúa siendo elevada: 168 niñas entre 10 y 14 años quedaron embarazadas, mientras que 3 475 adolescentes entre 15 y 19 años pasaron por lo mismo. Véase el informe completo en Alcaldía de Cartagena (2017).

no tienen opción de cambiar las reglas de juego y se ven obligadas a cargar con la responsabilidad de ser madres a los doce, trece o quince años, mientras que los hombres, dependiendo de sus medios materiales, asumen medianamente o no la misma responsabilidad: “Los hombres responden poco, a veces lo hacen por un tiempo, luego ya no más y vuelven a vivir en la casa de los padres”, asegura Nancy y Mónica la respalda: “nada, [ellos] no responden”.

Durante mi trabajo de campo registré el caso de niñas de trece años que habían sido expulsadas de su casa por estar embarazadas. Como ellas, muchas otras han tenido que vivir una vida afectiva totalmente dependiente de sus parejas o, en el peor de los casos, se han prostituido para sobrevivir. A pesar de que en Colombia sea permitido el aborto en tres casos¹²⁴, el miedo, la falta de información, el no contar con seguridad médica (EPS)¹²⁵ por no tener documentos de identidad, además del estigma y la incorporación de los valores religiosos, son factores que disminuyen la posibilidad de impedir el embarazo. En la periferia “no tener un hijo es un pecado divino”, comenta orgullosamente Tania. Tener o no tenerlo, de cualquier modo, las mujeres de la periferia sufren de una fuerte violencia simbólica y transversal en comparación con otras clases sociales por el hecho de ser afrocaribeñas, pobres y madres solteras.

Tania tuvo suerte de que su madre no la expulsara de casa. Mónica, comprensiva ante la posibilidad de que “su marido” no se responsabilizara íntegramente de su paternidad y previniendo que su hija se viera empujada hacia la prostitución, se resignó a protegerla, y asumió la responsabilidad económica que significa la gestación de un hijo en condiciones de precariedad estructural. Pero la ayuda no proviene únicamente de la madre. La solidaridad de la familia extensa y la comunidad también amparan. Se trata de una economía moral que dinamiza las cadenas de apoyo, empujadas principalmente por mujeres, amigos y vecinos que colaboran con alimentos¹²⁶, protegen y dan soporte psicoemocional a las madres. Aunque la paternidad no sea del todo asumida, la idea del cuidado de la familia monoparental pierde relevancia cuando rápidamente esta figura es sustituida por una extensa red de cuidadores y cuidadoras.

124 Desde el 2006, la Corte Constitucional en Colombia abrió la puerta a la interrupción voluntaria del embarazo, al permitir realizar el procedimiento en alguna de estas tres circunstancias: 1) cuando el embarazo pone en peligro la salud –física o mental– de la mujer, o su vida; 2) cuando el embarazo es resultado de una violación o de incesto; 3) cuando hay malformaciones del feto que son incompatibles con la vida por fuera del útero. Véase Profamilia (2022).

125 Entidad Promotora de Salud, la cual debería garantizar la prestación de un plan obligatorio de salud a los colombianos.

126 En el 2013, las cifras sobre desnutrición crónica en la ciudad eran de las más altas en el ámbito nacional; sobre el total de la población infantil menor a 6 años, el 16,36% (16 484 casos) presentaron casos de desnutrición crónica. Para más información, véase Cartagena Cómo Vamos (2022).

Sobre este aspecto de la paternidad, me sorprendió ver cómo algunos de los integrantes de La Cívica eran padres de uno o dos hijos, pero ninguno de ellos compartía su hogar con las mamás de estos, sino que vivían aún en la casa de sus padres o de forma independiente. Algunos exhibían como un gran logro tener varios hijos y mujeres al mismo tiempo. Leonardo es uno de ellos:

Tengo dos o tres en la misma calle o por aquí cerca, con seguridad dos. Tú sabes que uno es de la calle, uno sale un rato y ahí se levanta fácil. Las nenas aquí son bonitas, el asunto es que esas chicas están cogidas por otros, pero son malas, bandidas, se hacen cruces con ellas. Hay que hablarles claro, por ejemplo: “Mañana nos vemos en la playa, en las murallas del centro o, ¡aquí mismo en la casa de uno!”. Un amigo tenía tres mujeres viviendo en su propia casa.

La idea de formar una familia y educar a los hijos como hizo la primera generación de habitantes del barrio es poco probable hoy en día dentro de los valores, la subjetividad y el proyecto de vida de los adolescentes y parejas jóvenes de la periferia, lo que representa un nuevo paradigma del significado de la familia en Colombia. Una de las pocas excepciones que encontré fue el caso de John. Para él, como para otros padres jóvenes que hicieron parte de La Cívica, defenderse de las pandillas respaldaba ese concepto de familia patriarcal y propiedad privada, sustentado por un discurso de clase consolidado a partir de una entrada regular de dinero. Para Nancy está claro que dentro del barrio hay un cambio en los roles de género:

Aquí puedes ver que las mujeres son las que trabajan o son las más responsables, mientras que tú ves a los hombres en la casa sentados viendo lejos; mandan a los hijos a la escuela, hacen los quehaceres del hogar, preparan la comida de los hijos. Los roles se invirtieron, las mujeres están trabajando y los hombres en la casa.

La precaria condición de los hombres debida a la dificultad de entrar en un mercado laboral que les permita construir las bases materiales indispensables para un proyecto familiar deseado los condena a relegarse a otros espacios, y los empuja hacia la economía informal e ilegal. Si se considera además el agravante de la deserción escolar a corta edad, entrar en un mercado laboral, ascender socialmente, salir del barrio o reproducir el tipo de masculinidad que se espera de ellos como proveedores del hogar se tornan imposibles, lo que genera frustración. Ante ese callejón sin salida, la calle se convierte en su espacio de fuga. El consumo de drogas les ayuda a evadir esa triste realidad. La impotencia de no

encontrar recursos para suplir las demandas económicas que exige el cuidado de los hijos también los conduce a tomar decisiones extremas como el vincularse con organizaciones criminales. Las dinámicas violentas de las pandillas pasan a un segundo plano; arriesgar la vida por nada ya no representa mayor cosa porque el nivel de exigencia los impulsa hacia mercados nunca o levemente explorados. Algunos de ellos combinan la informalidad con la ilegalidad; trabajan durante el día como mototaxistas y en su tiempo libre venden armas o drogas. Poco a poco sus prioridades se direccionan para transformar su imagen de bandidos en la de trabajadores.

“COGER OTRO CAMINO”

Desde su punto de vista, Mónica y Tania analizan el presente y el futuro de las mujeres en la periferia a partir del binario madre/prostituta. Paradójicamente, ambas categorías son complementarias y comprensibles cuando se observa la interrelación material y simbólica que se desarrolla en su vida cotidiana. Sin muchas opciones, madres adolescentes desesperadas ante el posible abandono de la familia y la pareja en el periodo de gestación o posgestación suelen pensar en la posibilidad de la prostitución. Mónica no fue capaz de abandonar a Tania, consciente del camino que le podía esperar a su hija de no contar con un mínimo apoyo financiero.

La margen para que una niña/adolescente ingrese al mundo del consumo de drogas o la prostitución es muy delgada en Rafael Núñez. Dice Mónica: “Con educación se enseña a los niños que se debe coger otro camino. Es que por aquí hay muchas personas que les gusta incitar a los niños a la droga y a las niñas a la prostitución”. Ni siquiera las escuelas en Rafael Núñez se salvan de la ética perversa de la economía ilegal; continúa Mónica: “incluso eso se está viendo en los colegios; por aquí mismo en el barrio uno tiene que ver con quién se tiene que relacionar sus hijos”. Las niñas están igualmente expuestas a la espiral de violencia que sufren los niños como consecuencia de la cultura del terror y el despliegue territorial de las pandillas.

“Fíjate con quién andas y te diré quién eres”, es un refrán popular que se aplica perfectamente al cuidado que las madres deben tener con sus hijos al verlos relacionarse con personas del barrio, porque el otro, el extraño, el vecino, incluso los familiares representan un peligro latente. Como hemos visto en los casos de Mini Z, Mario, Leonardo o Roberto, tales influencias pueden repercutir drásticamente en sus vidas. Después de escuchar a Mónica me pregunté: ¿qué tanto y de qué manera la institución y el tipo de educación que reciben niños y

adolescentes contribuyen o no en sus vidas, considerando sus condiciones de violencia cotidiana, precariedad material y violencia estructural?

La trayectoria de Nancy es un ejemplo de ese otro camino que pueden elegir los jóvenes, especialmente las mujeres en Olaya Herrera. A finales del 2016 ella se graduó como trabajadora social de una reconocida universidad privada de la ciudad. A pesar de las altas y bajas económicas que vivió su familia durante los años de formación evangélica que tuvo su padre, ella y sus otros tres hermanos terminaron con éxito la escuela pública. Según Martín, quien lo explica desde el punto de vista teológico, eso se debió “a la gracia de Dios y a una fuerte educación basada en los principios de las escrituras”; o, en términos sociológicos, gracias a la adquisición de un avanzado capital cultural desprendido de la disciplina ética del entorno religioso al que tuvo acceso en su formación, lo cual le facilitó incorporar capital simbólico y contribuyó a las relaciones y el ingreso de su familia en otros campos de interacción social. Con su ejemplo se demuestra que el acceso a la educación tiende a transformar el *habitus* que determina las relaciones sociales de un sujeto, aun en las peores condiciones materiales. El hecho de que su padre se convirtiera en pastor evangélico posibilitó que su familia se desligara de todos aquellos valores que, según su doctrina religiosa, atentan contra el bienestar de la sociedad, el individuo y la espiritualidad.

Ser una autoridad carismática en el barrio y un reconocido motivador espiritual en la ciudad le ha posibilitado a Martín tener una entrada económica regular por encima de la media en Rafael Núñez, lo que ha permitido que sus hijos tengan una mejor educación. Tanto ha sido su éxito que su casa pasó de tener un piso a inicios del 2015 a tener dos para finales de ese mismo año. En cambio, la casa de Mónica, construida con materiales reciclados, madera y techo de hoja de lata, apenas se mantiene en pie. El hecho de que Nancy decidiera seguir una carrera universitaria y casarse (con un médico) después de haberse graduado tiene profundas raíces en el capital cultural que Martín adquirió durante décadas de trabajo. La incorporación de una estructura familiar fundamentada en fuertes valores evangélicos, y el control patriarcal y simbólico del padre contribuyeron a que Nancy tomara un camino opuesto al de Tania, cuyas adversas y diferentes condiciones socioeconómicas la han situado en una posición de subalternidad, al igual que a cientos de niñas y adolescentes expuestas a entrar en las dinámicas del consumo de drogas a cambio de sexo y, consecuentemente, en la prostitución.

Sin embargo, la prostitución no es un hecho aislado de los barrios periféricos, sino un mercado de grandes proporciones que se desarrolla principalmente en

las zonas turísticas¹²⁷ de la ciudad. Una observación de la cotidianidad de las plazas y calles del centro de Cartagena —famoso por su agitada vida nocturna (bares, discotecas) durante un fin de semana¹²⁸— basta para evidenciar el despliegue performático y estético de algunas mujeres sobre el turismo masculino. La prostitución opera, circula y se distribuye socioespacialmente en la ciudad dependiendo de la demanda del turismo transnacional y de las exigencias que haya en ese mercado de cuerpos¹²⁹: mujeres embarazadas, niñas/os mejores de edad o minorías étnicas. Consciente de esa diferencia, cuando le pregunté a Mónica “¿Dónde se prostituyen las niñas y adolescentes del barrio?”, ella respondió:

Mónica: Por aquí hay bastantes niñas que se van de aquí para cerca de la plaza de toros, se van para el estadio de fútbol o se van para el centro. Aunque en el centro no tanto porque en el centro el que encuentren prostituyendo niñas, ya sabe que se lo llevan preso, pero por aquí hay bastante, por aquí hay niñas. Es que ojalá yo se las pudiera mostrar, niñas pequeñas.

Y continúa:

William: ¿Y sabes cuál es su tarifa?

Josefa: La verdad es que no sé, pero yo creo ¿qué le puede dar un hombre a una niña?, ¿drogas, dinero?

Tania: Para allá atrás [señalando las últimas calles del barrio], hay bastante niña de doce años que son de la vida... Recorridas.

Mónica: Niña que por droga lo hacen todo.

127 Las cifras sobre este mercado son escasas debido a los diferentes tipos de prostitución que se presentan en la ciudad. Para el caso de la explotación sexual, recomiendo la lectura de “Explotación sexual de niños, niñas y adolescentes: modelo de intervención” (Bernal *et al.* 2013).

128 Durante años, regular e irregularmente he seguido y observado la circulación de prostitutas según la dinámica de la economía nocturna de la ciudad, y aunque me considere un etnógrafo experimentado en este tipo de fenómenos sociourbanos, la observación y el sentido común de cualquier ciudadano que transite por esos lugares permite describir y determinar el mismo hecho.

129 El mercado de la prostitución en la ciudad despliega otra serie de factores, actores e intereses que se encuentran por fuera de los objetivos de mi investigación. No me quiero detener en este tema, considerando su complejidad. No obstante, vale la pena decir aquí con respecto a los gustos, preferencias y exigencias sexuales masculinas que se han encontrado casos de pedofilia y búsqueda de mujeres embarazadas por parte un determinado grupo de hombres.

Tania: Por droga, son drogadictas y también se dedican a la prostitución. Y hay un caso en especial de una niña que yo conozco que pienso fue por culpa del papá, porque el papá también las insinuaba a eso desde niñas y ella ahora que está grande, ya ellas están dedicadas a esa vida.

Entre los callejones oscuros de Rafael Núñez, en la Villa Olímpica de Cartagena, niñas y adolescentes venden sus cuerpos en promedio por 10 o 20 USD de 2016 sin tener que verse obligadas a pagar intermediarios (chulo o proxeneta), como sí lo deben hacer aquellas mujeres que trabajan en las zonas turísticas. “En el centro al que encuentren prostituyendo a una niña ya sabe que [la policía] se lo llevan preso”; así se refiere Tania a los *chulos* que conectan a las mujeres de la periferia con el turismo sexual. Este mercado se complementa con el de armas y drogas. Una completa red interconectada por las exigencias ilícitas que cierto segmento del turismo demanda en la ciudad. Según Mónica, y la bibliografía especializada sobre el tema lo demuestra¹³⁰, la orientación de las niñas hacia la prostitución tiene raíces en abusos sexuales cometidos en la infancia por familiares o cercanos. Mónica y Tania recordaron un caso en particular:

Mónica: El papá las manoseaba. ¿Esas niñas tienen como cuántos años, Tania?

Tania: Una tiene diecisiete y la otra tiene doce años.

William: ¿Qué fue lo que pasó con ellas?

Mónica: Ellas andan por ahí por la calle, ellas ya consumen drogas.

William: ¿Por qué afirmas que el papá las indujo a ese mundo?

Mónica: Pienso yo que el papá las indujo porque él las manoseaba y esas cosas...

William: ¿Eso quiere decir que él abusaba de ellas?

Mónica: No sé si abusaba, pero creo que sí.

130 El Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (Unicef) tiene una serie de documentos dedicados al abuso infantil, por ejemplo: *Abuso sexual contra niños y adolescentes. Una guía para tomar acciones y proteger sus derechos* (Berlinerblau 2016) y *Abuso sexual infantil, cuestiones relevantes para su tratamiento en la justicia* (Baita y Moreno 2015). Véase el enlace: www.unicef.org

Tania: O sea, no se sabe si él abusó de ellas... Aunque ellas son amigas y la grande me dice que el papá la ponía a que lo sobara entre las piernas sin que él usara ropa interior, pero yo nunca me atreví a preguntarle que si él..., pero, no más con eso, uno puede deducir cosas. De cualquier forma, un papá no es para que ponga a su hija a hacer eso. Ella viene a veces aquí a hablar conmigo... hace como dos semanas vino toda drogada y yo estaba regañándola, pero ¡ay!, ella no escucha.

Decenas de historias y finales parecidos fueron mencionados por los integrantes de La Cívica y otros jóvenes con quienes a veces departía en el parque de Rafael Núñez. Aunque las amigas de Tania, por vergüenza, pena, respeto o dolor no confirmen que su padre abusó de ellas, la descripción de la escena y la interpretación femenina tienden a confirmarlo. Este tipo de comportamiento no le sorprende a ninguna de ellas ni tampoco las violaciones, pues naturalizan ese tipo de violencias. Jeison me mostraría lugares alrededor del parque donde con frecuencia eran y suelen ser violadas mujeres, Mónica no lo niega: “Hay niñas que han sido violadas y no lo dicen, se quedan calladas y no dicen a sus papás, o si lo dicen lo hacen ya tarde, años después cuando a nadie le importa”¹³¹.

“A LA MUJER LE GUSTA EL HOMBRE BANDIDO”

Ellas padecen, ellos disfrutan. Leonardo y Roberto ejemplificaban mejor que ningún otro el tipo de despliegue y masculinidad dominante que esperan los jóvenes alcanzar o imitar. En varias oportunidades estuve con ellos cuando eran visitados o visitaban a alguna de las tantas mujeres que decían tener en Rafael Núñez. En una ocasión, haciendo gala de su masculinidad, Leonardo me señaló la calle y las casas donde vivían tres de “sus mujeres” cuando íbamos de camino a la casa de su madre. Mientras él me exhibía su libertad sexual, dos de ellas cuidaban a sus hijos encerradas en sus casas. A él esa situación no lo sofocaba; pensaba en el bienestar de sus hijos, pero no en ellas. Presupone que deben ser la madre y la familia de ellas quienes se encarguen del cuidado de sus hijos, mientras él contribuye con dinero cuando puede.

En un entorno urbano en el que la movilidad, la sociabilidad y las redes de parentesco permean la vida cotidiana de cualquier persona en la comunidad, me impresiona observar que las mujeres adolescentes no se sientan intimidadas ni prevenidas por las decenas de ejemplos que encuentran a diario (entre sus redes sociales) de mujeres abandonadas por ese tipo de hombres. No obstante

131 En 2016 fueron denunciadas 21 868 violaciones de niñas y adolescentes en Colombia. En el departamento de Bolívar la cifra fue de 1 012. Véase la base oficial en: www.icbf.gov.co

las advertencias que mamás como Mónica dan a sus hijas, sorprende el poder de atracción que ese perfil de jóvenes tiene sobre las adolescentes para que sea esa la figura de “marido” que ellas elaboran subjetivamente, a pesar del estigma y la negativa reputación que tienen ellos en el barrio. Tania responde a mis dudas simplemente con la siguiente frase: “A la mayoría de pelás [chicas] les gusta es el bandido”.

Los prejuicios a partir de los cuales se juzga la conducta, además de la interacción personal o afectiva de esta masculinidad dominante, responden a una construcción sociocultural basada en las necesidades subjetivas de lo que el otro representa. Debido a la radical división sexual del trabajo y el espacio presente en la periferia, los recursos que cada uno tiene para acortar esas necesidades tienden a resignificar los valores éticos y morales considerados socialmente por una determinada cultura. Aunque el sentido que Tania da a la figura del bandido no se ajusta literalmente con su significado, sino con aspectos estéticos afines con el mundo del crimen y la cultura callejera; dice ella:

No necesariamente debe ser bandidos, a lo que me refiero es que tenga arito [*piercing*], el corte de cabello de moda, que vaya al picó... Es que hay muchos hombres que no son bandidos, sino la apariencia y eso es lo que les gusta a las chicas de aquí.

La apariencia o la adaptación estética de una figura por parte de hombres que tienen poco o nada que ver con el mundo del crimen es un precedente del éxito que esta figura simboliza culturalmente en las interacciones eróticas, lo cual emerge de la *performance* de seducción que se da en los lugares de encuentro, sean estos la calle, una tienda, discotecas, bares o fiestas populares (picó). La inseguridad del barrio potencia la proyección subjetiva de parte de las mujeres al considerar esa figura dominante para cubrir los vacíos de cuidado que la cultura del terror interioriza en ellas. La atracción que una adolescente siente por ese tipo de comportamiento no debe tomarse ligeramente; detrás de esa figura masculina se oculta la brecha de acceso a una esfera pública constituida estructuralmente para reproducir las asimetrías sociales entre hombres y mujeres al hacer uso del espacio urbano.

El terror y la violencia que genera la inseguridad motivan que muchas mujeres construyan un corpus emocional en dirección hacia la figura de poder depositada en la representación que se tiene del bandido. La atracción que siente Tania por “los chicos malos con actitud rebelde” muestra las paradojas circunscritas de las diferencias manifiestas en la división sexual del espacio. El dominio de la esfera pública (la calle) por parte de los hombres y la seguridad latente

en la esfera privada (el hogar) de parte de las mujeres tienden a desencadenar ese tipo de dinámicas psicológicas de atracción, a pesar de los prejuicios negativos sobre esa masculinidad imperante. Pero, justamente, son esos prejuicios los que juegan a favor de los hombres al mantener vigente esa representación; la violencia cotidiana impulsa a que las características de fuerza, valor, coraje y agresividad de ellos potencien los marcados roles de género culturalmente aceptados para establecer identidades psicoafectivas relativas al cuidado que las mujeres deben estar dispuestas a dar a esa figura masculina.

Los hombres reconocen que la fama de bandido, es decir, su estilo agresivo, transgresor de la ley, ser usuario de drogas o su estética urbana, atrae la atención de las mujeres adolescentes; por esa razón, muchos adoptan una *performance* que nada tiene que ver con esa figura de poder deseada y construida subjetivamente por ellas en ese tipo de entornos. La búsqueda por subsanar una identidad distorsionada de la masculinidad lleva a que muchos jóvenes se vean involucrados en dinámicas que presumen ellos puede ampliar su éxito con el público femenino. Es el caso de jóvenes como Mini Z, que pretende imitar a Leonardo, quien, con una masculinidad enmarcada en la búsqueda por satisfacer aprobaciones externas, reproduce el fracaso de una frágil identidad masculina en torno al concepto clásico de familia. En repetidas ocasiones Roberto me decía: “A la mujer le gusta el hombre bandido, que sea de la calle, el chico malo”. La búsqueda del reconocimiento de los otros y la devoción femenina desencadenan excesos de masculinidad, rivalidad y competencias que fomentan la violencia interpersonal entre ellos, uno de los principales factores dinamizadores de las dinámicas violentas entre las pandillas. Sobre las diversas percepciones que se tiene sobre los hombres, Mónica tomaría el ejemplo de su hija:

Ella tenía un novio serio. Él iba del colegio para su casa, pero ella se dejó embarazada de un pelao que toca la batería y que además tenía el arito, el corte de moda. Se dejó preñar fue del bandido, como dice mi abuela.

Para ella resulta curioso que a las jóvenes “no les gusta el hombre serio de su casa, sino el que las tenga en el vacile”. Y el “vacile” no está dentro de casa, sino en la calle; por esa razón, el bandido tiende a ser más atractivo para ellas que el “hombre serio de su casa”. Un espectro amplio de sensaciones se despliega en medio de las diferencias sujetas a la construcción de la identidad masculina. Las emociones que ofrece la figura del bandido suelen atraer con mejores resultados la atención de las mujeres que la expuesta, en contraste, por un hombre al margen de ese estereotipo.

Desafortunadamente, la desigual posición que tienen las mujeres para acceder a la calle en las periferias nos muestra las terribles condiciones de vulnerabilidad a las que ellas están expuestas, subordinadas al poder masculino y a la cultura del terror existente en la calle. La mediación que ejercen los hombres entre la esfera privada y la pública se torna imprescindible para el desarrollo de su vida cotidiana; el terror paradójicamente también se transforma en seducción. Simbólicamente esa figura dominante es acogida por ellas como una oportunidad para sentirse protegidas, defendidas de posibles agresiones, lo que a su vez potencia el florecimiento emocional de una feminidad que se manifiesta en la aceptación de esas características, pues buscan ser cuidadas de las dinámicas violentas que se producen a su alrededor. Sea esta masculinidad el producto de una simulación o realidad, el amplio espectro de sensaciones y emociones latentes en la interacción de ambos universos sociosimbólicos atraviesa la construcción cultural y psicoemocional de las relaciones interpersonales que se gestan en la periferia.

Por este deseo la hermana de Tania prefirió al “bandido” como pareja que al “novio serio”. La incorporación de esa masculinidad asociada a la calle, a la seducción que a ellas les produce circular en el barrio o la ciudad, influye en su elección. Los fines de semana observé a decenas de adolescentes mujeres en las tiendas de esquina rodeadas por igual o mayor número de hombres. “Basta solo venir un viernes o un domingo en la tienda Amnesia para que veas el montón de pelaitas menores de quince años, todas maquilladas y bebiendo hasta tarde de la noche”, dice Mónica decepcionada. Tania, en su momento, fue una de esas chicas que a los quince años vivía como adulta:

Yo ya me pintaba porque cuando me mudé con el marido mío yo hacía noveno grado y yo decía que cuando tuviera veinte años ya estaría trabajando en un hospital y mira en el hospital [riendo] que estoy cuidando a mis hijos, pero uno tiene que ser realista. Yo me imaginaba trabajando en el hospital infantil y aquí estoy en mi casa cuidando una guardería completa de niños.

La inocencia y simplicidad con que ella expresa su ideal profesional choca con su cruda realidad: “quiero ser doctora, estudiar algo que tenga que ver con medicina, pero si no hay plata hay que estudiar lo que hay... lo que haya en el SENA [Servicio Nacional de Aprendizaje]¹³²”. Este deseo de superación es casi imposible de realizar debido a su condición de subalterna. A mediados de

132 El SENA nació en 1957 mediante el Decreto-Ley 118 del 21 de junio de 1957, como resultado de la iniciativa conjunta de los trabajadores organizados, los empresarios, la Iglesia católica y la Organización Internacional del Trabajo. Es un establecimiento público del orden nacional, con personería jurídica, patrimonio propio e independiente y autonomía administrativa,

febrero del 2015 entrevisté por última vez a Álvaro, cuando aún era presidente de la JAC. Reflexivo y molesto criticó severamente el sistema de educación local por considerarlo excluyente, lo cual justificaría para él la furia de los jóvenes.

Irónicamente, Mónica concluye: “uno les dice a las peladas de por aquí que estudien, pero nada, ellas quieren es buscar para prepararse ya cuando tienen hijos, ya cuando se embarazan. El primer diploma es un bebé, luego van por el segundo, por el tercero”. Este es el caso de Tania. Su vida se reduce a cuatro paredes, “cuidando una guardería completa de niños” de dos parejas diferentes, con posibilidades limitadas de acceso a educación o a un trabajo remunerado que le permita la independencia financiera. A la pregunta de Spivak (2003) sobre si el subalterno puede hablar, a excepción de las estrategias de supervivencia que la economía moral y la solidaridad femenina movilizan en la comunidad para la gestión de su vida en periodos de abandono, la condición de existencia de las mujeres tiende a estar interpelada, reducida u oprimida por dinámicas socioculturales de regulación y control, las cuales estrangulan su movilidad socioespacial a tal punto que sus posibilidades enunciativas, agencia de cambio o movilización sociopolítica, en el caso de Rafael Núñez, se encuentran mediadas por instituciones no gubernamentales que atienden los lineamientos prácticos de la política estatal sobre la gestión de la pobreza. Su voz queda así anulada en una especie de ventriloquia gubernamental.

Su presente depende en gran medida de esta clase de programas de asistencia social, los cuales las mantienen al límite de la indigencia. Para hombres y mujeres de la periferia estos programas de gestión de la pobreza son insuficientes para cobijar las demandas de acceso a una ciudadanía plena, lo que propicia la reincidencia o integración de personas en el mundo del crimen, la violencia urbana o la economía ilegal, tal y como lo veremos a continuación.

RUBÉN:
LA VIDA DESPUÉS DE SER BANDIDO **8**

La verdad es que mis experiencias son bastantes porque somos personas que hemos convivido aquí desde que comenzó este barrio. Este barrio no era sino una piscina de agua; entonces nosotros comenzamos construyendo solos y explotando los trabajos que venían de por aquí. Nosotros éramos unos pelaos que éramos de la necesidad, no había nada nosotros vivíamos era del rebusque, nos íbamos a limpiar vidrios y esa vaina; pero, a pesar de eso, siempre nos faltaba y no faltaba la mala hora en que las pandillas de otros barrios, los pelaos cuando nos veían a nosotros, llegaban y nos atracaban y nos hacían daño, hasta el día en que nos reunimos varios amigos y comenzamos un conflicto. ¿Me entiendes? Un conflicto como lo sabe mi compadre Jeison, un conflicto que causó muerte, atracos, gente presa, muchas cosas. Hasta me pegaron un tiro aquí en la frente... Este tiro aquí en la frente fue, fue lo máximo que me pudo pasar a mí en la vida, ¿me entiendes? Desde que he estado en mis malas andanzas, yo hasta estuve en venta de droga; por ejemplo, compraba un bareto y vendía la mitad a otro y de eso sobrevivía uno, puro rebusque. Y, entonces, ¿qué pasa? La comunidad nos maltrataba a nosotros en el sistema de que no gustaban de nosotros porque, como estábamos en mal camino, ellos nos determinaban mal, ¿me entiende? La comunidad nos determinaba mal y nosotros nos sentíamos mal, y entonces comenzó la mala hora; los amigos robaban y venían a Rafael Núñez y la comunidad les echaba la policía, y después veníamos y peleábamos con la comunidad. Había un problema, un conflicto y resulta que las pandillas de los otros lados comenzaron a dar puñaladas contra nosotros. Cogieron a mi amigo, lo apuñalaron y le metieron un tubo en los pulmones, ¿me entiendes? Ni te digo cuántos balines [de shotgun] tengo en el cuerpo, me pegaron un tiro de changonazo, tengo más de cien balines en todo el cuerpo, ¿me entiendes? Pero, a pesar de todo, mi vida continúa. Después me pegaron una puñalada aquí [señalando la cabeza], me enterraron un cuchillo en la cabeza, no me lo podían sacar. Y entonces las peleas, compadre. La policía lo cogía a uno y lo metía preso por nada y lo metían a uno, llegaba uno a la cárcel de menores. Y así fue donde comencé... conociendo la droga y la vaina. Como no estaba la mamá de uno ni el papá, uno aprovechaba su tiempo libre y se metía la droga para despistar lo que nos estaba pasando, pero a la final nos metíamos en un problema. La droga nos estaba afectando, nos estaba penetrando en el cuerpo, ya no sabíamos cómo sacarla de nuestras venas.

Rubén (nota de campo)

EL 15 DE ENERO DEL 2016 JEISON ME LLEVÓ A CASA DE RUBÉN. ESE DÍA ÉL pintaba la sala de su casa, aún en obra negra. Su historia es excepcional porque en ella podremos observar el auge y declive de su *habitus* delictivo, el proceso de lucha y resistencia que tuvo que vivir para salir del barrio. Luego describiré la progresiva reincorporación de su capital criminal frente a un nuevo escenario de marginalidad urbana cargado de furia, resentimiento y venganza al que se vio expuesto a su regreso en Rafael Núñez después de haber vivido algunos años fuera de Colombia.

Con su relato concluyo la espiral narrativa y analítica que motivó el problema que dio origen a esta investigación, las dinámicas violentas de las pandillas, pero en esta oportunidad desde su génesis: los pretextos de los jóvenes para movilizar sus recursos corporales y colectivos en dirección a una lucha atomizada, pero consecuente con los efectos macrosociales que estaban produciendo esas dinámicas violentas en todo Olaya Herrera y las periferias de Cartagena, tal y como lo demuestra la extensa nota al inicio de este capítulo. Lo que su trayectoria de vida nos ofrece, nos lleva a analizar el tránsito que experimenta una persona antes involucrada en el campo de la marginalidad delictiva y su cruce al campo de la legalidad normativa del mundo del trabajo, no sin antes describir la violencia y el sufrimiento a los que se puede ver expuesto un sujeto al intentar sobrepasar los límites de la necropolítica.

Con Rubén pretendo cerrar el análisis sobre la incorporación al mundo criminal iniciado con la historia de Mini Z. A modo de espiral, vuelvo al inicio desde el final de este texto al analizar la formación de las pandillas, sus formas de violencias y los sujetos que las conforman. Con esta etnografía he logrado describir, por medio de las voces y ecos de diferentes personas en sus lugares de enunciación, la manera en que las fuerzas asimétricas del sistema-mundo se localizan étnica y socioespacialmente sobre una ciudad del Caribe colombiano, redistribuyendo y ampliando los efectos de la violencia estructural, y proyectando los que tienden a configurar nuevos escenarios de violencia en Colombia en la era de los posacuerdos: las periferias marginales de las ciudades capitales.

EL DETERIORO CRÓNICO DE UN BANDIDO

A mediados de febrero del 2015, Álvaro me relató la experiencia de un pandillero al que ayudó. Lo resumía como un exitoso caso de resocialización gracias a su gestión como presidente de la JAC:

Hay un chico que ahora está embarcado. Consiguió trabajo en un buque. Ese chico sí que tiene cicatrices en el cuerpo con qué describir su vida dentro de las

pandillas; en cualquier parte del cuerpo tú le ves cortadas, apuñaladas, tiros. Por suerte a él lo logramos sacar de ahí. Trabajando con nosotros se ajuició. Ese chico era el propio pandillero. Le conseguimos trabajo y salió siendo un excelente trabajador. Debe tener como cuatro meses de estar afuera del país navegando por el mundo. Ese chico es un guerrero.

Ese chico era Rubén y la descripción de Álvaro coincidía perfectamente. Sin embargo, sus cicatrices aún no sanan del todo. Su vida se transformó por completo física y emocionalmente algunos meses atrás al perder su ojo derecho cuando pasaba vacaciones en Cartagena, después de haber estado trabajando en una empresa marítima en Panamá. Aún triste por lo sucedido, Rubén se tomaría un tiempo para resumir ese momento de su vida conmigo:

Perdí el ojo. No tengo rabia, estoy tranquilo. Me sostengo y convivo porque yo, yo no solo perdí el ojo, yo perdí hasta mi trabajo porque estaba trabajando de marinero. A mí después de la delincuencia se me abrieron puertas porque yo nunca quise ser malo, yo siempre quise ser una persona de bien, ayudar a las personas.

A pesar de todo el trauma que ha significado este accidente para él, Rubén aún conserva la esperanza de retomar su trabajo; piensa que debido a esa grave lesión no podrá desempeñarse en ningún otro empleo de mínimo, mediano o alto riesgo. Con insistencia me comenta que ha llamado a su antigua empresa en varias oportunidades para explicar que lo que a él le sucedió fue un accidente, que él no estuvo envuelto en hechos criminales. La empresa le responde que están revisando su caso, pero lo más probable, le comenta su abogado, es que recibirá únicamente una compensación económica debido a su tiempo de servicio y la cancelación definitiva de su contrato. Rubén piensa que la empresa no le cree. Admite que el proceder de un barrio pobre y ser afrocolombiano tampoco le ayudan. No obstante, me contagia con su vital optimismo por la vida.

Todo ese proceso jurídico con la empresa, su rehabilitación y terminar de construir su casa lo han tenido ocupado el último mes. Dice que no le importa estar desempleado; cree que Dios es grande y le proveerá todo lo que necesita en este tiempo de oscuridad. “¿De qué vives?, ¿cómo sobrevives mientras consigues trabajo?”, le pregunté esa tarde de enero mientras él me mostraba con orgullo su casa: “Tengo ahorros. Tú sabes que allá en Panamá pagan en dólares. Guardé dinero porque dejé los vicios; ni putas, ni drogas ni alcohol. Ahora pienso en mi hijo, darle bienestar a él, pero ese dinero no va [a] durar mucho”, me responde resignado. Luego añade con una sonrisa de esperanza:

¡Compa!, pero cualquier cosa se hace. Ahí afuera hay una moto y, aunque no me guste, me le mido a cualquier cosa, hasta trabajar de mototaxi. El trabajo no es deshonra, por mi hijo hago todo, pero ahora solo pienso en mejorar mi casa.

Hay dos aspectos en su discurso para resaltar: vicios, su hijo y el empleo precario. A lo largo de este trabajo he apuntado con insistencia al consumo de drogas ilícitas, los modos de distribución, la percepción y las consecuencias de su uso según el punto de vista de los jóvenes y la comunidad. Una vez emancipado de las dinámicas marginales de la periferia y las pandillas, la incorporación de otras formas de verse a sí mismo y la sociedad atraviesan su cuerpo; lo que antes para él era natural pasó a ser exótico porque la aprehensión de la ética del capitalismo avanza en la medida en que el capital cultural transforma su percepción del mundo. Su hijo, al igual que en otros ejemplos mencionados anteriormente, marca el inicio de un ritual de paso, de una comprensión de la vida y su gestión a través del cuidado. Vidas que dan sentido y llenan los vacíos que sienten los jóvenes de la periferia sobre su condición de existencia, vidas que disminuyen los potenciales riesgos que produce el *habitus* delictivo, vidas que potencian la salida e ingreso de un campo socioeconómico a otro, sea este precario o flexible.

Creí en su alegría y transparencia esa primera tarde que lo entrevisté. Afirmó haber perdonado a la persona que casi lo mató. Se sentía feliz de estar vivo y fuera del peligro que le hacían sentir las pandillas y las actividades criminales en su vida. Sin embargo, esta creencia sobre sí mismo tomaría otra dirección dos semanas después de haberme ido de Rafael Núñez. El 2 de febrero del 2016, Jeison me reveló que Rubén había tenido un ataque de ira que no pudo controlar. Su sed de venganza lo llevó a herir a dos personas en la cancha de fútbol del parque, lugar en el que había perdido su ojo.

Conforme pasaban las semanas, aquella expresión de alegría con la que me recibió en su casa desapareció, aunque me lo esperaba; suprimir la frustración e impotencia que el accidente le produjo en su vida le recuerda la furia que siendo adolescente lo motivó a entrar en la dinámica violenta de las pandillas. Las adversidades socioeconómicas que él encontraría tarde o temprano en la ciudad destruirían su positivo entusiasmo por la vida. Para Rubén, sobrevivir nunca ha sido ni será fácil. Desde muy joven, sus condiciones de vida han estado caracterizadas por una notable carencia material que lo ha marginado, golpeado y estigmatizado hasta el día de hoy. Él resume esa trayectoria de la siguiente manera:

Desde los dieciocho años comencé guerreando, pero la vida mía me cambió porque yo, al ver tanto problema y la policía pa encima y todo, yo vi que no había solución; todo lo que la gente se robaba... todo lo que uno trabajaba era solo para la comida y para la droga. A mí se me abrieron las puertas pa'l exterior, ¿me entiendes? Yo tuve familia que estaban abiertas para aquellos lados, me preguntaron si yo quería ser marinero. Para esa época hubo un Plan Colombia que trajo aquí la Policía Nacional. Ellos primero llegaron buscando cómo ayudarnos. Reunimos a doscientos pelaos de fidelidad mía; yo ya tenía como veinte años cuando ese tiempo. Esa gente nos metió a un taller y a una escuela porque muchos no sabíamos ni leer ni escribir. La vida era tan dura en el barrio que los bandidos no nos dejaban ni ir a las escuelas porque en los colegios nos sacaban a plomo a todos. Entonces unos fuimos a una escuela acompañados de la policía; nos llevaban y nos iban a buscar. Después de clases íbamos para el comando de Policía allá en el barrio Manga; ahí nos dieron una escuela para hacer chancletas. Nosotros tenemos muchos pelaos que están capacitados para hacer chancleta y cosas así; hasta nos pusieron psicólogos para uno medio cambiar la vida. Álvaro, el presidente de la Acción Comunal, él nos recomendó porque él siempre me conoció a mí porque yo siempre quería que la pandilla se acabara. Le decía a la policía que nosotros queríamos ser alguien en la vida.

La narrativa de Rubén no es diferente a la de otros jóvenes de Rafael Núñez; sus duras condiciones de existencia justificaron su interés en el mundo del crimen. El dinero que obtenía trabajando no le alcanzaba para nada; como él, algunos integrantes de La Cívica durante el día limpiaban vidrios de carros en los semáforos, otros se desempeñaban como obreros y, al volver al barrio, buscaban otras formas de obtener dinero: en La Cívica, traficando con drogas o vendiendo algún tipo de mercancías. El costo de vida hace insostenible la supervivencia en la ciudad, aun cuando el gasto en la periferia sea menor. Pero Rubén tenía claro que la dinámica de la pandilla no era lo suyo, de modo que aprovechó la intervención que ofreció un proyecto de desarrollo comunitario liderado por la Policía cuando la violencia de las pandillas saltó a la opinión pública. Este programa lo libró de morir en la calle, como les sucedió a algunos de sus amigos más cercanos.

Su experiencia demuestra lo positivos que estos programas pueden ser cuando se convierten en una política pública de larga duración. En su caso, dicho proyecto fue el primer y más exitoso programa ejecutado en Rafael Núñez enfocado en la población joven. A pesar del gran esfuerzo por acaparar los espacios en que la espiral de la violencia actúa, habrá resistencia, disidencia o apatía de parte de los jóvenes para salir de esas fuertes dinámicas incorporadas

y en continuo reforzamiento debido al cotidiano ataque de fuerzas externas que les impiden pensar a largo plazo y aprovechar las alternativas que se les presentan. Rubén recuerda con nostalgia el caso de un amigo con quien fundó la primera pandilla del barrio en relación con la decisión que tomó él al renunciar a ese estilo de vida:

A la pandilla de nosotros nos decían los de Rafael Núñez... ¿¡Me entiendes!? Siempre nos han dicho los de Rafael Núñez porque esta pandilla no ha sido pandilla de nombre, ¿¡me entiende!? Algún sobrenombre tuvo, la pandilla del Care Perro, pero eso fue hace mucho; ya el Care Perro es el difunto. Care Perro llegó atracando a la comunidad; esta se reunió junto con la policía y lo metieron preso. Allá en la cárcel puso a tirarse un mano a mano con otro bandido y el bandido lo apuñaló, pero él le quitó la vida al bandido. Al man le dieron casa por cárcel y se vino a tierra desde ese momento. Acá en Rafael Núñez no sé qué le pasó. El hombre cogió el bazuco y ya no era Care Perro, el hombre fuerte, sino que era el de menos, todo el mundo lo cortaba, lo agredían. La policía se lo llevaba a cada momento. Hasta que una madrugada amaneció muerto, le pegaron un tiro en la cabeza, le arrancaron toda... media cabeza. Ahí quedó la historia del difunto Care Perro; él murió esa vez y no supimos quién fue, quién lo mató. Muchas personas le tenían rabia, hasta la familia; la mamá no podía con él porque el hombre ya no lo aguantaba nadie, era una persona incomprensiva, el bazuco lo llevaba a una ansiedad, a robarse todas las cosas de su casa. El bazuco, la marihuana y el perico son tres cosas diferentes, ya que la marihuana la cogen como para relajarse, como para reírse, como para dormir. El doctor dice que funciona como medicina, pero ya lo que se llama el bazuco, esa droga es para el trasnocho, cuando el bandido tiene problemas y no puede dormir llega al sistema de que tiene que consumir perico [cocaína] porque tiene que estar toda la noche atento, porque si se duerme lo matan o lo coge la policía. Entonces ese bandido tiene que consumir bazuco, marihuana o perico. Así, se mantiene despierto toda la noche, al día siguiente tiene que mantenerse en pie porque no puede decaerse, tiene problemas encima. Entonces, ¿qué pasa?, cuando se le acaban los problemas él dice: “me voy a fumar un tabaco de marihuana para relajarme, ya no tengo problemas”; ¿entiendes? El bandido se relaja. Lo que se llama la pepa [pastillas psiquiátricas] se usa para la necesidad de delincuencia, ¿me entiendes? Cuando uno se mete una pepa es como para pelear, como para robar, son drogas que le matan el nervio al bandido, ¿me entiende?, le matan el nervio al bandido. Yo, yo me he dado cuenta que las veces que pude consumir una pepa, ¡compa!, apenas comía la mitad y perdía la cabeza. Yo no le hacía caso ni a mi mamá ni a mi papá, yo salía por la calle a lo que Dios quiera, y por ejemplo venías tú y me decías cualquier cosa y eso ya era problema.

De principio a fin, la historia que relata Rubén sobre su amigo Care Perro ha estado rodeada de violencia. Victimario y luego víctima, su ejemplo describe la frágil línea fronteriza que distancia al agresor del agredido cuando se vive precariamente en la periferia. Su ascenso y descenso del crimen a la indignancia es impresionante. Care Perro pasó de ser la figura criminal más temida y respetada a la más débil e irrespetada. Ni la comunidad, ni la policía ni los bandidos en la cárcel pudieron acabar con él; sucedió lo contrario, aumentó su brutal reputación de pandillero. Pero ese respeto se terminó cuando se convirtió en adicto al bazuco.

Según Rubén, cada droga tiene un uso particular en la cultura de la calle o, en mis términos, hay una división racional del uso de las drogas. Bandidos como Care Perro usaban la marihuana para tranquilizar su acelerado cuerpo luego de pasar noches enteras despiertos cuidando de no ser atrapados por otros bandidos o policías, pero cuando esto no funcionaba acudían al bazuco como última opción, a pesar del estigma de esta droga en los barrios periféricos. La tensión, la adrenalina que genera la cocaína, el miedo a morir, la paranoia que produce el bazuco, la neurosis de persecución, el exceso de masculinidad y la necesidad de sobrevivir en un entorno de miseria y exclusión empujaron a Care Perro hacia una única salida: la muerte.

Lo que nos demuestra esta última historia es que ser bandido tampoco es una tarea fácil. La simplificada manera de comprender la delincuencia, incluso desde algunas áreas de la sociología o la criminología, pasan por alto las características psicoemotivas que configuran el *habitus* delictivo del bandido. La presión psicológica que se siente al estar del otro lado de la ley, además de los enemigos que esta actividad crea en la cotidianidad de decenas de enfrentamientos contra pandillas, policías e incluso la familia, vuelven imposible salir de ese entorno sin sufrir de violencia debido a que esta tiende a desarrollarse por ambos lados. El sujeto lucha contra la estructura y la estructura social, contra el sujeto. El uso y el abuso de variadas drogas para resistir y sobrevivir la violencia dual que ha creado su *habitus* delictivo lo atraviesa por completo. Fuera del crimen no tiene salida, dentro del crimen muere o lucha hasta el final o, como le sucedió a Care Perro, se autodestruye en ese trayecto de resistencia hasta el punto de terminar muerto en una calle sin media cabeza.

El deterioro crónico que Care Perro sufrió antes de morir describe un largo y decadente proceso de marginalización estructural potencializado por el uso de la droga más barata y adictiva del tráfico ilegal en Colombia; similar al *crack*, sus efectos a largo plazo son devastadores (Bourgois 2010; Bourgois y Schonberg 2009; Epele 2010). Al transformarse en un usuario dependiente, Care Perro perdió las cualidades que lo convertían en un referente criminal del más alto

nivel, para luego, finalmente, no ser reconocido ni como ciudadano, ni como persona ni como humano.

La construcción cotidiana de su *habitus* delictivo duplicó los efectos excluyentes de la violencia estructural en su cuerpo. Marginalizado por las fuerzas punitivas y sociales del Estado al recibir casa por cárcel, Care Perro no podía salir de Rafael Núñez, conseguir un trabajo, acceder a un crédito económico, estudiar o recibir alguna subvención social; estaba aprisionado por su pasado criminal y marginal. Desde arriba (Estado) o desde abajo (sociedad), atrapado entre estas dos fuerzas, tenía dos alternativas: volver a la cárcel o morir. Pero en su caso ya era demasiado tarde para escoger, mientras que Rubén evitó llegar hasta ese avanzado deterioro. Una de las características del despliegue del necropoder radica en la eficiencia de su alcance; una vez aplicado desde las instancias de poder, su extensión es absorbida por el sujeto, que la incorpora transversalmente en su cuerpo y subjetividad. La necropolítica funciona como una forma de autoaniquilamiento.

“¡CUIDARNOS LA PIEL!”

Le pregunté a Rubén días después:

William: ¿Alguna vez has matado a alguien?

Rubén: No, ese sistema de quitarle la vida a alguien nunca llegué a hacer porque nosotros en la pandilla no robábamos como banda de sicarios. La banda de nosotros era de pandilla de calle, de que si nos encontramos con alguien resolvíamos a los golpes.

Sin negar este hecho, él continúa:

Quizás sí hubo muertos, pero no sabíamos quién los pudo matar porque tanto que nos dimos de lado a lado, entre las calles del Líbano, el Tancón, La Pavimentada y La Arrozera. Habrán muerto como veinte personas.

Por lealtad a su barrio o cuidándose a sí mismo, rehúsa hablar de este tema conmigo. Repite exactamente lo que Leonardo y Roberto habían mencionado antes; el historial de homicidios varía a lo largo de su discurso. Su participación o no en estas cifras no fue aclarada durante el tiempo que estuvimos en contacto. “La banda de nosotros era de pandilla de calle”, afirma intentando diferenciar esta dinámica de la de otras formas de criminalidad asociadas con las muertes

que se ven en el barrio. En sus palabras, hay sistemas criminales organizados; la pandilla es uno, la banda de sicarios es otra, cada uno diferenciado por sus alcances materiales. Retomando sus afirmaciones sobre el número de muertos, dice: “pudieron haber sido veinte o cinco, pero son cosas que de pronto no es de la pandilla del barrio, porque la mayoría no tienen revólver o no están asociadas con ninguna empresa”.

Como ha quedado expuesto a lo largo de este trabajo, es cierto que el alcance económico, militar y criminal de los jóvenes dentro de las pandillas era igual de precario a su condición social. Sin embargo, las asociaciones esporádicas de organizaciones criminales, incluso estatales o paraestatales, con las pandillas posibilitaban ese incremento de homicidios. Su articulación, producción y organización logística, en comparación con otras estructuras criminales en Colombia, ilustran las formas elementales diferenciadas de la producción social del crimen organizado, sean rudimentarias o avanzadas materialmente. Rubén define en sus propios términos los elementos que dan forma a las pandillas y a jóvenes que, como él, en algún momento de sus vidas hicieron parte de estas:

Las pandillas nacen de la necesidad, son pandillas como de tiempo libre, que los papás no los determinan [a los hijos], que no los ocupan en algo. Son pelaos que quedan libres y al momento que están en una esquina y ven que si el otro fumó, que si le pasó el tabaco [de marihuana] a otro y este lo escondió, así se aprende a ser bandido. Pero nunca hemos sido, ¿cómo te digo?, una pandilla fabricada, una pandilla contratada, apoyada por otro sistema.

Cuando dice “apoyada por otro sistema”, se refiere a los grupos criminales que han estado presentes en las periferias de las ciudades capitales de Colombia¹³³ ejerciendo control territorial, extorsión, microtráfico de drogas, limpieza social y reclutamiento de jóvenes para sus fines criminales. Sin embargo, hay que aclarar que el tiempo libre que tienen los niños no es una responsabilidad única de los padres. Como ya lo he mencionado antes, la espiral violenta impone un régimen del terror que limita la movilidad social, coacciona y coapta de

133 El caso más emblemático del control de organizaciones criminales y armadas ha sido el de la comuna 13 de Medellín. El 14 de octubre del 2002, el Gobierno del presidente Álvaro Uribe lanzó la operación militar Orión para establecer control sobre ese territorio, periferia de la ciudad con una fuerte presencia de bloques y milicianos de las FARC-EP, el ELN y grupos paramilitares. El objetivo era acabar con los enfrentamientos entre bandos, reducir los homicidios y, principalmente, retomar el monopolio de las armas y la violencia. De tal forma, Orión desplegó helicópteros, armamento de alto alcance, fuerzas militares especiales y más de 1 000 militares y policías fuertemente armados. Cuatro días de fuerte intercambio de balas fueron necesarios para que el ejército pudiera doblegar y tomar control del territorio; “el impacto positivo de Orión sobre la situación de seguridad en la ciudad fue casi inmediato. Los homicidios en la comuna bajaron radicalmente de 299 casos en 2002 a 69 el año siguiente, es decir, en 230 en un solo año” (Martin 2014, 460).

manera directa el *habitus* de los niños, a tal punto que la escuela, la calle y sus hogares se transforman en un espacio de contingencia. Las privaciones materiales y la compleja construcción del cuidado de los hijos por parte de la familia contribuyen a relativizar la valoración del tiempo y la utilidad de la educación frente a un escenario de continuo riesgo y exclusión. El exceso de tiempo libre y la contingencia responden de modo interconectado a una serie de factores estructurales que se despliegan sistemáticamente sobre una población relegada más que sobre cualquier otra clase social.

El concepto de *empresa* al que Rubén alude en la era de la posdesmovilización paramilitar se integra al nuevo vocabulario de las periferias, aun cuando su adaptación práctica en la dinámica violenta de las pandillas se resiste a ser incorporada, debido, en parte, a las fuertes diferencias étnico-regionales y a las divergencias asimétricas de la criminalidad avanzada. Rubén vuelve a lo esencial, desestimando cualquier argumento utilitario sobre la organización política de la violencia urbana:

Nosotros no estamos peleando, como muchos creen, por un territorio, porque nosotros no tenemos un sistema de vender droga, nosotros no vendemos armas, nosotros lo que hacemos es... cuidarnos la integridad de nosotros, la piel, mi convivencia, mi vida, cuidar mi integridad, ¿me entiende?; de que yo no podía caminar por aquí porque en la esquina había cinco o seis muchachos y me atacaban. Como yo no tenía revólver, tenía era que subir con seis de mis amigos para tratar de nivelar la cantidad aquella con otra cantidad; combatíamos y seguíamos, combatíamos y bajábamos. Siempre para salir era combate y para entrar era combate, ¿me entiendes? Allá afuera la gente no nos daba trabajo, la policía encima. No nos daban trabajo porque la gente decía: "Si yo le doy trabajo a esta persona se me roba la pala, se me roba las instalaciones, se me roba la tierra, se me roba la bolsa de cemento", ¿me entiendes? La gente nunca pensó que ese delincuente hoy no era delincuente porque sí; era delincuente porque no le daban oportunidades y cuando las tenía no las aprovechaba, era delincuente porque tenía necesidades, estaba falta de ayuda, ¿me entiendes? Hay delincuentes que están falta de ayuda, porque la mamá no le da comida y esa persona dice: "¡Hijueputa, no tengo comida, loco!", y va donde el amigo y le dice: "¡Hey!, ¿sabes? Mira que allá hay un puesto de comida, vamos a robarnos ese puesto que yo conozco a alguien que me la compra por tanto". Con hambre cualquiera lo hace y se ganan su dinero. Entonces, es delincuente con necesidad, hay delincuentes con necesidad, hay delincuentes que nacen con la delincuencia, hay delincuentes que se forma por la mala influencia, hay gente que empuja a los otros a la delincuencia, hay gente inútil, gente que no sabe nada de la vida. A mí por ejemplo me llega un pelao, yo conozco quién es,

vivo y al bobo, y también el que no es bobo, y a mí no me ganan porque yo soy vivo, así que a mí no cualquiera me gana de inteligencia, ¿me entiende? En ese ambiente no se puede matar a una persona porque es el muerto quien descansa, el que sufre es uno, uno es el que sufre. El que mata a una persona es el que sufre, porque el muerto descansa, el muerto no trabaja, el muerto no les da comida a sus hijos, el muerto no paga ni recibo de luz, el muerto descansa de por vida, quien sufre es el que mata, el que mata sufre porque la policía lo corretea, el hermano del muerto lo quiere matar, la mamá del muerto lo busca, la gente lo mira mal y termina loco viviendo, corriendo de lado en lado y lado en lado hasta que se muere, ¿me entiende? Se muere de estrés, se muere de una brujería que la familia le puede echar al otro, al bandido, porque hay bandido rezado; yo nunca me recé, yo nunca fui un bandido que me recé. Yo siempre fui natural hasta el son de hoy; vivo estoy, vivo, aunque, me pegaron un tiro hace tres meses aquí en la frente y me salió por acá, y estoy vivo por obra de Dios.

Cuidar “la integridad de nosotros, la piel, mi convivencia, mi vida”, así empezó todo para Rubén. Ese pretexto me pareció irónico y a la vez desolador. ¿Cuidarse de quién?, me pregunté; ¿de la policía, de otros pandilleros, de sus padres, de los vecinos, de la ciudad? Él lo expone de modo simple. El contexto personal de la mayoría de los jóvenes vinculados en las dinámicas de las pandillas tiene origen en la acelerada desarticulación, fragmentación y atomización del tejido social que la violencia estructural potencializa desde la principal base social de los sujetos. Para Rubén la exclusión comienza en casa y poco a poco se expande en la medida en que los jóvenes se encuentran con las limitaciones estructurales que la ciudad despliega contra ellos. Una cosa lleva a la otra. Desde temprana edad son expulsados hacia la calle; “la mamá no le da comida. ¡Hijueputa, no tengo comida!”, exclama él recreando esa emoción de penuria. ¿Qué puede hacer un niño frente esa situación? Nada, simplemente aceptar y aprender a sobrevivir en ese entorno necropolítico. La coerción externa es aterradoramente violenta, un escenario desolador para los jóvenes.

Sin un lugar a dónde correr por ese estrangulamiento social, la furia aumenta. Su frustración llega a tal nivel que aquellos jóvenes que han intentado salir de ese campo han chocado contra las murallas simbólicas y estructurales que se levantan históricamente por la relegación étnica por la que se han visto condicionadas las poblaciones afrocolombianas en el último siglo. Las coloniales murallas militares que tiene Cartagena son una metáfora de las barreras que encuentran los jóvenes de la periferia cuando buscan alternativas de supervivencia fuera de sus entornos marginales. Al no hallar oportunidades, estigmatizados, recriminados y segregados, se ven empujados a reincorporar en sus prácticas

cotidianas el capital cultural callejero aprendido desde muy temprana edad, para poder vivir dentro de un sistema que desde antes de nacer los ha expulsado a las márgenes de la sociedad.

Mientras él habla pienso en dos personas: Care Perro y Mini Z. La vida del primero representa la experiencia límite de un individuo sin posibilidad de salir de la espiral de violencia en la que se involucró, al igual que Rubén, con la idea de cuidar de su vida. Preso en el barrio, marginado por su adicción al bazuco, moriría. Del otro lado, Mini Z, desprovisto de cuidado familiar, crece imitando la figura masculina de otros que le inspiran respeto o admiración; él aún “no sabe nada de la vida”. Las zonas de relegación urbana redireccionan el horizonte de los jóvenes hacia campos de fuerza ilegales, delictivos, precarios e inhumanos, con tal poder de estructuración y reproducción que, según Rubén, las posibilidades de salir de ahí implican intervenciones externas al sujeto para que sean exitosas. En su caso, los programas sociales enfocados en la juventud son una solución parcial, pero sin voluntad individual por parte de ellos nada de eso tendría sentido.

CLIENTELISMO E INSTRUMENTALIZACIÓN DE LOS JÓVENES

En el transcurso de mi trabajo de campo, en repetidas oportunidades Álvaro y Martín hicieron referencia a algunos programas que el gobierno local creó para contrarrestar el avance de las pandillas, en los cuales ambos alguna vez trabajaron. Sin embargo, estos programas no lograron mantenerse por mucho tiempo. En su momento Rubén los criticó por vender falsas expectativas, manipular e instrumentalizar a los jóvenes para el servicio del clientelismo político y recuerda su experiencia:

Gracia a Dios esa ONG que me ayudó es una empresa buena, pero lo malo es que abandonan los proyectos, ¿me entiende? El proyecto mío lo abandonaron. Yo tenía muchos pelaos, pero se desanimaron porque decían que si un pelao abandonaba el proyecto no servía el proceso. Eso no debe ser así. Si en una cuadrilla de mil personas diez de esos trabajan, con esos diez se les demuestra a los mil que usted sí quiere que el mundo cambie, pero ellos no aguantaron. Recogieron la información del barrio, de la gente; esa información la llevan a muchas partes y uno no sabe qué hacen con eso. El mundo entero debe saber que hay gente que vienen aquí a sacar información, pero no ayudan y cuando no vienen las ayudas ya nadie cree porque no ponen la cara, no nos ponen el corazón, no dicen la verdad, ¿me entiende?

Personalmente me sentí decepcionado al trabajar como voluntario en la principal ONG que tiene Rafael Núñez. Me parecía increíble que ninguno de sus proyectos estuviera orientado a atender el problema de las pandillas. La directora no escondía su indiferencia frente al tema; aunque levemente preocupada, prefería concentrar sus recursos en la población infantil, las madres solteras y la tercera edad, porque en ese segmento podían tener con mayor facilidad resultados exitosos. A mediados de julio de 2016 Candela me dijo: “Paisano, yo me le mido a cualquier cosa, traiga ayuda de afuera, educación, algún curso, así sea como panadero, todo eso sirve”. Sin embargo, estos programas ya habían sido impulsados en varias ocasiones por instituciones públicas o privadas, pero tienden a no cumplir la demanda de los jóvenes; por otro lado, tales proyectos han reproducido desde sus bases las dinámicas clientelares de la estructura política local. Por esa razón, buena parte de estos han sido abandonados rápidamente por los jóvenes, quienes son conscientes de haber sido utilizados como fortines electorales por políticos o por personas que, como Álvaro, decían ser sus impulsores, pero quien paralelamente buscaba beneficiarse económica o políticamente de sus problemas.

El 2 de febrero del 2015 registré en mi diario la entrevista que le hice a una trabajadora social encargada del área de salud de la ONG. Ella me relató su experiencia en el primer proyecto que hubo en Rafael Núñez, enfocado en abordar el problema de los jóvenes pandilleros:

Dos años atrás este primer y último proyecto surgió liderado por un padre¹³⁴ y la ONG. Para comenzar, omitieron usar la categoría *pandillero*; lo cambiaron por el de “jóvenes con conducta inadecuada”. El objetivo del proyecto era formar líderes padres de familia en una calle para luego ir replicando el mismo proceso en otras calles. Por medio de la formación de los padres de familia se buscaba atraer la atención de los jóvenes para vincularlos en otras actividades como capacitaciones en emprendimiento o cursos técnicos, además de la enseñanza de valores católicos. Este proyecto parecía prometedor y había muchas expectativas porque fue muy bien acogido por la junta de acción comunitaria (JAC), pero la Secretaría del Interior, encargada de coordinar y destinar dinero, abandonó el proyecto tiempo después.

Esta funcionaria enumeró otros proyectos que también fracasaron, de los cuales la ONG no hizo parte. Relató cómo la Alcaldía, por medio de la Secretaría del Interior, destinó dineros a la JAC para continuar con este proyecto de la mano de iglesias cristianas. El pastor Martín siguió ayudando en este propósito

134 Se hace referencia al pastor Martín.

prestando su poder de convocatoria para reunir a los jóvenes. Sin embargo, la estructura de funcionamiento y el propósito de la JAC no generaban suficientes alternativas para acabar con las pandillas. Lo que describe la funcionaria y que después conocí de parte del pastor Martín era que la JAC recibía dinero por cada joven que firmaba las listas de asistencia. La Secretaría del Interior enviaba profesionales para dar talleres de capacitación, pero estos eran aburridos para los asistentes, lo que los desmotivó a seguir; dejaron de ir y la Alcaldía no volvió a enviar profesionales. Este proyecto fue un fracaso en su ejecución, pero resultó muy lucrativo para algunas personas de la JAC y funcionarios públicos, debido a que el monto de dinero destinado era considerablemente alto.

La anterior exposición de los alcances del proyecto, sus objetivos y metodología, a primera vista hace pensar que parece viable y consecuente al incluir a los padres en la intervención, pero resulta inconsistente por cuanto desconoce la compleja y fragmentada composición de los vínculos de estos con sus hijos y sus condiciones de existencia. La participación de la Administración local en esta clase de proyectos, generalmente, depende de la voluntad política de los alcaldes de turno. Apenas en 2012 se tomó la iniciativa de crear una delegación especializada para intervenir en esa problemática sin mayores avances (Álvarez 2017), la cual no se concluyó debido a la inestabilidad político-administrativa que ha tenido la ciudad desde ese año hasta el presente (2018)¹³⁵. Al no contar con la continuidad de una agenda pública en esa área, los proyectos quedan a disposición de instancias inferiores, sin control ni seguimiento. Y, dado que tales instancias determinan su continuidad, exigen información estadística sobre el impacto social de estos programas para justificar su gasto.

Sin embargo, detrás de estos proyectos suelen existir intermediaciones burocráticas y políticas que transforman su finalidad en insumos instrumentalizados para alimentar las maquinarias clientelares que dinamizan la estructura política de la ciudad. Desde la lógica pragmática del clientelismo político, los jóvenes son vistos como objetos, números que sirven para justificar un gasto público sin que al menos sean considerados sus beneficios sociales en el mediano o largo plazo. Martín, decepcionado por la corrupción interna de estos procesos, por principios, se rehusó a participar. Al respecto, opina:

La solución actual [para enfrentar la violencia] es vista a través de proyectos, como si eso fuera a cortar el problema de raíz. Estos proyectos son firmados

135 Desde el 2012 hasta el 2018 ejercieron como alcaldes de la ciudad ocho diferentes figuras públicas; algunos elegidos por voto popular, otros designados por el presidente de la república después de varios escándalos de corrupción e impedimentos para ejercer cargos de ese tipo. Esto demuestra la grave crisis de inestabilidad política y administrativa que vive la ciudad.

por la Alcaldía, luego esos dineros pasan para las ONG y el 99 % del dinero se queda ahí, mientras el 1 % es el que llega a la comunidad.

Por otro lado, la política de gestión socioeconómica de la ONG en que trabajé tenía claro que aspectos religiosos y políticos debían quedar fuera de cualquiera de sus proyectos, mientras que las iniciativas que gestionaba la JAC con el gobierno local buscaban lo opuesto. Basado en los testimonios de Martín y funcionarios de la ONG, conseguí descubrir los eslabones que suelen encadenar política y clientelismo en la ejecución de buena parte de los proyectos sociales, los cuales son instrumentalizados de alguna manera por una figura de la política local. La dinámica económica clientelar suele tercerizar los programas de gobierno por medio de ONG sin ánimo de lucro, mediación interinstitucional burocratizada transversalmente por la maquinaria clientelar, lo que se traduce en la absorción económica del dinero destinado para esos programas, usando como pretexto la vida de los jóvenes dentro del sistema financiero que en los países de la periferia modela la necropolítica. De este modo y sistemáticamente se socava la confianza de los jóvenes en las instituciones. Aquellos que se dirigen con grandes expectativas hacia esos programas con la idea de transformar sus vidas pierden las pocas esperanzas que aún conservan en la esfera pública. Rubén lo resume con resignación:

Los vales me siguen. Yo le dije a todos: “Hey, fulano, ven acá fulano, hey tú, tú, tú ven acá, ustedes que están metidos en la droga.” Yo los cojo de esa forma; les digo: “Vengan, vamos, necesito hablar con ustedes, el Gobierno nos va a dar una ayuda, necesito que ustedes me ayuden participando en los proyectos”. La gente va, me hacen caso, me escuchan, ¿entiende?, pero al no ver la seriedad del proyecto... todos se abren [se van], se pierda la esperanza.

RESENTIMIENTO Y FURIA: LA POTENCIALIDAD DE LA VIOLENCIA

A mí me gusta el fútbol bastante, ¿me entiendes? Entonces, cuando vine de vacaciones y me fui para allá para La Pavimentada y en esa Pavimentada me dice la gente que... es un infierno, ¿me entiende? Ahora solamente es para fumar, para atracar y para perder uno su vida, porque si uno se va a fumar un baretito allá para relajarse, de pronto llegan los asesinos y ¡pum, pum, pum!, mataron al que es y al que no era. Hay muertos inocentes, hay muertos amigos míos que eran inocentes, bandidos, pero se quitaron, se fueron recuperando, como yo, y se metieron a la vida, se infiltraron en la vida civil normal, así como somos nosotros, como usted, como yo ahora. Yo ahora soy un soberano libre de problemas, yo no tengo delincuencia, no tengo problemas con la ley.

Cuando Rubén se fue de la ciudad, el parque de Rafael Núñez aún no estaba terminado y desconocía que al volver ese lugar se transformaría en un espacio de la muerte. Rubén entró sin saberlo en un territorio peligroso; jamás imaginó que unos asesinos lo confundieran con un bandido “enculebrado”. Con frecuencia, personas inocentes son asesinadas o heridas al estar en lugares equivocados en el barrio. Rubén sufrió el peso de las retaliaciones al que se exponen los bandidos cuando son buscados por otros. “No sé por qué me pasó esto; yo ya no tengo problemas con la ley, no estoy caliente”, comenta con rabia y continúa:

La mayoría de mis culebras están muertas porque Dios les quitó la vida o porque de pronto por la droga se cansaron y el vicio los consumió, pero ya yo estoy libre de problemas. Los delincuentes que me ven ahora a nosotros nos llaman la vieja guardia, hay delincuentes pelaítos que están saliendo desde ahora, pero a mí me llaman vieja guardia.

Aunque él afirme que no tiene culebras, tiene un historial criminal que yo desconozco. Guarda silencio como el resto de mis interlocutores que han aceptado tener una vida delictiva activa en algún momento. Jeison y algunos otros miembros de La Cívica aceptan haberse excedido al aplicar violencia contra otros bandidos o pandilleros. Jeison es consciente de que lo pueden matar; me ha confesado que se siente arrepentido de hechos que no quiere recordar. Roberto estuvo a punto de matar a un hombre, pero le perdonó la vida. Sin embargo, el odio, el resentimiento, la rabia, la humillación, el irrespeto, la impotencia e incluso hasta la injusticia penal son elementos socioemocionales difíciles de olvidar cuando alguien ha sido víctima de un ataque; aunque pasen los años las culebras se recuerdan. La acumulación social de la violencia induce a que la víctima y su círculo más cercano consideren tomar la justicia en sus propias manos. Rubén explica detalladamente este mecanismo:

Yo soy el herido, yo soy el que estoy perdiendo la pelea de la delincuencia ahora. La estoy perdiendo porque estoy herido. Yo no le he hecho nada al que me hizo esto. Le he podido hacer matar la mamá o matarlo a él, pero como yo no pienso en él, yo pienso en mi vida, yo pienso en lo que yo quiero para mí, en mi hijo, en mi familia, porque si yo no pensara en familia yo vendiera esta casa, me comprara diez revólveres, convidara a cinco, seis pelaítos de por ahí para trabajar conmigo. Les diría: “Coge esta arma y vamos a matarle la mamá a fulano”, porque ya en la delincuencia lo que le queda es experiencia a uno.

Pero él se ha resistido a continuar esa tradición: “he podido matarle la mamá o matarlo a él”. La madre, el ser más querido, protegido y venerado en la cultura popular de las periferias, se convierte en la primera referencia de venganza. Lo que busca la víctima es que el victimario sufra emocional, moral y físicamente; torturarlo moderadamente. Si él no responde, si él no muere y no sufre, entonces su familia pagará las consecuencias. Víctima y victimarios, ambos son producto de la furia, la exclusión y la marginación histórica estructural encarnada en las prácticas cotidianas latentes en ese espacio de muerte en que se han transformado las periferias: sed de venganza, sed de muerte. Rubén sostiene que, de no haber tenido un proyecto de vida con su hijo, hace mucho que hubiera retomado su vida criminal, porque si hay algo que no se puede olvidar al salir de la periferia es su capital delictivo. Esa experiencia tiende a reproducirse en la vida cotidiana en un ciclo que termina, principalmente, en un ataúd. La experiencia de este capital delictivo emergerá de forma circunstancial o instrumental como complemento de otras actividades laborales o territoriales para la supervivencia. Aunque la persona decida renunciar a este *habitus*, su activación y despliegue dependen de las circunstancias en que se encuentre. En ese punto de su vida, Rubén había perdido la esperanza. Emocionado aún con su historia, él se agarró la cara con ambas manos, miró a su hijo y retomó el relato del día en que perdió el ojo:

Cuando llego a Cartagena, veo a mi hermanito que va a jugar balón, pero como ya me están diciendo que el pedazo [señalando el lugar] aquel está peligroso, tipo de cuatro para seis de la tarde, yo me dije: “Bueno, ya no irán a pelear porque siempre peleaban era de dos a cinco de la tarde”. Entonces, me puse a jugar con el hijito mío, el sobrino, el amigo. Al ratico se presentó un muchacho con un revólver. Los pelaos gritaron: “Hey, pilas que tiene un revólver”, ¿entiendes? Y el pelao apuntaba a la gente. Cuando yo veo que el man apunta, yo miro pa’l otro lado, viendo para dónde está corriendo el hijo mío. Cuando yo veo que el hijo mío está lejos regreso la mirada y alcanzo a ver el tiro en el aire y me pega aquí, ¡tam! [tomándose la cara] y quedo en una oscuridad: “¡Dios mío!, esta vaina no me puede estar pasando a mí”, grité. Luego intenté abrir los ojos y no veo, quedo en una oscuridad, bañado en sangre; me limpio y puedo ver con el ojo izquierdo. La gente corre, alguien grita: “¡Hey!, ¡hey! ¡lo mataron, lo mataron!”. Este fue un tiro de muerte y yo quedo en pie y el bandido queda con el revólver listo como para rematarme. Pero yo pensé en salvar mi vida, nunca pensé en que lo voy agredir porque a la hora del té no teníamos armas, ¿entiende? Estábamos jugando fútbol con el corazón. Me pegan el tiro y me monto en una moto, llego al hospital y le digo al doctor: “¡Ayúdeme! Vea, doctor, colabóreme, hermano, fue un tiro”. Y el doctor venía

y se ponía la mano en la cabeza; pensó que ese tiro era mortal, que yo me iba a morir. Nadie me quería ayudar y yo le daba ánimos al doctor: “¡Doctor!, venga, vea que yo boto la sangre”. Y botaba yo mismo la sangre, el poco de sangre por el ojo. Era una herida seria, William, y la cara hinchada. Me dieron mi tiempo de muerte, ya tú sabes cómo es que le dicen a eso en Colombia: el paseito de la muerte¹³⁶. De pronto, pensaron que yo no era quien soy, sino que yo era un bandido, de que llegué baleado y no fue una bala perdida, sino una pelea de bandido... y no es así el cuento, era diferente.

La frase final de este descarnado relato ilustra cómo la violencia estructural toma forma e impacta en diferentes actores y lugares que implican la figura del Estado. Primero en el barrio y luego en el hospital, Rubén fue estigmatizado al provenir de la periferia; y, segundo, al ser pobre y afrodescendiente. De no ser por su insistente pedido de ayuda a los médicos, hubiera muerto en el hospital padeciendo lentamente.

En un Estado necropolítico la gestión de la vida no tiene ningún sentido. Aunque la función del médico sea salvar vidas, esta se encuentra mediada por la mercantilización del sistema clínico, de modo que las vidas son descartadas por aquellos que tienen el poder instrumental de decidir quién vive o quién muere. Este poder de decisión está articulado al capitalismo cognitivo ampliado en la lógica mercantil del sistema privado de salud colombiano. Cuando él dice: “pensaron que yo no era quien soy, sino que yo era un bandido”, me surgen las siguientes preguntas: ¿por qué pensaron los médicos que él era un bandido?, ¿por qué pensó él que iba a sufrir el paseo de la muerte?, ¿por qué los médicos le dieron por muerto?

La respuesta está en su cuerpo. Un joven afrodescendiente baleado en el barrio más peligroso de la ciudad sintetiza toda la carga simbólica, discriminativa, racista y clasista que la herencia colonial aún conserva en la cultura de Cartagena. Esta, por medio de su capital cultural y económico, consolida los mecanismos de distinción y poder representados, en este caso, en la función médica. “Nadie me quería ayudar”, dice él con pena. Rubén vivió el suplicio de los marginados (Foucault 2009), morir lenta y dolorosamente a manos de un sistema médico neoliberal perversamente selectivo en cuanto a quién deja vivir

136 De esta manera se le llama al viacrucis que en Colombia cientos de pacientes se ven obligados a sufrir cuando en un hospital o clínica (IPS: institución prestadora de servicios de salud) el personal administrativo niega el servicio y envía al paciente hacia otros centros porque ahí no se tiene convenios con la entidad promotora de salud (EPS) del paciente. Este servicio puede variar dependiendo de la calidad de la empresa y su cobertura médica; entre mayor sea el precio que paga el paciente mensualmente por este servicio (tercerizado), su atención en casos de emergencia cubrirá más sus necesidades; de lo contrario, el paciente se verá en la penosa necesidad de buscar atención médica clínica por clínica y puede llegar a morir en ese trayecto.

o morir. Desde su pornográfica descripción de sufrimiento, se observa cómo su cuerpo se convierte en un desecho carente de humanidad, cuerpo al que se puede dejar morir cruelmente en los pasillos de un hospital por incorporar los estigmas del paria en la era de la poscolonialidad urbana en Colombia: bandido, afrodescendiente, pobre y marginal. La última vez que nos vimos estaba muy cansado. Antes de sentarse en el sofá de su casa le pidió a su hijo que le trajera su medicina. Tenía dolor de cabeza:

William: ¿Estás feliz de estar vivo?

Rubén: Sí, lo estoy.

William: ¿También por haberte salido de la delincuencia?

Rubén: ¡Ufff, Dios mío! Esta vida no tiene comparación. Yo soy feliz, puedo caminar donde sea en el centro de la ciudad, voy a un barrio, a otra calle, cualquier lugar... Yo antes no podía hacer eso.

Mira a su hijo y me dice: “Por él es que estoy vivo”. Luego se detiene unos segundos a pensar, me mira y retoma el principal problema que, según él, es el que ha dado impulso al nacimiento de las pandillas. Aunque se torne repetitivo el tema, su enfoque cambia conforme mis interlocutores, autorreflexivamente, analizan su trayectoria individual. Ese ejercicio sociológico de establecer la psicogénesis de su comportamiento violento y delictivo resulta axiológicamente interpelado por una visión heteropatriarcal, la cual invita a pensar de forma estructurante los elementos que contribuyen a ensamblar el *habitus* del bandido como una producción social. Rubén culpa a la familia, especialmente a las madres, por ser las responsables del abandono, la mala crianza y la alcahuetería que ha impulsado a los jóvenes hacia las pandillas y la delincuencia. Villanas/heroínas, putas/vírgenes, la figura de la madre y la mujer tiende a ser mayoritariamente representada en las comunidades periféricas a través del binarismo presecular aún latente en sociedades con una tardía modernidad:

El problema de la pandilla no son los jóvenes sino las mamás, ahí nace todo. Hay que decirles a las mamás que no apoyen la delincuencia, que ellas ven al hijo cuando está en mal camino, debe buscar ayuda temprano y no esperar hasta cuando sea tarde. Al hijo tiene que ayudarlo no animándolo ni escondiéndole los robos, nada, ellos tienen que ayudar es que si el hijo vine con hambre darle su comida. Yo he visto muchos papás que mandan a sus hijos

para la calle sin comer y ahí es donde viene todo lo malo. Los pelaos por no recibir la comida se han quitado la vida ellos mismos, ¿me entiende?, porque es un trauma de necesidad y de dolor y de ansiedad del estómago, del maltrato físico del papá y la mamá. La mamá le dice a uno: “Hijueputa, aquí no venga a dormir”, entonces le toca al pelao dormir en la calle; ahí es donde nace el bandido... nace el gamín. ¿Sabe lo que es gamín?, cuando los papás nos cierran las puertas, que no regalan trapos [ropa], de que cuando llega Navidad no nos regalan una camiseta, entonces queda uno con la misma ropa, decayendo. Las enfermedades le van cayendo a uno, la tristeza, ahí es donde tú ves la gente vieja, sucia, que los dientes se le están cayendo porque... es descuido de los papás y de uno mismo. Lógico, a veces uno lo hace es para ver sufrir a los papás. Hay muchos delincuentes que juegan esa estrategia. Se dejan decaer para hacer sufrir a la mamá, ¿me entiende? Pero ese juego después de dos, tres meses sin cepillarse, dejándose crecer el pelo, sin bañarse, fumando bazuco y durmiendo en la calle, ahí la persona ya está metida en un problema.

Si bien la formación y la educación que recibe un sujeto por parte de su familia son determinantes en la incorporación del capital cultural, económico, social, simbólico e incluso delictivo, la descarnada forma en que Rubén describe la producción social del bandido muestra al cuerpo en un estado de agonía, visceralmente violentado. Rubén afirma que es por medio de la economía moderada de la tortura doméstica que los jóvenes habitan con furia en la periferia: “los pelaos por no recibir la comida se han quitado la vida ellos mismos, ¿me entiende?, porque es un trauma de necesidad y de dolor y de ansiedad del estómago”, dice con tristeza. Fisiológica y psicológicamente, este padecimiento lo viven muchos jóvenes en silencio, tal y como nos lo recordó Candela. Furia, hambre, frustración y resentimiento social son algunas de las características psicoemocionales que predominan en el estado de ánimo de estos jóvenes, sintetizada en esta investigación en las personalidades de Jeison, Roberto, Leonardo, Mini Z y el propio Rubén.

A partir de los componentes psicosociales mencionados, el tradicional enfoque de Marcel Mauss (2009) sobre el don y el contradon nos ayuda a comprender los alcances fisiológicos de la necropolítica. Este padecimiento añade a la interacción interpersonal valores diferenciados de furia y resentimientos, motivos emocionales que sustentan la vida cotidiana o las estrategias de supervivencia de los jóvenes pertenecientes o no a las dinámicas de las pandillas. Así lo afirma Rubén: “hay muchos delincuentes que juegan esa estrategia, se dejan decaer para hacer sufrir a la mamá”. Visto de esa forma, desde el sentido común, la lógica sería la siguiente: si tú me haces sufrir, yo te hago sufrir. De esta manera, las estrategias de resistencia de las que hacen uso los jóvenes son

representadas para enfrentar el acorralamiento de la fuerte presión que ejerce sobre sus cuerpos la violencia estructural en las sociedades marginalmente avanzadas.

Rubén, inconscientemente, incorporó durante años esa furia; usándose como ejemplo, recuerda: “Cuando tú antes me mirabas en la calle yo te decía: ‘¡Hey, vale!, ¿por qué me miras, le debo algo, me vas a matar?’; siempre estaba con ganas de matar a alguien, no sé cómo decirle, viviendo con una furia interior”. Su incapacidad visual, el cuidado de su hijo y su preocupación por sobrevivir han moderado su agresividad: “Ya no ataco, no le busco problemas a la gente, ayudo al que tiene hambre, doy comida cuando la tengo”. Sin embargo, esa benévola actitud lo tiene decepcionado; quienes eran sus antiguos amigos en el mundo del crimen se burlan del abuso de otras personas por su renovada personalidad:

La gente es jodida aquí, siempre dicen: “Hey, perro, regálame algo, ¿qué tienes por ahí para vender?”. Y si en la casa no hay nadie, entran, se llevan el abanico. Yo ya después de ser delincuente fui víctima de los delincuentes; los delincuentes me roban a mí, ¿me entiende?, se me llevaron el DVD. Comencé a ser un padre de familia, tener mi casa, mi mujer, me iba a trabajar en la mañana, volvía a la noche y ya no veía en la sala el DVD, no había televisor. Cuando era delincuente me daba mano a mano con el otro delincuente; entonces, nos cortábamos y ya el artículo robado quedaba perdido y nosotros enemigos. El otro en el hospital o el otro por ahí corriéndole a la policía.

Su paciencia me parece increíble, pues sus circunstancias personales y sociales no han sido las mejores desde que volvió a Cartagena; de ser un delincuente pasó a ser víctima de los delincuentes. Rubén se siente avergonzado, consciente de experimentar lo que se siente al estar en los dos lados de los principales actores que sufren y conforman la violencia urbana de la periferia: la comunidad (víctima) y las pandillas (victimarios). Rubén, recordando una de las legendarias frases del salsero puertorriqueño Héctor Lavoe, sentencia, por último: “todo tiene su final, nada dura para siempre”

No es fácil, parcero, no es fácil sobrevivir. La vaina está dura en esta ciudad. Hay veces que se me mete a la mente: “¿Será que vendo drogas, será que me asocio con aquel vale que está en los malos caminos?”. Todos los malos caminos se te vienen a la mente. Es difícil que una persona venga a darte la mano aquí a tu casa, que te diga: “Te voy a dar trabajo”.

A mediados de febrero del 2016 él ya no tendría la misma paciencia. Armado con un revólver se dirigió al parque de Rafael Núñez en búsqueda de Oscar, la

persona que le había disparado en la cara. Rubén había pensado hacía meses en ese plan. Escondía su furia y resentimiento detrás de su discurso de paz y reconciliación, mientras estratégicamente cocinaba en silencio su venganza. Aunque él no pudo matar a Oscar, su acción dejó al descubierto la potencial fuerza que tiene la violencia contenida en los jóvenes de la periferia, los recursos materiales, el capital delictivo latentes en su *habitus* y cuerpo, que, en el caso de Rubén, se activaron después de haberse visto obligado a regresar al barrio para cerrar e iniciar otro ciclo dentro de la espiral violenta que se vive en las periferias de Cartagena.

Figura 11. Casa de Candela



Fuente: elaboración propia.

Figura 12. Cocaína y trabajo al mediodía



Fuente: elaboración propia.

Figura 13. Cuarto de la casa de Mónica



Fuente: elaboración propia.

A modo de conclusiones: volver
al campo para cerrar el tejido

DESDE MEDIADOS DEL 2017 MIS VISITAS A RAFAEL NÚÑEZ CESARON. ME VI obligado a detener mi trabajo de campo para dedicarme por completo a la escritura de este libro. Para esas fechas, Jeison estaba siendo presionado por el nuevo presidente de la JAC¹³⁷ y una facción de la comunidad para dismantlar a La Cívica. Él me llamó en reiteradas ocasiones para pedirme que lo ayudara, pero yo ya no me encontraba en la ciudad ni en el país, de tal forma que lo único que pude hacer fue escribir un par de cartas dirigidas al presidente y comité de la JAC en las que explicaba la importante labor y el impacto positivo de La Cívica en la comunidad, además de mostrar evidencias empíricas y estadísticas sobre su gestión del crimen y la violencia. Tristemente, las cartas fueron descartadas y La Cívica dismantlada unas semanas después. Jeison luchó hasta donde pudo por mantener el control y la continuidad del grupo, consciente de la necesidad de su trabajo para la seguridad de la comunidad y el sostenimiento económico de sus miembros; pero para el nuevo presidente de la JAC La Cívica era innecesaria, argumento que utilizaba para prescindir del liderazgo de Jeison, quien no representaba para él utilidad política.

A pesar de todo, no perdí el contacto con ellos. A la distancia, intercambiaba correos, llamadas y mensajes de texto con Martín y su familia, especialmente con Nancy, quien por medios digitales me ayudaba a mantenerme informado de nuevos sucesos o datos para profundizar en aspectos puntuales de mi análisis. Con Jeison mantuve el mismo contacto. Con el resto no fue posible; algunos no usaban teléfonos, los perdían, cambiaban sus números o no frecuentaban redes sociales. Esta comunicación ha sido de una gran ayuda para observar, en tiempo real, el incremento o descenso en los ciclos de violencia en el barrio y la trayectoria de vida de mis interlocutores, con lo cual he podido confirmar la validez de los argumentos expuestos aquí.

Después de varios meses sin la presencia de La Cívica, a comienzos de 2018 la intensidad de la violencia, la inseguridad y el sufrimiento social llegaron a niveles alarmantes. La incursión de bandidos y los conflictos entre pandillas de los sectores vecinos se hicieron más frecuentes. Doblegado por la comunidad, el presidente de la JAC permitió de nuevo la operación de La Cívica, la cual rápidamente se organizó, pero ya no fue una, sino dos bajo el mismo mando. Nuevos y viejos miembros desplegarían una mayor cobertura territorial, una renovada fuerza acompañada, también, de un mayor número de armas. A Jeison ya no le interesaba continuar con ese estilo de vida, se había convertido en

137 Álvaro Lloreda había sido destituido de su cargo por haber cometido irregularidades administrativas, corrupción, explotación, tráfico y venta ilegal de recursos naturales. Ciertamente, Álvaro traía madera de la región pacífica colombiana para vender en la ciudad a empresas de construcción de muebles exóticos.

evangélico antes de acabar el año 2017. Apegado a una ética ortodoxa, renunció a las drogas que usualmente consumía en la noche cuando cuidaba el barrio. También dejó de visitar las cantinas y los clubes de trabajadoras sexuales; en cambio, me hablaba de su novia, de su rol como padrastro y sus negocios. Había retomado la venta de productos lácteos y carnes frías que distribuía en las tiendas del barrio, el cual había dejado por la adrenalina que le hacía sentir trabajar en La Cívica. Convertirse en evangélico también le salvo la vida de las culebras; predica salmos, da consejos y manda mensajes bíblicos a sus amigos o enemigos por igual, a la vez que asesora militarmente a los nuevos miembros de La Cívica. Sin falta, cada semana ellos tocan a su puerta para cobrarle la tarifa de seguridad.

Esta perspectiva de largo alcance me mostraba cómo la tendencia de los ciclos de violencia, y las dinámicas de las pandillas, la comunidad y los jóvenes se mantenían en un ritmo creciente y decreciente. A excepción de Jeison, la vida de mis interlocutores no había cambiado mucho. En mi última visita a finales de mayo del 2018, la mayoría de ellos continuaban involucrados con actividades ilegales y trabajos informales. Mini Z, próximo a cumplir dieciséis años, cursaba noveno grado en una escuela donde hacía dos grados en uno. Ya no peleaba tanto como antes solía hacer durante la semana porque sus horarios de estudios (dos de la tarde a siete de la noche) se cruzaban con las horas de mayor conflicto en Rafael Núñez. Sin embargo, sonriendo con picardía me recuerda que los malos *habitus* nunca se olvidan; continúa participando en peleas, lidera su propia pandilla y sigue siendo el aprendiz de otros que aún lo usan como mensajero para comprar drogas u otras cosas, o para hacer labores de inteligencia. De esa manera gana algún dinero.

Roberto y Leonardo ya no pasan tanto tiempo en el parque. Suelen ir a la hora del almuerzo y al finalizar la tarde, cuando regresan de trabajar. Su tío, el que en una ocasión organizó una estafa en la que ellos participaron, le regaló a cada uno una moto. Roberto nunca retomó sus estudios de soldadura y tampoco obtuvo licencia para ser conductor de taxi; ambos hermanos trabajaban como mototaxistas. Leonardo otra vez es padre; en total tiene tres hijos. Convive con su pareja, al igual que Roberto, quien se estrenó como padre. Siguen ostentando mejor que nadie un distinguido estilo de vestir que se destaca entre todos los jóvenes del barrio. Sus actividades ilegales siguen siendo un secreto a voces que no he podido confirmar directamente con ellos, pero paralelamente sí. Ninguno de ellos pierde la oportunidad de ganar dinero, sea mediante los mototaxis o ilegalmente, robando en apartamentos o comercio. Si bien sus vidas han dado un giro al haberse organizado, su *habitus* delictivo persiste, lo que muestra la interrelación flexible entre el mundo del crimen y el mundo del trabajo.

Por su parte, la vida de Candela, su primo y Cápsula continúa siendo la misma. Para todos es sabido que Candela es un bandido; sobrevive con lo que obtiene de pequeños trabajos esporádicos e informales y sale a robar en la noche cuando lo necesita. Su paranoia, ansiedad y agresividad se intercalan psicofisiológicamente con la hambruna que padece. Javier y Walter aún trabajan en La Cívica de noche y de día como obreros en la construcción¹³⁸, como albañiles, carpinteros o pintores. De esa manera ambos se las arreglan para ganarse la vida.

Tania recientemente tuvo otro hijo. Trabajó cerca de un año como empleada doméstica, pero se retiró luego de tener problemas durante el embarazo. Su esposo es taxista; él, ella y sus tres hijos aún viven en la casa de Mónica y su esposo.

Pero no todo es triste en esta historia. Rubén finalmente volvió a trabajar como ayudante de pesca en un barco a medio tiempo. Tuvo un hijo con otra mujer. Se siente feliz porque recuperó las facultades que perdió cuando perdió su ojo, aunque su sed de venganza contra Oscar se mantiene; este, a pesar de haber recibido un tiro en la pierna después de que Rubén le hiciera una ráfaga de disparos, sobrevivió. En palabras de Jeison, Oscar es un bandido por convicción, peor que antes; se la pasa robando en los alrededores de Olaya Herrera, armado, en problemas con otros bandidos de otros sectores. Jeison dice que siempre que lo ve “lleva los ojos rojos, todo drogado en su viaje agresivo; a ese no demoran en matarlo”.

Mientras todo lo anterior sucedía en mi ausencia, el pastor Martín continuó sin parar con su lucha diaria por convencer a los jóvenes de salir de las pandillas y las dinámicas violentas de la calle. Nancy se casó y espera su primer hijo; volvió a vivir en casa de sus padres porque, al parecer, alguien le estaba robando ilegalmente energía en su casa y era imposible para ella pagar los servicios. Junto con su marido piensa comprar una casa; esperan un crédito de vivienda del banco y mientras tanto ahorran dinero. Nancy quiere una casa grande fuera del barrio, pero le parece absurda la cantidad de dinero que debe pagar para conseguirla.

Cuatro años después de haber visitado por primera vez Rafael Núñez, debo destacar la fuerza analítica que la metodología etnográfica ha tenido para desglosar y profundizar en este documento una variedad de temas que confluyen en el problema que motivó este trabajo: ¿quiénes impulsan las dinámicas violentas de las pandillas en la periferia y cuáles son los motivos? Para desarrollar la respuesta a esta pregunta acorde con mis objetivos en la investigación, dividí este trabajo en tres partes; en la primera mostré de dónde surgen las bases de la

138 Cabe aclarar en este punto que esa categoría de trabajo en el lenguaje popular tiene un sentido amplio. Obrero puede ser aquel que se desempeña en cualquier área de la construcción sin tener previa capacitación, tal y como muchos jóvenes de la periferia lo hacen; aprenden empíricamente, en precarias condiciones laborales y salariales.

cultura criminal, los orígenes sociales y urbanos de Rafael Núñez, y la manera en que el capital delictivo se produce e incorpora en la vida cotidiana de los jóvenes. En la segunda parte me centré en mostrar las dinámicas violentas que se gestan en la comunidad por parte de pandillas, bandidos, La Cívica, la Policía y otros grupos de crimen organizado; así mismo, describí los flujos ilegales del mercado de drogas y armas, las disputas por el control del territorio y las consecuencias que esta dinámica ocasionaba en la comunidad. Luego, en la tercera parte, me detuve principalmente en mostrar el sufrimiento al que se encuentra expuesta la población en ese espacio de relegación étnica estructural: cultura del terror y necropolítica.

Dos son los principales argumentos que he querido exponer en esta investigación: 1) los procesos socioantropológicos de tránsito que experimentan los jóvenes y adolescentes en su búsqueda por encontrar una identidad que subsane la pérdida de sentido que esta relegación y violencia estructural han ocasionado sobre sus vidas; 2) la serie de conflictos sociales que se presentan en medio de las instituciones que articulan la función social del Estado, espacio en el que se cocinan las características autodestructivas de la cultura callejera, y el sufrimiento al que una población se expone debido a la furia incontrolada que los jóvenes incorporan y manifiestan mediante un discurso corporal contra las reducidas alternativas que la ciudad y la sociedad les ofrecen. Para ello, me he valido de dos categorías de análisis: *capital delictivo* y *habitus criminal*. Mediante estas he creado una perspectiva teórica inspirada en Pierre Bourdieu para pensar las prácticas criminales como un campo independiente de relaciones de poder, producción y reproducción de estructuras sociales determinantes en la adquisición e incorporación de un *habitus* con tendencia hacia prácticas delictivas y la economía ilegal.

Al retomar las trayectorias de vida de cada uno de mis interlocutores he establecido quiénes son los sujetos, cuáles son sus acciones y las principales repercusiones sobre las relaciones sociales en un delimitado espacio urbano. De lo anterior surge una serie de ideas que sintetizaré a continuación, a modo de conclusiones.

POTENCIALIDAD DE LA VIOLENCIA Y RELEGACIÓN ÉTNICA ESTRUCTURAL

Como lo he mencionado desde un inicio, la dinámica violenta de las pandillas y su organización no se corresponden directamente con lo que la literatura expone sobre el tema (Cummings y Monti 1993; Nateras 2015; Perea 2007; Rodgers y Baird 2015; Rodgers y Hazen 2014; Thrasher 2013; Venkatesh 2008; Whyte 2015). Con esta etnografía se observa un panorama difuso sobre los tipos de organización que se espera se desarrollen en los barrios marginales del Caribe

colombiano, considerando el largo historial de violencia armada y política que ejércitos paraestatales, guerrillas, mafias y organizaciones criminales ligadas a la economía del narcotráfico han desarrollado en las últimas tres décadas. Lo anterior ha influido en la reconfiguración, la transformación y el ensamblaje de sistemas criminales con una lógica de funcionamiento que han pasado a llamarse *oficinas* o, en palabras de Jairo Bedoya, (2010, capítulo 2), “los empresarios privados de la protección violenta”. Este modelo criminal ha tenido un mayor desarrollo en Medellín y en Antioquia en general, pero poco a poco ha venido penetrando regiones como el Caribe colombiano.

El boro (pandilla) como multitud recuerda las revueltas populares obreras en la Inglaterra del siglo XIX; también la furia colectiva de los linchamientos públicos que emergen espontáneamente como mecanismos sociales de castigo y sustitución del monopolio legítimo de la violencia por parte del Estado. La naturaleza del boro expone los motivos que impulsan la acción colectiva de la multitud, sin que en esta revuelta exista una cohesión atravesada por un discurso de unión, una identidad colectiva, una ideología o demandas políticas o de mercado, sino por efectos de contingencia. En este sentido son muy diferentes del proceso de articulación, atomización o reensamblaje de los ciclos de desarrollo de las empresas de protección violenta que, explica Bedoya (2010, capítulo 2), sucedieron en la década de 1990 y continúan hasta el presente en Medellín; el autor divide este proceso en tres ciclos: 1) disputa por el control territorial, 2) proceso de implante, y 3) ciclo de legitimización. Desde esta perspectiva, me atrevo a afirmar que el boro se encuentra apenas en el primer ciclo. Sin embargo, la disputa por el control territorial en Olaya Herrera atiende a intereses atomizados, con precario despliegue, en contraste con el alcance material de lo que he llamado criminalidad avanzada.

El desarrollo tardío de esta organización hace que su comprensión sea compleja cuando se compara con el tradicional y más conocido estilo norteamericano y centroamericano de las pandillas que, en parte referente de consumo cultural, en parte convertido en espectáculo, no representa mayor interés en el escenario urbano y político de las pandillas que he observado en Cartagena y Colombia. La lógica de su producción cultural, aunque influida por ese universo estético de la industria audiovisual angloamericana, no emula esa serie de prácticas; prefieren adherirse a otras tendencias afines a su locación y crean así sus propios rituales de acuerdo con sus orígenes culturales. Los festivales de música africana llamados *picó* son muestra de ello. Paralelamente, las organizaciones de base establecidas en barrios o comunidades urbanas marginales no tienen el mismo despliegue de integración que las maras, que se compactan en relación con una identidad simbólica material y una política criminal establecida.

La atomización ideológica y cultural, además de las particulares y diversas formas de articulación organizativa y criminal de los jóvenes en la periferia, limita el crecimiento demográfico y territorial de las pandillas en Cartagena. Esto también desacelera su despliegue y la cohesión de un ensamblaje interior; en comparación, este es un aspecto positivo, por cuanto ha disminuido el avance de la criminalidad y las brutales dinámicas de violencia que se han experimentado durante las décadas de 1980 y 1990 en las tres principales ciudades de Colombia¹³⁹. En contraste con las capitales del Caribe, esta dinámica es aún precaria, pero con tendencia a avanzar conforme el mercado ilegal de armas, el flujo de dinero del narcotráfico y las organizaciones criminales que ejercen control sobre rutas de salida y gestión de la población rompen los acuerdos empresariales que mantienen en funcionamiento la división territorial de los flujos ilegales de capital.

Las radicales diferencias que expuse al desarrollar la idea sobre la criminalidad avanzada a lo largo de este texto, resumidas en los procesos asimétricos de estructuración del mundo criminal en sus prácticas, alcances, tecnologías y capital delictivo, nos muestran la génesis —legado sociohistórico de divisiones y conflictos políticos/armados, acumulación social de la violencia y *boom* del narcotráfico— y elementos conexos que estimulan su expansión —ampliación del mercado ilegal de armas, coacción del Estado, aumento de la desigualdad y la pobreza, disputa territorial, atomización de grupos armados/ilegales, transnacionalización y reconfiguración de su política criminal hacia un giro empresarial—. Lo anterior, sumado al legado de la cultura del terror, ha facilitado la incorporación social de la criminalidad en la ciudad, ha reducido de ese modo la resistencia ciudadana, de movimientos sociales y/o políticos, a la vez que potencializa los enfrentamientos y disputas entre actores violentos, quienes recurren a crueles prácticas de intimidación (desmembramientos, decapitaciones, masacres, secuestros) y continúan reproduciendo el terror, las tensiones y las divisiones entre población, Estado y orden criminal (Machado 2004).

Por otra parte, el desvanecimiento de esta forma de cohesión colectiva se explica por la compleja atomización de la violencia política, armada e ilegal de los diferentes actores que la han generado históricamente en Colombia, aspectos que en conjunto llamo aquí la *potencialidad de la violencia*. Desconocer el

139 Al respecto, véase la tesis de maestría de Sayra Rodríguez (2016), “Inmoralidad pública. Institucionalidad y crimen en Bogotá, 1988-1994”. La autora analiza las políticas de seguridad pública que fueron implantadas para combatir el alto nivel de inseguridad en un periodo en el que Bogotá fue considerada la capital mundial del robo de bancos. Por otra parte, sobre Cali, véase el informe de la Fundación Ideas para la Paz (FIP) escrito por Rodolfo Escobedo (2013), *Violencia homicida en Cali: focos y organizaciones criminales. Una mirada a largo plazo*. La información estadística sobre los periodos de violencia devela al mismo tiempo la transformación organizativa y política de la cultura criminal y el narcotráfico en Cali, la cual no se diferencia mucho de lo que sucedió en Medellín durante el mismo periodo.

fuerte peso de este legado y sus multifacéticas formas de representación socio-política torna imposible un análisis autónomo de las dinámicas criminales que se presentan en las ciudades colombianas del siglo XXI; es decir, una lectura sociológica de este tema debería basarse en una construcción sistémica que parta de un análisis del todo hacia las partes y de las partes hacia el todo. En el subsuelo de esta configuración se consolida un campo semántico, cultural, político y urbano en extremo impulsado por el despliegue necropolítico que permea los diferentes niveles de interacción violenta que he registrado entre los jóvenes que conforman esta etnografía.

La violencia entre ellos tiende a decrecer conforme las distancias entre el mundo del crimen y el mundo del trabajo se acortan. También, es interesante observar cómo, a medida que el dinero atraviesa la vida cotidiana de los sujetos, la adopción de una identidad contraria a la del estigma de bandido se convierte en una búsqueda incesante de parte de los jóvenes para transformar su negativa representación en otros segmentos sociales en la ciudad. A diferencia de lo que esta dicotomía significa en las periferias de São Paulo, transitar de ser bandido a trabajador (Feltran 2011, capítulo 1) no es determinante en la definición de una identidad individual o colectiva en Cartagena, como consecuencia del tardío desarrollo de una identidad colectiva operaria, característica propia de sociedades con un mayor desarrollo industrial. Por lo tanto, el abismo que la dicotomía entre mundo del trabajo y mundo del crimen representa en la autoafirmación y representación del sujeto en su vida cotidiana disminuye su estigma, mas no redirecciona radicalmente su *habitus* delictivo hacia universos sociales estrictamente normativos.

Frente a este escenario de precariedad material, expuse la génesis socio-cultural del aprendizaje epistémico que tuvieron los personajes de esta investigación sobre el mundo del crimen, a lo que se le dio por nombre *capital delictivo*. Con esto me quise referir al proceso de incorporación de prácticas y saberes latentes en la cultura callejera, aspecto que atraviesa las estrategias de supervivencia de jóvenes y adolescentes en distintos momentos de sus vidas. Las trayectorias de Mini Z, Leonardo, Roberto, Jeison, Candela y Rubén son una muestra de cómo la violencia estructural incide en la transformación gradual de las condiciones sociales que se transmiten de una generación a otra, en lo que respecta a rupturas de modelos de masculinidad, tradiciones, creencias, ética laboral, afectos, e incluso hasta el sentido y la apreciación del cuidado de sí mismo y de los otros. Características que he observado tienden a condicionar la posibilidad que tienen los jóvenes para acceder a otros horizontes distintos al que les ofrece la cultura callejera de la periferia. Estos aspectos inevitablemente los empujan hacia un mercado laboral hiperprecarizado e ilegal.

Aunque la incorporación de este capital no sea del todo determinante ni determinista, lo que he querido sustentar en este trabajo es que la adquisición y puesta en marcha de este capital delictivo afecta con mayor fuerza a aquellas personas peor situadas en la espiral de la violencia. La dispersa y frágil estructura familiar, sumada al agresivo ecosistema urbano, contribuye a que niños y adolescentes se sientan atraídos por un tipo de educación delictiva aprendida o heredada en su interacción cotidiana dentro de los eslabones institucionales que conforman sus espacios de socialización.

DE LA CULTURA DEL TERROR AL NECROPODER

El último día de mi residencia en el barrio, Martín se descargó con total sinceridad sobre lo que pensaba de la realidad de Rafael Núñez. Durante mi permanencia, él había hecho lo posible por disminuir la gravedad de sus problemas, pero yo ya había observado y comprendido la dimensión sociológica de esta violencia: “No me esperaba que duraras tanto tiempo aquí, William. Esto es duro, no cualquiera aguanta vivir en estas condiciones. A la gente le da miedo, ves lo más podrido y corrupto de los sistemas de gobierno que dominan aquí”, me dijo mientras tomábamos un café después de almorzar, preámbulo a nuestra despedida.

Para que entiendas la magnitud de lo que tenemos que vivir y estamos expuestos casi todos los días, hace unos años hubo una masacre que no hablaron en los medios de comunicación, mataron a diez jóvenes en una hora, dos en esta calle, otros dos en el vecino sector.

Seramente perturbado, continúa:

Incluso, casi al frente de mi casa mataron a uno. Ese chico sí que me dolió. Lo conocía porque venía a la iglesia a pedirme consejo. Yo ya lo había sacado de ese mundo de la calle. Él fue el último que mataron esa noche, lo seguía una moto.

Su esposa se lamenta por igual: “Muy duro eso, recuerdo que fue hace tres años [2013], creo que el 12 de septiembre, día triste. Los sicarios se metieron en contravía... fue horrible”. Martín exclama con pena:

Yo me salvé de morir allá en el hospital cuando fui a verlo. Esos mismos sicarios lo fueron a rematar. Cuando llegó tenía tres tiros, se metieron. Yo los

vi, les advertí a los médicos que esos eran los asesinos. Al final de la noche apareció con siete tiros en total.

“¿Por qué y quién los mató?”, le pregunté inmediatamente a Martín:

Ya tú sabes que eso fue el Estado, la Sijín o las otras instituciones que las respaldan. ¿Quién más puede organizar diez muertos en una hora? Alguien dio la orden desde arriba, lo que llaman limpieza social, actuaron en alianza.

A partir de lo anterior quiero retomar y cerrar la idea central que atraviesa el planteamiento de este libro: la necropolítica. Más allá de las dinámicas y formas de violencia que he descrito con exhaustivo detalle sobre las pandillas, hay una plataforma que da vida al funcionamiento ulterior de la maquinaria que mantiene unidas todas las fuerzas que confluyen para potenciar el tejido que alimenta la cultura del terror. Pensar la configuración sociocultural sobre la muerte y la violencia como un proceso de necrosis extendida que parte de un punto y se extiende progresivamente hacia otro, a través y dentro de un tejido, nos sirve de metáfora para observar en qué consiste el uso que he pretendido hacer del concepto de necropolítica en esta investigación.

La descripción del asesinato masivo de diez jóvenes en una hora es solo una muestra de la forma en que la necropolítica opera en Colombia y afecta especialmente a las poblaciones marginales y minorías étnicas. Lo que he observado a lo largo de esta etnografía es una red de elementos políticos/armados que han contribuido a construir históricamente un flujo continuo de artefactos o dispositivos de poder atomizados entre el Estado y la sociedad. El uso desigual y combinado de las fuerzas que ejercen efectos de legitimidad desdibuja el monopolio que se espera que el Estado tenga del uso de la violencia. Con la expresión *efectos de legitimidad* me refiero al complejo escenario en que el poder, las armas, el territorio, el mercado ilegal y las organizaciones criminales o armadas se entrelazan, conectan y despliegan a modo de urdimbre que deconstruye y reconstruye lo que se puede considerar de orden legítimo (Machado 2004). Mbembe (2011) lo define así:

La mano de obra militar se compra y se vende en un mercado en el que la identidad de los proveedores y compradores está prácticamente desprovista de sentido. Milicias urbanas, ejércitos privados, ejércitos de señores locales, firmas de seguridad privadas y ejércitos estatales proclaman, todos a la vez, su derecho a ejercer la violencia y a matar. (57-58)

La precarización y el mercado flexible del trabajo, además de ser características del capitalismo contemporáneo periférico, establecen una relación directa con la forma en que se representan el orden legítimo y el monopolio de la violencia en el Caribe colombiano, también de manera flexible, difusa y precaria. Según he descrito, en Cartagena se presenta una atomización armada y política de la violencia, la cual se forma por grupos o asociaciones sociales que componen el corpus político y el capital humano que dan pie para conformar las bases organizativas del crimen en la ciudad. Nos recuerda el mismo autor:

Estas maquinarias se componen de facciones de hombres armados que se escinden o se fusionan según su tarea y circunstancias. Organizaciones difusas y polimorfos, las máquinas de guerra se caracterizan por su capacidad para la metamorfosis. Su relación con el espacio es móvil. Algunas veces mantienen relaciones complejas con las formas estatales (que pueden ir de la autonomía a la incorporación). El Estado puede, por sí mismo, transformarse en una máquina de guerra. (58-59)

A partir del análisis de Mbembe destaco dos aspectos importantes: 1) la concepción del Estado como una máquina de guerra encaja perfectamente con el punto de vista que tienen los jóvenes y en general la población en Rafael Núñez sobre esta institución y las demás organizaciones criminales que se desprenden, o se han articulado, a raíz de su tardío, excluyente y asimétrico ensamblaje sociopolítico; 2) la potente y progresiva capacidad que tienen las organizaciones criminales/ilegales para adaptarse al tipo de circunstancias o nuevos escenarios creados por la intervención del Estado, el mercado, las políticas internacionales contra las drogas y el delito, como también a las móviles dinámicas transnacionales de la economía política y la política criminal de las organizaciones con fuerte presencia en el comercio ilegal internacional. Observar las bases sociales de las pandillas en Cartagena, su dinámica urbana, el despliegue de sus formas de violencia, en el contexto del complejo paisaje criminal que lo antecede y circula, prepara el camino de su metamorfosis hacia sus formas mixtas.

DIMENSIÓN RACIAL DE LA POBREZA

Fundamentado mi argumento desde la perspectiva histórica que analiza el desarrollo económico desigual del auge de las naciones en el sistema-mundo contemporáneo (Wallerstein 1997), la disposición geopolítica de la dualidad centros/periferias continúa siendo un referente indispensable para pensar las contradicciones del capitalismo en los países en vías de desarrollo. Como

consecuencia de este largo proceso de subalternización y modernidad tardía, me respaldo en la idea de Estado racial de David Goldberg (2002) para pensar la base epistémica que sustenta los pilares de las naciones poscoloniales. En estas aún perviven —en las dimensiones cultural, política, subjetiva y psicocognitiva de sus poblaciones, aunque no sea explícito— una racialización y un racismo cotidianos representados en las formas de exclusión, segregación estructural y estigmatización que sufren principalmente los jóvenes de las periferias. A través de la lectura que hice de la vida cotidiana de mis interlocutores, observo la herencia de este sistema jerárquico de distinción y segregación étnica que tiene como punto de encaje el necropoder.

Si bien la discriminación que sufren estos jóvenes por parte de la comunidad y la sociedad es una constante, he descubierto que los estigmas, las etiquetas, los señalamientos o los juicios de valor que recaen sobre ellos contienen un fuerte componente étnico-racial. El largo proceso de marginación y atomización del tejido comunitario ha incidido en el desarrollo lento de la apropiación colectiva de sus derechos ciudadanos, movimientos y demandas sociales, y a su vez han sido interpelados por las políticas de persecución y aniquilamiento de los ejércitos paramilitares durante su régimen del terror contra cualquier tipo de manifestación sociopolítica que diera pistas sobre posiciones reivindicativas o demandas sociales en contra de su política criminal. A lo anterior se añaden la inmigración masiva, la contingencia en las formas de habitar el espacio, el modo de producción urbano, el capitalismo flexible periférico y la dimensión política y estructural que socaban la acción colectiva.

Ni siquiera la intervención de las ONG en la comunidad aportaba elementos para la construcción de plataformas políticas de base que sirvieran de intermediarios en la gestión de sus demandas constitucionales, sino que se presentaban como la extensión utilitaria de la visión paternalista de la empresa privada sobre la gestión de la pobreza. La intervención privada de esas ONG busca alentar en la comunidad más un espíritu de emprendimiento económico que formación política. La filosofía del emprendimiento individual y el gobierno neoliberal de sí mismo ha permeado con tal fuerza la subjetividad de gran parte de la población afrocaribeña en Cartagena, que tiende a situar sobre esta la responsabilidad histórica de su condición marginal.

El hecho de que algunos de mis interlocutores no encontraran relación entre pobreza y etnicidad, o que ni siquiera se cuestionaran autorreflexivamente sobre su posición de clase frente al resto de la población y la ciudad, epistémica y antropológicamente refleja la tesis de Franz Fanon (2009) en *Piel negra, máscaras blancas*. Recién inmigrado o establecido, en el contexto de la búsqueda de la población afrocaribeña por incorporarse en un escenario urbano en donde

aún en el siglo XXI la concentración de la riqueza recuerda el orden jerárquico colonial, el oprimido incorpora la lógica sociocultural del dominador. Esto con el propósito de sobreponerse al largo legado de subordinación histórica para blanquear su identidad como oprimido en un escenario económico y urbano en el que, además, no hubo una transición gradual de su identidad laboral, sino el salto de un modo de producción esclavista hacia una periférica industrialización; y luego, hacia una economía de servicios y turismo. Esto quiere decir que pasaron de esclavos a lumpenproletarios a menos de un siglo de abolirse la esclavitud. La subordinación se extiende conforme la periferia avanza; conforme la marginación se incrementa; conforme las paradojas de la economía política del Estado chocan con la vigencia sistémica de una relegación étnico-estructural latente, cultural y epistémicamente en la vida cotidiana. Uno de los principales propósitos de este texto ha sido demostrar las asimétricas representaciones de una violencia simbólica y racial desbordada, principalmente sobre la población joven de las periferias, que sufre las peores cargas discriminativas de ese racismo cotidiano.

El peso simbólico de habitar en el barrio más peligroso de Cartagena discrimina doblemente. En varios relatos y diálogos con mis interlocutores, mencioné los lugares, los sujetos y el contexto en los que el racismo se presentaba, esto con el fin de lograr uno de los objetivos de este texto: exponer la dimensión racial y racista de la pobreza. En su búsqueda por deshacerse de esos estigmas, los jóvenes aceleran su tránsito del estereotipo de bandidos a trabajadores, dimensión que, sustento aquí, se traduce en un blanqueamiento de su condición racial. Esta identidad estratégica los ayuda a establecer jerarquías de sociabilidad tanto dentro como fuera de la periferia; representa respeto entre ellos y por parte de la comunidad, y la garantía de recibir un trato diferenciado en la esfera pública cuando les conviene situarse en la margen de la legalidad, aunque aún mantengan un pie en el campo delictivo.

MERCADOS ILEGALES Y MARGINALIDAD AVANZADA

La frontera que separa la cultura del crimen y el mercado laboral se muestra porosa y flexible. Algunos de los jóvenes que tuvieron un paso relámpago por La Cívica, y muchos otros que se ganaban la vida informal o ilegalmente, se habían ido de la ciudad; preguntaba por ellos, pero nadie sabía con exactitud dónde ni qué hacían, pero presumían su participación en organizaciones criminales. Al disponer únicamente del capital delictivo incorporado en ese entorno, es muy probable que estos sujetos se sumaran a las filas de esas organizaciones o que se estuvieran escondiendo en otra ciudad para evitar ser asesinados. A pesar

del fracaso de tales agrupaciones en su intento de expandir sus redes delictivas hacia los jóvenes de Rafael Núñez, interconexiones delictivas se mantienen en estado latente, individual o colectivamente, mediante las modalidades de contratación, subcontratación o incorporación de personal considerado apto para realizar acciones específicas dentro de un determinado mercado ilegal/criminal, sea en el ámbito local, o en otras ciudades o territorios.

Los hechos que he podido registrar en mi etnografía me llevan a pensar de forma comparada las múltiples manifestaciones ilegales que se forman de manera independiente en cada región del país. Se crea así la necesidad de pensar una sociología comparada del desarrollo de la criminalidad, área que nos ayudará a establecer patrones de corto y mediano alcance para comprender transversalmente las dinámicas, el despliegue territorial y el desarrollo de los tipos de violencia que se manifiestan autónomamente en contextos sociales y urbanos latinoamericanos. Por ejemplo, valdría la pena comparar las facciones (*facções*) criminales en Brasil, o la dinámica transnacional de las pandillas centroamericanas, los carteles y organizaciones criminales mexicanas con el auge de la economía ilegal del narcotráfico en Colombia. Esto me motiva a proponer una lectura de esos procesos con base en la existencia de una jerarquía de Estados nación con una mayor predisposición hacia el desarrollo de aparatos criminales. En este escenario, sitúo a Colombia como pionera en este tipo de hechos sociales.

Al avanzar teórica y empíricamente en una sociología comparada del desarrollo de la criminalidad se apunta, por un lado, a analizar las bases sociales de estas organizaciones: sus características demográficas, historia, recursos económicos y política criminal; y, por otro, a establecer las características estructurales presentes en cada contexto social que determinan su nacimiento, auge y desarrollo. Luego de haber descrito con rigurosidad el proceso en este libro, señalo que la emergencia de las pandillas en el Caribe colombiano depende principalmente de cuatro factores: la consolidación de una organización cohesionada con base en dispositivos identitarios, recursos materiales (especialmente armas), una economía política fortalecida y una política criminal. Por ese motivo, su alcance organizativo se muestra, en términos estructurales comparativos, subdesarrollado. La confluencia mínima o nula de estos factores tiende a determinar la existencia de tales organizaciones, al ser dependientes del mismo juego de circunstancias presente en escenarios territoriales con mayor desarrollo socioeconómico, tal y como sucede en otras ciudades del país reconocidas por su pasado narcocriminal.

Aunque en un principio de esta investigación no fueron importantes, luego de profundizar en la interfase mercado-ilegalidad, el uso y la distribución de las

armas se convirtieron en unas de las principales variables de análisis que esta etnografía me reveló para observar el flujo de residuos bélicos en Colombia antes y durante la era del posconflicto. Aun cuando la precariedad material en zonas de relegación urbana sea proporcionalmente alta, esto no impide el acceso a armas; por el contrario, he demostrado que su adquisición ha ido en aumento en la última década, y pronostico que este mercado continuará creciendo.

A medida que la precariedad, la inseguridad y el involucramiento de organizaciones criminales tienen mayor incidencia en la economía ilegal de la periferia, ese nicho de mercado se expande: pandilleros, bandidos, personas del común y La Cívica así lo demuestran. Por lo tanto, la pobreza material y la expansión del mercado ilegal de armas hablan por sí solas del tipo de tejido social que se ha construido desde los orígenes del barrio; por un lado, permeado por una política de resistencia contra los perversos efectos de la violencia estructural y, por otro, adherido a las lógicas cotidianas de la cultura del terror. Datos cuantitativos sobre este mercado son incipientes o nulos, aspecto que es comprensible debido al flujo de armas que no cuentan con registro de propiedad, han sido modificadas o circulan libremente en complicidad o a espaldas de la regulación policial.

Lo que sobresa de esos hechos es que la expansión de ese mercado ha ido modificando la dinámica de la violencia en Rafael Núñez, lo cual ha recrudecido la percepción de inseguridad y ha aumentado el terror y el sufrimiento de la población. Esto puede yuxtaponerse al uso que del término hace Wacquant (2007) cuando se refiere a su idea de marginalidad avanzada y analiza el desarrollo de la pobreza, la segregación étnico-racial y la relegación urbana en sociedades (pos)industrializadas como un universo exclusivo de la sociedad norteamericana. La apropiación que hago de dicho concepto no parte necesariamente de una crítica al autor, sino del resultado de observar por cerca de cuatro años una sistemática red de eslabones que confluyen en la estructuración de un mercado y producción social de formas, tipos y prácticas violentas en constante desarrollo. A pesar de la precariedad material y la fragmentada dinámica violenta de las pandillas, además de la marginación pública que tanto los jóvenes como el resto de la población enfrentan, sociológicamente se puede observar el despliegue del desarrollo autónomo de esos procesos sociales. Esta marginalidad es avanzada porque los elementos que contribuyen a aumentar la precariedad de la población, es decir, la emergencia de las pandillas, se desarrollan dialécticamente a partir de estrategias, recursos o tecnologías de aniquilamiento que aceleran los efectos contraproducentes de la necropolítica. Mientras las formas de producir muerte refinan su eficiencia se profundiza el sufrimiento social, al mismo tiempo que se extiende el padecimiento material.

PANDILLAS Y ORGANIZACIONES CRIMINALES

Luego de la disolución de las dictaduras y la Guerra Fría en Centroamérica, se ha demostrado que con la desarticulación de los ejércitos mercenarios, es decir, las guerrillas o movimientos de oposición, el excedente de armas, el aprendizaje militar, la cultura del terror y sus manifestaciones de violencia, entendidos como antecedentes históricos de tipos de violencia, fueron integrándose gradualmente al nuevo escenario sociopolítico de la apertura democrática (Bourgois 2001; Rodgers 2006a, 2006b, 2009). Sin embargo, la caída de esos regímenes no aseguraba una rápida transformación de la arraigada desigualdad imperante en los países que conforman el Triángulo Norte centroamericano (Salvador, Guatemala y Honduras). La expulsión masiva de miles de inmigrantes pertenecientes a la MS-13 y a C-18 desde los Estados Unidos hacia sus países de origen abonó los cimientos para una de las más sangrientas guerras urbanas en Latinoamérica.

En este caso, las convergencias de estos factores consolidaron la estructura, organización y economía criminal de una de las pandillas con incidencia transnacional más peligrosas del mundo. Mientras que en el caso del Caribe colombiano las pandillas no operan del mismo modo. El *continuum* de la guerra fragmentada en diversos actores y construido con base en variadas posiciones políticas facilita las posibilidades de adscripción a otras organizaciones criminales, sin que eso implique la adopción de una identidad al estilo de la MS-13 o C-18, porque sus ceremonias de iniciación (dieciocho segundos de golpes) no tienen equivalente dentro de esas pandillas. La incorporación de esa lógica depende más de factores de afinidad territorial, respeto y lealtad que de contratos de adscripción socioidentitaria. No obstante, las dinámicas de estas organizaciones pueden cambiar según sea su nivel de desarrollo, despliegue y alcance transnacional después de la atomización de los ejércitos paramilitares y el subsecuente proceso de paz.

En perspectiva comparada, del lado centroamericano la estructura de la pandilla expone su grado máximo de desarrollo, aún por debajo de organizaciones criminales transnacionales, cárteles y ejércitos paramilitares; mientras que las pandillas colombianas mejor consolidadas apenas alcanzan en un grado intermedio a estas, contrario, en términos antropológicos, al primitivo desarrollo de lo que he observado en las pandillas de Cartagena. La idea de pensar el desarrollo de la criminalidad urbana en perspectiva comparada, empleando ese lenguaje económico (Rostow 1961), puede parecer problemática, pero este campo, autónomo y paralelo, funciona con las mismas lógicas de mercado, asimilando los procesos de crecimiento o decrecimiento necesarios para la acumulación de riqueza, la creación de una estructura de servicios o de

capacidades productivas que pueda tener determinada población u organización en las esferas local, nacional o global.

Sobre la base de este desigual proceso de desarrollo, correlacionalmente se desprende la formación diferenciada de capital cultural y simbólico, característica fundamental para el progreso o retroceso de la economía política de cualquier organización legal o ilegal. Por lo tanto, el modo de producción y financiación criminal tiende a estar directamente relacionado con la cohesión organizativa, la identidad, el capital delictivo y la consolidación exitosa de una política criminal. Por todo lo anterior, esta investigación representa una contribución a una sociología comparada del desarrollo de la criminalidad.

¿GUETO COLOMBIANO?

La lectura de estas violencias debe hacerse, también, a través del espacio, y entenderlas como un cúmulo de elementos estructurales que producen altos niveles de pobreza material que suelen tener una estrecha relación con el espacio urbano. Esta dialéctica se construye a la par de las asimetrías estructurales dispuestas en el desarrollo del sistema-mundo capitalista. Convertido en una caldera a presión, lo que observé en esta etnografía me mostró una crítica configuración de lo que en las ciencias sociales norteamericanas se llama *gueto*. En diferentes lugares de Latinoamérica ese tipo de espacios son denominados *chavolas* (México), *favelas* (Brasil), *ranchos* (Venezuela), *villas miseria* (Argentina), *invasiones* o *comunas* (Colombia), nombres distintos que hacen referencia al mismo fenómeno: territorios urbanos relegados con población pobre.

A partir de lo descrito en esta etnografía, no encuentro muchas diferencias entre lo que implica sociológicamente el gueto¹⁴⁰ y las periferias urbanas de Cartagena (invasión); por lo tanto, ¿por qué no hablar de gueto? Roberto en varias ocasiones se refirió de esa forma al barrio; desde su punto de vista, los jóvenes se sentían arrinconados, encerrados, segregados del resto de la ciudad. Más que intentar responder esa pregunta, la expongo abiertamente a modo de reflexión para pensar en los distintos enfoques y la tradición académica que se

140 "Today, the idea of the ghetto has become synonymous in the social sciences and public policy discussions with such phrases as 'segregated housing patterns' and 'racial residential segregations.' It signifies restriction and impoverishment in a delimited residential space. This emphasis highlights the important point that today's residential patterns did not come about 'natural'; they were promoted by both private and state actions that were often discriminatory and even coercive" (Duneier 2016, 201). ["Hoy en día, la idea del gueto se ha convertido en sinónimo, en las ciencias sociales y en las discusiones sobre políticas públicas, de frases como 'patrones de vivienda segregada' y 'segregaciones residenciales raciales'. Esto significa restricción y empobrecimiento en un delimitado espacio residencial. Este énfasis resalta el punto importante de los patrones residenciales que hoy en día no han surgido 'naturalmente', sino que fueron promovidos tanto por acciones privadas como estatales, las cuales a menudo fueron discriminatorias e incluso coercitivas".]

ha creado en Norteamérica y Latinoamérica al abordar la pobreza, la violencia y la marginación urbana. Mitchell Duneier (2016) retoma esta categoría y analiza la historia y el uso que le han dado en las ciencias sociales; cuestiona sus alcances y límites al momento de interpretar un fenómeno urbano epistemológica y simbólicamente complejo. Entre las principales características que el autor destaca, el gueto recrea un modelo de vivienda segregado y una segregación racial residencial: “the designation ‘ghetto’ highlights how the variations in disadvantage between black neighborhoods and other neighborhoods throughout the city are differences of kind and not differences of degree”¹⁴¹ (196).

Diferente a lo que sucede en las periferias pobres latinoamericanas, su población tiende a ser étnicamente heterogénea en la mayoría de las ciudades, excepto algunas que han tenido como antecedente histórico la diáspora africana forzada, por ejemplo Salvador de Bahía (Brasil) y Guayaquil (Ecuador). Además, la expansión o crecimiento de estos territorios suele darse de forma espontánea, masiva y descontrolada, a causa de olas migratorias (forzadas) que se sitúan con frecuencia en los márgenes de la ciudad planificada. Junto con Cartagena, la relación entre pobreza, violencia y población afrodescendiente en Guayaquil y Salvador de Bahía es bastante alta¹⁴². En este sentido, la periferia de Cartagena tiene las mismas características del gueto norteamericano. En palabras de Duneier (2016):

One thing that makes the U.S. ghetto different in kind from other neighborhoods is that it is an intergenerational expression of a series of vicious cycles within the realms of education, work, family life, violence, and local politics; all are feeding on one another—in a spatial context.¹⁴³ (204)

141 “La designación de ‘gueto’ destaca cómo las desventajas en las variaciones entre los barrios negros y otros vecindarios en toda la ciudad son diferentes en el tipo, pero no en el grado”.

142 El caso de Colombia es bastante particular. En las periferias urbanas no solo hay cabida para la población migrante pobre del campo o minoras étnicas, sino también para víctimas del conflicto armado. En respuesta a esta crisis humanitaria y de hábitat, en los últimos años el Gobierno nacional lanzó una política de construcción de vivienda de interés social (vis) con prioridad para madres cabeza de hogar, familias desplazadas y comunidades indígenas o afrocolombianas que hubieran sido víctimas del conflicto armado. Muchas de estas viviendas se han construido o se construyen en las periferias por el bajo costo del suelo. Tanto el Gobierno nacional como los locales han tendido a desconocer la interfase espacio-sociedad-economía con la que se ha elaborado este proyecto para redireccionar el desarrollo y la inclusión de ese tipo de población en la ciudad. Aunque estas viviendas reparen a las víctimas y dignifiquen la vida de estas ciudadanías precarizadas, esto no significa que su desarrollo humano y social mejore al trasladarse a esos nuevos espacios. En muchos casos, la espiral de violencia y precariedad material se intensifica debido al aislamiento y la segregación urbana a la que son condicionados verticalmente por medio de una política de vivienda de interés social que se opone a su ideal de origen. De aquí que se segregue, se excluya y se marginalice aún más a esta población.

143 “Una cosa que hace que el gueto de los Estados Unidos sea diferente del de otros vecindarios es que es una expresión intergeneracional de una serie de ciclos viciosos dentro de los ámbitos de la educación, el trabajo, la vida familiar, la violencia y la política local; todos se alimentan el uno del otro, en un determinado contexto espacial”.

La pobreza es un fenómeno intergeneracional que afecta por igual las periferias latinoamericanas. Esto es algo que he observado y he descrito con detalle aquí su despliegue y consecuencias estructurales: familias disfuncionales, desnutrición infantil, violencia, fracaso escolar, trabajo informal/ilegal, alto índice de homicidios. Un panorama nada diferente a lo que otros investigadores señalan con relación al gueto contemporáneo en el que se ejerce un abrumador control sobre todos los aspectos de la vida cotidiana (Goffman 2014). En Cartagena pude observar que este tipo de control no es vertical sino horizontal, ejercido por un poder atomizado; mixto y combinado con la participación del Estado, ejércitos privados, organizaciones criminales, pandillas, e incluso las variadas formas de resistencia o autodefensa que gestiona la población para sí misma.

En el caso de las ciudades latinoamericanas, al haber trazado una relación histórica en donde existió un precedente de subordinación y dominación étnico-racial, he encontrado una disposición sociopolítica y cultural que ha tendido a marginalizar a lo largo de la construcción poscolonial de los Estados nación a la población afrodescendiente. Esta situación se profundiza a la vez que se reproduce intergeneracionalmente en las periferias, como bien lo he descrito en la primera parte de esta investigación. En la segunda mitad del siglo xx este precedente se agudizó en Cartagena debido a posteriores reformas urbanas (Deavila 2008b). Simbólica y urbanísticamente, las murallas que dieron forma a la ciudad en el siglo xvii continúan de pie en la tercera década del siglo xxi, pero a la inversa de lo que se vivió durante la ley Jim Crow en Norteamérica o el *apartheid* en Suráfrica, estos muros se construyen desde adentro.

Luego de varias semanas de trabajo de campo, dichas barreras comenzaron a ser evidentes. De adentro para afuera, la perspectiva socioespacial que tenían mis interlocutores y la comunidad sobre el resto de la ciudad dibujaba una serie de fronteras que se levantaban sociosimbólicamente para restringir su movilidad; todo esto enmarcado en el precedente histórico de jerarquías, clasificaciones étnico-raciales y división de clases aún hoy latente en el imaginario de las comunidades pobres afrocaribeñas. Tal autorrestricción es determinante y determinista en relación con la manera en que se percibe, se apropia e incorpora un imaginario de ciudad. El hecho de que algunos de mis interlocutores se sintieran intimidados frente a la puerta automática de un centro médico o comercial muestra el profundo abismo simbólico que la segregación y la marginación histórica han creado en la percepción sobre el valor de su ciudadanía.

Las fuerzas estructurales que empujan la ampliación urbana de Olaya Herrera, aunque este ya no se pueda expandir sobre el agua, no se detienen. La avenida que lo atraviesa de principio a fin por uno de sus costados absorbe esa fuerza de crecimiento, y amplifica lo que en la introducción nombré como

efecto látigo de la periferia. Del otro lado de esta frontera, el incremento en el valor del suelo, los bienes raíces, la gentrificación y el alto costo de los servicios básicos potencian su estrangulamiento; estas restricciones físicas densifican el espacio y el hábitat de la población, y propician el desencadenamiento de los conflictos ya expuestos a lo largo de este texto.

Conforme en la ciudad se continúen incrementando el valor del suelo, la gentrificación de las zonas turísticas y la especulación inmobiliaria, y no se impulsen políticas sociales que acorten las grandes brechas de acceso a trabajo, educación y satisfacción de necesidades básicas, los índices de violencia y pobreza, además del sufrimiento masivo que esto genera, seguirán en aumento. Territorio de relegación, periferias, barrios marginales o gueto, el panorama social y urbano que he registrado en Rafael Núñez, más que ofrecer una definición sobre un fenómeno específico, me lleva a pensar en otros interrogantes relacionados con cómo aproximarnos sociológica y comparativamente a un hecho que, teóricamente, poco o nada ha sido explorado en la literatura latinoamericana. De ese modo se abre un camino para futuras investigaciones.

LAS BASES SOCIALES DEL CRIMEN EN EL CARIBE COLOMBIANO

Lo anterior es solo la muestra de una realidad social en constante transformación. Las dinámicas sociales que he descrito aquí sobre las pandillas y las periferias son un reflejo de lo que sucede en muchas otras ciudades de Colombia, en mayor o menor medida. Los factores que contribuyen a desencadenar acciones violentas por parte de los jóvenes se originan en la misma raíz: la histórica violencia estructural produce en la base de la sociedad una cadena de problemas que desarticula la función social del Estado en la garantía de derechos fundamentales; esta frontera semántica es intercedida en la implementación tardía e instrumental de políticas sociales que la nueva gestión de la pobreza propone como alterativa de una gubernamentalidad sobre poblaciones materialmente relegadas.

La asociación espontánea u organizada de pandillas, parches, combos, bandas, galladas o boros, principalmente, se da en ciudades que han tenido un rápido y desigual crecimiento urbano. Concentrados en las periferias, su organización y dinámicas violentas extrapolan el discurso de las demandas colectivas frente a la gestión pública del modelo del gobierno neoliberal sobre las poblaciones. Martín, en una ocasión, expuso de manera simple este hecho:

Al no tener otra alternativa para manifestar su inconformidad con el mundo, usan la violencia, ese es su lenguaje. Por medio de esas vías de hecho los

jóvenes manifiestan todo el abandono y sufrimiento histórico al que han sido expuestos desde antes de nacer.

De facto, la ausencia de una narrativa política que represente a los jóvenes responde precisamente al despojo acumulado de las vías sociales que, en teoría, el ensamblaje semántico del Estado debería concretar de modo biopolítico al gestionar otras formas de reconocimiento. Cabe agregar, para finalizar, que la inmanencia sociohistórica de la exclusión estructural de la población afrocaribeña en torno a su adscripción ciudadana pone de manifiesto los grandes rezagos estructurales que poblaciones étnicamente diferenciadas tienen en relación con otras en Colombia.

Pienso que el aporte de esta investigación, aunque mínimo, agrega una nueva perspectiva de análisis para la sociología urbana. Investigar las transformaciones del mundo del crimen se hace necesario para comprender un complejo campo social y de estudio aún por explorar y que tiene mucho que revelar sobre los procesos organizativos y la articulación de las diversas formas de representación delictiva que se han venido experimentando en las últimas tres décadas. Esto presenta un desafío en todas sus dimensiones, especialmente en una era de transición sociopolítica en la que el proceso de paz ha despejado un margen de acción territorial y un mercado para nuevas o ya consolidadas organizaciones criminales que empiezan a ampliar sus tentáculos delictivos, financieros y políticos sobre áreas aún no coaptadas, pero que se espera sirvan de bastión socioterritorial para su fortalecimiento en las ciudades, especialmente en sus periferias, lugares en donde la guerra y la violencia parece que tomarán otro rumbo en Colombia.

Bibliografía

- “2014 registra el mayor número de homicidios en los últimos tres años”. 2014. *El Universal*, 26 de diciembre. Consultado el 16 de enero de 2015. <https://www.eluniversal.com.co/sucesos/2014-registra-el-mayor-numero-de-homicidios-en-los-ultimos-tres-anos-180259-OVEU277328>
- Abadie, Roberto. 2010. *The Professional Guinea Pig: Big Pharma and the Risky World of Human Subjects*. Durham: Duke University Press.
- . 2013. *El conejillo de Indias profesional: la industria farmacéutica y el riesgoso mundo de los sujetos de investigación*. Quito: Consejo Nacional de Control de Sustancias Estupefacientes y Psicotrópicas; Observatorio Nacional de Drogas; Universidad Andina Simón Bolívar.
- Abello Vives, Alberto y Javier Flórez Bolívar. 2015. *Los desterrados del paraíso. Raza, pobreza y cultura en Cartagena de Indias*. Bogotá: Maremágnun Editorial.
- Agambem, Giorgio. 2005. *Estado de excepción*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo Editora.
- Alcaldía de Cartagena. 2017. “Cartagena Cómo Vamos”. <http://www.cartagenacomovamos.org/>
- Allerbeck, Klaus y Leopold Rosenmayr. 1979. *Introducción a la sociología de la juventud*. Buenos Aires: Kapelusz.
- Álvarez, William. 2015. *Sobreviviendo con la pipa: drogas, violencia y conflictos inter-étnicos en El Paraíso*. Quito: Flacso.
- . 2017. “Análise sobre os discursos de violência nas periferias urbanas de Cartagena (Colômbia). Uma pornografia da violência?”. *In Mediaciones de la comunicación* 12 (1): 261-283. <https://doi.org/10.18861/ic.2017.12.2676>
- Anderson, Benedict. 2020. *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*. Londres: Routledge.
- Andrade, Valeria. 2013. “La producción de las corporalidades en la Plaza Foch: separación social”. Tesis de Maestría en Antropología Visual, Flacso, Quito.
- Aricapa, Ricardo. 2005. *Comuna 13, crónica de una guerra urbana*. Medellín: Universidad de Antioquia.
- Auyero, Javier. 2001. *Poor People's Politics. Peronist Survival Networks and the Legacy of Evita*. Durham: Duke University Press.
- . 2003. *Contentious Lives. Two Argentine Women, Two Protests, and the Quest for Recognition*. Durham: Duke University Press.

- . 2007. *Routine Politics and Violence in Argentina. The Gray Zone of State Power*. Cambridge: Cambridge University Press.
- . 2013a. *Pacientes del Estado. Un reporte etnográfico sobre la espera de la gente pobre*. Buenos Aires: Eudeba.
- . 2013b. *La violencia en los márgenes. Una maestra y un sociólogo en el conurbano bonaerense*. Buenos Aires: Katz Editores.
- . 2015. *In Harm's Way. The Uses and Forms of Violence at the Urban Margins*. Princeton: Princeton University Press.
- Auyero, Javier, Philippe Bourgois y Nancy Scheper. 2015. *Violence at the Urban Margins*. Nueva York: Oxford University Press.
- Auyero, Javier y Débora Swistun. 2009. *Flammable. Environmental Suffering in an Argentine Shantytown*. Oxford: Oxford University Press.
- Ayala, Jhorland y Adolfo Meisel. 2016. *La exclusión en los tiempos del auge: el caso de Cartagena*. Cartagena: Banco de la República.
- Baird, Adam. 2009. "Methodological Dilemmas: Researching Violent Young Men in Medellín, Colombia". *IDS Bulletin* 40 (3): 72-77. <https://doi.org/10.1111/j.1759-5436.2009.00041.x>
- . 2012a. "Negotiating Pathways to Manhood: Rejecting Gangs and Violence in Medellín's Periphery". *Journal of Conflictology* 3 (1): 30-41. <http://dx.doi.org/10.7238/joc.v3i1.1438>
- . 2012b. "The Violent Gang and the Construction of Masculinity amongst Socially Excluded Young Men". *Safer Communities* 11 (4): 179-190. <https://doi.org/10.1108/17578041211271445>
- . 2015. *Duros and Gangland Girlfriends: Male Identity, Gang Socialisation and Rape in Medellín. Violence at the Urban Margins in the Americas*. Oxford: Oxford University Press.
- . 2017. "Dancing with Danger: Ethnographic Safety, Male Bravado and Gang Research in Colombia". *Qualitative Research* 18 (3): 342-360. <https://doi.org/10.1177/1468794117722194>
- Baita, Sandra y Paula Moreno. 2015. *Abuso sexual infantil. Cuestiones relevantes para su tratamiento en la justicia*. Montevideo: Unicef Uruguay.
- Ballesteros de Valderrama, Patricia, Carlos Contreras, Francly Vargas, Sandra Palacios y Liliana Bonilla. 2002. "La pandilla juvenil: breve revisión y análisis funcional de un caso". *International Journal of Clinical and Health Psychology* 2 (2): 335-350.

- Becker, Howard. 2008. *Outsiders*. Nueva York: Simon and Schuster.
- Bedoya, Jairo. 2010. *La protección violenta en Colombia. El caso de Medellín desde los años noventa*. Medellín: Instituto Popular de Capacitación.
- Berlinerblau, Virginia. 2006. *Abuso sexual contra niños y adolescentes. Una guía para tomar acciones y proteger sus derechos*. Buenos Aires: Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (Unicef).
- Bernal, Diana, Antonio Varón, Adriana Becerra, Kelly Chaib, Enrique Seco y Lorena Archila. 2013. "Explotación sexual de niños, niñas y adolescentes: modelo de intervención". *Revista Latinoamericana de Ciencias sociales, Niñez y Juventud* 2 (11): 617-632. <https://doi.org/10.11600/1692715X.11211260512>
- Biondi, Karina. 2018. *Junto e misturado: uma etnografia do PCC*. São Paulo: Terceiro Nome; Fapesp.
- Biondi, Karina y Adalton Marques. 2010. "Memória e historicidade em dois 'comandos' prisionais". *Lua Nova: Revista de Cultura e Política* 79: 39-70. <https://doi.org/10.1590/S0102-64452010000100004>
- Bosch, Astrid. 2017. *Pandillas juveniles en Colombia: aproximaciones conceptuales, expresiones urbanas y posibilidades de intervención*. Bogotá: Ministerio de Justicia y del Derecho.
- Bourdieu, Pierre. 1972. *Esquisse d'une théorie de la pratique*. Precedido de *Trois études d'ethnologie kabyle*. S. l.: Librairie Droz. <https://doi.org/10.3917/droz.bourd.1972.01>
- . 1987. "Los tres estados del capital cultural". *Sociológica* (5): 11-17.
- . 1997. *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*. Barcelona: Anagrama.
- Bourdieu, Pierre y Loïc Waquant. 2008. *Una invitación a la sociología reflexiva*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Bourgois, Philippe. 2001. "The Power of Violence in War and Peace Post-Cold War Lessons from El Salvador". *Ethnography* 2 (1): 5-34. <https://doi.org/10.1177/14661380122230803>
- . 2005. "Más allá de una pornografía de la violencia. Lecciones desde El Salvador". En *Jóvenes sin tregua. Culturas y políticas de la violencia*, editado por Francisco Ferrándiz y Carles Feixa, 11-34. Barcelona: Anthropos.
- . 2010. *En busca de respeto. Vendiendo crack en Harlem*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

- Bourgois, Philippe y Jeffrey Schonberg. 2009. *Righteous Dopefiend*. Berkeley: University of California Press.
- Burawoy, Michael. 2003. "An Outline of a Theory of Reflexive Ethnography". *American Sociological Association* 68 (5): 645-679. <https://doi.org/10.2307/1519757>
- Bushnell, Daniel. 2004. *Colombia. Una nación a pesar de sí misma*. Bogotá: Planeta.
- Caldeira, Teresa. 2007. *Ciudad de muros*. Barcelona: Gedisa.
- Cardona, Luis. 2013. "Reseña de *Paranoia. La locura que hace la historia* de Luigi Zoja". *Universitas Philosophica* 31 (63): 305-321. <https://doi.org/10.11144/javeriana.uph31-63.rplh>
- Cartagena, Catalina. 2016. "Los estudios de la violencia en Colombia antes de la violentología". *Diálogos. Revista Electrónica de Historia* 17 (1): 63-88. <https://doi.org/10.15517/dre.v17i1.18103>
- Cartagena Cómo Vamos. 2022. "Cartagena cómo vamos en primera infancia". Consultado el 2 de diciembre de 2022. <http://www.cartagenacomovamos.org/nuevo/wp-content/uploads/2015/04/COMO-VAMOS-EN-PRIMERA-INFANCIA.pdf>
- Cerbino, Mauro. 2004. *Pandillas juveniles, conflicto y cultura en la calle*. Quito: El Conejo; Abya Yala.
- . 2006. *Jóvenes en la calle, cultura y conflicto*. Quito: Anthropos.
- Clifford, James. 1995. *Dilemas de la cultura. Antropología, literatura y arte en la perspectiva posmoderna*. Barcelona: Gedisa.
- . 1999. *Itinerarios transculturales*. Barcelona: Gedisa.
- Clifford, James y George E. Marcus, eds. 1989. *Writing Culture. The Poetics and Politics of Ethnography*. Berkeley: University of California Press.
- CNMH (Centro Nacional de Memoria Histórica). 2015. *Una nación desplazada. Informe nacional del desplazamiento forzado en Colombia*. Bogotá: CNMH; Uariv.
- . 2016. *Limpieza social. Una violencia mal nombrada*. Bogotá: CNMH; Universidad Nacional de Colombia.
- Comisión Histórica del Conflicto y sus Víctimas. 2015. *Contribución al entendimiento del conflicto armado en Colombia*. Bogotá: Ediciones Desde Abajo.
- Contreras, Randol. 2012. *The Stickup Kids Race, Drugs, Violence, and the American Dream*. Berkeley: University of California Press.

- Cordera, Rolando, Patricia Ramírez y Alicia Ziccardi, coords. 2008. *Pobreza, desigualdad y exclusión social en la ciudad del siglo XXI*. Ciudad de México: Siglo XXI Editores; Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM.
- Coughlin, Brenda y Sudhir Venkatesh. 2003. "The Urban Street Gang after 1970". *Annual Review of Sociology* 29: 41-64. <https://doi.org/10.1146/annurev.soc.29.101602.130751>
- Cruz, José. 2014. "Maras and the Politics of Violence in El Salvador". En *Global Gangs: Street Violence across the World*, editado por Jennifer Hazen y Dennis Rodgers, 123-144. Minneapolis: Minnesota Scholarship.
- Cubides, Humberto, María Laverde y Carlos Valderrama. 1998. *Viviendo a toda: jóvenes, territorios culturales y nuevas sensibilidades*. Bogotá: Fundación Universidad Central; Siglo del Hombre Editores.
- Cuerdos de Atar. 2018. *Honduras, renta de mara, tarifa de muerte*. Casa productora: Movistar + Original, España.
- Cummings, Scott y Daniel Monti, eds. 1993. *Gangs: The Original and Impact of Contemporary Youth Gangs in the United States*. Albany: State University of New York Press.
- DANE (Departamento Administrativo Nacional de Estadísticas). 2005. *Análisis regional de los principales indicadores sociodemográficos de la comunidad afrocolombiana e indígena a partir de la información del Censo General 2005*. Bogotá: DANE; Universidad del Valle.
- Das, Veena y Deborah Poole. 2004. *El Estado y sus márgenes*. Santa Fe: SAR Press.
- Das, Veena y Michael Walton. 2015. "Political Leadership and the Urban Poor Local Histories". *Current Anthropology* 56 (11): 44-54. <https://doi.org/10.1086/682420>
- Davis, Mike. 2007. *Planeta de ciudades miseria*. Madrid: Ediciones Akal.
- Deavila, Orlando. 2008a. "Construyendo sospechas: imaginarios del miedo, segregación urbana y exclusión social en Cartagena 1956-1971". *Cuadernos de Literatura del Caribe e Hispanoamérica* (7): 35-50.
- . 2008b. *Políticas urbanas, pobreza y exclusión social en Cartagena: el caso de Chambacú, 1956-1971*. Cartagena: Universidad de Cartagena.
- . 2015. "Los desterrados del paraíso: turismo, desarrollo y patrimonialización en Cartagena a mediados del siglo XX". En *Los desterrados del paraíso. Raza, pobreza y cultura en Cartagena*, editado por Alberto Abello Vives y Francisco Javier Flórez Bolívar, 123-146. Bogotá: Maremagnum Editorial.

- DeChile. 2022. “Etimología de alboroto”. Consultado el 29 de noviembre de 2022. <http://etimologias.dechile.net/?alboroto>
- Deleuze, Gilles y Michel Foucault. 2000. “Un diálogo sobre el poder”. En *Un diálogo sobre el poder y otras conversaciones*, por Michel Foucault, 7-19. Madrid: El Libro de Bolsillo, Alianza Editorial.
- Duneier, Mitchell. 2000. *Sidewalk*. Nueva York: Farrar, Straus and Giroux.
- . 2016. *Ghetto: The Invention of a Place, the History of an Idea*. Nueva York: Macmillan.
- Echandía, Camilo. 2006. *Dos décadas de escalamiento del conflicto armado en Colombia*. Bogotá: Universidad Externado de Colombia.
- . 2013. *Narcotráfico: génesis de los paramilitares y herencia de bandas criminales*. Bogotá: Fundación Ideas para la Paz.
- Epele, María. 2010. *Sujetar por la herida: una etnografía sobre drogas, pobreza y salud*. Buenos Aires: Paidós.
- Escobedo, Rodolfo. 2013. *Violencia homicida en Cali: focos y organizaciones criminales. Una mirada a largo plazo*. Bogotá: Fundación Ideas para la Paz.
- Fanon, Franz. 1961. *Los condenados de la tierra*. Traducción de Julieta Campos. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- . 2009. *Piel negra, máscaras blancas*. Madrid: Ediciones Akal.
- Feixa, Carles. 1998. *De jóvenes, bandas y tribus*. Barcelona: Ariel.
- . 2000. “Generación @. La juventud en la era digital”. *Nómadas* (13): 76-91.
- Feixa, Carles, dir.; Laura Porzio y Carolina Recio, coords. 2006. *Jóvenes “latinos” en Barcelona: espacio público y cultura urbana*. Barcelona: Anthropos.
- Feltran, Gabriel. 2010. “Crime e castigo na cidade: os repertórios da justiça e a questão do homicídio nas periferias de São Paulo”. *Cadernos CRH* 23 (58): 59-73. <https://doi.org/10.9771/ccrh.v23i58.19083>
- . 2011. *Fronteiras de tensão: um estudo sobre política e violência nas periferias de São Paulo*. São Paulo: Editora Unesp; CEM.
- Ferrándiz, Francisco y Carles Feixa. 2005. *Jóvenes sin tregua: culturas y políticas de la violencia*. Barcelona: Anthropos.
- Figuroa, José. 2009. *Realismo mágico, vallenato y violencia política en el Caribe colombiano*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia.

- Foucault, Michel. 1987. "La verdad y las formas jurídicas". *Revista de Filosofía* 29-30: 105-106.
- . 1999. *Estética, ética y hermenéutica*. Barcelona: Paidós.
- . 2006. *Seguridad, territorio, población*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Fracchia, Katherine. 2011. "The Drug Trafficker: A Study of Narco-telenovelas and Narcocorridos". Tesis de maestría, Universidad de Lund, Suecia.
- Franco, Saúl, Clara Mercedes, Patricia Rozo, Gloria Gracia, Gloria Gallo, Claudia Vera y Héctor García. 2012. "Mortalidad por homicidio en Medellín, 1980-2007". *Ciência & Saúde Coletiva* 17 (12): 3209-3218. <https://doi.org/10.1590/s1413-81232012001200006>
- Galtung, Johan. 1969. "Violence, Peace, and Peace Research". *Journal of Peace Research* 6 (3): 167-191. <https://doi.org/10.1177/002234336900600301>
- Geertz, Clifford. 1996. *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Gedisa.
- . 1997. *El antropólogo como autor*. Barcelona: Paidós.
- Giraldo, Jorge y Jair Vega. 2014. "Entre champeta y sonidos africanos: fronteras difusas y discusiones sobre 'músicas negras' en el Caribe colombiano". *Memorias. Revista Digital de Historia y Arqueología desde el Caribe* 23: 128-152.
- Goffman, Alice. 2014. *On the Run: Fugitive Life in an American City*. Chicago: University of Chicago Press.
- Goldberg, David. 2002. *The Racial State*. Malden: Blackwell Publishers.
- González, Fernán, Ingrid Bolívar y Teófilo Vázquez. 2009. *Violencia y política en Colombia. De la nación fragmentada a la construcción del Estado*. Bogotá: Cinep.
- Grillo, Carolina. 2013. "Coisas da vida no crime: tráfico e roubo em favelas cariocas". Tesis de doctorado, Programa de Pós-graduação em Sociologia e Antropologia, Universidade Federal do Rio de Janeiro, Río de Janeiro.
- Guerrero, Andrés. 2010. *Administración de poblaciones, ventriloquía y transcritura: análisis históricos, estudios teóricos*. Quito: Flacso Ecuador.
- Guzmán, Franz y José Ortiz. 2005. "El estudio de la ciudad en los programas académicos de sociología de la Universidad Nacional de Colombia (1959-2004)". En *La sociología en Colombia. Balance y perspectiva*, editado por Pedro Quintín, 139-161. Cali: Universidad del Valle.

- Guzmán, Germán, Orlando Fals Borda y Eduardo Umaña Luna. 2005. *La violencia en Colombia*. 2 tomos. Bogotá: Taurus.
- Harvey, David. 2005. *A Brief History of Neoliberalism*. Oxford: Oxford University Press.
- Hazen, Jennifer y Dennis Rodgers, eds. 2014. *Global Gangs: Street Violence across the World*. Minneapolis: Minnesota Scholarship.
- Hernández, Rogelio. 2013. “El baile de verbena y su majestad, el picó: expresión sociocultural del mundo juvenil suburbial del Caribe colombiano”. *Amauta* 10 (19): 91-108.
- Hewitt, Nohelia, Fernando Juárez, Arturo Parada, Jeannie Guerrero, Yineth Romero, Andrea Salgado y Martha Vargas. 2016. “Afectaciones psicológicas, estrategias de afrontamiento y niveles de resiliencia de adultos expuestos al conflicto armado en Colombia”. *Revista Colombiana de Psicología* 1 (25): 125-140. <https://doi.org/10.15446/rcp.v25n1.49966>
- Hirata, Daniel. 2010. “Sobreviver na adversidade: entre o mercado e a vida”. Tesis de doctorado, Faculdade de Filosofia, Letras e Ciências Humanas, Universidade de São Paulo, São Paulo.
- Hobsbawm, Eric. 2001. *Bandidos*. Barcelona: Crítica.
- ICBF (Instituto Colombiano de Bienestar Familiar). 2022. “Reporte nacional de los niños, niñas y adolescentes en proceso administrativo de restablecimiento de derechos, por motivo de ingreso de víctimas de violencias sexual, con corte a 31 de mayo de 2016”. Consultado el 29 de noviembre de 2022. <https://www.icbf.gov.co/sites/default/files/estadisticas-violencia-sexual.pdf>
- Levi, Primo. 2000. *Los hundidos y los salvados*. Barcelona: Muchnik Editores.
- Lomnitz, Larissa. 2003. *Cómo sobreviven los marginados*. Ciudad de México: Siglo XXI Editores.
- Londoño, Rocío. 2009. “La enseñanza de la sociología urbana en la Universidad Nacional (1975-2005)”. En *La sociología en Colombia. Balance y perspectiva*, editado por Pedro Quintín, 163-171. Cali: Universidad del Valle.
- Machado, Luiz. 2004. “Sociabilidade violenta: por uma interpretação da criminalidade contemporânea no Brasil urbano”. *Sociedade e Estado* 19 (1): 53-84. <https://doi.org/10.1590/s0102-69922004000100004>
- Maffesoli, Michel. 1990. *El tiempo de las tribus*. Barcelona: Icaria.
- Malinowski, Bronislaw. 2001. *Los argonautas del Pacífico occidental*. Barcelona: Ediciones Península.

- Mallart, Fabio. 2014. *Cadeias dominadas: a Fundação CASA, suas dinâmicas e as trajetórias de jovens internos*. São Paulo: Terceiro Nome.
- Malvasi, Paulo. 2012. "Interfaces da vida loka. Um estudo sobre jovens, tráfico de drogas e violência em São Paulo". Tesis de doctorado, Faculdade de Saúde Pública, Universidade de São Paulo, São Paulo.
- Mancera, Lorena. 2021. "¡Nos están matando! El juvenicidio como práctica necropolítica en América Latina". En *Necropolítica en América Latina: algunos debates alrededor de las políticas de control y muerte en la región*, editado por Esteban Gutiérrez Sánchez, Julían Esteban González Guzmán, Patricia Andrea Ospina Díaz, María Angélica Ardila Vizcaíno y Juliana Forigua Sandoval, 30-39. Bogotá: Pipec.
- Marcus, George. 1998. *Ethnography through Thick and Thin*. Princeton: Princeton University Press.
- Martin, Gerard. 2014. *Medellín, tragedia y resurrección: mafias, ciudad y Estado, 1975-2013*. Medellín: La Carreta.
- Mattos, Carla. 2016. "Uma etnografia da expansão do mundo do crime no Rio de Janeiro". *Revista Brasileira de Ciências Sociais* 31 (91): 1-15. <https://doi.org/10.17666/319110/2016>
- Mauss, Marcel. 2009. *Ensayo sobre el don: forma y función del intercambio en las sociedades arcaicas*. Madrid: Katz Editores.
- Mbembe, Achille. 2011. *Necropolítica*. Madrid: Editorial Melusina.
- Michael, Joachim. 2013. "Narco-violencia y literatura en México". *Sociologías* 15 (34): 44-75. <https://doi.org/10.1590/s1517-45222013000300004>
- Misse, Michel. 2008. "Sobre a acumulação social da violência no Rio de Janeiro". *Civitas. Revista de Ciências Sociais* 8 (3): 371-385. <https://doi.org/10.15448/1984-7289.2008.3.4865>
- . 2011. "Crime organizado e crime comum no Rio de Janeiro: diferenças e afinidades". *Revista de Sociologia e Política* 19 (40): 13-25. <https://doi.org/10.1590/s0104-44782011000300003>
- Múnera, Alfonso. 1998. *El fracaso de la nación. Región, clase y raza en el Caribe colombiano: 1717-1810*. Bogotá: El Áncora Editores.
- Nateras, Alfredo. 2015. *Vivo por mi madre y muero por mi barrio: significados de la violencia y la muerte en el Barrio 18 y la Mara Salvatrucha*. Ciudad de México: Tirant Humanidades.

- O'Neill, Kevin. 2010. *City of God: Christian Citizenship in Postwar Guatemala*. Berkeley: University of California Press.
- . 2015. *Secure the Soul: Christian Piety and Gang Prevention in Guatemala*. Berkeley: University of California Press.
- Palacios, Marco. 2003. *Entre la legitimidad y la violencia: Colombia 1875-1994*. Bogotá: Grupo Editorial Norma.
- . 2012. *Violencia pública en Colombia, 1958-2010*. Bogotá: Fondo de Cultura Económica.
- Papachristos, Andrew. 2009. "Murder by Structure: Dominance Relations and the Social Structure of Gang Homicide". *American Journal of Sociology* 115 (1): 74-128. <https://doi.org/10.1086/59779010.1086/597791>
- Pardo, Mauricio. 2017. "La champeta en el Caribe en Colombia. Valores en circulación de un fenómeno musical polifacético". *Revista Encuentros* 15 (3): 98-110. <https://doi.org/10.15665/re.v15i3.1102>
- Pécaut, Daniel. 2001. *Orden y violencia. Evolución socio-política de Colombia entre 1930 y 1953*. Bogotá: Grupo Editorial Norma.
- . 2006. *Crónica de cuatro décadas de política colombiana (1966-2006)*. Bogotá: Grupo Editorial Norma.
- Peñaranda, Ricardo y Gonzalo Sánchez. 1997. *Pasado y presente de la violencia en Colombia*. Bogotá: Cerec.
- Perea, Carlos. 2004. "Pandillas y conflicto urbano en Colombia". *Desacatos* 14 (1): 15-34. <https://doi.org/10.29340/14.1085>
- . 2007. *Con el diablo adentro: pandillas, tiempo paralelo y poder*. Ciudad de México: Siglo XXI Editores.
- Pereyra, Guillermo. 2012. "México: violencia criminal y 'guerra contra el narcotráfico'". *Revista Mexicana de Sociología* 74 (3): 429-460.
- Perry, Sthepen. 2012. *Violentology: A Manual of the Colombian Conflict*. Nueva York: Umbrage Editions.
- Pizarro, Eduardo. 2004. *Una democracia asediada. Balance y perspectivas del conflicto armado en Colombia*. Bogotá: Grupo Editorial Norma.
- Policía Nacional de Colombia. S. f. "Modelo Nacional de Vigilancia por Cuadrantes". Actualización, tomo 2.2. https://www.policia.gov.co/sites/default/files/descargables/24._actualizacion_tomo_2.2_mnvcc_capitulo_5.pdf

- Prieto, Carlos. 2013. "Las bacrim y el crimen organizado en Colombia". *Policy Paper* 47: 1-19.
- . 2012. "Bandas criminales en Colombia: ¿amenaza a la seguridad regional?". *Revista Opera* 12 (12): 181-204.
- Profamilia. 2022. "Aborto libre y seguro. ¡La decisión es tuya!". Consultado el 29 de noviembre de 2022. <https://profamilia.org.co/servicios/aborto-seguro/>
- Queirolo, Luca. 2009. "Pandillas en el Atlántico latino: identidad, transnacionalismo y generaciones". *Íconos. Revista de Ciencias Sociales* 34: 125-138. <https://doi.org/10.17141/iconos.34.2009.333>
- Ramos, Paulo. 2021. *Contrariando a estatística. Genocidio, juventude negra e participacao política*. São Paulo: Alameda.
- Reguillo, Rossana. 2005. "La mara: contingencia y afiliación con el exceso". *Nueva Sociedad* 200: 70-84.
- Reyes, Alejandro. 1992. *Pacificar la paz: lo que no se ha negociado en los acuerdos de paz*. Bogotá: Iepri; Cinep.
- Reynoso, Carlos. 2003. *El surgimiento de la antropología posmoderna*. Barcelona: Gedisa.
- Riaño-Alcalá, Pilar. 2006. *Jóvenes, memoria y violencia en Medellín. Una antropología del recuerdo y el olvido*. Medellín: Universidad de Antioquia; ICANH.
- Rivera, Rocío. 2003. *Estudio sobre la distribución espacial de la población en Colombia*. Vol. 48. Santiago de Chile: Cepal.
- Rodgers, Dennis. 2003. *Dying for It: Gangs, Violence, and Social Change in Urban Nicaragua, 1997-2002*. Development Research Center Crisis States Programme Working Paper n.º 35. Londres: DRC.
- . 2006a. "Living in the Shadow of Death: Gangs, Violence and Social Order in Urban Nicaragua, 1996-2002". *Journal of Latin American Studies* 38 (2): 267-292. https://doi.org/10.1057/9780230101333_2
- . 2006b. "The State as a Gang Conceptualizing the Governmentality of Violence in Contemporary Nicaragua". *Critique of Anthropology* 26 (3): 315-330. <https://doi.org/10.1177/0308275x06066577>
- . 2008. *Bróderes descubijados y vagos alucinados. Una década con las pandillas nicaragüenses 1997-2007*. Managua: Universidad Centroamericana.

- . 2009. "Slum Wars of the 21st Century: Gangs, Mano Dura and the New Urban Geography of Conflict in Central America". *Development and Change* 40 (5): 949-976. <https://doi.org/10.1111/j.1467-7660.2009.01590.x>
- Rodgers, Dennis y Adam Baird. 2015. "Understanding Gangs in Contemporary Latin America". En *The Handbook of Gangs*, editado por Scott Decker y David Pyrooz, 478-502. Colorado: Wiley.
- Rodgers, Dennis y Jennifer Hazen. 2014. "Gangs in a Global Comparative Perspective". En *Global Gangs: Street Violence across the World*, editado por Jennifer Hazen y Dennis Rodgers, 1-26. Minneapolis: Minnesota Scholarship.
- Rodríguez, Sayra. 2016. "Inmoralidad pública. Institucionalidad y crimen en Bogotá, 1988-1994". Tesis de maestría, Facultad de Ciencias Económicas, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.
- Rostow, Walt. 1961. *Las etapas del crecimiento económico: un manifiesto no comunista*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- Rui, Taniele. 2015. *Nas tramas do crack: etnografia da abjeção*. São Paulo: Terceiro.
- Sáenz, Orlando. 1993. *Desarrollo histórico y perspectivas de la investigación urbana en Colombia 1960-1992*. Bogotá: Fondo Colombiano de Investigaciones Científicas y Proyectos Especiales.
- Salazar, Alonso. 1990. *No nacimos pa' semilla: la cultura de las bandas juveniles en Medellín*. Bogotá: Cinep.
- Sánchez Gómez, Gonzalo. 2009. *Colombia: violencia y democracia*. Medellín: La Carreta.
- Sánchez, Luis. 2003. *Barranquilla: lecturas urbanas*. Cartagena: Observatorio del Caribe Colombiano.
- Scott, James. 1976. *The Moral Economy of the Peasant: Rebellion and Subsistence in Southeast Asia*. New Haven: Yale University Press.
- Spivak, Gayatri Chakravorty. 2003. "¿Puede hablar el subalterno?" *Revista Colombiana de Antropología* 39: 297-364. <https://doi.org/10.22380/2539472X.1244>
- Tapias, César. 2010. *Fumando mañas: construcción del sentido de la realidad social en un contexto de ilegalidad*. Bogotá: Universidad del Rosario.
- Taussig, Michael. 2012. *Chamanismo, colonialismo y el hombre salvaje. Un estudio sobre el terror y la curación*. Popayán: Editorial Universidad del Cauca.

- Thompson, Edward. 1989. *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. Barcelona: Crítica.
- Thrasher, Frederic. 2013. *The Gang: A Study of 1,313 Gangs in Chicago*. Chicago: University of Chicago Press.
- Trejos, Luis. 2017. *Pasado y presente del crimen organizado en la ciudad de Barranquilla*. Cuaderno de Trabajo Idepi n.º 1. Barranquilla: Editorial Universidad del Norte.
- Trejos, Luis y Aura Posada. 2014. "Paramilitarismo en la ciudad de Barranquilla. Crimen organizado y mercado de violencia". *Revista de Economía del Caribe* 14: 34-63. <https://doi.org/10.14482/ecoca.14.125.259>
- Urrea, Fernando, Gustavo Bergonzoli, Bladimir Carabalí y Víctor Muñoz. 2015. "Patrones de mortalidad comparativos entre la población afrodescendiente y la blanca-mestiza para Cali y el Valle". *Revista CS* (16): 131-167. <https://doi.org/10.18046/recs.i15.1961>
- Urrego, Miguel. 2002. *Estado y nación en Colombia. De la guerra de los Mil Días a la Constitución de 1991*. Bogotá: Siglo del Hombre Editores.
- Valdés Castellanos, Guillermo. 2013. *Historia del narcotráfico en México*. Ciudad de México: Aguilar.
- Valenzuela, José. 2002. *Jefe de jefes: corridos y narcocultura en México*. Madrid: Plaza y Janés.
- . 2009. *El futuro ya no fue. Socioantropología de l@s jóvenes en la modernidad*. Tijuana: El Colegio de la Frontera Norte.
- . 2012. *Sed de mal. Femicidios, jóvenes y exclusión social*. Ciudad de México: El Colegio de la Frontera Norte.
- , coord. 2015. *Juvenicidio. Ayotzinapa y las vidas precarias en América Latina y España*. Barcelona: Ediciones NED.
- . 2019. *Trazos de sangre y fuego. Bionecropolítica y juvenicidio en América Latina*. Bielefeld, Alemania: Calas.
- Valenzuela, José, Alfredo Nateras y Rossana Reguillo, coords. 2007. *Las maras. Identidades juveniles al límite*. Ciudad de México: El Colegio de la Frontera Norte; Universidad Autónoma Metropolitana; Casa Juan Pablos.
- Vélez, Rubén. 1998. *Colombia: la modernidad postergada*. Bogotá: Temis.
- Venkatesh, Sudhir. 2008. *Gang Leader for a Day. A Rogue Sociologist Crosses the Line*. Londres: Penguin Books.

- Viveros, Mara. 2007. "Discriminación racial, intervención social y subjetividad. Reflexiones a partir de un estudio de caso en Bogotá". *Revista de Estudios Sociales* 27: 106-121. <https://doi.org/10.7440/res27.2007.07>
- Wacquant, Loïc. 2004. *Las cárceles de la miseria*. Buenos Aires: Manantial.
- . 2007. *Los condenados de la ciudad. Gueto, periferias y Estado*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- . 2008. "Ghettos and Anti-ghettos: An Anatomy of the New Urban Poverty". *Thesis Eleven* 94: 113-118. <https://doi.org/10.1177/0725513608093280>
- Wallerstein, Immanuel. 1997. *A World-system Perspective on the Social Sciences. The Capitalist World-economy*. Cambridge: Cambridge University.
- Weber, Max. 2014. *Economía y sociedad*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- Whyte, William. 2015. *La sociedad de las esquinas. La estructura social de un barrio italiano*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Wolf, Eric. 1987. *Europa y la gente sin historia*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- Zapata, Manuel. 2004. *Chambacú, corral de negros*. Bogotá: Rei Andes.
- Zoja, Luigi. 2013. *Paranoia. La locura que hace la historia*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.



"Esto es el boro". Vidas en la periferia
se compuso en caracteres Warnock pro y se imprimió en
papel bulky alternative cream de 59,2 gramos, en la Imprenta
Nacional de Colombia. Bogotá, agosto de 2023.



ICANH

Este libro nació mientras el autor cursaba la secundaria en una escuela ubicada en una de las periferias urbanas de Cartagena de Indias, lugar al que llegó a inicios de la década del 2000 después de una drástica crisis económica que obligó a su familia a emigrar desde el interior del país hacia la costa Caribe colombiana. En dicha institución conoció en carne propia la experiencia del racismo, de la marginación y la pobreza, aspectos que años más tarde lo inspiraron a reflexionar sociológicamente sobre la vida cotidiana de la ciudad.

La obra explora la emergencia de las pandillas y la dinámica de su violencia, especialmente en las periferias cartageneras. Por medio de una etnografía de aproximadamente tres años se describen densamente las diversas formas en que se manifiesta la violencia entre aquellos grupos, así como su alcance y despliegue territorial. La investigación se sitúa en Rafael Núñez, un pequeño sector de uno de los barrios más pobres, violentos y con mayor proporción de población afrocaribeña de Cartagena. Se intenta establecer una relación entre la emergencia de las pandillas, sus formas de violencia y los efectos históricos de una marginación sociopolítica estructural que se refleja en una asimétrica distribución social del espacio, precariedad laboral y segregación étnico-racial, lo que ha producido una furia descontrolada en los jóvenes contra su comunidad y el resto de la ciudad.



9 786287 512436